

EL FIN DE LA
ETERNIDAD

ISAAC ASIMOV



Lectulandia

Andrew Harlan ha cometido un crimen, pero su acto no es un simple delito. Porque la ley que ha quebrantado es la más importante de todas para un Ejecutor: la ley que impide que miles de años de historia sean borrados y reescritos de forma irreversible por la guerra, la muerte y la decadencia. Pero ni siquiera la Eternidad, la organización a la que pertenece, puede detenerle. Harlan ha sido entrenado para introducir cambios en el tiempo, y sólo él puede rescatar a la única persona que le importa antes de que uno de los cambios la haga desaparecer para siempre. Lo que Harlan no sabe, sin embargo, es que lo que está en juego es mucho más de lo que él cree. Y lo que no podría imaginar de ningún modo es la partida de ajedrez temporal de la que forma parte, una partida que puede decidir el futuro de la humanidad.

Lectulandia

Isaac Asimov

**El fin de la eternidad (trad. Miguel
López Genicio)**

ePub r1.0

SoporAeternus 24.04.16

Título original: *The End of Eternity*
Isaac Asimov, 1955
Traducción: Miguel López Genicio
Diseño de cubierta: SoporAeternus

Editor digital: SoporAeternus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Para Horace L. Gold

1 Técnico

Andrew Harlan se introdujo en la cápsula. Sus lados eran totalmente redondeados, y encajaba a la perfección en un eje vertical compuesto de varillas ampliamente espaciadas entre ellas, que formaban una neblina brillante unos doscientos metros por encima de la cabeza de Harlan. Fijó los controles y movió con suavidad la palanca de inicio.

La cápsula no se movió.

Harlan no esperaba que lo hiciera. No esperaba ningún movimiento, ni hacia arriba ni hacia abajo, izquierda, derecha, adelante o atrás. Y, aun así, los espacios entre las varillas se habían fundido en una vacuidad gris sólida al tacto, aunque totalmente inmaterial. Y su estómago se revolvió un poco, un leve (¿y psicosomático?) mareo que le comunicó que todo lo que la cápsula contenía, incluyéndolo a él mismo, estaba moviéndose a toda velocidad hacia delante a través de la Eternidad.

Había subido a la cápsula en el siglo quinientos sesenta y cinco, la base de operaciones que le habían asignado hacía dos años. Hasta entonces, el siglo quinientos setenta y cinco era lo más lejos que había llegado. Ahora estaba adelantándose hasta el siglo 2456.

En circunstancias normales podría haberse sentido un poco perdido ante semejante perspectiva. Su siglo de nacimiento quedaba atrás, muy lejos; en el siglo noventa y cinco, para ser exactos. El siglo noventa y cinco era uno estrictamente restrictivo con respecto al uso de la energía atómica, levemente rústico, con gusto por el uso de la madera natural como material estructural, exportador de ciertos tipos de brebajes destilados a prácticamente cualquier lugar e importador de semillas de trébol. Aunque Harlan no había estado en el siglo noventa y cinco desde que empezó el entrenamiento especial y se convirtió en un Novato a la edad de quince años, siempre que se movía de «su siglo» experimentaba una sensación de pérdida. En el siglo 2456 estaría a casi doscientos cuarenta milenios de su momento de nacimiento, lo cual es una distancia considerable, incluso para un Eterno experimentado.

En circunstancias normales habría sido así.

Pero en ese momento, Harlan no estaba de humor para pensar en otra cosa que no fuera el hecho de que los documentos le pesaban en el bolsillo y su plan le pesaba en el corazón. Estaba un poco asustado, un poco tenso, un poco confuso.

Fueron sus manos actuando por sí mismas las que llevaron la cápsula a su lugar correspondiente en el siglo correspondiente.

Era raro que un técnico se sintiera tenso o nervioso por nada. Como dijo una vez el educador Yarrow: «Un técnico debe estar, por encima de todo, carente de emociones. Los Cambios de Realidad que inicie pueden afectar las vidas de hasta cincuenta mil millones de personas. Aproximadamente un millón de ellas se verán afectadas tan drásticamente como para considerarlas individuos nuevos. En estas

condiciones, un carácter emocional es una clara desventaja».

Harlan desechó el recuerdo de la voz seca de su profesor con una sacudida de cabeza casi salvaje. En aquellos días nunca se había imaginado que él mismo pudiera tener el peculiar talento necesario para semejante posición. Pero la emoción se había apoderado de él, después de todo. Cincuenta mil millones de personas. ¿Qué le importaban a él cincuenta mil millones de personas? Solo había una. Una persona.

Cayó en la cuenta de que la cápsula no se movía y, con una brevísima pausa para ordenar sus pensamientos se maquilló con la apariencia fría e impersonal que se le suponía a un técnico y salió. La cápsula que dejó no era, obviamente, la misma en la que había embarcado, en el sentido de que no estaba compuesta por los mismos átomos. No le preocupaba más de lo que le preocupaba a cualquier otro Eterno. Preocuparse por el misticismo de los viajes temporales, en lugar de por el simple hecho de los mismos, era un rasgo del Novato profano en la Eternidad.

Volvió a hacer una breve pausa en la infinitamente fina cortina de no-Espacio y no-Tiempo que lo separaba de la Eternidad por un lado y del tiempo normal por el otro.

Esta iba a ser una sección de la Eternidad completamente nueva para él. Conocía algunos de sus datos, claro, pues había consultado el Manual temporal. Aun así, no había ningún sustituto para el aspecto real, por lo que se preparó para el primer impacto.

Ajustó los controles, un asunto sencillo al pasar a la Eternidad (y muy complicado al pasar al Tiempo, un tipo de viaje que era consecuentemente mucho menos frecuente). Atravesó la cortina y tuvo que cerrar los ojos debido al resplandor. Alzó automáticamente la mano para protegerse.

Solo había un hombre. Al principio Harlan no distinguió más que su sombra borrosa.

El hombre habló:

—Soy el sociólogo Kantor Voy. Supongo que usted es el técnico Harlan.

Harlan asintió y dijo:

—¡Por todos los tiempos! ¿No se puede ajustar este tipo de ornamentación?

Voy lo miró y dijo con tono tolerante:

—¿Se refiere a las películas moleculares?

—Efectivamente —contestó Harlan. El Manual las mencionaba, pero no decía nada de semejante descontrol de reflexión de luz.

A Harlan le parecía que su irritación era bastante razonable. El siglo 2456 era de tendencia material, como la mayoría de los siglos, así que tenía el derecho a esperar una compatibilidad básica desde el principio. No tenía nada de la confusión absoluta (para alguien nacido en la tendencia material) de los vórtices de energía de los años trescientos, o la dinámica de campos de los años seiscientos. En el siglo 2456, para comodidad de un Eterno estándar, se usaba la materia para todo, desde paredes a tachuelas.

En realidad, había materia y materia. Es posible que un miembro de un siglo de tendencia energética no se diera cuenta. Para él, toda la materia eran variaciones menores de un mismo elemento que era tosco, pesado y bárbaro. Sin embargo para Harlan, de tendencia material, había madera, metal (subdividido en pesado y ligero), plástico, silicios, hormigón, cuero, etc.

¡Pero una materia que consistía completamente en espejos!

Esa fue su primera impresión del siglo 2456. Cada superficie reflejaba y destellaba luz. Por todas partes se palpaba la ilusión de suavidad absoluta, el efecto de una película molecular. Y en el reflejo repetido hasta el infinito de sí mismo, del sociólogo Voy, de todo lo que podía ver, en pedazos y agujeros, en todos los ángulos, había confusión. ¡Confusión estridente y náuseas!

—Lo siento —dijo Voy—, es costumbre de nuestro siglo. La sección asignada a él cree que es una buena práctica adoptar las costumbres si son provechosas. Se acostumbrará dentro de un rato.

Voy caminó rápidamente sobre los pies en movimiento de otro Voy, cabeza abajo sobre el suelo, que se desplazaba con él punto por punto. Movi6 un indicador de contacto capilar hasta su punto de origen.

Los reflejos murieron; toda aquella luz innecesaria desapareció. Harlan notó cómo su mundo volvía a estar en su lugar.

—Si es tan amable de acompañarme... —dijo Voy.

Harlan lo siguió por pasillos vacíos que, sabía, debían de haber sido un descontrol de luces y reflejos artificiales, por una rampa, a través de una antesala, hasta llegar a una oficina.

En todo el breve trayecto no había visto a un solo ser humano. Harlan estaba tan acostumbrado a eso, lo daba tan por supuesto, que se habría sorprendido, casi escandalizado, si hubiera tenido algún atisbo de presencia humana. No había duda de que se había extendido la noticia de que venía un técnico. Incluso Voy mantenía las distancias, y cuando la mano de Harlan rozó accidentalmente su manga, el sociólogo dio un visible respingo.

Harlan se sorprendió levemente por la amargura que sintió ante esta reacción. Pensaba que la coraza que había construido alrededor de su alma era más sólida, más eficazmente insensible. Si estaba equivocado, si su coraza se había hecho más fina, se debía a un único motivo.

¡Noys!

El sociólogo Kantor Voy se inclinó hacia el técnico en lo que pareció una actitud lo bastante amistosa, pero Harlan notó automáticamente que estaban sentados en extremos opuestos del largo eje de una mesa de proporciones considerables.

Voy dijo:

—Me complace que un técnico de su reputación se interese por nuestro pequeño problema.

—Sí —respondió Harlan con la fría impersonalidad que la gente esperaba de él—. Tiene sus puntos de interés.

¿Estaría siendo lo suficientemente impersonal? Su motivación real debía de ser aparente, se podía saborear la culpa en las gotas de sudor que perlaban su frente.

Extrajo de un bolsillo interior el resumen del Cambio de Realidad proyectado. Era la misma copia que se había enviado al Consejo Temporal hacía un mes. Dada su relación con el computador sénior Twissell (el mismísimo Twissell), Harlan no tuvo problemas en hacerse con ella.

Hizo una pausa antes de desenrollar el documento, dejando que se extendiera sobre la superficie de la mesa, donde quedaría sujeto por un débil campo paramagnético.

La película molecular que cubría la mesa estaba atenuada, pero no apagada del todo. Sus ojos se fijaron en el movimiento de su brazo y, por un instante, el reflejo de su propio rostro pareció observarlo tenebrosamente desde la superficie del mueble. Tenía treinta y dos años, pero parecía mayor. No necesitaba que nadie se lo dijera. En parte, podría ser su rostro alargado y sus cejas oscuras sobre ojos aún más oscuros lo que le daba la expresión mezquina y apariencia fría que los Eternos solían asociar con la caricatura de un técnico. Podría ser su propia comprensión de que era un técnico.

Pero entonces extendió el documento sobre la mesa y volvió al problema en cuestión.

—No soy sociólogo, señor.

Voy sonrió.

—Eso es formidable. Cuando alguien empieza expresando falta de competencia en un campo concreto, normalmente implica que a continuación emitirá una opinión tajante al respecto.

—No —respondió Harlan—, no es una opinión. Tan solo una petición. Me preguntaba si podría echarle un vistazo a este resumen y comprobar que no ha cometido algún pequeño error.

Voy se puso serio.

—Espero que no —dijo.

Harlan mantuvo un brazo apoyado en el respaldo de la silla y el otro en su regazo. No debía dejar que ninguna de sus manos se pusiera a tamborilear con dedos nerviosos. No debía morderse los labios. No debía mostrar sus sentimientos de ninguna manera.

Desde que toda la orientación de su vida había cambiado de forma tan radical, había estado observando los resúmenes de los Cambios de Realidad proyectados a medida que iban pasando por el engrasado engranaje del Consejo Temporal. Como técnico asignado personalmente al computador sénior Twissell, podía hacerlo faltando mínimamente a su ética profesional. En especial cuando la atención de Twissell estaba cada día más puesta en su propio y ambicioso proyecto. (Las ventanas de la nariz de Harlan se ensancharon; ahora sabía un poco más de ese proyecto).

Harlan nunca había tenido la garantía de que encontraría lo que estaba buscando en un periodo de tiempo razonable. Cuando echó el primer vistazo al Cambio de Realidad 2456-2781, número de serie V-5, estuvo casi inclinado a pensar que su capacidad de razonamiento estaba nublada por el deseo. Durante todo un día comprobó y recomprobó ecuaciones y relaciones en un estado de incertidumbre sensacional, mezclado con una creciente excitación y una gratitud amarga por el hecho de haber aprendido al menos psicomatemáticas básicas.

Ahora Voy repasaba los mismos patrones con aspecto mitad sorprendido, mitad preocupado.

—Me parece, repito, me parece que todo esto está en perfecto orden —dijo.

Harlan respondió:

—Me refiero en particular al hecho de las características de cortejo de la sociedad de la Realidad actual de este siglo. Es sociología y, por consiguiente, su responsabilidad, según tengo entendido. Por eso quise hablar con usted al llegar, y no con otro.

Voy frunció el entrecejo. Seguía siendo educado, pero con un toque glacial.

—Los observadores asignados a nuestra sección son extremadamente competentes —dijo—. Tengo la certeza de que han proporcionado datos de absoluta precisión. ¿Tiene pruebas de lo contrario?

—En absoluto, sociólogo Voy. Acepto sus datos. Es el desarrollo de los datos lo que cuestiono. Disponen de un complejo tensor alternativo en este punto, si los datos de cortejo se toman en consideración...

Voy lo miró fijamente y a continuación mostró visiblemente su alivio.

—Por supuesto, técnico, por supuesto, pero se resuelve en una identidad. Existe un bucle de pequeñas dimensiones sin afluentes en ninguna de sus vertientes. Espero que me perdone por usar un lenguaje tan pintoresco, en lugar de expresiones matemáticas precisas.

—Se lo agradezco —dijo Harlan secamente—. No soy ni computador ni sociólogo.

—Muy bien. El complejo tensor alternativo al que se refiere, o la bifurcación del camino, que podría decirse, es insignificante. Los desvíos vuelven a unirse y se convierten en un único camino. Ni siquiera hubo necesidad de mencionarlo en nuestras recomendaciones.

—Si usted lo dice, señor, me pliego a su mejor juicio. Sin embargo, todavía queda el asunto del CMN.

El Sociólogo hizo una mueca al oír las iniciales, tal y como Harlan había supuesto. CMN: Cambio Mínimo Necesario. En eso, un técnico era el maestro. Un Sociólogo podía considerarse a sí mismo por encima de las críticas de seres inferiores en cualquier asunto que estuviera relacionado con el análisis matemático de las infinitas posibles Realidades del Tiempo, pero en cuestiones de CMN el técnico estaba por encima.

La computación mecánica no servía. El mayor Computaplex jamás construido, dirigido por el computador Sénior más brillante y experimentado jamás nacido, no podría hacer nada mejor que indicar los rangos en los que podía encontrarse el CMN. Era, pues, el técnico quien, considerando los datos, decidía un punto exacto dentro de ese rango. Un buen técnico apenas se equivocaba. Un técnico de elite nunca se equivocaba.

Harlan nunca se equivocaba.

—Bien —dijo Harlan, hablando suave y calmada-mente, pronunciando el idioma intertemporal estándar con sílabas precisas—, el CMN recomendado por su sección implica la inducción de un accidente en el espacio y la muerte inmediata de forma bastante desagradable de una docena de hombres o más.

—Inevitable —dijo Voy encogiéndose de hombros.

—Por otro lado —dijo Harlan—, sugiero que se reduzca el CMN a un simple desplazamiento de un contenedor de una estantería a otra. ¡Aquí!

Su largo dedo apuntó el momento. La uña blanca y bien cuidada de su dedo índice hizo una leve marca en uno de los grupos de perforaciones.

Voy consideró las opciones con una dolorosa, pero callada intensidad. Harlan preguntó:

—¿No altera eso la situación con respecto a su precipitado desvío? ¿No aprovecha el desvío de menor posibilidad, cambiándolo a casi certeza, y no lleva eso a...?

—... a prácticamente la RDM —susurró Voy.

—A exactamente la Respuesta Máxima Deseada —dijo Harlan.

Voy alzó la vista, con su oscuro rostro luchando entre el disgusto y la ira. Harlan notó distraídamente que había un espacio entre los grandes incisivos del hombre, lo que le daba una apariencia de conejo, muy en desacuerdo con la fuerza comedida de sus palabras.

Voy habló:

—Supongo que tendré noticias del Consejo Temporal.

—No lo creo. Hasta donde yo sé, el Consejo Temporal no es consciente de esto. Al menos el Cambio de Realidad proyectado se me pasó sin ningún comentario.

No explicó la palabra «pasó», y Voy tampoco preguntó.

—Entonces, ¿usted descubrió este error?

—Sí.

—¿Y no lo comunicó al Consejo Temporal?

—No, no lo hice.

Alivio primero, y luego un endurecimiento de sus facciones.

—¿Por qué no?

—Muy poca gente habría podido evitar este error. Creí que podía corregirlo antes de que fuera irreversible. Es lo que he hecho. ¿Por qué ir más allá?

—Bueno... Gracias, técnico Harlan. Se lo agradeceré eternamente. El error de la

sección, que, como usted ha dicho, era casi inevitable, habría quedado injustificablemente mal en el informe. —Continuó tras un momento de pausa—: Por supuesto, en vista de las alteraciones en la personalidad que este Cambio de Realidad va a inducir, la muerte de unos cuantos hombres como prolegómeno carece de importancia.

Harlan pensó con indiferencia que no sonaba agradecido. Probablemente le molestaba. Si dejaba de pensar, le molestaría aún más haber tenido que ser rescatado de un error por un técnico. Si fuera sociólogo le habría ofrecido la mano, pero jamás le estrecharía la mano a un técnico. Defendía condenar a doce personas a morir por asfixia, pero no podía tocar a un técnico.

Y, dado que esperar a que creciera el resentimiento sería fatal, Harlan dijo sin demora:

—Espero que su gratitud se extienda hasta el punto de que su sección realice una pequeña tarea para mí.

—¿Una tarea?

—Una cuestión de trazado vital. Tengo todos los datos necesarios aquí. También tengo los datos de un Cambio de Realidad sugerido en el cuatrocientos ochenta y dos. Quiero conocer el efecto del Cambio en el patrón de probabilidad de un individuo concreto.

—No estoy seguro de entenderlo —dijo el sociólogo lentamente—. Estoy convencido de que dispone de las herramientas necesarias para hacerlo en su propia sección.

—En efecto. Pero se trata de una investigación personal que no quiero que aparezca en los registros todavía. Podría resultar difícil llevarlo a cabo en mi sección sin...

Hizo un gesto vago que no implicaba ninguna conclusión para la frase sin acabar.

—Entonces quiere que no se haga a través de los canales oficiales —dijo Voy.

—Quiero que se haga confidencialmente. Quiero una respuesta confidencial.

—Bueno, eso es muy irregular. No puedo autorizarlo.

Harlan frunció el entrecejo.

—No es más irregular que mi olvido de informar de su error al Consejo Temporal. No puso ninguna objeción a eso. Si vamos a ser estrictamente regulares en un caso, debemos ser igual de estrictos e igual de irregulares en el otro. Creo que entiende lo que quiero decir.

La expresión de Voy mostraba que así era. Extendió la mano.

—¿Puedo ver los documentos?

Harlan se relajó un poco. Había superado el obstáculo principal. Observó con impaciencia cómo el sociólogo estudiaba la información.

Este solo habló una vez:

—Por todos los Tiempos, este es un Cambio de Realidad pequeño.

Harlan aprovechó la oportunidad e improvisó.

—Lo es. Demasiado pequeño, en mi opinión. De eso se trata. Está por debajo de la diferencia crítica, por lo que he elegido un individuo como caso de prueba. Por supuesto, sería poco diplomático utilizar las instalaciones de nuestra propia sección hasta que esté seguro de tener razón.

Voy no respondió, y Harlan dejó de hablar. No tenía sentido ir más allá de la zona de seguridad.

El sociólogo se levantó.

—Se lo pasaré a uno de mis trazadores. Lo mantendremos como un asunto privado. Espero que entienda que esto no establece ningún precedente.

—Por supuesto.

—Y, si no le importa, me gustaría ver cómo tiene lugar el Cambio de Realidad. Espero que nos honre realizando el CMN personalmente.

Harlan asintió.

—Asumiré toda la responsabilidad.

Dos de las pantallas de la zona de visualización estaban funcionando cuando entraron. Los ingenieros ya las habían ajustado según las coordenadas exactas en el tiempo y el espacio, y luego habían salido de la habitación. Harlan y Voy estaban solos en la habitación brillante. Los arreglos de película molecular eran perceptibles, e incluso algo más que perceptibles, pero Harlan observaba las pantallas.

Ambas visiones carecían de movimiento. Podrían haber sido escenas de muerte, pues representaban instantes matemáticos en el tiempo.

Una de las imágenes estaba representada en colores vivos y definidos; la sala de motores de lo que Harlan sabía que era una nave espacial experimental. Se estaba cerrando una puerta, y, a través del espacio que quedaba, se podía ver un zapato brillante de un material rojo semitransparente. No se movía. Nada se movía. Si se hubiera podido definir la imagen lo suficiente para que se vieran las partículas de polvo, tampoco se habrían movido.

—La sala de motores permanecerá vacía durante dos horas y treinta y seis minutos tras el instante visionado —dijo Voy—. En la Realidad actual, por supuesto.

—Lo sé —murmuró Harlan. Estaba poniéndose los guantes, y sus rápidos ojos ya estaban memorizando la posición del contenedor crítico en la estantería, midiendo los pasos hasta él, calculando la mejor posición para transferirlo. Lanzó un breve vistazo a la otra pantalla.

Si la sala de motores, situada en el rango descrito como «presente» con respecto a la Sección de Eternidad en la que se encontraban, tenía un color claro y natural, la otra escena, situada a unos veinticinco siglos en el «futuro», disponía del lustre azul obligatorio de todas las visiones del futuro.

Era un puerto espacial. Un cielo azul oscuro, edificios de metal desnudo teñidos de azul sobre un terreno verde azulado. En primer plano había un cilindro azul de diseño extraño con la base abultada. Había otros dos como él en segundo plano. Los

tres apuntaban afiladamente hacia arriba, con la hendidura recortándose contra los bajos de la nave.

Harlan frunció el entrecejo.

—Son extraños.

—Electrogravedad —respondió Voy—. El 2481 es el único siglo que desarrolló los viajes espaciales electrogravitatorios. Ni propergoles, ni nucleónicos. Es un dispositivo estéticamente bello. Es una pena que tengamos que cambiar. Una auténtica pena.

Sus ojos se clavaron en los de Harlan en una muestra clara de desaprobación.

Harlan apretó los labios. ¡Desaprobación, por supuesto! ¿Por qué no? Él era el técnico.

Había sido un Observador el que había suministrado los datos de la adicción a la droga. Un estadista había demostrado qué cambios recientes habían aumentado la tasa de adicción hasta ser, ahora, la más alta de toda la realidad humana actual. Un sociólogo, probablemente Voy, había interpretado los datos en el perfil psiquiátrico de una sociedad. Por último, un computador había producido el Cambio de Realidad, necesario para reducir la adicción a un nivel seguro y había descubierto que, como efecto secundario, los viajes espaciales electrogravitatorios debían resentirse. Una decena, un centenar de hombres de todas las escalas de la Eternidad habían puesto su grano de arena.

Pero, al final, es un técnico el que hace el trabajo. Siguiendo las instrucciones que todos los demás han combinado, él debe ser el que inicie el Cambio de Realidad. Y entonces todos los otros lo mirarán con acusación altanera. Las miradas dirán: «Tú, no nosotros, has destruido esta cosa maravillosa».

Y, por eso, lo condenarán y evitarán. Le echarán sus propias culpas sobre sus hombros y lo despreciarán.

Las «cosas» eran personas, empequeñecidas por la nave espacial, igual que la Tierra y la sociedad de la Tierra siempre está empequeñecida por las dimensiones físicas de los vuelos espaciales.

Estas personas eran como pequeñas marionetas apiñadas. Sus diminutos brazos y piernas estaban alzados en posturas artificiales, capturados en el instante congelado del Tiempo.

Voy se encogió de hombros.

Harlan estaba ajustando el pequeño generador de campo a su muñeca izquierda.

—Acabemos con esto.

—Un momento. Quiero contactar con el trazador para saber cuánto tardará. También quiero acabar con eso.

Sus manos se movieron con agilidad hacia un pequeño contacto móvil y su oído escuchó atentamente el patrón de sonidos que emitió. Otra característica de esta Sección de la Eternidad, pensó Harlan: códigos sonoros en forma de clic. Inteligente, pero afectado, como las películas moleculares.

—Dice que no le llevará más de tres horas —dijo Voy por fin—. También admira el nombre de la persona en cuestión, por cierto. Noÿs Lambert. Es una mujer, ¿verdad?

A Harlan se le secó la garganta.

—Sí.

Los labios de Voy se curvaron en una sonrisa.

—Suena interesante. Me gustaría conocerla, verla sin ser visto. No ha venido una mujer a esta sección en varios meses.

Harlan prefirió no contestar. Miró durante un momento al sociólogo y luego se dio la vuelta bruscamente.

Si había un defecto en la Eternidad eran las mujeres. Había conocido el defecto casi desde su primera incursión en la Eternidad, pero solo lo había sentido personalmente el día que conoció a Noÿs. Desde ese momento había sido un camino fácil, y se había adentrado en él faltando a su juramento como Eterno y a todo aquello en lo que había creído.

¿Por qué?

Por Noÿs.

Y no se avergonzaba. Eso era lo que realmente le chocaba. No se avergonzaba. No sentía culpabilidad por la sucesión de crímenes que había cometido, de los cuales el uso inmoral de un trazado vital confidencial no era más que un pecado menor.

Haría cosas peores que lo peor que era capaz de hacer si lo obligaban.

Era la primera vez que se le pasaba por la mente esta idea de forma tan específica y expresa. Y aunque la rechazó con horror, sabía que, una vez se le había ocurrido, volvería a pasar.

La idea era muy sencilla: destruiría la Eternidad si tenía que hacerlo.

Y lo peor de todo era que sabía que tenía el poder para hacerlo.

2 Observador

Harlan se detuvo en la puerta al Tiempo y pensó en sí mismo desde una nueva perspectiva. Hubo un momento en que todo era muy fácil. Había cosas (como ideales, o al menos eslóganes) por los que vivir. Cada paso de la vida de un Eterno tenía una razón. ¿Cómo empezaban los Principios Básicos? «La vida de un Eterno se divide en cuatro partes...».

Todo funcionaba a la perfección, pero había cambiado para él y ya no tenía arreglo.

Sin embargo, había pasado fielmente por cada una de las cuatro etapas de la vida de un Eterno. Primero había un periodo de quince años en el que no se era un Eterno, sino solo un habitante del tiempo. Solo un ser humano fuera del Tiempo, o Temporal, podía convertirse en Eterno, nadie nacía con tal puesto.

Lo eligieron a la edad de quince años tras un cuidadoso proceso de eliminación y selección cuya naturaleza no conocía. Lo llevaron más allá del velo de la Eternidad tras una última y agónica despedida de su familia. Incluso entonces le dijeron muy claramente que, pasase lo que pasase, no iba a regresar. No conoció el verdadero motivo para ello hasta mucho después.

Una vez dentro de la Eternidad, pasó diez años en la escuela como Novato y luego se graduó para iniciar su periodo de Observador. Solo entonces se convirtió en Especialista y en Eterno de verdad. La cuarta y última parte de la vida de un Eterno: Temporal, Novato, Observador y Especialista.

Harlan había pasado por todas ellas de forma impecable. Podría decirse incluso que con éxito.

Podía recordar claramente el momento en que acabó el periodo de Novato, el momento en que se convirtieron en miembros independientes de la Eternidad, el momento en que, aun sin especializar, pasaron a ser legalmente «Eternos».

Lo recordaba. Una vez terminada la escuela, una vez terminada la fase de Novato, se vio a sí mismo de pie con los otros cinco que habían terminado el entrenamiento con él, las manos a la espalda, las piernas separadas un poco, la mirada al frente, escuchando.

El educador Yarrow estaba sentado en su escritorio, hablándoles. Harlan recordaba bien a Yarrow: un hombre pequeño y vehemente, con el pelo rubicundo desordenado, los antebrazos llenos de pecas y un sentimiento de pérdida reflejado en su mirada. Esta sensación de pérdida no era infrecuente en las miradas de los Eternos: pérdida del hogar y las raíces, la nostalgia inadmitida e inadmisibles de un siglo que nunca podrían ver.

Por supuesto, Harlan no recordaba las palabras exactas de Yarrow, pero lo esencial permanecía intacto.

Lo que Yarrow dijo fue, en esencia:

—Ahora seréis Observadores. No es una posición bien considerada. Los

Especialistas lo consideran un trabajo de niños. Quizá vosotros, como Eternos —hizo una pausa deliberada tras esa palabra para darle a cada hombre la oportunidad de enderezar su espalda e aluminarse ante su gloria—, también lo pensáis. Si es así, entonces sois unos idiotas que no merecéis ser Observadores.

»Los computadores no tendrían nada que computar, los trazadores vitales no tendrían vidas que trazar, los sociólogos no tendrían sociedades que analizar; ninguno de los Especialistas tendría nada que hacer si no fuera por el Observador. Sé que lo habéis oído antes, pero quiero que tengáis una idea firme y clara sobre ello.

»Seréis vosotros, chicos, los que saldréis al Tiempo en las condiciones más agotadoras para volver con hechos. Hechos fríos y objetivos, sin el color de vuestras propias opiniones y gustos, claro. Hechos lo suficientemente precisos como para introducirlos en las máquinas de computación. Hechos lo suficientemente definitivos como para que las ecuaciones sociales funcionen. Hechos lo suficientemente honestos como para formar una base para los Cambios de Realidad.

»Y recordad esto: vuestro periodo como Observador no es algo por lo que pasar de la forma más rápida y discreta posible. Es en vuestro papel como Observador en el que dejaréis vuestra marca. No será lo que habéis hecho en la escuela, sino lo que hagáis como Observadores lo que determinará vuestra especialidad y cuán lejos llegaréis en ella. Ese será vuestro curso de postgrado, Eternos, y un fallo, el más nimio de los fallos, hará que acabéis en Mantenimiento, sin importar cuán brillantes fueran vuestras perspectivas. Eso es todo.

Le estrechó la mano a cada uno de ellos. Harlan permaneció grave, comprometido y lleno de respeto por sí mismo, orgulloso en la creencia de que el mayor de todos los privilegios inherentes a la condición de Eterno era la asunción de la responsabilidad de la felicidad de todos los seres humanos que estaban, o llegarían a estar, dentro de los límites de la Eternidad.

Las primeras tareas de Harlan fueron pequeñas, y siempre bajo la atenta supervisión de un superior, pero pulió su habilidad y fue adquiriendo experiencia en una decena de siglos mediante una decena de Cambios de Realidad.

En su quinto año como Observador pasó a la categoría sénior y fue asignado al siglo cuatrocientos ochenta y dos. Por primera vez iba a trabajar sin supervisión, y saberlo le hizo perder algo de seguridad en sí mismo cuando se presentó al ordenador a cargo de la sección.

Se trataba del ordenador asistente Hobbe Finge. Su boca desconfiada y su ceño fruncido quedaban ridículos en un rostro como el suyo. Tenía una nariz chata y redondeada y unas mejillas igualmente redondeadas. Solo le hacía falta un toque de rojo y una orla blanca para convertirlo en la imagen del mito primitivo de san Nicolás. (O Papá Noel, o Santa Claus. Harlan conocía los tres nombres. Dudaba que un Eterno del cien mil hubiera oído hablar de alguno de ellos. Harlan se enorgullecía secretamente de este tipo de conocimiento arcano. Desde los primeros días en la escuela se había aficionado a la historia primitiva, y el educador Yarrow lo había

animado. A Harlan le gustaban esos siglos extraños y perversos que estaban no solo antes del principio de la Eternidad, en el veintisiete, sino antes incluso de la invención del Campo Temporal, en el siglo veinticuatro. Había usado libros y periódicos antiguos en sus estudios. Cada vez que pudo obtener permiso para ello, había viajado hacia atrás, hacia los primeros siglos de la Eternidad, para consultar fuentes más fiables. A lo largo de quince años había reunido una librería considerable, casi toda en papel. Había un volumen de un hombre llamado H. G. Wells, otro de un tal Shakespeare; historias hechas jirones. Lo mejor era una colección completa de volúmenes de una publicación de noticias semanal primitiva que ocupaba un espacio considerable, pero que, por cariño, no podía ver reducida a microfilm.

Ocasionalmente se perdía en un mundo en el que la vida era vida y la muerte, muerte; donde un hombre tomaba una decisión de forma irrevocable; donde no se podía evitar el mal, ni promover el bien, y la batalla de Waterloo, una vez perdida, estaba perdida para siempre. Incluso había un toque de poesía en el hecho de que un dedo en movimiento que ya había escrito algo no pudiera deshacer ese movimiento.

En esos momentos era difícil, casi impactante, devolver su mente a la Eternidad y a un universo en el que la realidad era algo flexible y evanescente, algo que hombres como él podían sostener en la palma de la mano y agitar hasta darle una forma mejor).

El efecto de san Nicolás se desvaneció cuando Hobbe Finge le habló de forma rápida y práctica.

—Puede empezar mañana con una comprobación de rutina de la Realidad actual. Quiero que esté bien, que sea completa y precisa. No se permitirá ninguna negligencia. Tendrá lista su primera tabla espaciotemporal mañana a primera hora. ¿Está todo claro?

—Sí, computador —dijo Harlan. En ese mismo momento decidió que el computador asistente Hobbe Finge y él no se llevarían bien, y lo lamentó.

A la mañana siguiente, Harlan recibió su tabla de patrones perforados de intrincado diseño a través del Computaplex. Utilizó un descodificador de bolsillo para traducirla a Intertemporal Estándar en su ansiedad por no cometer ni el menor fallo. Por supuesto, había llegado al nivel en el que podía leer las perforaciones directamente.

La tabla le indicaba dónde y cuándo podía ir al mundo del siglo cuatrocientos ochenta y dos, y también dónde y cuándo no. Qué podía y qué no podía hacer, y qué debía evitar a toda costa. Su presencia solo debía afectar a aquellos lugares y tiempos en los que no pusiera en peligro la realidad.

El siglo cuatrocientos ochenta y dos no le resultó cómodo. No era como su tiempo de origen, austero y conformista. Era una época sin ética o principios, tal y como él estaba acostumbrado a concebirlas. Era hedonista, materialista y más que un poco matriarcal. Era la única época (lo confirmó en los registros de la forma más

minuciosa) en la que se daba el nacimiento ectogénico y, en su cumbre, el cuarenta por ciento de las mujeres daba a luz simplemente aportando un óvulo fertilizado a los ovarios. Los matrimonios se hacían y deshacían con consentimiento mutuo, y no se reconocían legalmente como nada más que un acuerdo personal sin fuerza vinculante. Por supuesto, la unión para la maternidad se diferenciaba cuidadosamente de las funciones sociales del matrimonio, y se acordaba basándose en principios puramente eugénicos.

Harlan consideraba a esta sociedad enferma de cien formas distintas y, por tanto, deseaba fervientemente un Cambio de Realidad. Más de una vez se le ocurrió que su sola presencia en el siglo, como un hombre de otro tiempo, podía desviar su historia. Si su perturbadora presencia pudiera hacerse lo suficientemente perturbadora en algún momento clave, una rama distinta de posibilidad se haría real, una rama en la que millones de mujeres que solo buscaban el placer se verían transformadas en madres auténticas y puras de corazón. Estarían en otra realidad con todos los recuerdos que le correspondían, incapaces de concebir, soñar o imaginar que una vez fueron de otra forma.

Por desgracia, para ello tendría que salirse de los límites de la tabla espaciotemporal, lo cual era impensable. Incluso si no lo fuera, salir de los límites al azar podía cambiar la realidad de muchas formas distintas. Podía hacerla peor. Solo un cuidadoso análisis y la computación podían indicar adecuadamente la naturaleza de un Cambio de Realidad.

En apariencia, y fueran cuales fueran sus opiniones personales, Harlan era un Observador, y el Observador ideal no era más que un conjunto de nervios sensorperceptivos adjuntos a un mecanismo creador de informes. Entre percepción e informe no debe mediar ningún tipo de emoción.

En ese sentido, los informes de Harlan eran la perfección misma. El computador asistente Finge lo llamó tras su segundo informe semanal.

—Le felicito, Observador —dijo en una voz carente de afecto—, por la organización y claridad de sus informes. Pero ¿qué opina realmente?

Harlan buscó refugio en una expresión tan vacía como si estuviera tallada en madera del siglo noventa y cinco. Dijo:

—No tengo ninguna opinión propia al respecto.

—Vamos, vamos. Usted proviene del noventa y cinco, y los dos sabemos lo que eso significa. Con toda seguridad, este siglo le molesta.

Harlan se encogió de hombros.

—¿Hay algo en mis informes que le haga pensar que estoy molesto?

Su respuesta se aproximó bastante a la imprudencia, como demostró el tamborileo de las uñas romas de Finge sobre su mesa.

—Responda a mi pregunta —dijo.

—Sociológicamente —respondió Harlan—, muchas de las facetas del siglo representan un extremo. Los últimos tres Cambios de Realidad han acentuado este

hecho. Supongo que, finalmente, esta cualidad debería ser rectificada. Los extremos nunca son buenos.

—Así que se ha tomado la molestia de comprobar los Cambios de Realidad anteriores.

—Como Observador, debo comprobar todos los datos pertinentes.

Estaban igualados. Por supuesto, Harlan tenía el derecho y la obligación de comprobar esos hechos. Finge debía saberlo. Todos los siglos se veían afectados continuamente por Cambios de Realidad. Ninguna observación, fuera lo precisa que fuera, podía mantenerse durante mucho tiempo sin volver a realizar comprobaciones. Mantener cada siglo en un estado crónico de observación era un procedimiento estándar de la Eternidad. Y para observar correctamente uno debía ser capaz de presentar no solo los hechos de la realidad actual, sino también su relación con los de las realidades anteriores.

Aun así, a Harlan le parecía obvio que este sondeo de las opiniones del Observador no era una simple actitud desagradable por parte de Finge. Parecía realmente hostil.

En otro momento (tras invadir la pequeña oficina de Harlan para comunicarle la noticia) Finge le dijo:

—Sus informes están creando una impresión muy favorable en el Consejo Temporal.

Harlan hizo un pausa, inseguro, y luego murmuró:

—Gracias.

—Todo el mundo está de acuerdo en que muestra un grado de penetración poco común.

—Lo hago lo mejor que puedo.

—¿Conoce al computador sénior Twissell? —preguntó Finge de repente.

—¿Al computador Twissell? —Los ojos de Harlan se abrieron de par en par—. No, señor. ¿Por qué lo pregunta?

—Parece especialmente interesado en sus informes —las mejillas redondeadas de Finge se deslizaron hacia abajo en un gesto de mal humor, y cambió de tema—: A mí me parece que usted ha desarrollado una filosofía propia, un punto de vista de la historia.

La tentación se apoderó de Harlan. Al final, ganó la vanidad sobre la precaución.

—He estudiado historia primitiva, señor.

—¿Historia primitiva? ¿En la escuela?

—No exactamente, computador. Por mi cuenta. Es mi... pasatiempo. ¡Es como ver la historia quieta, congelada! Puede estudiarse con detalle, mientras que los siglos de la Eternidad siempre están cambiando. —Se animó un poco solo con pensarlo—. Es como si tomáramos una serie de planos de una libropelícula y estudiáramos cada uno con el mayor detalle. Veríamos muchísimo más que si nos limitáramos a mirar simplemente mientras pasa la película. Creo que me ayuda mucho en mi trabajo.

Finge le miró fijamente, asombrado; abrió un poco los ojos y salió del despacho sin añadir ni una palabra.

A partir de entonces, sacaba el tema de la historia primitiva ocasionalmente y aceptaba los comentarios reservados de Harlan sin ningún tipo de expresión en su rostro relleno.

Harlan no estaba seguro de si debía lamentarlo o considerarlo como una posible forma de acelerar su avance.

Se decidió por la primera alternativa cuando, al pasar un día a su lado en el Pasillo A, Finge dijo de repente y en voz alta:

—¡Por todos los tiempos, Harlan!, ¿es que nunca sonríe?

Harlan pensó entonces, con estupor, que Finge lo odiaba. A partir de ese momento, sus propios sentimientos hacia el computador se aproximaron a algo similar a la aversión.

Tres meses de observaciones en el cuatrocientos ochenta y dos lo habían dejado exhausto, por lo que no se sorprendió cuando recibió una llamada repentina a la oficina de Finge. Esperaba un cambio de asignación. Su resumen final estaba listo desde hacía días. El cuatrocientos ochenta y dos estaba deseoso de exportar más telas con base de celulosa a siglos más deforestados, como el 1174, pero no quería aceptar pescado ahumado a cambio. En el resumen aparecía una larga lista de elementos del mismo tipo, en el orden correcto y con el análisis correcto.

Llevó consigo el borrador del resumen.

Pero no se hizo ninguna mención del cuatrocientos ochenta y dos. En su lugar, Finge le presentó a un hombrecillo chaparro y arrugado, con escasos cabellos, blancos, y un rostro de gnomo que no dejó de sonreír en toda la entrevista. Esta sonrisa variaba entre extremos de ansiedad y jovialidad, pero nunca desaparecía del todo. Sujetaba un cigarrillo encendido con dos de sus dedos, teñidos de amarillo.

Era el primer cigarrillo que Harlan veía en su vida. De lo contrario, habría prestado más atención al hombre y menos al pequeño cilindro de tabaco, y habría estado mejor preparado para la presentación de Finge:

—Computador sénior Twissell, este es el Observador Andrew Harlan.

Los ojos de Harlan se movieron rápidamente del cigarrillo del hombre a su rostro.

El computador sénior Twissell saludó con su voz aguda:

—Encantado de conocerte. Así que este es el joven que escribe esos excelentes informes.

Harlan se quedó sin habla. Laban Twissell era una leyenda, un mito viviente. Laban Twissell era un hombre al que debía haber reconocido inmediatamente. Era el computador más prominente de la Eternidad, lo que equivalía a decir que era el Eterno vivo más eminente. Era el decano del Consejo Temporal. Había dirigido más Cambios de Realidad que cualquier hombre en la historia de la Eternidad. Era... Había...

A Harlan le falló la mente. Asintió con una sonrisa idiota y no dijo nada.

Twissell se llevó el cigarrillo a los labios, soltó una bocanada de humo y lo retiró.

—Déjenos, Finge. Quiero hablar con el chico.

Finge se levantó, murmuró algo, y salió.

—Pareces nervioso, chico —dijo Twissell—. No hay por qué estar nervioso.

Pero conocer a Twissell de esa manera era impactante. Siempre es desconcertante descubrir que alguien a quien imaginabas como un gigante no pasa en realidad del metro setenta. ¿Podía realmente caber el cerebro de un genio en ese cráneo de calva incipiente? ¿Era inteligencia portentosa o solo buen humor lo que se reflejaba en esos pequeños ojos que se entrecerraban en mil arrugas?

Harlan no sabía qué pensar. El cigarrillo parecía obstruir los escasos atisbos de inteligencia que podía reunir. Se estremeció visiblemente cuando lo alcanzó una nube de humo.

Los ojos de Twissell se estrecharon como si estuvieran intentando ver a través de la neblina surgida del cigarrillo, y dijo en un dialecto panmilenario terriblemente acentuado:

—¿Te sentirías mejor si a ti en tu propio dialecto te dirigiera, buchacho?

Harlan, al borde de un ataque de risa, respondió cuidadosamente:

—Hablo Intertemporal Estándar bastante bien, señor.

Lo dijo en el intertemporal que él y los otros Eternos en su presencia habían utilizado desde sus primeros meses en la Eternidad.

—Tonterías —dijo Twissell imperiosamente—. No me importa el Intertemporal. Mi dominio del panmilenario está más allá de la perfección.

Harlan supuso que habían pasado unos cuarenta años desde que Twissell se vio obligado a hacer uso de dialectos temporales por última vez.

Pero, tras haber dejado claro este punto, cambió a Intertemporal.

—Te ofrecería un cigarrillo, pero estoy seguro de que no fumas —dijo—. Fumar apenas está aprobado en ninguna época de la historia. De hecho, los buenos cigarrillos se fabrican solo en el setenta y dos y tengo que importarlos especialmente desde allí. Te doy el consejo por si alguna vez te decides a fumar: es muy triste. La semana pasada, me quedé atrapado en el ciento veintitrés durante dos días. Nada de fumar, incluso en la Sección de Eternidad asignada al ciento veintitrés. Los Eternos de allí han adoptado las costumbres de la época. Si hubiera encendido un cigarrillo habría sido como si se cayera el cielo sobre sus cabezas. A veces pienso que debería calcular un gran Cambio de Realidad y eliminar todos los tabúes antitabaco de todos los siglos, solo que un Cambio de Realidad como ese provocaría guerras en el cincuenta y ocho o una sociedad de esclavos en el mil. Siempre hay algo.

Harlan se sintió confuso al principio, pero luego su ansiedad creció. Con toda certeza, estas insignificancias sensoriales debían llevar a algún sitio.

Sintió un pequeño nudo en la garganta.

—¿Puedo preguntar por qué ha solicitado verme, señor? —dijo.

—Me gustan tus informes, chico.

Los ojos de Harlan brillaron de alegría, pero no sonrió.

—Gracias, señor.

—Tienen cierto toque de artista. Eres intuitivo. Sientes profundamente. Creo que conozco el lugar adecuado para ti en la Eternidad, y he venido a ofrecértelo.

Harlan pensó: No me lo puedo creer.

Ocultó todo triunfalismo en su voz al hablar:

—Me siento muy honrado, señor.

Mientras tanto, el computador sénior Twissell, tras haber llegado al final de su cigarrillo, hizo aparecer otro en su mano izquierda por medio de algún tipo de truco de prestidigitador y lo encendió.

—¡Por todos los tiempos!, hablas como si estuvieras recitando líneas aprendidas, muchacho —dijo entre bocanadas—. Muy honrado, ¡bah! Paparruchas, basura. Di lo que sientes en lenguaje normal. Te alegras, ¿eh?

—Sí, señor —dijo Harlan con precaución.

—De acuerdo. Tienes motivos. ¿Qué te parecería convertirte en técnico?

—¡Técnico! —gritó Harlan saltando de la silla.

—Siéntate. Siéntate. Pareces sorprendido.

—No esperaba ser técnico, computador Twissell.

—No —dijo Twissell secamente—, de alguna forma, nadie se lo espera. Se esperan cualquier otra cosa menos eso. Pero es difícil encontrar técnicos, y siempre se necesitan más. Ninguna Sección de la Eternidad tiene la cantidad considerada como suficiente.

—No creo estar preparado.

—Quieres decir que no estás preparado para asumir una posición que implica problemas. ¡Por todos los tiempos!, si estás consagrado a la Eternidad, como creo que lo estás, no te importará. Los idiotas te evitarán y te sentirás aislado. Te acostumbrarás. Y tendrás la satisfacción de saber que eres necesario, desesperadamente necesario. Para mí.

—¿Para usted, señor? ¿Para usted en particular?

—Sí. —Un elemento de astucia se introdujo en su sonrisa—. No serás simplemente un técnico. Serás mi técnico personal. Tendrás estatus especial. ¿Qué tal suena?

—No lo sé, señor. Podría no ser apto para el puesto —dijo Harlan.

Twissell negó firmemente con la cabeza.

—Te necesito. Te necesito a ti. Tus informes me aseguran que tienes aquí arriba lo que necesito. —Se dio unos golpecitos rápidos en la frente con el dedo índice—. Tus informes como Novato son buenos, las secciones para las que has observado han dado todas informes favorables. Por último, el informe de Finge fue el más apropiado de todos.

Harlan se sorprendió sinceramente.

—¿El informe del computador Finge fue favorable?

—¿No te lo esperabas?

—No... No sé.

—Bueno, muchacho, no he dicho que fuera favorable. He dicho que fue apropiado. De hecho, el informe de Finge no fue favorable. Recomendaba que se te retirara de todas las funciones relacionadas con Cambios de Realidad. Sugería que el único lugar seguro para ti era Mantenimiento.

Harlan enrojeció.

—¿Qué razones tiene para tal afirmación, señor?

—Parece que tienes un pasatiempo, muchacho. Te interesa la historia primitiva, ¿eh? —Hizo un gesto con el cigarrillo y Harlan, olvidando controlar la respiración en su enfado, inhaló una nube de humo y empezó a toser inútilmente.

Twissell observó el acceso de tos del joven Observador con benevolencia y dijo:

—¿No es cierto?

—El computador Finge no tenía ningún derecho... —comenzó Harlan.

—Alto, alto. Te he dicho lo que había en el informe porque está relacionado con el propósito para el que más te necesito. En realidad, el informe era confidencial, así que vas a olvidar todo lo que te he dicho sobre él. Permanentemente, muchacho.

—Pero ¿qué tiene de malo que me interese la historia primitiva?

—Finge piensa que tu interés demuestra un fuerte Deseo Temporal. ¿Me entiendes, chico?

Por supuesto que lo entendía. Era imposible evitar quedarse con la jerga psiquiátrica. Sobre todo, con esa expresión. Se suponía que cada miembro de la Eternidad poseía un fuerte impulso, mayor aún por estar suprimido oficialmente en todas sus manifestaciones, de regresar no necesariamente a su propio Tiempo, pero al menos a algún Tiempo definitivo; de formar parte de un siglo, en lugar de vagar a través de todos ellos. Por supuesto, en la mayoría de los Eternos el impulso permanecía convenientemente oculto en el subconsciente.

—No creo que sea ese el caso —dijo Harlan.

—Ni yo. De hecho, pienso que tu pasatiempo es interesante y valioso. Como ya he dicho, por eso es por lo que te quiero. Quiero que le enseñes a un Novato que te traeré todo lo que sepas y todo lo que puedas aprender sobre historia primitiva. Mientras tanto, también serás mi técnico personal. Empezarás dentro de unos días. ¿Te parece bien?

¿Bien? ¿Tener permiso oficial para aprender todo lo que pudiera sobre los días anteriores a la Eternidad? ¿Estar personalmente asociado al mayor Eterno de todos? Incluso el hecho desagradable del estatus de un técnico parecía soportable en semejantes condiciones.

Sin embargo, su precaución no le falló del todo. Dijo:

—Si es necesario para el bien de la Eternidad, señor...

—¿Para el bien de la Eternidad? —exclamó el enano computador con repentina

excitación. Arrojó la colilla del cigarrillo con tal energía que se estrelló contra la pared opuesta y rebotó en una nube de chispas—. Te necesito para la existencia de la Eternidad.

3 Novato

Harlan llevaba varias semanas en el siglo quinientos setenta y cinco cuando conoció a Brinsley Sheridan Cooper. Había tenido tiempo de acostumbrarse a sus nuevas dependencias y a la antisepsia del vidrio y la porcelana. Aprendió a llevar la marca de técnico con un encogimiento moderado y a abstenerse de empeorar las cosas colocándose de tal forma que la insignia quedara oculta contra una pared o cubierta por la interposición de algún objeto que llevara.

Los demás sonreían con desdén cuando lo hacía y se comportaban con mayor frialdad, como si sospecharan que intentaba invadir su amistad con falsas pretensiones.

El computador sénior Twissell le traía problemas cada día. Harlan los estudiaba y escribía sus análisis en borradores que reescribía cuatro veces y, aun así, entregaba la última versión con reticencia. Twissell los evaluaba y luego asentía y decía: «Bien, bien». Entonces sus viejos ojos azules se fijaban rápidamente en Harlan y su sonrisa se estrechaba al decir:

—Comprobaré tu idea en el Computaplex.

Siempre llamaba al análisis «idea». Nunca le dijo a Harlan el resultado de la comprobación en el Computaplex, y Harlan nunca se atrevió a preguntar. Lo desanimaba el hecho de que nunca se le pidió que pusiera una de sus ideas en práctica. ¿Quería eso decir que el Computaplex no las aprobaba, que había elegido el elemento equivocado para la inducción del Cambio de Realidad, que no tenía la habilidad para ver el Cambio Mínimo Necesario en el rango indicado? (No fue hasta más tarde, cuando ya era lo suficientemente sofisticado, que la frase salía sola de su boca como CMN).

Un día Twissell entró en su despacho con un individuo apocado que apenas se atrevía a alzar la vista para mirar a Harlan.

—Técnico Harlan —dijo Twissell—, este es el Novato B. S. Cooper.

Harlan saludó automáticamente, sopesó la apariencia del hombre y no le pareció nada del otro mundo. El tipo era más bien bajo, ojos de color marrón indefinido, orejas un poco demasiado grandes y uñas mordidas.

—Este es el chico al que enseñarás historia primitiva —dijo Twissell.

—¡Por todos los tiempos! —dijo Harlan con interés renovado—, hola.

Casi se había olvidado. Twissell ordenó:

—Acuerda con él un horario que te venga bien, Harlan. Creo que dos tardes a la semana serían suficientes. Usa tu propio método de enseñanza, eso te lo dejo a ti. Si necesitas libropelículas o documentos antiguos, dímelo, y si existen en la Eternidad o en cualquier parte del Tiempo a la que tengamos acceso, los conseguiremos. ¿Eh, chico?

Un cigarrillo encendido apareció de la nada (como siempre) y el aire se infectó de

humo. Harlan tosió, y por el gesto de la boca del Novato estaba claro que este también lo habría hecho si se hubiera atrevido.

Una vez Twissell salió de la habitación, Harlan dijo:

—Bueno, siéntate. —Dudó un momento y luego añadió con determinación—: Hijo. Siéntate, hijo. Mi oficina no es muy grande, pero es tuya mientras estemos juntos.

Harlan estaba casi desbordado por la ansiedad. ¡Este era su proyecto! La historia primitiva era algo completamente suyo.

El Novato alzó la mirada (por primera vez) y dijo torpemente:

—Usted es un técnico.

Una parte considerable de la excitación y el afecto de Harlan murió.

—¿Y qué?

—Nada —dijo el Novato—. Solo...

—Oíste al computador Twissell llamarme técnico, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Pensaste que era una equivocación? ¿Algo demasiado malo para ser verdad?

—No, señor.

—¿Qué le pasa a tu lengua? —preguntó Harlan con brutalidad, y mientras lo hacía sintió como lo inundaba la vergüenza.

Cooper enrojeció penosamente.

—No soy muy bueno con el Intertemporal Estándar.

—¿Por qué no? ¿Cuánto tiempo llevas de Novato?

—Menos de un año, señor.

—¿Un año? ¿Qué edad tienes, por todos los tiempos?

—Veinticuatro fisioaños, señor.

Harlan lo miró fijamente.

—¿Estás intentando decirme que te admitieron en la Eternidad cuando tenías veintitrés?

—Sí, señor.

Harlan se sentó y se frotó las manos. Eso no se hacía. La edad de entrada en la Eternidad era de quince a dieciséis. ¿Qué era esto? ¿Un nuevo tipo de prueba de Twissell?

—Siéntate y empecemos de una vez —dijo—. Dime tu nombre completo y tu tiempo de origen.

—Brinsley Sheridan Cooper del setenta y ocho, señor —tartamudeó el Novato.

Harlan casi se ablandó. Estaba cerca. Solo estaba a diecisiete siglos de su propio tiempo. Casi un vecino Temporal.

—¿Te interesa la historia primitiva? —preguntó.

—El computador Twissell me pidió que aprendiera. No sé mucho sobre ella.

—¿Qué más estás aprendiendo?

—Matemáticas. Ingeniería temporal. De momento estoy aprendiendo las bases.

En el setenta y ocho era reparador de velociaspiradoras.

No tenía sentido preguntar la naturaleza de una velociaspiradora. Podría ser una máquina limpiadora por succión, un ordenador, un tipo de pintura en aerosol. Cualquier cosa. A Harlan no le interesaba en absoluto.

—¿Sabes algo de historia? ¿De cualquier tipo de historia? —preguntó.

—He estudiado historia europea.

—Supongo que tu unidad política particular.

—Nací en Europa. Sí. Por supuesto, lo que más nos enseñaban era historia moderna. Después de las revoluciones del cincuenta y cuatro, del 7554, quiero decir.

—Muy bien. Lo primero que tienes que hacer es olvidarla. No significa nada. La historia que intentan enseñar a los Temporales se altera con cada Cambio de Realidad. Claro que no se dan cuenta. En cada realidad, su historia es la única historia. Eso es lo que la diferencia tanto de la historia primitiva. Esa es su belleza. No importa lo que cada uno de nosotros hagamos, existe exactamente tal y como siempre ha existido. Colón y Washington, Mussolini y Hereford. Todos existen.

Cooper sonrió débilmente. Frotó un pequeño dedo contra su labio superior y, por primera vez, Harlan se percató de la sombra que había allí, como si el Novato estuviera dejándose crecer el bigote.

—Todavía no me... acostumbro a ello, todo este tiempo que he estado aquí —dijo.

—¿Acostumbrate a qué?

—A estar a quinientos siglos de distancia de mi tiempo de origen.

—Yo también estoy cerca de eso. Soy del noventa y cinco.

—A eso tampoco me acostumbro. Usted es mayor que yo y, aun así, yo soy diecisiete siglos mayor que usted, en otro sentido. Podría ser su tataratataratatarabuelo, o algo así. —¿Y cuál es la diferencia? ¿Y qué si lo fueras?

—Bueno, cuesta acostumbrarse. —Había un indicio de rebelión en la voz del Novato.

—A todos nos cuesta —dijo Harlan cruelmente, y empezó a hablar de los primitivos.

Tres horas después, estaba inmerso en una explicación acerca de los motivos por los que había siglos antes del siglo 1.

—Pero ¿no va el primer siglo primero? —había preguntado Cooper lastimeramente.

Harlan terminó dándole un libro al Novato. No era especialmente bueno, pero le serviría para iniciarse.

—Te conseguiré cosas mejores según vayamos avanzando —le dijo.

Al cabo de una semana el bigote de Cooper se había transformado en una pronunciada y oscura mata de pelo que le hacía parecer diez años mayor y que acentuaba la angulosidad de su barbilla. Harlan decidió que, en conjunto, ese bigote

no era ninguna mejora.

—He terminado el libro —dijo Cooper.

—¿Qué te ha parecido?

—En cierto sentido... —Hubo una larga pausa. Cooper volvió a empezar—. Partes de la última época primitiva eran parecidas al setenta y ocho. Me hizo pensar en mi hogar, ¿sabe? Soñé con mi esposa.

Harlan explotó.

—¿Tu esposa?

—Estaba casado antes de venir aquí.

—¡Por todos los tiempos! ¿También han traído a tu esposa?

Cooper negó con la cabeza.

—Ni siquiera sé si ha sido Cambiada durante este año. Si es así, supongo que ya no es mi esposa, después de todo.

Harlan se recuperó. Por supuesto, si el Novato tenía veintitrés años cuando entró en la Eternidad, era bastante posible que hubiera estado casado. Un hecho sin precedentes llevaba a otro.

¿Qué estaba pasando? Una vez se introducían modificaciones en las reglas, no pasaría mucho tiempo hasta que todo declinara en una masa de incoherencia. La Eternidad ya se encontraba en un equilibrio lo suficientemente precario como para soportar modificaciones.

Quizá fue su irritación por el bien de la Eternidad lo que puso una nota de dureza inintencionada en sus palabras:

—Espero que no estés planeando volver al 78 para ver cómo está.

El Novato elevó la cabeza y sus ojos se mostraron firmes y seguros.

—No.

Harlan se movió incómodo.

—Bien. No tienes familia. Nada. Eres un Eterno, así que ni se te ocurra pensar en nadie que conocieras en el tiempo.

Los labios de Cooper se estrecharon y su acento se marcó aún más en su rápida respuesta.

—Habla como un técnico.

Los puños de Harlan se aferraron a ambos lados de la mesa.

—¿Qué estás insinuando? —dijo con la voz quebrada—. ¿Que como soy un técnico soy yo el que hace los cambios? ¿Que los defiendo y exijo que tú los aceptes? Mira, muchacho, no has estado aquí ni un año, no sabes Intertemporal, estás totalmente desorientado con respecto al Tiempo y la Realidad, pero crees que lo sabes todo sobre los técnicos y cómo manejarlos.

—Lo siento —dijo Cooper rápidamente—. No quería ofenderlo.

—No, no, ¿quién ofende a un técnico? Oyes a todo el mundo hacer comentarios, ¿no es así? Dicen «frío como el corazón de un técnico», ¿verdad? Dicen «un trillón de personalidades alteradas no son nada para un técnico», ¿no? Quizá otras cosas.

¿Cuál es la respuesta, señor Cooper? ¿Le hace sentirse sofisticado? ¿Le hace sentirse un gran hombre? ¿Un gran engranaje en la maquinaria de la Eternidad?

—He dicho que lo siento.

—Muy bien. Solo quiero que sepas que soy técnico desde hace menos de un mes y que, personalmente, nunca he inducido ningún Cambio de Realidad. Ahora sigamos con la clase.

Al día siguiente el computador sénior Twissell llamó a Harlan a su oficina.

—¿Qué te parecería participar en un CMN, muchacho? —dijo.

Era casi demasiado oportuno. Había estado lamentando toda la mañana su cobarde descargo de responsabilidad personal en el trabajo de un técnico, su lamento infantil «no he hecho nada malo, así que no me culpéis».

Equivalía a admitir que había algo de malo en el trabajo de un técnico, y que él no tenía culpa de nada porque era demasiado nuevo como para haber tenido tiempo de convertirse en un criminal.

Ahora se alegró de tener la oportunidad de destruir esa excusa. Sería casi como una penitencia. Podría decirle a Cooper: «Sí, debido a algo que he hecho, todos estos millones de personas son personalidades nuevas, pero era necesario y estoy orgulloso de haber sido el causante».

Así que Harlan se unió alegremente:

—Estoy preparado, señor.

—Bien. Bien. Te alegrará saber, muchacho —una bocanada, la punta de un cigarrillo que resplandece brillante—, que cada uno de tus análisis pasó la prueba con una precisión absoluta.

—Gracias, señor.

Ahora eran análisis, pensó Harlan, no ideas.

—Tienes talento. Tienes un toque especial, chico. Preveo grandes cosas. Y podemos empezar con esta, doscientos veintitrés. Tu indicación de que el embrague atascado de un vehículo proporcionaría el desvío necesario sin efectos secundarios indeseables es perfectamente correcta. ¿Quieres atascarlo tú?

—Sí, señor.

Esta fue la ceremonia de iniciación de Harlan en la Técnica. Después de eso fue mucho más que un hombre con una insignia roja. Había manejado la Realidad. Había alterado un mecanismo durante unos pocos minutos en el doscientos veintitrés y, como resultado, un joven no llegó a una conferencia sobre mecánica a la que tenía previsto asistir. Consecuentemente, nunca se dedicó a la ingeniería solar y se retrasó diez cruciales años el desarrollo de un dispositivo perfectamente simple. Como resultado, y por increíble que parezca, una guerra en el doscientos veinticuatro desapareció de la Realidad.

¿Acaso eso no era bueno? ¿Y qué si cambiaban las personalidades? Las nuevas personalidades eran tan humanas como las anteriores, y tan merecedoras de la vida.

Si se redujeron algunas vidas, otras se alargaron y se hicieron más felices. En la nueva Realidad nunca se escribió una gran obra literaria, un monumento de la inteligencia y sentimiento del Hombre, pero se conservaban varias copias en la biblioteca de la Eternidad, ¿no? Y habían aparecido nuevas obras creativas, ¿no?

Y, aun así, esa noche Harlan pasó horas en una calurosa agonía de insomnio y, cuando finalmente se quedó dormido, hizo algo que no había hecho en años. Soñó con su madre.

A pesar de la debilidad de semejante inicio, bastó un fisioaño para que se conociera a Harlan en toda la Eternidad como el «técnico de Twissell» y, con más de un toque de desagrado, como «El Chico Maravilloso» y «El Nunca Equivocado».

Su contacto con Cooper se hizo casi confortable. Nunca fue completamente amistoso (si Cooper hubiera llegado a hacer algún avance, Harlan podría no haber sabido cómo responder). Sin embargo, trabajaban bien juntos, y el interés de Cooper por la historia primitiva creció hasta casi superar el de Harlan.

Un día Harlan le dijo:

—Escucha, Cooper, ¿te importaría venir mañana mejor? Tengo que ir al tres mil en algún momento de esta semana para comprobar una observación, y el hombre al que quiero ver está libre esta tarde.

Los ojos de Cooper se iluminaron ávidamente.

—¿Puedo ir yo también?

—¿Quieres venir?

—Por supuesto. Nunca he montado en una cápsula, excepto cuando me trajeron desde el setenta y ocho, y entonces no sabía lo que estaba pasando.

Harlan estaba acostumbrado a usar la cápsula del Eje C, que se encontraba, por acuerdo tácito, reservada a los técnicos en su inconmensurable longitud a lo largo de los siglos. Cooper no mostró ninguna vergüenza al ser conducido hacia allí. Se introdujo en la cápsula sin dudarle y tomó asiento dentro del molde circular que lo rodeaba.

Sin embargo, cuando Harlan activó el Campo y puso la cápsula en movimiento, el rostro de Cooper se mudó en una expresión de sorpresa casi cómica.

—No siento nada —dijo—. ¿Va todo bien?

—Perfectamente. No sientes nada porque realmente no te estás moviendo. Estás siendo transportado a lo largo de la extensión temporal de la cápsula. De hecho —Harlan adquirió un tono didáctico—, en este momento tú y yo no somos materia, a pesar de las apariencias. Podría haber un centenar de hombres utilizando esta cápsula, moviéndose (si es que puedes llamarlo así) a varias velocidades en cualquiera de las direcciones del Tiempo, pasando unos a través de otros. ¡Las leyes del universo normal no se aplican a las cápsulas!

La boca de Cooper se curvó un poco, y Harlan pensó incómodo: «El chico está estudiando ingeniería temporal y sabe de esto más que yo. ¿Por qué no me callo y

dejo de comportarme como un idiota?».

Se retiró al silencio y observó a Cooper con gravedad. Hacía meses que el bigote del joven había crecido por completo. Caía formando una curva sobre las comisuras de sus labios en lo que los Eternos llamaban el estilo Mallansohn, porque la única fotografía auténtica (y además de pobre calidad y desenfocada) del inventor del Campo Temporal mostraba un idéntico bigote. Por ese motivo tenía cierta popularidad entre los Eternos, aunque hacía justicia a muy pocos de ellos.

Los ojos de Cooper estaban fijos en los números cambiantes que indicaban el paso de los siglos con respecto a ellos mismos.

—¿Hasta dónde llega la cápsula? —preguntó.

—¿No te lo han enseñado?

—Apenas han mencionado las cápsulas.

Harlan se encogió de hombros.

—No hay final en la Eternidad. El eje continúa infinitamente.

—¿Hasta dónde ha llegado usted?

—Esto será lo más lejos. El doctor Twissell ha llegado hasta el cincuenta mil.

—¡Por todos los Tiempos! —susurró Cooper.

—Y eso no es nada. Algunos Eternos han pasado el siglo 15.0000.

—¿Cómo es?

—Como nada en absoluto —respondió Harlan con aire taciturno—. Hay mucha vida, pero ninguna es humana. El hombre ha desaparecido.

—¿Muerto? ¿Aniquilado?

—No creo que nadie lo sepa exactamente.

—¿No se puede hacer nada para cambiarlo?

—Bueno, a partir del 70.000... —empezó Harlan, y luego terminó bruscamente—. Olvídalo. Cambia de tema.

Si había un tema sobre el que los Eternos eran casi supersticiosos, eran los «Siglos Ocultos», la época entre los siglos 70.000 y 150.000. Era un tema del que raramente se hablaba. Harlan había averiguado algo acerca del asunto gracias a su estrecha relación con Twissell. Y lo que había averiguado es que los Eternos no podían pasar al Tiempo en todos esos miles de siglos. Las puertas entre la Eternidad y el Tiempo eran impenetrables. ¿Por qué? Nadie lo sabía.

Harlan suponía, a raíz de ciertos comentarios que había oído a Twissell, que se habían llevado a cabo intentos de Cambiar la Realidad en los siglos inmediatamente anteriores al 70.000, pero sin una observación adecuada más allá del 70.000 no se podía hacer mucho.

Una vez, Twissell se había reído del tema y había dicho:

—Algún día pasaremos. Mientras tanto, setenta mil siglos de los que preocuparse son suficientes.

No sonaba convencido del todo.

—¿Qué pasa con la Eternidad más allá del 150.000? —preguntó Cooper.

Harlan suspiró. Por lo visto, no iba a cambiar de tema.

—Nada —respondió—. Las secciones están allí, pero no hay ningún Eterno en ninguna época posterior al 70.000. Las secciones siguen existiendo durante millones de siglos hasta que toda la vida se haya extinguido, y más allá aún. No hay fin para la Eternidad. Por eso se llama Eternidad.

—¿Entonces el sol se convierte en nova?

—Por supuesto. La Eternidad no podría existir si no fuera así. Nova Sol es nuestro suministro de energía. Escucha, ¿sabes cuánta energía se necesita para establecer un Campo Temporal? El primer Campo de Mallansohn duró dos segundos de extremo a extremo, y era tan pequeño que solo cabía la cabeza de una cerilla, pero necesitó de la producción de todo un día de una planta nuclear. Se tardaron casi cien años en construir un Campo Temporal del grosor de un cabello y lo suficientemente largo como para poder recibir el poder radiante de la nova, de tal forma que se pudiera construir un Campo de tamaño suficiente para acoger a un hombre.

Cooper susurró.

—Ojalá dejaran de obligarme a aprender ecuaciones y mecánica de campos y me enseñaran este tipo de cosas interesantes. Si yo hubiera vivido en la época de Mallansohn...

—No habrías aprendido nada. Vivió en el veinticuatro, pero la Eternidad no empezó hasta finales del veintisiete. Inventar el Campo no es lo mismo que construir la Eternidad, sabes, y el resto del veinticuatro no tenía ni la más remota idea de lo que significaba el invento de Mallansohn.

—¿Entonces estaba por delante de su generación?

—Muy por delante. No solo inventó el Campo Temporal, sino que describió las relaciones básicas que hacen la Eternidad posible y predijo casi todos sus aspectos, excepto el Cambio de Realidad. Estamos llegando, Cooper. Después de ti.

Y salieron de la cápsula.

Harlan nunca había visto al computador sénior Twissell enfadado. La gente siempre decía que era incapaz de mostrar ningún tipo de emoción, que era un habitante desalmado de la Eternidad hasta el punto de que había olvidado el número exacto de su siglo de origen. La gente decía que su corazón se había atrofiado a una edad muy temprana y que un ordenador portátil, similar al modelo que siempre llevaba en el bolsillo de su pantalón, lo había reemplazado.

Twissell no hacía nada por negar estos rumores. De hecho, la mayoría de la gente pensaba que él mismo los creía.

Así que, incluso mientras se doblegaba ante la fuerza del ataque de ira que lo golpeó, Harlan todavía tenía espacio en su mente para sorprenderse del hecho de que Twissell pudiera mostrar enojo. Se preguntó si Twissell se avergonzaría más adelante, cuando ya estuviera calmado, al darse cuenta de que su corazón-ordenador lo había traicionado mostrándose como una mera herramienta de válvulas y músculos, sujeta a

la voluntad de las emociones.

—¡Por todos los tiempos! —dijo Twissell con su vieja voz chirriante—, ¿eres miembro del Consejo Temporal? ¿Eres tú el que da las órdenes aquí? ¿Me dices tú a mí qué puedo y qué no puedo hacer? ¿Eres tú el que organiza los viajes en cápsula de esta sección? ¿Tenemos que pedirte ahora permiso a ti?

Se interrumpía a sí mismo con exclamaciones ocasionales del tipo «respóndeme», y luego seguía arrojando preguntas al caldero interrogativo.

Por fin dijo:

—Si vuelves a tomar una decisión de este tipo por ti mismo, te destinaré a reparación de cañerías para siempre. ¿Me entiendes?

Harlan, pálido de la vergüenza, dijo:

—Nunca me dijo que el Novato Cooper no podía viajar en la cápsula.

La explicación no funcionó como emoliente.

—¿Qué tipo de excusa es una negación doble, muchacho? Nunca te dije que lo emborracharas. Nunca te dije que le afeitaras la cabeza. Nunca te dije que le pincharas con una aguja afilada. ¡Por todos los tiempos, muchacho!, ¿qué te dije que hicieras con él?

—Me dijo que le enseñara historia primitiva.

—Entonces hazlo. No hagas nada más que eso.

Twissell dejó caer su cigarrillo y lo aplastó furiosamente con el zapato, como si fuese la cara de su peor enemigo.

—Me gustaría subrayar, computador —dijo Harlan—, que muchos de los siglos de la Realidad actual se parecen de alguna forma a épocas específicas de la historia primitiva. Mi intención era llevarlo a esas épocas, según una cuidadosa tabla espaciotemporal, por supuesto, como viaje de estudio.

—¿Qué? Escucha, listillo, ¿alguna vez se te ha pasado por la cabeza solicitar mi autorización para algo? No. Límitate a enseñarle historia primitiva. Nada de viajes de estudio. Nada de experimentos de laboratorio. Si te dejo, lo próximo será cambiar la Realidad solo para demostrarle cómo se hace.

Harlan se pasó la lengua seca por los labios igual de secos, murmuró su consentimiento y, finalmente, se le permitió irse.

Tardó semanas en recuperarse de la impresión.

4 Computador

Harlan llevaba dos años como técnico cuando regresó al cuatrocientos ochenta y dos por primera vez desde que lo abandonó de la mano de Twissell. Le pareció irreconocible.

No había cambiado. Él sí.

Dos años como técnico habían alterado una serie de cosas. En cierto sentido, había aumentado su sensación de estabilidad. Ya no tenía que aprender un nuevo idioma ni acostumbrarse a nuevas formas de vestir y nuevas formas de vida con cada nuevo proyecto de observación. Por otro lado, había constituido una retirada por su parte. Casi había olvidado la camaradería que unía a todos los demás Especialistas de la Eternidad.

Y, sobre todo, había desarrollado la sensación de poder que le confería ser un técnico. El destino de millones de personas estaba en sus manos, y si uno debía caminar en solitario por eso, también tenía el derecho a caminar con orgullo.

Así que podía mirar fríamente al hombre de comunicaciones que estaba en la recepción del cuatrocientos ochenta y dos y anunciarse con sílabas cortantes:

—Andrew Harlan, técnico, asignado al computador Finge para un proyecto temporal en el cuatrocientos ochenta y dos.

Ignoró el rápido vistazo que le echó el hombre de mediana edad al que se había dirigido.

Era lo que algunos llamaban la «mirada de técnico»: una ojeada rápida e involuntaria al emblema rojo de técnico y luego un esfuerzo casi sobrehumano para no volver a mirar.

Harlan le echó un vistazo al emblema del hombro del otro. No era el amarillo del computador, ni el verde del trazador vital, ni el azul del Sociólogo, ni el blanco del Observador. No era del color intenso del Especialista. Simplemente una barra azul sobre blanco. El hombre pertenecía a Comunicaciones, una subsección de Mantenimiento; no era un Especialista.

Y él también le lanzó la «mirada de técnico».

—¿Y bien? —preguntó Harlan con un deje de tristeza.

—Estoy llamando al computador Finge, señor —respondió rápidamente el hombre.

Harlan recordaba el cuatrocientos ochenta y dos como un siglo sólido y macizo, pero ahora parecía casi escuálido.

Se había acostumbrado al vidrio y la porcelana del quinientos setenta y cinco, a su fetiche por la limpieza. Se había amoldado a un mundo de blancura y claridad, solo interrumpidas por alguna mancha ocasional de tonos pastel.

Las pesadas espirales de yeso del cuatrocientos ochenta y dos, sus pigmentos ostentosos, sus áreas de metales pintados eran casi repulsivos.

Hasta Finge parecía diferente, de alguna forma menor del tamaño natural. Hacía dos años, cada gesto de Finge le había parecido a Harlan siniestro y poderoso. Ahora, desde las elevadas y aisladas alturas de la técnica, el hombre parecía patético y perdido. Harlan lo observó mientras revolvía un grupo de hojas y se preparaba para levantar la cabeza, con el aire del que empieza a pensar que ha hecho esperar lo suficiente a su visitante.

Finge procedía de un siglo centrado en la energía, cerca del seiscientos. Se lo había dicho Twissell, y eso explicaba muchas cosas. Sus ataques de mal humor podían muy bien ser el resultado de la inseguridad natural de un hombre pesado acostumbrado a la firmeza de los campos de fuerza y descontento por tener que vérselas con nada más que pobre materia. Su forma de caminar, de puntillas (Harlan recordaba bien sus pisadas felinas; a menudo levantaba la vista y se encontraba a Finge en la puerta mirándolo fijamente, sin que lo hubiera oído llegar), ya no tenía un aire taimado y de secretismo, sino que era el paso temeroso y reticente de alguien que vive con miedo constante, aunque inconsciente, de que el suelo se rompa bajo sus pies.

Harlan pensó con condescendencia que el hombre se había adaptado muy mal a la sección. Probablemente lo único que le ayudaría sería un nuevo destino.

—Saludos, técnico Harlan —dijo Finge.

—Saludos, computador —respondió Harlan.

—Parece que en los dos años que...

—Dos fisioaños —interrumpió Harlan.

Finge lo miró sorprendido.

—Dos fisioaños, claro.

En la Eternidad no existía el Tiempo tal y como se concebía en el universo exterior, pero los cuerpos de los hombres envejecían y constituían la medida inevitable del Tiempo incluso en ausencia de fenómenos físicos significativos. El Tiempo pasaba fisiológicamente, y en un fisioaño en la Eternidad un hombre se hacía igual de viejo que en un año normal del Tiempo.

Pero hasta el más pedante de los Eternos raramente recordaba la diferencia. Era demasiado fácil decir «nos vemos mañana» o «ayer te eché de menos» o «te veré la semana que viene», como si hubiera un mañana o un ayer o una semana que viene, en otro sentido que no fuera el fisiológico. Y los instintos de la humanidad se satisfacían rigiendo las actividades de la Eternidad según un día de veinticuatro «fisiohoras», con una asunción solemne del día y la noche, del hoy y del mañana.

Finge continuó:

—En los dos fisioaños que han pasado desde que se fue ha ido desarrollándose una crisis en el cuatrocientos ochenta y dos. Una bastante peculiar. Delicada. Casi inaudita. Ahora necesitamos una observación precisa como no la hemos necesitado nunca.

—¿Y quiere que yo sea el Observador?

—Sí. En cierta medida, es una pérdida de talento pedirle a un técnico que realice una tarea de observación, pero sus observaciones anteriores, por claridad y perspicacia, eran perfectas. Lo necesitamos. Déjeme ponerlo al día de unos cuantos detalles...

Pero, fueran cuales fueran esos detalles, Harlan no los conoció en ese momento. Finge habló, pero la puerta se abrió y Harlan no la oyó. Se quedó mirando fijamente a la persona que entró.

No es que no hubiera visto nunca a una mujer en la Eternidad. «Nunca» era una palabra demasiado fuerte. Raras veces sí, pero no nunca.

¡Pero una mujer como esta! ¡Y en la Eternidad!

Harlan había visto a muchas mujeres en sus paseos por el Tiempo, pero en el Tiempo no eran más que objetos para él. Eran hechos que había que observar.

En la Eternidad, una chica era otra cosa. ¡Y una como esta!

Iba vestida al estilo de las clases altas del cuatrocientos ochenta y dos, lo que equivalía a una leve cubierta transparente en la parte superior y finos pantalones hasta por debajo de la rodilla. Estos, aunque lo suficientemente opacos, insinuaban delicadamente las curvas de los glúteos.

Su pelo, cortado a la altura de los hombros, era oscuro y brillante; sus labios rojos, fino el superior y grueso el inferior, formaban un mohín exagerado. Sus pestañas superiores y los lóbulos de sus orejas estaban teñidos de un color rosa pálido y el resto de su joven (casi infantil) rostro era de un sorprendente blanco lechoso. Unos colgantes de joyería descendían desde medio hombro para tintinear ahora en este lado, ahora en el otro de sus gráciles senos, hacia los que llamaban la atención.

Se sentó en su lugar, en un escritorio en la esquina del despacho de Finge, levantando sus pestañas una única vez para pasar su mirada oscura sobre el rostro de Harlan.

Cuando Harlan volvió a escuchar la voz de Finge, el computador decía:

—Recibirá todos los detalles en un informe oficial y, mientras tanto, puede disponer de su antigua oficina y dormitorio.

Harlan se encontró fuera de la oficina de Finge sin recordar los detalles de su marcha. Suponía que había salido caminando.

La emoción más claramente reconocible de todas las que lo inundaban era la ira. ¡Por todos los tiempos!, no deberían permitir a Finge hacer eso. Era malo para la moral. Era una burla...

Se detuvo, dejó de apretar los puños y relajó la mandíbula. ¡Ahora veremos! Sus pisadas resonaron con fuerza en su propio oído mientras se acercaba con paso firme al hombre de Comunicaciones de la recepción.

El hombre levantó la mirada sin cruzarla con la suya y preguntó con cautela:

—¿Sí, señor?

—Hay una mujer en un escritorio en la oficina del computador Finge. ¿Es nueva?
—preguntó Harlan.

Había querido preguntar de manera informal. Había querido que sonara como una pregunta aburrida e indiferente. En cambio, resonó como un par de timbales compitiendo entre ellos.

Pero animó al encargado de Comunicaciones. La expresión de su mirada se transformó en algo que hacía a todos los hombres hermanos. Incluso abarcaba al técnico, lo hacía su compañero.

—¿Se refiere a esa preciosidad? —dijo—. ¡Buf! ¿A que es como un campo de fuerza?

Harlan tartamudeó un poco.

—Limítese a contestar a mi pregunta.

El hombre de Comunicaciones se lo quedó mirando, y parte de su entusiasmo se evaporó.

—Es nueva —dijo—. Es una Temporal.

—¿A qué se dedica?

Una lenta sonrisa se abrió paso en la cara del hombre y creció hasta convertirse en una expresión lasciva.

—Se supone que es la secretaria del jefe. Se llama Noÿs Lambert.

—Gracias —Harlan giró sobre sus talones y desapareció.

El primer viaje de observación al cuatrocientos ochenta y dos tuvo lugar al día siguiente, pero solo duró treinta minutos. Obviamente, era un viaje orientativo con la intención de darle una idea general del estado de las cosas. Entró durante hora y media al día siguiente, y descansó el tercer día.

Se había producido un Cambio de Realidad en el cuatrocientos ochenta y dos, pero era muy pequeño. Un camarilla política había desaparecido, pero no parecía que hubiera ningún otro cambio en la sociedad.

Casi sin darse cuenta adquirió el hábito de leer sus antiguos informes en busca de información sobre la aristocracia. Seguro que había hecho observaciones.

Por supuesto. Pero eran impersonales, distanciadas. Sus datos hacían referencia a ellos como clase, no como individuos.

Claro que sus tablas espaciotemporales nunca le habían exigido, o incluso permitido, que observara a la aristocracia desde dentro. Cualesquiera que fueran los motivos para ello, estaban más allá del ámbito de un Observador. Se impacientó consigo mismo por sentir curiosidad por ese tema ahora.

Durante esos tres días había visto a la chica, Noÿs Lambert, cuatro veces. Al principio solo había sido consciente de sus ropas y ornamentos. Ahora se dio cuenta de que medía un metro setenta, media cabeza más baja que él, pero lo suficientemente delgada y con un porte erguido y grácil que daban la sensación de esbeltez. Era mayor de lo que aparentaba a primera vista, quizá llegando a los treinta, y con toda seguridad mayor de veinticinco años.

Era silenciosa y reservada; le sonrió una vez cuando se cruzaron por el pasillo y luego bajó la mirada. Harlan se hizo a un lado para evitar tocarla y luego siguió

caminando furiosamente.

Al final del tercer día Harlan estaba empezando a pensar que su deber como Eterno solo le dejaba una alternativa. Sin lugar a dudas, su posición era muy cómoda para ella. Sin lugar a dudas, Finge estaba dentro de los márgenes de la ley. Pero la indiscreción de Finge en el asunto, su dejadez, iban con toda seguridad contra el espíritu de la ley, y alguien debía hacer algo al respecto.

En la mañana del cuarto día Harlan solicitó y recibió permiso para ver a Finge en privado. Entró en el despacho con paso decidido y, para su propia sorpresa, fue directo al grano:

—Computador Finge, sugiero que la señorita Lambert regrese al Tiempo.

Los ojos de Finge se estrecharon. Hizo un gesto con la cabeza en dirección a una silla, colocó las manos entrelazadas bajo su barbilla blanda y redonda y mostró algunos de sus dientes.

—Bueno, siéntese. Siéntese. ¿Cree que la señorita Lambert es incompetente? ¿Poco apropiada, quizá?

—Con respecto a su incompetencia o propiedad, computador Finge, no puedo opinar. Depende del uso que se le dé, y yo no le he dado ninguno. Pero debe darse cuenta de que es perjudicial para la moral de la sección.

Finge lo observó con frialdad, como si la mente del computador estuviera sopesando abstracciones más allá del entendimiento de un Eterno.

—¿De qué forma es perjudicial para la moral, técnico?

—No hace falta que lo pregunte —respondió Harlan, cada vez más enojado—. Su traje es exhibicionista. Su...

—Espere, espere. Espere un minuto, Harlan. Usted ha sido Observador de esta era. Sabe que sus ropas son el estándar del cuatrocientos ochenta y dos.

—En su propio ambiente, en su propio entorno cultural, no tendría nada que objetar, aunque puedo decirle con toda franqueza que su traje es excesivo incluso para el cuatrocientos ochenta y dos. Déjeme que sea yo quien lo juzgue. Aquí, en la Eternidad, una persona como ella está totalmente fuera de lugar.

Finge asintió lentamente. Parecía que estaba disfrutando. Harlan se pudo rígido.

—Está aquí con un propósito deliberado —respondió Finge—. Está llevando a cabo una función esencial. Es solo temporal. Intente soportarla mientras tanto.

La barbilla de Harlan tembló. Había protestado y lo habían rechazado. A tomar viento la precaución. Diría lo que tenía que decir:

—Puedo imaginar perfectamente cuál es su «función esencial». No se le permitirá mantenerla tan a la vista.

Se giró rígidamente y caminó hacia la puerta. La voz de Finge lo detuvo.

—Técnico, es posible que su relación con Twissell le haya proporcionado una visión distorsionada sobre su propia importancia. ¡Corrígjala! Y mientras tanto, dígame, técnico: ¿alguna vez ha tenido una... —dudó, buscando la palabra adecuada— novia?

Con una precisión insultante, todavía de espaldas, Harlan citó:

—«En interés de evitar cualquier vinculación emocional con el Tiempo, un Eterno no puede casarse. En interés de evitar cualquier vinculación emocional con la familia, un Eterno no puede tener descendencia».

—No le he preguntado sobre el matrimonio o los hijos —dijo el computador con gravedad.

Harlan continuó citando:

—«Se pueden establecer relaciones esporádicas con Temporales, previa solicitud al Consejo Central de Tablas del Consejo Temporal de un trazado vital adecuado del Temporal en cuestión. La relación se llevará a cabo siguiendo las pautas de una tabla espaciotemporal específica para cada caso».

—Cierto. ¿Alguna vez ha solicitado relaciones esporádicas, técnico?

—No, computador.

—¿Planea hacerlo?

—No, computador.

—Quizá debería. Le proporcionaría una mayor amplitud de miras. Así le preocuparían menos los detalles de las ropas de una mujer, o sus posibles relaciones personales con otros Eternos.

Harlan salió del despacho, mudo de la ira.

Le pareció casi imposible llevar a cabo sus exploraciones casi diarias del cuatrocientos ochenta y dos (el periodo de tiempo interrumpido más largo no llegaba a las dos horas).

Existían las relaciones. Todo el mundo lo sabía. La Eternidad siempre había sido consciente de la necesidad de satisfacer los apetitos humanos (a Harlan esa frase le producía cierta repulsión), pero las restricciones que había a la hora de elegir compañera convertían el compromiso en cualquier cosa menos relajado, cualquier cosa menos generoso. Y se esperaba de aquellos que tenían la tremenda suerte de poder acceder a semejante privilegio que fueran lo más discretos que fuera posible, por decencia y consideración hacia la mayoría.

Entre las clases más bajas de la Eternidad, en concreto en Mantenimiento, siempre circulaban rumores (mitad esperanzados, mitad resentidos) de que se importaban mujeres con una cierta regularidad para motivos obvios. Los rumores siempre apuntaban a los computadores y los trazadores vitales como los grupos beneficiarios. Ellos y solo ellos podían decidir qué mujeres podían extraerse del Tiempo sin riesgos de Cambios de Realidad significativos.

Menos sensacionalistas (y, por lo tanto, menos merecedoras de ser contadas) eran las historias acerca de los empleados Temporales que cada sección contrataba de vez en cuando (cuando lo permitían los análisis espaciotemporales) para realizar las tediosas funciones de cocinar, limpiar y tareas por el estilo.

Pero una Temporal, y semejante Temporal, empleada como «secretaria» solo

podía querer decir que a Finge no le preocupaban en absoluto los ideales que hacían de la Eternidad lo que era.

Independientemente de la dura realidad que era el hecho de que los hombres prácticos de la Eternidad rendían un homenaje superficial a la regla, era cierto que el Eterno ideal era un hombre de gran dedicación que vivía para la misión que tenía que llevar a cabo, para la mejora de la Realidad y la suma de la felicidad humana. A Harlan le gustaba pensar que la Eternidad era como los monasterios de los tiempos primitivos.

Esa noche soñó que hablaba con Twissell sobre el asunto y que Twissell, el Eterno ideal, compartía su horror. Soñó con un Finge roto, despojado de su cargo. Soñó consigo mismo con la insignia amarilla de computador, instituyendo un nuevo régimen en el cuatrocientos ochenta y dos y destinando a Finge a un nuevo puesto en Mantenimiento. Twissell estaba sentado a su lado, sonriendo con admiración mientras él diseñaba un nuevo gráfico organizativo, claro, ordenado, consistente, y ordenaba a Noÿs Lambert que distribuyera copias del mismo.

Pero Noÿs Lambert estaba desnuda, y Harlan se despertó temblando y avergonzado.

Un día se encontró a la chica en un pasillo y se hizo a un lado, la mirada desviada, para dejarla pasar.

Pero ella se quedó allí de pie, mirándolo, hasta que tuvo que mirarla él también a ella. Estaba radiante, llena de vida, y Harlan fue consciente de su leve perfume.

—Usted es el técnico Harlan, ¿verdad? —preguntó.

Su primer impulso fue girar la cabeza y abrirse paso, pero, después de todo, se dijo, no era culpa de ella. Además, para hacerlo habría tenido que tocarla.

Así que asintió brevemente.

—Sí.

—Me han dicho que es usted todo un experto en nuestro Tiempo.

—He estado en él.

—Me encantaría hablar con usted sobre el tema algún día.

—Estoy ocupado. No tengo tiempo.

—Pero señor Harlan, seguro que puede encontrar un rato libre.

Le sonrió.

Harlan contestó en un susurro desesperado.

—¿Le importaría seguir, por favor? ¿O hacerse a un lado para que pueda pasar? ¡Por favor!

Ella se movió con un lento balanceo de sus caderas que hizo que la sangre afluyera a borbotones a las ya de por sí avergonzadas mejillas de Harlan.

Estaba furioso con ella por haberlo avergonzado, estaba furioso consigo mismo por haberse avergonzado y, sobre todo, y por algún oscuro motivo, estaba furioso con Finge.

Finge lo llamó a su despacho al cabo de dos semanas. Sobre su escritorio había una película perforada cuya extensión y complejidad fueron suficientes para que Harlan se diera cuenta en el acto de que no se trataba de una discusión sobre sus excursiones de media hora en el Tiempo.

—¿Le importaría sentarse, Harlan, y echarle un vistazo a esto ahora mismo? —preguntó Finge—. No, visualmente no. Use la máquina.

Harlan levantó las cejas de forma indiferente e insertó cuidadosamente la hoja entre los labios del escáner del escritorio de Finge. Pasó lentamente por los intestinos de la máquina y, en ese proceso, el patrón perforado fue traduciendo en palabras que aparecían en el rectángulo blanquecino que constituía el documento visual.

A mitad del proceso, la mano de Harlan salió disparada y desconectó el escáner. Tiro del fino papel con tal fuerza que desgarró su fuerte estructura de celulosa.

—Tengo otra copia —dijo Finge tranquilamente.

Pero Harlan estaba sujetando los restos entre el dedo pulgar y el índice, como si pudieran explotar.

—Computador Finge, debe de haber un error. No creo que vaya a utilizar la casa de esta mujer como base para mi próxima estancia de una semana en el Tiempo.

El computador frunció los labios.

—¿Por qué no, si tales son los requerimientos espaciotemporales? Si existe un problema de naturaleza personal entre usted y la señorita Lam...

—No hay ningún problema en absoluto —interrumpió Harlan acaloradamente.

—Hay algún tipo de problema. Dadas las circunstancias, le explicaré ciertos aspectos del problema Observacional. Por supuesto, espero que no tome esto como un precedente.

Harlan no movió ni un músculo. Pensaba con rapidez. Normalmente, el orgullo profesional le habría forzado a desdeñar la explicación. Como Observador, o como técnico, poco importaba: cumplía con su trabajo más allá de toda duda. Y normalmente un computador ni siquiera concebiría dar explicaciones.

Sin embargo, había algo inusual. Harlan se había quejado en relación con la chica, la supuesta secretaria. Finge temía que la queja fuera más allá («la culpa es rauda cuando nadie la persigue», pensó Harlan con macabra satisfacción, e intentó recordar dónde había leído esa frase).

Por tanto, la estrategia de Finge era obvia. Al colocar a Harlan en el lugar de residencia de la mujer estaría preparado para lanzar contraacusaciones si el asunto llegaba lo suficientemente lejos. El valor de Harlan como testigo en su contra sería anulado.

Y, por supuesto, tendría una valiosa explicación para ubicar a Harlan en semejante lugar, y era esta. Harlan escuchó con mal disimulado desprecio.

—Como bien sabe —dijo Finge—, todos los siglos son conscientes de la existencia de la Eternidad. Saben que supervisamos el comercio intertemporal. Creen que esa es nuestra función principal, y eso es bueno. También tienen una vaga idea de

que estamos aquí para evitar toda suerte de catástrofes. Eso es más una superstición que otra cosa, pero es más o menos correcta, y también es bueno. Proporcionamos a las generaciones una imagen paternal en masa y una cierta sensación de seguridad. Es consciente de todo eso, ¿verdad?

Harlan pensó: «¿Es que se cree que todavía soy un Novato?».

Pero se limitó a asentir brevemente.

Finge continuó:

—Sin embargo, hay ciertas cosas que no deben saber. La más importante de todas ellas es, por supuesto, la forma en que alteramos la Realidad cuando es necesario. La inseguridad que tal conocimiento provocaría sería de lo más nociva. Siempre es necesario eliminar de la Realidad cualquier factor que pudiera llevar a ese conocimiento, y nunca hemos tenido ningún problema con ello. Sin embargo, siempre hay otras creencias indeseables sobre la Eternidad que aparecen de vez en cuando en un siglo u otro. Normalmente, las creencias peligrosas son aquellas que se concentran específicamente en las clases predominantes de la época, las clases que tienen mayor contacto con nosotros y que, a la vez, portan la pesada carga de lo que se denomina opinión pública.

Finge hizo una pausa, como si esperara que Harlan hiciera algún comentario o formulara alguna pregunta. No hizo ni lo uno ni lo otro.

Finge continuó:

—Desde el Cambio de Realidad 433-486, número de serie F-2, que tuvo lugar aproximadamente hace un año, un fisioaño, hemos tenido pruebas del crecimiento en la Realidad de una de esas creencias indeseables. He llegado a ciertas conclusiones acerca de la naturaleza de tales creencias y se las he presentado al Consejo Temporal. El Consejo es reacio a aceptarlas, dado que dependen de la realización de un alterno del Patrón de Computación de probabilidad extremadamente baja. Antes de actuar en consonancia con mi recomendación, insisten en confirmarlo mediante observación directa. Es un trabajo muy delicado, que es por lo que lo he solicitado a usted y por lo que el computador Twissell permitió que fuese solicitado. Otra cosa que hice fue localizar a un miembro de la aristocracia actual que pensara que sería excitante o emocionante trabajar en la Eternidad. La coloqué en esta oficina y la he observado atentamente para determinar si era adecuada para nuestro propósito...

Harlan pensó: «¡Observado atentamente! ¡Claro!».

Una vez más su ira se centró en Finge, en lugar de en la mujer.

Finge seguía hablando:

—Es adecuada en todos los sentidos. Ahora la devolveremos a su Tiempo. Utilizando su morada como base, usted será capaz de estudiar la vida social de su entorno. ¿Entiende ahora el motivo por el que tenía a la chica aquí y el motivo por el que quiero que viva en su casa?

—Lo entiendo muy bien, se lo aseguro —respondió Harlan con ironía patente.

—Entonces aceptará esta misión.

Harlan salió del despacho con el ardor de la batalla dentro de su pecho. Finge no iba a ser más listo que él. No iba a utilizarlo.

Con toda seguridad era este ardor, su determinación de burlarse de Finge, lo que le provocó experimentar ansiedad, casi excitación, ante su próximo viaje al cuatrocientos ochenta y dos.

Con toda seguridad no era nada más.

5 Temporal

La propiedad de Noÿs Lambert estaba bastante aislada, aunque era de fácil acceso desde una de las ciudades más grandes del siglo. Harlan conocía bien la ciudad, mejor de lo que la podía conocer cualquiera de sus habitantes. En sus observaciones de exploración de esta Realidad, había visitado cada barriada de la urbe y cada década dentro del alcance de la sección.

La conocía en el espacio y en el tiempo. Podía reconstruirla, verla como un organismo, viviendo y creciendo, con sus catástrofes y sus recuperaciones, sus alegrías y sus problemas. Ahora se le había concedido una semana de Tiempo en esa ciudad, en un momento de animación suspendida de su lenta existencia de acero y hormigón.

Más aún, sus exploraciones preliminares se habían centrado más y más en los perioeci, los habitantes más importantes de la ciudad, pero que vivían fuera de la misma, en un aislamiento espacioso y relativo.

El cuatrocientos ochenta y dos era uno de los muchos siglos en los que las riquezas estaban distribuidas irregularmente. Los sociólogos tenían una ecuación (que Harlan había visto impresa, pero que entendía vagamente) para el fenómeno. Era válida para cualquier siglo basándose en tres relaciones, y en el cuatrocientos ochenta y dos esas relaciones estaban cerca de los límites permisibles. Los sociólogos se lamentaban negando con la cabeza y Harlan había oído a uno decir una vez que sería necesaria «Observación de primera mano» si se producía un mayor deterioro con nuevos Cambios de Realidad.

Pero había que concederle algo a las relaciones desfavorables en la ecuación de la distribución de la riqueza: implicaban la existencia de una clase privilegiada y el desarrollo de un estilo de vida que, cuanto menos, fomentaba la cultura y los modales. Mientras el otro lado de la balanza no estuviera demasiado desproporcionado, mientras las clases privilegiadas no olvidaran completamente sus responsabilidades al tiempo que disfrutaban de sus privilegios, mientras su cultura no tomara derroteros evidentemente poco saludables, siempre existía la tendencia Eterna de perdonar el desvío del patrón ideal de distribución de la riqueza y buscar otras disfunciones menos atractivas.

Harlan comenzó a comprenderlo contra su voluntad. Normalmente, sus estancias nocturnas en el Tiempo implicaban hoteles en las zonas más pobres, donde un hombre podía permanecer de forma anónima fácilmente, donde se ignoraba a los extraños, donde una presencia más o menos no era nada y, por consiguiente, no provocaba más que un ligero temblor en el tejido de la Realidad. Cuando incluso eso era poco aconsejable, cuando había una buena posibilidad de que el temblor superara el punto crítico y derrumbara una parte significativa del castillo de naipes que era la Realidad, no era infrecuente que tuviera que dormir en algún cobertizo del campo.

Y era normal estudiar varios cobertizos para ver cuál sería menos visitado por los

granjeros, mendigos e incluso perros callejeros durante la noche.

Pero ahora Harlan, en el otro extremo de la escala, dormía en una cama con una superficie de materia campopermeada, una conjunción peculiar de materia y energía que solo era accesible para los niveles más altos de la sociedad. En el Tiempo, era menos común que la materia pura, pero más que la energía pura. En cualquier caso se amoldaba al cuerpo al tumbarse, firme cuando estaba quieto, cediendo cuando se movía o giraba. A regañadientes confesó su atracción por semejantes objetos, y aceptó la sabiduría que dictaba que cada Sección de la Eternidad viviera en la escala media de su siglo, en lugar de en el nivel de mayor comodidad. De esa forma mantendría el contacto con los problemas y el sentimiento del siglo, sin sucumbir a identificarse demasiado con ningún extremo sociológico.

La primera noche, Harlan pensó que era fácil vivir con los aristócratas.

Y justo antes de quedarse dormido pensó en Noÿs.

Sonó que estaba en el Consejo Temporal, los dedos austeramente entrelazados. Miraba desde la altura a un minúsculo Finge, que escuchaba con terror la sentencia que lo exiliaba de la Eternidad y lo forzaba a una observación perpetua de uno de los siglos desconocidos, muy, muy adelante en el Tiempo. Las sombrías palabras del exilio salían de la propia boca de Harlan, e inmediatamente a su derecha estaba sentada Noÿs Lambert.

Al principio no se había dado cuenta, pero sus ojos no paraban de desviarse a su derecha, y su voz titubeaba.

¿Es que nadie más la veía? El resto de los miembros del Consejo miraban fijamente hacia delante, excepto Twissell. Se giró para sonreír a Harlan, observando a través de la chica, como si no estuviera allí.

Harlan quería ordenarle que se fuera, pero las palabras no le salían de la boca. Intentó golpear a la chica, pero su brazo se movió con lentitud y ella no se apartó. Su carne estaba fría.

Finge se reía, más alto, más alto...

... y era Noÿs Lambert riéndose.

Harlan abrió los ojos para dejar pasar la luz del sol y observó con horror a la chica por un momento, hasta que recordó dónde estaban ambos.

—Estaba usted quejándose y golpeando la almohada —dijo—. ¿Ha tenido una pesadilla?

Harlan no respondió.

—Su baño está listo —dijo ella—. Al igual que sus ropas. Lo he dispuesto todo para que se una a la reunión de esta noche. Me siento un poco rara al regresar a mi vida normal tras estar tanto tiempo en la Eternidad.

Harlan se sintió sumamente inquieto ante el torrente de palabras de la mujer.

—Espero que no les dijera quién soy —dijo.

—Por supuesto que no.

¡Por supuesto que no! Finge se habría encargado del asunto haciendo uso de la

narcosis si fuera necesario. Sin embargo, podría no haberlo considerado necesario. Después de todo, la había observado atentamente. La idea lo incomodó.

—Preferiría que me dejaran solo en la medida de lo posible —dijo.

Ella lo miró con aire vacilante durante uno o dos segundos, y luego salió de la habitación.

Harlan se dedicó al ritual mañanero de asearse y vestirse. No tenía grandes esperanzas de una tarde emocionante. Tendría que hablar tan poco como fuera posible, hacer tan poco como fuera posible, ser parte de la pared tanto como fuera posible. Su verdadera función era la de ser un par de oídos y un par de ojos. Su mente, que, idealmente, no debía tener otra función, conectaba esos sentidos al informe final.

Normalmente no le molestaba no saber qué estaba buscando como Observador. Le habían enseñado de Novato que un Observador no debe tener ideas preconcebidas acerca de qué datos se desea que proporcione y a qué conclusiones se espera que llegue. El conocimiento, se decía, distorsionaría automáticamente su punto de vista, sin importar cuán concienzudo intentara ser.

Pero, dadas las circunstancias, la ignorancia era irritante. Harlan sospechaba que no había nada que buscar, que de alguna forma estaba jugando al juego de Finge. Entre eso y Noÿs...

Miró fijamente su propia imagen reflejada por el reflector con precisión tridimensional a un par de metros de él. Las prendas colgantes del cuatrocientos ochenta y dos, sin cierres y de colores vivos, le daban un aspecto, en su opinión, totalmente ridículo.

Noÿs Lambert llegó corriendo justo después de que acabara un solitario desayuno servido por un mecánico.

—Es junio, técnico Harlan —dijo sin aliento.

—No use el título aquí —respondió él abruptamente—. ¿Y qué si es junio?

—Pero era febrero cuando llegué a... —Hizo una pausa, dudando—. A ese sitio, y eso fue hace solo un mes.

Harlan frunció las cejas.

—¿En qué año estamos?

—El año es el correcto.

—¿Está segura?

—Sí. ¿Ha habido algún error?

Tenía la molesta costumbre de acercarse mucho a él cuando hablaba y su leve ceceo (un rasgo más del siglo que de ella misma) hacía que pareciese un niño desamparado. Harlan no se dejó engañar y se alejó.

—Ningún error. Ha sido colocada aquí porque era lo más adecuado. En realidad, en el Tiempo, usted ha estado aquí en todo momento.

—Pero ¿cómo es posible? —Parecía todavía más asustada—. No recuerdo nada

en absoluto. ¿Es que hay dos yoes?

Harlan estaba mucho más enfadado de lo que el asunto requería. ¿Cómo podía explicarle la existencia de microcambios inducidos por toda interferencia con el Tiempo y que podían alterar las vidas de cada individuo sin un efecto apreciable para el siglo como tal? Los mismos Eternos olvidaban a veces la diferencia entre los microcambios («c» minúscula) y los Cambios («C» mayúscula) que alteraban significativamente la realidad.

—La Eternidad sabe lo que está haciendo —dijo—. No haga preguntas.

Lo dijo con orgullo, como si él mismo fuese un computador sénior y hubiera decidido personalmente que junio era el momento adecuado en el tiempo y que un microcambio inducido al saltarse tres meses no se convertiría en Cambio.

—Pero entonces he perdido tres meses de mi vida —dijo ella.

Harlan suspiró.

—Sus movimientos en el Tiempo no tienen nada que ver con su edad fisiológica.

—Bueno, ¿sí o no?

—¿Sí o no, qué?

—¿He perdido o no tres meses?

—¡Por todos los tiempos!, mujer, se lo estoy diciendo tan claramente como puedo. No ha perdido nada de tiempo de su vida. No puede.

Ella se echó hacia atrás ante su grito y luego, repentinamente, se rio.

—Tiene un acento muy gracioso —dijo—. Sobre todo cuando se enfada.

Frunció las cejas ante su retirada ¿Qué acento? Hablaba cincuentamilenario tan bien como cualquiera de la Sección. Probablemente mejor.

¡Mujer estúpida!

Se encontró a sí mismo frente al reflector, mirando fijamente a su imagen, que a su vez lo miraba fijamente a él, con profundas arrugas verticales entre los ojos.

Dejó de fruncir el ceño y pensó: no soy guapo. Mis ojos son demasiado pequeños, me sobresalen las orejas y mi barbilla es demasiado grande.

Nunca se había parado a pensar sobre este hecho, pero ahora se le ocurrió, casi repentinamente, que sería agradable ser guapo.

Por la noche Harlan añadió sus notas a las conversaciones que había reunido, aprovechando que todavía las tenía recientes.

Como siempre en estos casos, había utilizado una grabadora molecular del siglo 55. Era un cilindro delgado sin ninguna característica destacable, de unos diez centímetros de largo y tres de diámetro. Era de un color marrón profundo e indefinido. Cabía fácilmente en el puño, en un bolsillo o en el forro, dependiendo del tipo de ropa, o incluso se podía colgar del cinturón, de un botón o de una pulsera.

Estuviera donde estuviera, tenía la capacidad de grabar unos veinte millones de palabras en cada uno de sus tres niveles de energía molecular. Con un extremo del cilindro conectado a un transcriptor que resonaba con eficiencia en el oído de Harlan

y el otro conectado al pequeño micrófono situado en sus labios, Harlan podía escuchar y hablar simultáneamente.

Cada sonido producido durante las horas de la «reunión» se repetía ahora en su oído y, mientras escuchaba, pronunciaba palabras que se grababan en un segundo nivel, coordinadas, pero distintas a las del nivel primario en el que se había grabado la reunión. En este segundo nivel describía sus propias impresiones, las dotaba de sentido, marcaba las correlaciones. Al final, cuando hiciera uso de la grabadora para redactar un informe, no dispondría únicamente de una grabación sonido a sonido, sino de una reconstrucción anotada.

Noÿs Lambert entró en el cuarto. No se molestó en anunciar su entrada de ninguna forma.

Molesto, Harlan se quitó el auricular y el micrófono, los ajustó a la grabadora molecular y lo colocó todo en la funda. A continuación la cerró.

—¿Por qué está tan enfadado conmigo? —preguntó Noÿs. Llevaba los brazos y los hombros al descubierto y sus largas piernas brillaban débilmente por el material espumoso que las cubría.

—No estoy enfadado —respondió él—. No tengo ningún sentimiento en absoluto con respecto a usted.

En ese momento pensaba que la afirmación era rigurosamente cierta.

—¿Todavía está trabajando? —preguntó ella—. Debe de estar agotado.

—No puedo trabajar si está usted aquí —respondió Harlan irritado.

—¿Ve como está enfadado conmigo? No me ha dirigido la palabra en toda la noche.

—Hablé tan poco como pude con todo el mundo. No estaba allí para conversar.

Quería que se fuera, pero ella dijo:

—Le he traído algo de beber. Me pareció que le gustó cuando la tomó en la reunión, y una no es suficiente. Especialmente si va a trabajar.

Harlan percibió el pequeño mecano parado detrás de ella, deslizándose sobre un débil campo de fuerza.

Apenas había comido esa noche. Se había dedicado a picar de distintos platos sobre los que había informado con todo detalle en anteriores observaciones, aunque entonces se había abstenido de probarlos (salvo en casos de investigación de datos concretos). Muy a su pesar, le habían gustado. Y muy a su pesar, le había gustado la bebida con sabor a menta, de color verde claro y ligeramente espumosa (aunque no tenía contenido alcohólico), que estaba de moda en ese momento. Dos fisioaños atrás, antes del último Cambio de Realidad, no existía.

Harlan cogió la bebida del mecano con un austero gesto de la cabeza como señal de agradecimiento a Noÿs.

¿Por qué un Cambio de Realidad que prácticamente no había causado ningún efecto físico en el siglo había provocado la aparición de una nueva bebida? Bueno, no era computador, así que no tenía sentido hacerse esa pregunta. Además, ni siquiera

las Computaciones más detalladas podrían eliminar nunca todas las incertidumbres, todos los efectos aleatorios. Si no fuera así, no habría necesidad de Observadores.

Noÿs y él estaban solos en la casa. En las dos últimas décadas los mecanos se habían hecho de lo más populares, y permanecerían así durante al menos una década más en esta Realidad, así que no había ningún sirviente humano.

Por supuesto, siendo la mujer tan independiente económicamente como el hombre, y capaz de conseguir la maternidad si lo deseaba sin necesidad de concepción física, no podía haber nada impropio en el hecho de que estuvieran solos y juntos, al menos a los ojos del siglo cuatrocientos ochenta y dos.

Y, aun así, Harlan sentía que estaba en una situación comprometida.

La chica se había tumbado, apoyándose en el codo, en un sofá enfrente de él. Su funda estampada se hundía bajo ella como si estuviera ávida de abrazarla. Se había quitado los zapatos transparentes que llevaba y los dedos de sus pies se encogían y extendían sobre el material flexible, como las suaves patas de un gato lujoso.

Agitó la cabeza y, fuese lo que fuese lo que había estado sosteniendo su pelo en un arreglo vertical de mechones entrelazados, se soltó. El aire se movió alrededor de su cuello y sus hombros desnudos se hicieron aún más pálidos y deliciosos al contraste con la oscuridad de su pelo.

—¿Cuántos años tiene? —murmuró.

No debería haber contestado a eso bajo ningún concepto. Era una pregunta personal y la respuesta no era asunto suyo. Lo que tenía que haber dicho en ese punto, con firmeza absoluta, era: «¿Le importaría dejarme trabajar?». En cambio, se oyó a sí mismo decir:

—Treinta y dos.

Quería decir fisioaños, naturalmente.

—Soy más joven que usted —dijo ella—. Tengo veintisiete años. Pero supongo que no siempre pareceré más joven que usted. Supongo que usted seguirá siendo así cuando yo sea una anciana. ¿Qué le hizo decidir tener treinta y dos? ¿Puede cambiarlo si quiere? ¿No le gustaría ser más joven?

—¿De qué está hablando? —Harlan se frotó la frente para aclarar su mente.

—Usted vive para siempre —respondió ella suavemente—. Es un Eterno.

¿Era una pregunta o una afirmación?

—Está loca —dijo él—. Nos hacemos mayores como todo el mundo.

—Y que lo diga.

Su voz era suave y sensual. El idioma cincuentamilenario, que siempre la había parecido tosco y desagradable, parecía eufónico después de todo. ¿O era simplemente que su estómago lleno y el aire perfumado habían adormecido sus oídos?

—Puede ver todos los Tiempos, visitar todos los lugares —dijo ella—. Deseaba tanto trabajar en la Eternidad... Esperé durante mucho tiempo hasta que me lo permitieron. Pensé que a lo mejor me hacían una Eterna, y luego descubrí que solo había hombres allí. Algunos de ellos ni siquiera me hablaban porque era una mujer.

Usted no me hablaba.

—Estamos ocupados —balbució Harlan, luchando por evitar algo que solo podía describirse como alegría adormecida—. Estaba muy ocupado.

—Pero ¿por qué no hay más mujeres Eternas?

Harlan no se atrevió a hablar. ¿Qué podía decir? Que se elegía a los miembros de la Eternidad con un cuidado infinito, pues tenían que cumplir dos condiciones. Primero, debían estar preparados para el puesto; segundo, su eliminación del Tiempo no debía tener ningún efecto perjudicial para la Realidad.

¡Realidad! Esa era la palabra que no debía mencionar en ninguna circunstancia. Notó cómo se acentuaba la sensación de vértigo en su cabeza y cerró los ojos para detenerla.

Cuántos candidatos excelentes habían permanecido inalterados en el Tiempo porque su ingreso en la Eternidad habría significado el no-nacimiento de niños, la no-muerte de mujeres y hombres, el no-matrimonio, no-suceso, no-circunstancia que habría alterado la Realidad en un sentido que el Consejo Temporal no podía permitir.

¿Podía explicarle todo eso? Por supuesto que no. ¿Podía decirle que las mujeres casi nunca eran aptas para la Eternidad porque, por alguna razón que él no entendía (a lo mejor los computadores sí, pero él desde luego no), era de diez a cien veces más probable que su retirada del Tiempo distorsionara la Realidad que si se retiraba a un hombre?

(Todos estos pensamientos se agolpaban en su cabeza, girando desorientados, uniéndose unos a otros en una asociación libre que producía resultados extraños, casi grotescos, pero no del todo desagradables. Noÿs se había acercado y le sonreía).

Oyó su voz como una brisa cálida:

—¡Ah, los Eternos! Son tan misteriosos. No quieren compartir nada. Hágame una Eterna.

Su voz era ahora un sonido que no se unía en palabras separadas, era un simple sonido delicadamente modulado que se insinuaba en su mente.

Quería, ansiaba decirle: No hay diversión en la Eternidad, señorita. ¡Se trabaja! Se trabaja para planear todos los detalles de todos los tiempos desde el principio de la Eternidad hasta aquel donde la tierra está vacía, y se intenta planear todas las posibilidades infinitas de todos los podría-haber-sido, y se elige un podría-habersido que es mejor que lo que es y se decide en qué punto del Tiempo se puede hacer un cambio minúsculo para obtener un nuevo es, y se buscan nuevos podría-habersido, y así una y otra vez, para siempre, y así es como ha sido desde que Vikkor Mallansohn descubrió el Campo Temporal en el veinticuatro, atrás en el Tiempo, en el primitivo siglo veinticuatro, el misterioso Mallansohn que nadie conoce y que inició la Eternidad, en serio, y el nuevo podría-ser, por siempre jamás y...

Agitó la cabeza, pero el remolino de pensamientos siguió dando vueltas y vueltas en saltos y rupturas aún más extraños e irregulares, hasta que llegó a un repentino destello de iluminación que persistió durante un brillante segundo y luego murió.

Ese momento lo calmó. Quiso agarrarse a él, pero había desaparecido.

¿La bebida de menta?

Noÿs estaba aún más cerca; su rostro no estaba claro a su vista. Podía sentir su pelo contra su mejilla, la presión cálida y ligera de su aliento. Debía alejarse, pero (por raro que pareciera) se dio cuenta de que no quería.

—Si me hicieran Eterna... —murmuró ella, casi en su oído, aunque las palabras apenas se oían por encima del latido de su corazón. Sus labios estaban húmedos y separados—. ¿No le gustaría?

Harlan no sabía a qué se refería, pero tampoco le importó. Se sentía arder. Extendió sus brazos torpemente, a tientas. Ella no se resistió, sino que se fundió con él.

Todo sucedió como en un sueño, como si le estuviera pasando a otra persona.

No era ni remotamente tan repulsivo como siempre había imaginado que debía ser. Se le ocurrió de repente, como una revelación, que no era repulsivo en absoluto.

Incluso después, cuando ella se apoyó sobre él con los ojos cerrados y una medio sonrisa, sintió que tenía que acariciar su pelo húmedo con lento y tembloroso placer.

Ahora ella era completamente distinta para él. No era una mujer, ni siquiera era un individuo. De repente era un aspecto de sí mismo. Era, de una forma extraña e inesperada, una parte de sí mismo.

La tabla espaciotemporal no decía nada de esto, pero Harlan no sintió ningún remordimiento. Solo la idea de Finge producía algún tipo de sentimiento en su pecho. Y no era remordimiento. Para nada.

Era satisfacción, incluso triunfo.

Harlan no podía dormir. La confusión mental se había desvanecido, pero todavía quedaba el hecho de que, por primera vez en su vida como adulto, una mujer había compartido su cama.

Podía oír su suave respiración y, en la escasa fluorescencia a la que se habían reducido las luces del techo y las paredes, podía ver su cuerpo como una simple sombra a su lado.

Solo tenía que mover su mano para sentir la calidez y suavidad de su carne, y no se atrevió a hacerlo por temor a despertarla del sueño que estuviera teniendo. Es como si estuviese soñando por los dos, soñando consigo misma y con él y con todo lo que había ocurrido, y como si despertarla fuera a barrerlo todo de la existencia.

Era una idea que parecía un retazo de esas otras ideas extrañas e inusuales que había tenido hacía un momento...

Habían sido ideas muy raras que lo habían asaltado en un momento muy delicado. Intentó revivirlas y no pudo. Y, de repente, era muy importante que las reviviera. Porque, aunque no podía recordar los detalles, sí recordaba que, por solo un instante, había entendido algo.

No estaba seguro de qué era ese algo, pero se había producido la claridad

sobrenatural del duermevela, cuando algo más que el ojo y la mente mortales parece cobrar vida.

Aumentó su ansiedad. ¿Por qué no podía acordarse? Había tenido tanto a su alcance... De momento, hasta la joven que dormía a su lado se desvanecía en la parte trasera de su mente.

Pensó: Si sigo el hilo... Estaba pensando en la Realidad y la Eternidad... Sí, y en Mallansohn... ¡y en el Novato! Se paró ahí. ¿Por qué el Novato? ¿Por qué Cooper? No había pensado en él.

Pero si no había pensado en él, ¿por qué se acordaba de Brinsley Sheridan Cooper ahora?

Frunció el entrecejo. ¿Cuál era la verdad que conectaba todo esto? ¿Qué es lo que estaba intentando encontrar? ¿Qué le hacía estar tan seguro de que había algo que encontrar?

Harlan sintió frío, pues con estos pensamientos un brillo distante de la anterior iluminación pareció sugerirse en el horizonte de su mente, y casi supo.

Contuvo la respiración, no lo forzó. Deja que venga.

Deja que venga.

Y en la tranquilidad de esa noche, una noche ya de por sí tan importante en su vida, se le ocurrió una explicación y una interpretación de los hechos que, en otro momento más normal y cabal, habría rechazado completamente.

Dejó que la idea echara brotes y floreciera, la dejó crecer hasta que se dio cuenta de que explicaba cien puntos extraños que de otra forma simplemente eran... extraños.

Tendría que investigarlo, comprobarlo, cuando volviera a la Eternidad, pero en el fondo de su corazón ya estaba convencido de que conocía un terrible secreto que no debía conocer.

¡Un secreto que abarcaba toda la Eternidad!

6 Trazador vital

Había pasado un mes de fisiotiempo desde esa noche en el cuatrocientos ochenta y dos en la que había conocido tantas cosas. Ahora, si se calculaba en tiempo normal, estaba casi dos mil siglos en el futuro de Noÿs Lambert, intentando saber mediante una mezcla de soborno y zalamería qué le estaba reservado en una nueva Realidad.

Era más que poco ético, pero hacía tiempo que había dejado de importarle. En el fisiomés que había pasado se había convertido, a sus propios ojos, en un criminal. No había forma de ocultarlo. No sería más criminal por agravar su crimen, y tenía mucho que ganar si lo hacía.

Ahora, como parte de su estratagema criminal (no hizo ningún esfuerzo por usar una expresión más suave), se encontraba frente a la barrera del 2456. La entrada en el Tiempo era mucho más complicada que el simple tránsito entre la Eternidad y las cápsulas. Para poder acceder al Tiempo debían ajustarse con total precisión las coordenadas que fijaban la región deseada sobre la superficie de la Tierra y el momento deseado en el Tiempo dentro del siglo. Pero, a pesar de la tensión interna, Harlan manejó los controles con la facilidad y confianza propias de un hombre con mucha experiencia y mayor talento.

Harlan se encontró en la sala de máquinas que había visto en la pantalla desde la Eternidad. En su fisiomomento, el sociólogo Voy estaría tranquilamente sentado frente a esa pantalla, observando el Toque de técnico que se avecinaba.

Harlan no tenía prisa. La sala permanecería vacía durante los próximos 156 minutos. Para andar sobre seguro, la tabla espaciotemporal le permitía solo 110 minutos; los 46 minutos restantes eran el margen del 40 por ciento habitual. El margen existía como medida previsor, pero se suponía que un buen técnico no tenía necesidad de usarlo. Un comemárgenes no conservaba mucho tiempo su rango de Especialista.

Sin embargo, Harlan no esperaba usar más de dos minutos de los 110. Llevando su generador de campo de muñeca de tal forma que estuviera rodeado por un aura de fisiotiempo (un efluvio, por llamarlo de alguna forma, de Eternidad) y, por tanto, protegido ante cualquiera de los efectos del Cambio de Realidad, dio un paso hacia la pared, cogió un pequeño contenedor de su sitio en una estantería y lo colocó en un lugar cuidadosamente ajustado de la estantería inferior.

Tras esto, regresó a la Eternidad de una forma que a él le parecía tan prosaica como lo podía ser cruzar una puerta. Si algún Temporal hubiese estado mirando, le habría parecido que Harlan simplemente desaparecía.

El pequeño contenedor permaneció donde lo había dejado. No representaba ningún papel inmediato en la historia del mundo. Horas más tarde, la mano de un hombre se extendió hacia él, pero no lo encontró. Una posterior búsqueda produjo sus frutos media hora después, pero, en el ínterin, un campo de fuerza había desaparecido y se había perdido la calma de un hombre. Se tomó una decisión con ira que nunca se

habría tomado en la anterior Realidad. Una reunión no tuvo lugar; un hombre que habría muerto vivió en otras circunstancias un año más; otro que habría vivido moriría en un futuro cercano.

Las ondas se expandían, llegando a su máximo en el siglo 2481, que estaba a veinticinco siglos del Toque. A partir de ahí la intensidad del Cambio de Realidad declinaba. Los teóricos sostenían que no había ningún punto en el infinito en el que el Cambio llegara a cero, pero tras cincuenta siglos desde el Toque se hacía lo suficientemente pequeño como para que no lo pudiera detectar la computación más escrupulosa, y ese era el límite práctico.

Por supuesto, ningún humano que estuviera en el Tiempo podría ser consciente jamás de ningún Cambio de Realidad que hubiese tenido lugar. La mente cambiaba, así como la materia, y solo los Eternos podían hacerse a un lado y observar el Cambio.

El sociólogo Voy observaba la escena azulada del 2481, un lugar en el que antes se producía toda la actividad típica de un puerto espacial importante. Apenas levantó la vista cuando Harlan entró. Apenas murmuró algo que podía haber sido un saludo.

Un Cambio había eliminado el puerto espacial. Su brillo había desaparecido; los edificios que allí se erguían no eran las grandes creaciones que habían sido. Una nave espacial se oxidaba. No había gente. No había movimiento.

Harlan se permitió una breve sonrisa que osciló un momento y luego desapareció. Era una RMD en toda su extensión. Respuesta Máxima Deseada. Y había ocurrido en un momento. El Cambio no tenía por qué tener lugar en el momento preciso del Toque del técnico. Si los cálculos relacionados con el Toque eran descuidados, podían pasar horas o días hasta que el Cambio tuviera lugar realmente (contando, por supuesto, en fisiotiempo). El Cambio solo tenía lugar cuando se eliminaban todos los grados de libertad. Mientras hubiera una posibilidad matemática de acciones alternativas, el Cambio no tendría lugar.

Harlan estaba orgulloso de que cuando él calculaba un CMN, cuando era su mano la que efectuaba el Toque, los grados de libertad desaparecían de inmediato y el Cambio tenía lugar instantáneamente.

—Habría sido muy hermoso —dijo Voy con suavidad.

La frase chirrió en los oídos de Harlan, como si desmereciera la belleza de su propia actuación.

—Yo no lamentaría que desapareciesen los viajes espaciales de la Realidad —dijo.

—¿No? —preguntó Voy.

—¿De qué sirven? Nunca duran más de uno o dos milenios. La gente se cansa. Vuelven a casa y las colonias mueren. Luego, tras otros cuatro o cinco milenios, o cuarenta o cincuenta, vuelven a intentarlo y vuelven a fracasar. Es malgastar ingenio y esfuerzos humanos.

—Es usted un filósofo —dijo Voy secamente.

Harlan enrojeció. Pensó: ¿Qué sentido tiene hablar con ellos?

—¿Qué pasa con el trazador vital? —preguntó, cambiando bruscamente de tema.

—¿Qué pasa con él?

—¿Le importaría contactar con él? Ya debería haber hecho algún progreso.

Una expresión de desaprobación ensombreció el rostro del sociólogo, como si dijera: «Es usted impaciente, ¿eh?». En cambio, dijo en voz alta:

—Venga conmigo y lo veremos.

La placa con el nombre colocada en la puerta de la oficina rezaba Neron Feruque. Harlan se fijó por su leve similitud con un par de gobernantes de la era mediterránea en tiempos primitivos. (Sus conversaciones semanales con Cooper habían agudizado su propia preocupación por la historia primitiva de forma casi enfermiza).

Sin embargo, el hombre no se parecía a ninguno de los dos gobernantes, tal como los recordaba Harlan. Era de una delgadez casi cadavérica, con la piel tirante sobre una nariz de puente más bien elevado. Sus dedos eran largos y sus muñecas, nudosas. Cuando acariciaba su pequeño summator se parecía a la Muerte pesando un alma en su balanza.

Harlan se dio cuenta de que miraba ansiosamente el summator. Era la esencia misma del trazado vital, la piel, los huesos, nervios, músculos y todo lo demás. Si se le proporcionaban los datos necesarios de una historia personal y las ecuaciones del Cambio de Realidad chirriaría con una alegría obscena durante un periodo de tiempo que podía ir de un minuto a un día, y luego escupiría todas las posibles vidas de la persona en cuestión (dentro de la nueva Realidad), cada una pulcramente etiquetada con un valor de probabilidad.

El sociólogo Voy presentó a Harlan. Feruque, tras observar con visible irritación la insignia de técnico, asintió con la cabeza y lo dejó estar.

—¿Ha terminado ya el trazado vital de la joven? —quiso saber Harlan.

—No. Cuando lo haga, se lo haré saber.

Era uno de esos que llevaba el desprecio por los técnicos hasta los límites de la pura grosería.

—Relájese, trazador vital —dijo Voy.

Las cejas de Feruque eran tan claras que casi podían considerarse invisibles. Acentuaban el parecido de su rostro con una calavera. Sus ojos giraron en lo que deberían haber sido huecos vacíos al preguntar:

—¿Se acabaron las naves espaciales?

Voy asintió.

—Por un siglo.

Los labios de Feruque se contrajeron suavemente y formaron una palabra.

Harlan cruzó los brazos y miró fijamente al trazador vital, que al final desvió la vista, incómodo.

Sabe que también es culpa suya, pensó Harlan.

Feruke se dirigió a Voy:

—Ya que está aquí... ¿Qué se supone que tengo que hacer con todas las peticiones de suero anticancerígeno? No somos el único siglo con anticáncer. ¿Por qué nos llegan a nosotros todas las solicitudes?

—Todos los demás siglos están igual de poblados. Ya lo sabe.

—Entonces tienen que dejar de enviar solicitudes.

—¿Y cómo piensa obligarlos?

—Es fácil. Haga que el Consejo Temporal deje de recibirlas.

—No tengo ninguna influencia en el Consejo Temporal.

—Tiene influencia en el viejo.

Harlan escuchaba la conversación distraídamente, sin ningún tipo de interés. Por lo menos le valdría para mantener su mente ocupada con cosas sin trascendencia y no pensar en el ruidoso summator. El viejo, suponía, sería el computador a cargo de la sección.

—He hablado con el viejo —dijo el sociólogo—, y él ha hablado con el Consejo.

—Tonterías. Solo ha enviado una cinta de rutina. Tiene que luchar por esto. Es una cuestión de política básica.

—El Consejo Temporal no está de humor estos días para considerar cambios en la política básica. Ya conoce los rumores.

—Sí, claro. Están ocupados con algo grande. Siempre que hay que eludir la responsabilidad aparece el rumor de que el Consejo está ocupado con algo grande.

(Si Harlan hubiese tenido el ánimo para ello, habría sonreído en ese punto).

Feruke masculló un rato más y luego explotó:

—Lo que la mayoría de la gente no entiende es que el suero anticáncer no es una cuestión de semillas de plantas o motores de campo. Sé que debe vigilarse cada ramita o píceca por si produce efectos adversos en la Realidad, pero el suero anticáncer siempre implica vidas humanas, y eso es cien veces más complicado. ¡Piénselo! Piense en cuánta gente muere de cáncer al año en cada siglo que no tiene suero anticáncer de un tipo o el otro. Puede imaginarse cuántos de esos pacientes quieren morir. Así que los gobiernos temporales de cada siglo siempre están enviando solicitudes a la Eternidad para que «por favor, envíen setenta y cinco mil ampollas de suero en favor de todos los hombres en estado crítico que son absolutamente vitales para las culturas, ver datos biográficos adjuntos».

Voy asintió rápidamente:

—Lo sé, lo sé.

Pero Feruke no estaba dispuesto a que le cortaran de cuajo su amargura:

—Así que lees los datos biográficos y cada uno de ellos resulta ser un héroe. Cada uno es una pérdida insoportable para su mundo. Así que admities la solicitud. Ves lo que podría ocurrirle a la Realidad si cada hombre viviera y, por todos los Tiempos, si vivieran diferentes combinaciones de hombres. En el último mes he

procesado quinientas setenta y dos solicitudes de cáncer. Se produjeron diecisiete, fíjese bien, diecisiete trazados vitales que no producirían alteraciones indeseadas en la Realidad. Fíjese, no había ni un caso de un posible Cambio de Realidad deseable, pero el Consejo dice que los casos neutrales obtienen el suero. Humanidad, ¿sabe? Así que exactamente diecisiete enfermos en distintos países van a curarse este mes. ¿Y qué ocurre? ¿Están los siglos contentos? Ni por asomo. Un hombre se cura y una docena del mismo país y mismo tiempo no. Todo el mundo se pregunta: «¿Por qué ese?». A lo mejor los tipos a los que no tratamos son mejores personas, a lo mejor son unos filántropos queridos por todos, mientras que el hombre que curamos golpea a su anciana madre sin piedad, siempre que puede sacar un poco de tiempo libre de pegar a sus hijos. No conocen los Cambios de Realidad, y no podemos decírselo. Solo nos estamos creando problemas, Voy, a menos que el Consejo Temporal decida estudiar todas las solicitudes y aprobar solo las que resulten en un Cambio de Realidad deseable. Eso es todo. O curarlos resulta en un bien para la humanidad, o se acabó. Nada de «no puede hacerle daño a nadie».

El sociólogo había estado escuchando con una expresión de ligero dolor en el rostro, y dijo:

—Si fuese usted el que tuviese cáncer...

—Eso es una estupidez, Voy. ¿Es en eso en lo que basamos nuestras decisiones? En ese caso nunca habría Cambios de Realidad. Siempre le toca a algún pobre diablo. Suponga que usted fuera ese pobre diablo, ¿eh? Y otra cosa. Recuerde que cada vez que se hace un Cambio Temporal es más difícil encontrar otro buen Cambio Temporal. Cada fisioaño que pasa aumenta la posibilidad de que un Cambio aleatorio vaya a peor. Eso significa que la proporción de hombres que podemos curar disminuye de todos modos. Siempre va a disminuir. Algún día solo podremos curar a un tipo por fisioaño, incluso contando los casos neutrales. Recuérdelo.

Harlan había perdido cualquier interés. Era el tipo de queja habitual en el trabajo. Los psicólogos y los Sociólogos, en sus extraños estudios introspectivos de la Eternidad, lo llamaban identificación. Los hombres se identificaban con el siglo al que se les había asociado profesionalmente. Las batallas de ese siglo se convertían, demasiado a menudo, en sus propias batallas.

La Eternidad luchaba contra el mal de la identificación tan bien como podía. Con el objetivo de dificultarla, ningún hombre podía ser asignado a una Sección a menos de dos siglos de su tiempo de origen. Se daba preferencia a los siglos con culturas notablemente diferentes a las de su tiempo de origen (Harlan pensó en Finge y el cuatrocientos ochenta y dos). Y lo que era más, las asignaciones se cambiaban tan a menudo como se hicieran sospechosas sus reacciones (Harlan no creía que Feruque fuera a conservar su asignación más de un fisioaño como mucho).

Y, aun así, los hombres se identificaban en un estúpido anhelo por un hogar en el Tiempo (el deseo Temporal, todo el mundo lo conocía). Por algún motivo, este deseo se acentuaba en los siglos con viajes espaciales. Era algo que debía ser investigado, y

lo habría sido de no ser por la indisposición crónica de la Eternidad para mirar hacia dentro.

Un mes antes, Harlan habría despreciado a Feruque por su sentimentalismo y su bravuconería, un zoquete petulante que aliviaba el dolor de ver a la electro-gravedad perder intensidad en una nueva Realidad embistiendo contra los siglos que querían suero anticáncer.

Podría incluso haber informado sobre él. Habría sido su deber. Evidentemente, no se podía confiar mucho más en las reacciones del tipo.

Pero ahora no podía hacerlo. Incluso sintió lástima. Su propio crimen era mucho mayor.

Qué fácil era volver a pensar en Noÿs.

Al final esa noche se quedó dormido, y se despertó cuando el sol ya estaba en lo alto, con todo su brillo refulgiendo a través de las paredes traslúcidas, de tal forma que era como si se hubiese levantado en una nube de un cielo mañanero neblinoso.

Noÿs lo miraba riéndose:

—No veas lo que me ha costado despertarte.

La primera reacción de Harlan fue buscar las sábanas que no estaban allí. Entonces recordó y se la quedó mirando con la cara ardiendo de la vergüenza. ¿Cómo debía sentirse?

Pero entonces se le ocurrió algo más y se levantó de golpe de la cama:

—No es ya la una, ¿verdad? ¡Por todos los tiempos!

—Solo son las once. Tienes el desayuno esperando, y mucho tiempo.

—Gracias —murmuró Harlan.

—Los controles de la ducha están ajustados y tu ropa está lista.

¿Qué podía decir?

—Gracias —volvió a murmurar.

Evitó su mirada durante el desayuno. Ella se sentó frente a él, sin comer, con la barbilla apoyada en la palma de una mano, con su pelo oscuro cayendo en cascadas a un lado y a otro y con sus pestañas preternaturalmente largas.

Siguió cada gesto que hizo Harlan, mientras él mantenía la mirada baja y buscaba la amarga vergüenza que sabía debía sentir.

—¿Adónde vas a la una? —preguntó ella.

—Partido de aeropelota —murmuró—. Tengo una entrada.

—Ah, vaya. Y yo me he perdido toda la temporada porque me salté un par de meses, ¿sabes? ¿Quién va a ganar el partido, Andrew?

Se sintió extrañamente débil al sonido de su nombre de pila. Negó con la cabeza.

—Tienes que saberlo. Has inspeccionado todo este periodo, ¿no?

En condiciones normales, debería mantener una negativa clara y fría, pero lo explicó débilmente:

—Había mucho tiempo y espacio que cubrir. No conozco cosas precisas como los

resultados de los partidos.

—Lo que pasa es que no quieres decírmelo.

Harlan no respondió. Introdujo el cubierto en la pequeña y sabrosa fruta y lo levantó, lleno, hasta sus labios.

Tras una pausa, Noÿs preguntó:

—¿Habías visto lo que iba a pasar en la zona antes de venir?

—Nada de detalles, N-Noÿs. —Forzó su nombre a través de los labios.

Ella preguntó suavemente:

—¿No nos habías visto? ¿No sabías todo el tiempo que...?

Harlan tartamudeó:

—No, no, no puedo verme a mí mismo. No estoy en la Rea... No estoy aquí hasta que vengo. No puedo explicarlo.

Estaba doblemente nervioso. Primero, porque ella hablara del tema. Segundo, porque casi había caído en la trampa de decir «Realidad», que, de todas las palabras, era la más prohibida en las conversaciones con Temporales.

Noÿs levantó las cejas y se le agrandaron los ojos, un poco sorprendidos.

—¿Te da vergüenza?

—Lo que hicimos no está bien.

—¿Por qué no? —Y en el cuatrocientos ochenta y dos su pregunta era perfectamente inocente—. ¿No se le permite a los Eternos hacerlo?

Había casi un rastro de broma en la pregunta, como si hubiera preguntado si a los Eternos no se les permitía comer.

—No utilices esa palabra —dijo Harlan—. En realidad, y en cierto sentido, no se nos permite.

—Bueno, pues entonces no se lo digas. Yo no lo haré.

Y rodeó la mesa para sentarse en su regazo, apartando la pequeña mesa con un suave movimiento de su cadera.

Por un momento se puso rígido, levantó sus manos en un gesto que podría haber tenido la intención de apartarla. No tuvo éxito.

Ella se inclinó y le besó en los labios, y Harlan ya no se avergonzó de nada. Nada que tuviera que ver con Noÿs y él.

No estaba seguro de cuándo empezó a hacer cosas que un Observador éticamente no podía hacer. Es decir, empezó a especular sobre la naturaleza del problema que afectaba a la Realidad actual y al Cambio de Realidad que se planificaría.

No eran la moral libertina del siglo, ni la ectogénesis, ni el matriarcado lo que inquietaba a la Eternidad. Todo eso estaba igual en la Realidad anterior y el Consejo Temporal lo había considerado con ecuanimidad entonces. Finge había dicho que era algo muy sutil.

Por consiguiente, el Cambio tendría que ser muy sutil y tendría que ver con el grupo que estaba observando. Eso parecía obvio.

Tendría que ver con la aristocracia, las clases bien, las clases superiores, los beneficiarios del sistema.

Lo que le preocupaba era que, con toda probabilidad, afectaría a Noÿs.

Pasó los tres días que le quedaban en una nube que empañaba incluso su alegría cuando estaban juntos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella—. Durante un tiempo has estado distinto a tu forma de ser en la Eter... en ese lugar. No estabas rígido en absoluto. Ahora pareces preocupado. ¿Es porque tienes que volver?

—En parte —respondió Harlan.

—¿De verdad tienes que volver?

—De verdad.

—¿Y qué pasaría si llegaras tarde?

Harlan casi sonrió.

—No creo que les gustara que llegara tarde —dijo, pero pensó ávidamente en los dos días de margen que le permitía la tabla.

Noÿs ajustó los controles de un instrumento musical que emitía suaves y complicados sonos de sus propias entrañas produciendo notas y acordes de manera aleatoria; la aleatoriedad se decantaba en favor de combinaciones agradables basándose en intrincadas fórmulas matemáticas. La música no podía repetirse más que los copos de nieve, y no era menos bella tampoco.

Harlan miró a Noÿs a través de la hipnosis del sonido y sus pensamientos giraron en torno a ella. ¿Qué sería en la nueva Realidad? ¿La mujer de un pescador, una chica de una fábrica, la madre de seis niños, gorda, fea y enferma? Fuera lo que fuera, no recordaría a Harlan. Él no habría formado parte de su vida en una nueva Realidad. Y, sobre todo, fuera lo que fuera, no sería Noÿs.

No es que amase a una chica (extrañamente, utilizó la palabra «amase» en su mente por primera vez, y ni siquiera se paró a pensar en lo raro que era o en preguntarse por qué). Amaba una serie de factores: sus ropas, su forma de caminar y de hablar, sus expresiones. Un cuarto de siglo de vida y experiencia en una Realidad concreta habían creado todo eso. No había sido su Noÿs en la Realidad anterior, un fisioño antes. Y no sería su Noÿs en la siguiente realidad.

Cabía la posibilidad de que la nueva Noÿs fuera mejor en algunos aspectos, pero sabía que una cosa era segura: amaba a la Noÿs de aquí, la que estaba viendo en este momento, la de esta Realidad. Si tenía defectos, también quería esos defectos.

¿Qué podía hacer?

Se le ocurrieron varias posibilidades, todas ellas ilegales. Una de ellas era conocer la naturaleza del Cambio y averiguar en qué medida afectaría a Noÿs. Después de todo, uno no podía estar seguro de que...

Un profundo silencio sustrajo a Harlan de su ensueño. Volvió a estar en la oficina de un trazador vital. El sociólogo Voy lo observaba por el rabillo del ojo. La cabeza

cadavérica de Feruque se inclinaba hacia él.

Y el silencio era taladrante.

Tardó un momento en darse cuenta del significado del silencio. Solo un momento. El summator había dejado de emitir sus chirridos.

Harlan saltó:

—Tiene la respuesta, trazador.

Feruque miró las hojas de papel que sostenía en la mano.

—Sí, claro. Es un poco extraño.

—¿Puedo verlos? —preguntó Harlan extendiendo la mano. Temblaba visiblemente.

—No hay nada que ver. Eso es lo extraño.

—¿Qué quiere decir con... nada?

Harlan miró fijamente a Feruque con unos ojos que empezaron a arder súbitamente, hasta que solo había una mancha borrosa, alta y delgada, en el lugar que ocupaba el trazador.

La voz práctica de Feruque resonó en sus oídos:

—La dama no existe en la nueva Realidad. No hay ningún cambio de personalidad. Simplemente no está, eso es todo. Desaparecida. He estudiado todas las alternativas hasta un factor de probabilidad de 0,0001. No aparece en ningún sitio. De hecho —en este punto se frotó la mejilla con sus largos y huesudos dedos—, con la combinación de factores que me ha proporcionado no veo bien cómo podría encajar en la antigua Realidad.

Harlan apenas podía oír.

—Pero... Pero el Cambio era muy pequeño.

—Lo sé. Una extraña combinación de factores. ¿Quiere las copias?

La mano de Harlan se cerró sobre ellas. ¿Noÿs desaparecida? ¿Noÿs sin existencia? ¿Cómo era posible?

Sintió una mano en el hombro y la voz de Voy sonó en su oído:

—¿Se encuentra bien, técnico?

La mano se retiró como si ya lamentara su descuidado contacto con el cuerpo de un técnico.

Harlan tragó saliva y, con un esfuerzo, recompuso su rostro.

—Me encuentro bien, gracias. ¿Le importaría acompañarme a la cápsula?

No debía mostrar sus sentimientos. Debía actuar como si esto fuera lo que pretendía que fuera, una simple investigación académica. Debía disfrazar el hecho de que, con la inexistencia de Noÿs en la nueva Realidad, se sentía casi embargado físicamente por una inundación de pura euforia, de alegría insostenible.

7 Preludio al crimen

Harlan se introdujo en la cápsula en el 2456 y miró hacia atrás para comprobar que la barrera que separaba el eje de la Eternidad no tenía ningún defecto; y que el sociólogo Voy no estaba mirando. En las últimas semanas se había convertido en un hábito, un tic automático; siempre echaba un vistazo rápido hacia atrás por encima del hombro para asegurarse de que no había nadie detrás en las lanzaderas de las cápsulas.

Y entonces, aunque ya estaba en el 2456, Harlan fijó los controles para todavía más adelante. Observó cómo ascendían los números en el tempómetro. Aunque se movían con una rapidez borrosa, había tiempo suficiente para pensar.

¡Cómo habían cambiado las cosas los hallazgos del trazador vital! ¡Cómo había cambiado la naturaleza misma de su crimen!

Y todo giraba alrededor de Finge. La frase lo capturó con un ritmo ridículo y dio vueltas pesadamente dentro de su cráneo. Todo giraba alrededor de Finge. Todo giraba alrededor de Finge...

Harlan había evitado todo contacto personal con Finge a su regreso a la Eternidad tras esos días con Noÿs en el cuatrocientos ochenta y dos. La culpa se iba cerrando sobre él a medida que lo hacía la Eternidad. Un juramento roto, que no parecía nada en el cuatrocientos ochenta y dos, era enorme en la Eternidad.

Había enviado su informe mediante un impersonal conducto de aire comprimido y él se había dirigido a sus habitaciones. Necesitaba pensar sobre el asunto, ganar tiempo para considerar y acostumbrarse a la nueva orientación de su alma.

Finge no lo permitió. Se puso en contacto con Harlan menos de una hora después de que el informe hubiera sido codificado para la dirección adecuada e insertado en el conducto.

La imagen del computador lo observaba desde el plato de visión. Su voz dijo:

—Esperaba que estuviera en su oficina.

Harlan respondió:

—He enviado el informe, señor. No importa dónde espere una nueva tarea.

—¿Sí?

Finge echó un vistazo al rollo de película que tenía en sus manos, levantándolo, con los ojos entrecerrados y leyendo su patrón de perforaciones.

—Apenas está completo —continuó—. ¿Puedo visitar sus habitaciones?

Harlan dudó un momento. Era su superior y rehusar la autoinvitación en ese instante tendría un tinte de insubordinación. Le pareció que revelaría su culpa, y su dolorosa conciencia no se atrevió a permitirlo.

—Será bienvenido, computador —dijo bruscamente.

La pulcra blandura de Finge introdujo un discordante elemento de epicureísmo en los

apoyos angulares de Harlan. El noventa y cinco, su tiempo de procedencia, tendía hacia lo espartano en cuanto a mobiliario y Harlan nunca había perdido completamente su preferencia por ese estilo. Las sillas metálicas tubulares habían sido cubiertas con una triste chapa que había sido tratada artificialmente para intentar darle aspecto de madera, aunque no con mucho éxito. En una esquina de la habitación había un pequeño mueble que representaba un distanciamiento aún mayor de las costumbres de los tiempos.

Finge se fijó en él casi al instante.

El computador posó uno de sus rechonchos dedos sobre él, como si quisiera comprobar su textura.

—¿Qué es este material?

—Madera, señor —respondió Harlan.

—¿Auténtica? ¿Madera de verdad? ¡Increíble! Supongo que en su tiempo de origen se usa la madera...

—Sí, señor.

—Ya veo. No hay ninguna regla que vaya en contra de esto, técnico. —Frotó el dedo con el que había tocado el objeto contra la parte interior de la pernera de su pantalón—. Pero no creo que sea aconsejable permitir que la cultura del tiempo de origen lo afecte a uno. El verdadero Eterno adopta la cultura que lo rodea. Por ejemplo, dudo que yo haya comido de un utensilio energético más de dos veces en cinco años —suspiró—. Y aún me parece poco higiénico permitir que la comida toque la materia. Pero no me rindo. No me rindo.

Sus ojos regresaron al objeto de madera, pero ahora mantuvo ambas manos a la espalda, y dijo:

—¿Qué es? ¿Para qué sirve?

—Es una estantería para libros —respondió Harlan. Tuvo el impulso de preguntarle a Finge cómo se sentía ahora que sus manos descansaban firmemente tras su espalda. ¿No le parecería más limpio tener sus ropas y su propio cuerpo contruidos de puros e incorruptos campos de energía?

Finge levantó las cejas.

—Para libros. Entonces esos objetos de las baldas son libros. ¿Es así?

—Sí, señor.

—¿Especímenes auténticos?

—Por completo, computador. Los encontré en el veinticuatro. Los pocos que tengo aquí son del siglo veinte. Le... le rogaría que los tratase con cuidado si quiere mirarlos. Las páginas han sido restauradas e impregnadas, pero no son película. Hay que manejarlos con mucho cuidado.

—No voy a tocarlos. No tengo la menor intención de tocarlos. Imagino que tendrán polvo original del siglo veinte. ¡Libros de verdad! —rió—. ¿Páginas de celulosa también? Es lo que ha querido decir.

Harlan asintió.

—Celulosa modificada por el tratamiento de impregnación para una mayor duración. Sí.

Abrió la boca para tomar aire, forzándose a permanecer calmado. Era ridículo identificarse con esos libros, sentir que una injuria hacia ellos era una injuria hacia sí mismo.

—Me atrevo a decir —dijo Finge, sin cambiar de tema— que se podría meter todo el contenido de estos libros en dos metros de película que cabrían en la punta de un dedo. ¿Qué contienen los libros?

—Son volúmenes encuadernados de revistas de noticias del veinte —respondió Harlan.

—¿Las ha leído?

Harlan habló con orgullo:

—Estos son unos pocos volúmenes de la colección completa. No hay biblioteca en la Eternidad que pueda duplicarla.

—Sí, su afición. Ahora recuerdo que una vez me dijo que le interesaba la historia primitiva. Me sorprende que su educador le permitiera cultivar su interés en algo así. Un gasto total de energía.

Los labios de Harlan se apretaron. Decidió que aquel hombre estaba tratando deliberadamente de irritarlo y extraerlo de las facultades de raciocinio inherentes a la calma. Si era así, no debía triunfar.

—Creo que había venido a verme acerca de mi informe —dijo Harlan rotundamente.

—Sí, en efecto. —El computador miró a su alrededor, eligió una silla y se sentó con cuidado—. No está completo, como ya dije por el comunicador.

—¿En qué sentido, señor?

(¡Calma! ¡Calma!)

Finge produjo una sonrisa nerviosa.

—¿Qué ha ocurrido que no ha mencionado, Harlan?

—Nada, señor.

Y aunque lo había dicho con firmeza, sintió que lo invadía la vergüenza.

—Vamos, técnico. Ha pasado varios periodos de tiempo en compañía de la joven dama. Lo ha hecho si ha seguido la tabla espaciotemporal. Porque la ha seguido, ¿verdad?

La culpa de Harlan lo desbordó hasta el punto de que ni siquiera pudo morder el cebo de este ataque abierto contra su competencia profesional.

Solo pudo decir:

—La he seguido.

—¿Y qué ocurrió? No incluye nada de los interludios privados con la mujer.

—No ocurrió nada de importancia —respondió Harlan con los labios secos.

—Eso es ridículo. Con su edad y su experiencia, no necesito decirle que no corresponde a un Observador juzgar qué es importante y qué no lo es.

Los ojos de Finge observaban a Harlan atentamente. Lo miraban con una dureza y ansiedad que no se correspondían con la moderada línea de preguntas.

Harlan se dio cuenta y no se dejó engañar por la suavidad de la voz de Finge, aunque la costumbre del deber le hacía sentir incómodo. Un Observador debía informar de todo. Un Observador no era más que un pseudópodo sensoceptivo enviado al Tiempo por la Eternidad. Comprobaba lo que le rodeaba y regresaba. En el cumplimiento de su misión, un Observador no tenía individualidad; realmente, no era un hombre.

Casi automáticamente, Harlan comenzó la narración de los eventos que había dejado fuera del informe. Lo hizo con la memoria entrenada del Observador, recitando las conversaciones con total precisión, reconstruyendo el tono de voz y la expresión de los rostros. Lo hizo de buena gana, pues al contarlo volvía a vivirlo, y en el proceso casi olvidó que una combinación del sondeo de Finge y su propio sentido del deber estaban llevándolo a la admisión de su culpa.

Solo titubeó cuando se aproximaba al resultado final de aquella primera larga conversación y la coraza de su objetividad de Observador empezó a desmoronarse.

La mano de Finge, que se levantó súbitamente, y su voz seca lo salvaron de proporcionar más detalles:

—Gracias, ya es suficiente. Estaba a punto de decir que hizo el amor con esa mujer.

Harlan enfureció. Lo que Finge había dicho era la pura verdad, pero su tono de voz lo hacía sonar lascivo, soez y, peor aún, ordinario. Fuera lo que fuese, o lo que podría haber sido, era cualquier cosa menos ordinario.

Harlan tenía una explicación para la actitud de Finge, para su ansioso contrainterrogatorio, para la interrupción del informe verbal en el momento en que lo hizo: ¡estaba celoso! Harlan habría puesto su mano en el fuego. Había conseguido quitarle una mujer que él quería para sí.

Sintió su victoria sobre él, y le supo dulce. Por primera vez en su vida conoció un objetivo que significaba más para él que el frígido cumplimiento de la Eternidad. Iba a hacer que Finge siguiera celoso, porque Noÿs Lambert sería permanentemente suya.

En este momento de exaltación súbita lanzó la solicitud que originalmente había pensado presentar solo tras una espera prudencial de cuatro o cinco días.

—Tengo intención de solicitar permiso para formar una relación con un individuo del Tiempo —dijo.

Finge pareció salir bruscamente de su ensueño.

—Con Noÿs Lambert, supongo.

—Sí, señor. Como computador a cargo de la sección, tendrá que pasar por usted...

Harlan quería que pasara por Finge. Hacerlo sufrir. Si quería a la chica para él, tendría que decirlo y Harlan podrían insistir en que se permitiera a Noÿs elegir. Casi sonrió ante la idea. Esperaba que llegaran a ese punto. Sería el triunfo final.

Por supuesto, normalmente un técnico no podía esperar salir en posición ventajosa frente a los deseos de un computador, pero Harlan estaba seguro de que podía contar con el respaldo de Twissell, y Finge no estaba en una situación tan poderosa como para oponerse a Twissell.

Sin embargo, Finge parecía tranquilo.

—Parece —dijo— que ya ha tomado posesión ilegal de la chica.

Harlan enrojeció y recurrió a una débil defensa:

—La tabla espaciotemporal insistía en que permaneciésemos juntos y solos. Dado que nada de lo que ha pasado estaba específicamente prohibido, no siento ningún remordimiento.

Lo cual era mentira, y por la expresión medio divertida de Finge podía deducirse que él también sabía que era mentira.

—Habrá un Cambio de Realidad —dijo.

—En ese caso —respondió Harlan—, cursaré mi solicitud de relación con la señorita Lambert en la nueva Realidad.

—No creo que sea una buena idea. ¿Cómo puede estar seguro? Podría estar casada o deforme en la nueva Realidad. De hecho, puedo decirle que en la nueva Realidad no lo querrá. Ella no lo querrá.

—No tiene ni idea —dijo Harlan temblando.

—¿No? ¿Cree que su gran amor es una cuestión de contacto entre almas? ¿Que sobrevivirá a todos los cambios externos? ¿Ha estado leyendo novelas Temporales o qué?

Harlan no aguantó más.

—Para empezar, no lo creo.

—¿Perdón? —dijo Finge fríamente.

—Está mintiendo. —A Harlan ya no le importaba lo que decía—. Está celoso. Todo se debe a eso. Está celoso. Tenía sus propios planes para Noÿs, y ella me eligió a mí. Finge empezó a hablar:

—¿Se da cuenta de...?

—Me doy perfecta cuenta. No soy estúpido. Puede que no sea un computador, pero tampoco soy un ignorante. Dice que no me querrá en la nueva Realidad. ¿Cómo lo sabe? Ni siquiera sabe todavía cuál será la nueva Realidad. Ni siquiera sabe si debe haber una nueva Realidad. Acaba de recibir mi informe. Debe ser analizado antes de computar un Cambio de Realidad, y no digamos ya recibir la aprobación. Así que cuando pretende conocer la naturaleza del Cambio, está mintiendo.

Finge podía haber respondido de varias formas. La mente calenturienta de Harlan era consciente de muchas de ellas. No intentó elegir entre ellas. Finge podía irse ofendido e indignado; podía llamar a un miembro de Seguridad y hacer que detuvieran a Harlan por insubordinación; podía gritarle con tanta ira como Harlan; podía llamar inmediatamente a Twissell para emitir una queja formal; podía... podía...

Finge no hizo nada de eso.

—Siéntese, Harlan —dijo suavemente—. Hablemos de esto.

Y fue esta respuesta totalmente inesperada la que hizo que la boca de Harlan se abriera con asombro y que se sentara. Su resolución se tambaleó. ¿Qué era esto?

—Por supuesto —dijo Finge—, recordará que le dije que nuestro problema con el cuatrocientos ochenta y dos tenía que ver con una actitud no deseable por parte de los Temporales de la Realidad actual con respecto a la Eternidad. Lo recuerda, ¿verdad?

Hablaba con la insistencia moderada que usa un maestro de escuela con un alumno algo retrasado, pero aun así Harlan pensó que podía detectar cierta dureza en el brillo de su mirada.

—Por supuesto —dijo Harlan.

—Recordará también que le dije que el Consejo Temporal era reacio a aceptar mi análisis de la situación sin observaciones específicas que lo confirmaran. ¿No le sugiere eso que yo ya había Computado el Cambio de Realidad necesario?

—Pero mis propias observaciones representan la confirmación, ¿no es cierto?

—Efectivamente.

—Y llevaría tiempo analizarlas adecuadamente.

—Tonterías. Su informe no significa nada. La confirmación está en lo que me ha dicho oralmente hace unos momentos.

—No lo entiendo.

—Mire, Harlan, déjeme contarle qué es lo que está mal con el cuatrocientos ochenta y dos. Entre las clases elevadas de este siglo, y particularmente entre las mujeres, se ha desarrollado la idea de que los Eternos son realmente eternos, literalmente; que viven para siempre. ¡Por todos los tiempos, hombre!, Noÿs Lambert se lo dijo todo. Me ha repetido todas sus frases hace veinte minutos escasos.

Harlan miró a Finge sin ninguna expresión. Estaba recordando la voz suave y acariciante de Noÿs mientras se inclinaba hacia él y lo miraba a los ojos con los suyos oscuros: «Usted vive para siempre. Es un Eterno».

Finge continuó:

—Una creencia como esa es mala, pero, en sí misma, no es demasiado mala. Puede llevar a inconveniencias, aumentar las dificultades para las secciones, pero la computación mostraría que solo sería necesario un Cambio en unos pocos casos. Aun así, si es deseable un Cambio, ¿no le parece obvio que los habitantes que deben cambiar, por encima de los demás, son aquellos que se hacen eco de la superstición? En otras palabras, la aristocracia femenina. Noÿs.

—Puede ser, pero me arriesgaré —dijo Harlan.

—No tiene ninguna oportunidad. ¿Cree que fueron sus fascinaciones y su encanto los que persuadieron a una bella aristócrata de caer en los brazos de un técnico cualquiera? Vamos, Harlan, sea realista.

Harlan mantuvo un silencio obstinado.

Finge siguió hablando:

—¿No puede imaginar la superstición adicional que esta gente ha añadido a su creencia acerca de la vida infinita de los Eternos? ¡Por todos los tiempos, Harlan! La mayoría de las mujeres piensan que intimar con un Eterno hará que una mujer mortal (como se consideran a sí mismas) viva para siempre.

Harlan se tambaleó. Volvía a oír la voz de Noÿs claramente: «Si me hicieran Eterna...».

Y luego los besos.

Finge continuó:

—Era difícil creer en la existencia de tal superstición, Harlan. No había ningún precedente. Se encontraba dentro de la región de errores aleatorios, así que la búsqueda en las Computaciones del Cambio anterior no produjo resultados en ningún sentido. El Consejo Temporal quería pruebas firmes, una confirmación directa. Elegí a la señorita Lambert como un buen ejemplo de su clase. Y lo elegí a usted como el otro sujeto...

Harlan se estremeció hasta los pies.

—¿Usted me eligió a mí? ¿Como sujeto?

—Lo siento —dijo Finge con frialdad—, pero era necesario. Era un sujeto ideal.

Harlan lo miró fijamente.

Finge tuvo el detalle de avergonzarse un poco ante la mirada muda.

—¿Es que no lo ve? —preguntó—. No, todavía no lo ve. Mire, Harlan, usted es un frío producto de la Eternidad. No mira a ninguna mujer. Considera que las mujeres y todo lo relacionado con ellas no es ético. No, hay una palabra mejor: las considera pecaminosas. Esa actitud es más que evidente en usted y, para cualquier mujer, usted tiene el atractivo físico de un bacalao podrido. Y aquí tenemos a una mujer, un precioso producto consentido de una cultura hedonista, que lo seduce ardientemente en su primera noche juntos, prácticamente rogando por su abrazo. ¿No entiende que eso es ridículo, imposible, a no ser... bueno, a no ser que sea la confirmación que estamos buscando?

Harlan luchó por encontrar las palabras.

—Está diciendo que se vendió...

—¿Por qué esa expresión? En este siglo no hay ningún sentimiento de vergüenza vinculado al sexo. Lo único extraño es que lo eligiera a usted como pareja, y lo hizo en beneficio de una vida eterna. Es obvio.

Y Harlan, con los brazos alzados, las manos crispadas en garras, sin ningún pensamiento racional en su mente ni ninguna otra idea irracional que no fuese estrangular a Finge, saltó hacia delante.

Finge retrocedió apresuradamente. Extrajo un arma con un gesto rápido y tembloroso.

—¡No me toque! ¡Atrás!

Harlan tenía la cordura justa para detener su ataque. Su pelo estaba enmarañado. Su camisa, empapada de sudor. El aire silbaba al pasar por las aletas dilatadas de su

nariz.

—Ya ve que lo conozco muy bien —dijo Finge tembloroso—, y pensé que su reacción podía ser violenta. Dispararé si tengo que hacerlo.

—Lárguese —dijo Harlan.

—Lo haré. Pero primero me escuchará. Puede ser desclasificado por atacar a un computador, pero lo dejaré pasar. Sin embargo, tiene que entender que no le he mentado. La Noÿs Lambert de la nueva Realidad, sea la que sea, carecerá de esta superstición. Y sin ella, Harlan —su voz era casi un gruñido—, ¿cómo podría una mujer como Noÿs querer a un hombre como usted?

El rechoncho computador retrocedió hasta la puerta de los aposentos de Harlan, con el arma todavía apuntándole.

Hizo una pausa para decir con cierta alegría:

—Por supuesto, si la consiguiera ahora, Harlan, si la consiguiera ahora podría disfrutarla. Podría mantener su relación y hacerla formal. Eso, si la consiguiera ahora. Pero el Cambio tendrá lugar pronto, Harlan, y, después de todo, no la tendrá. Qué pena, el ahora no dura, ni siquiera en la Eternidad, ¿eh, Harlan?

Harlan ya no lo miraba. Finge había ganado después de todo y se iba en clara posesión del terreno. Miró fijamente los dedos de sus pies sin verlos en realidad, y cuando volvió a levantar la vista Finge ya se había ido, aunque no habría podido determinar si había sido hacía cinco segundos o quince minutos.

Harlan había pasado horas como si estuviera en una pesadilla, y se sentía atrapado en la prisión de su propia mente. Todo lo que Finge había dicho era verdad, estaba claro que era verdad. La mente de Observador de Harlan podía mirar atrás y contemplar la relación entre Noÿs y él, esa corta e inusual relación, y adquiriría una textura totalmente distinta.

No era un caso de encaprichamiento instantáneo. ¿Cómo podía haberlo pensado? ¿Encaprichamiento por un hombre como él?

Por supuesto que no. Las lágrimas asomaron a sus ojos y sintió vergüenza. Qué obvio resultaba el hecho de que la relación era un caso de frío cálculo. No cabía duda de que la chica tenía ciertos atributos físicos y ningún tipo de principios éticos que le evitara usarlos. Así que los usó, y eso no tenía nada que ver con Andrew Harlan como persona. Él simplemente representaba su visión distorsionada de la Eternidad y lo que significaba.

Los largos dedos de Harlan acariciaron automáticamente los volúmenes de su pequeña estantería. Cogió uno y lo abrió al azar.

Las letras estaban borrosas. Los colores desvaídos de las ilustraciones no eran más que feas manchas sin sentido.

¿Por qué se había molestado Finge en contarle todo eso? Estrictamente, no tenía por qué hacerlo. Un Observador, o alguien haciendo de Observador, no debía saber los fines vinculados a su observación. Lo habría desplazado demasiado de su posición

ideal de herramienta objetiva no humana.

Para machacarlo, estaba claro. ¡Una venganza causada por sus celos!

Harlan toqueteó la página de la revista abierta. Se encontró observando un duplicado, color rojo brillante, de un vehículo terrestre, similar a los vehículos característicos de los siglos cuarenta y cinco, ciento ochenta y dos, quinientos noventa y novecientos ochenta y cuatro, así como de la época primitiva tardía. Era un modelo muy común, con motor de combustión interna. En la era primitiva la fuente de alimentación la constituían fracciones de petróleo natural, y las ruedas estaban revestidas de goma natural. Por supuesto, no era así en ninguno de los otros siglos.

Harlan se lo había hecho notar a Cooper. Había insistido bastante en el tema y ahora su mente, como si deseara evadirse del desagradable presente, revivía de nuevo ese momento. Imágenes claras y vívidas llenaron el dolor de Harlan.

—Estos anuncios —había dicho— nos cuentan más de los tiempos primitivos que los denominados artículos de noticias de la misma revista. Los artículos de noticias asumen el conocimiento básico del mundo que tratan. Utiliza términos que, creen, no tienen necesidad de explicación. Por ejemplo: ¿qué es una «pelota de golf»?

Cooper admitió su ignorancia al respecto sin ningún reparo.

Harlan continuó en el mismo tono didáctico que apenas podía evitar en situaciones como esta:

—Podríamos deducir que era una pequeña bola de algún tipo por la naturaleza de las menciones casuales que recibe. Sabemos que se usa en un juego, aunque solo sea porque se menciona en un artículo bajo el titular «Deportes». Podemos incluso deducir que se golpea con un largo palo de algún tipo y que el objetivo del juego es introducir la pelota en un agujero del suelo. Pero ¿por qué molestarse con las deducciones y el razonamiento? ¡Observa este anuncio! Su objetivo es únicamente inducir a los lectores a comprar la pelota, pero, al hacerlo, nos presenta un excelente retrato de una de ellas, con una sección cortada para mostrar su construcción.

A Cooper, que provenía de una era en la que la publicidad no era tan prolífera como en los últimos siglos de los tiempos primitivos, le costaba apreciar estos detalles.

—¿No le parece vergonzosa la forma en que esta gente se alababa a sí misma? —dijo—. ¿Quién sería lo suficientemente estúpido como para creerse los alardes de una persona acerca de sus propios productos? ¿Admitiría que tiene defectos? ¿Es posible que no incurra en exageraciones?

Harlan, cuyo tiempo de origen era medianamente fructífero en cuanto a publicidad, elevó las cejas tolerantemente y dijo:

—Tendrás que aceptarlo. Es su forma de hacerlo, y nunca interferimos en la forma de hacer las cosas de ninguna cultura a no ser que dañe seriamente a la raza humana en su conjunto.

Pero ahora la mente de Harlan regresó a su situación actual y permaneció en el presente, observando los escandalosos y estridentes anuncios de la revista de noticias.

Presa de una excitación súbita, se preguntó a sí mismo: ¿eran los pensamientos que acababa de experimentar irrelevantes? ¿O estaba encontrando una tortuosa salida de la oscuridad y el camino de vuelta a Noÿs?

¡Publicidad! Un dispositivo para forzar a los reacios a entrar en el saco. ¿Le importaba a un fabricante de vehículos terrestres si un individuo determinado sentía un deseo original o espontáneo por su producto? Si se podía persuadir artificialmente al candidato (esa era la palabra) o engatusarlo para sentir tal deseo y actuar sobre él, ¿no valía igualmente?

Entonces, ¿qué importaba que Noÿs lo amara por pasión o por cálculos? Que los dejaran estar juntos el tiempo suficiente y ella terminaría amándolo. Él haría que lo amara y, al final, el amor y no su motivación era lo que contaba. Ahora deseaba haber leído alguna de las novelas del Tiempo que Finge había mencionado socarronamente.

Los puños de Harlan se cerraron violentos ante una idea repentina. Si Noÿs había acudido a él, a Harlan, para obtener la inmortalidad, solo podía significar que aún no había satisfecho su apetencia por semejante regalo. No podía haber hecho el amor con otro Eterno anteriormente. Eso quería decir que su relación con Finge no había sido nada más que la de secretaria y jefe. De lo contrario, ¿qué necesidad habría tenido de Harlan?

Pero seguro que Finge lo había intentado, había tratado de... (Harlan no pudo acabar la frase ni en el secreto de su propia mente). Finge podía haber demostrado la existencia de la superstición en su propia persona. Con toda seguridad lo había considerado, teniendo a Noÿs como tentación continuada. Entonces... ella debía de haberlo rechazado.

Había tenido que usar a Harlan y Harlan había tenido éxito. Eso es lo que había inducido a Finge a obtener su celosa venganza torturando a Harlan con el conocimiento de que la motivación de Noÿs había sido práctica, y con el hecho de que nunca podría tenerla.

Pero Noÿs había rechazado a Finge incluso ante la perspectiva de la vida eterna, y había aceptado a Harlan. Había podido elegir y había elegido en beneficio de Harlan. Así que no eran cálculos completamente. Las emociones tenían un papel.

Sus ideas eran enloquecidas y se mezclaban unas con otras, se hacían más acaloradas a cada momento.

Debía tenerla, y ahora. Antes de ningún Cambio de Realidad. ¿Qué era lo que le había dicho Finge, mofándose?: «El ahora no dura, ni siquiera en la Eternidad».

Pero ¿y si duraba? ¿Y si duraba?

Harlan supo al momento lo que debía hacer. Las provocaciones iracundas de Finge lo habían impulsado a un estado mental en el que estaba listo para el crimen, y el comentario final le había, al menos, inspirado con la naturaleza de la acción que debía realizar.

No había malgastado ni un momento, después de todo. Abandonó sus habitaciones con excitación e incluso alegría, casi corriendo, para cometer un serio

crimen contra la Eternidad.

8 Crimen

Nadie había hecho preguntas. Nadie lo había detenido. En cualquier caso, esa era la ventaja del aislamiento social de un técnico. Accedió a una puerta en el Tiempo a través de los canales de las cápsulas y fijó los controles. Por supuesto, siempre existía la posibilidad de que apareciera alguien que estaba llevando a cabo una misión real y se preguntara por qué se estaba usando la puerta. Dudó y luego decidió estampar su sello en el marcador. Una puerta sellada apenas llamaría la atención. Una puerta activa sin sellar sería el tema de conversación durante días.

Por supuesto, podía ser Finge el que encontrara la puerta. Tendría que correr ese riesgo.

Noÿs estaba tal y como la dejó. Habían pasado varias desgraciadas horas (fisiohoras) desde que Harlan saliera del cuatrocientos ochenta y dos hacia una solitaria Eternidad, pero ahora regresó en el mismo momento, con una diferencia de segundos, en el que se había ido. No se había movido ni un pelo de su cabeza.

Lo miró sorprendida.

—¿Has olvidado algo, Andrew?

Harlan la miró con ansiedad, pero no hizo ningún ademán de tocarla. Recordaba las palabras de Finge y no se atrevía a arriesgarse al rechazo.

—Tienes que hacer lo que te diga —dijo secamente.

—Entonces, ¿pasa algo malo? —preguntó ella—. Acabas de irte. Hace un minuto.

—No te preocupes —dijo Harlan. Era todo lo que podía hacer para evitar coger su mano, para evitar intentar tranquilizarla. En su lugar, habló con dureza. Era como si algún tipo de demonio lo estuviera forzando a hacer todas las cosas retorcidas. ¿Por qué había vuelto en el primer momento disponible? Lo único que conseguía era inquietarla con su regreso casi instantáneo tras su partida.

En realidad, conocía la respuesta a esa pregunta. Su tabla espaciotemporal le permitía un margen de gracia de dos días. Las porciones anteriores de ese periodo de gracia eran más seguras y contaban con menos posibilidades de ser descubierto. Era una tendencia natural aparecer en un momento tan anterior como fuera posible. Pero también era un riesgo estúpido. Podía haber errado los cálculos muy fácilmente y haber entrado en el tiempo antes de que lo hubiera abandonado unas fisiohoras antes. Y entonces, ¿qué? Era una de las primeras reglas que aprendió como Observador: una persona que ocupa dos puntos en el mismo Tiempo de la misma Realidad corre el riesgo de encontrarse consigo misma.

De alguna forma, eso era algo que debía evitarse. ¿Por qué? Harlan sabía que no quería encontrarse consigo mismo. No quería mirar a los ojos de otro Harlan, anterior o posterior. Además, sería una paradoja. ¿Y qué era lo que le gustaba decir a Twissell? «No existen paradojas en el Tiempo, pero solo porque el Tiempo evita deliberadamente las paradojas».

Todo el tiempo que Harlan estuvo pensando confuso en todo eso, Noÿs lo miró

fijamente con sus ojos grandes y luminosos.

Entonces se acercó a él y colocó sus manos frescas en cada una de las ardientes mejillas de Harlan, y dijo suavemente:

—Tienes problemas.

A Harlan su mirada le pareció llena de comprensión, de amor. Pero ¿cómo era posible? Ya tenía lo que quería. ¿Qué más quedaba? Él tomó sus muñecas y dijo con voz ronca:

—¿Vendrías conmigo? ¿Ahora? ¿Sin hacer ninguna pregunta? ¿Harías exactamente lo que te dijera?

—¿Tengo que hacerlo? —preguntó.

—Tienes que hacerlo, Noÿs. Es muy importante.

—Entonces iré —dijo con total naturalidad, como si le hicieran una propuesta de ese tipo cada día y siempre aceptara.

Noÿs dudó un momento en el borde de la cápsula, y luego entró.

—Vamos hacia delante, Noÿs.

—Quieres decir al futuro, ¿verdad?

La cápsula ya estaba zumbando levemente cuando entraron en ella, y apenas se habían sentado cuando Harlan movió discretamente el contacto de su codo.

Noÿs no mostró ningún síntoma de náuseas al principio de la indescriptible sensación de movimiento a través del Tiempo. Él había temido que pudiera marearse.

Permaneció sentada en silencio, tan hermosa y tan calmada que a él le dolía solo con mirarla, y no le importó nada en absoluto el que, al introducir a un Temporal en la Eternidad, hubiera cometido un crimen.

—¿Este indicador muestra el número del año, Andrew? —preguntó.

—Los siglos.

—¿Quieres decir que estamos mil años en el futuro? ¿Tan pronto?

—Exacto.

—No lo parece.

—Lo sé.

Miró a su alrededor.

—Pero ¿cómo nos movemos?

—No lo sé, Noÿs.

—¿No lo sabes?

—Hay muchas cosas en la Eternidad difíciles de entender.

Los números del tempómetro avanzaban a toda velocidad. Cada vez más y más rápido hasta que se convirtieron en una mancha borrosa. Harlan había colocado la palanca de velocidad en la posición máxima. Era posible que el uso de tanta energía llamase la atención en las plantas de energía, pero lo dudaba. Nadie lo estaba esperando en la Eternidad cuando llegó con Noÿs, y eso ya era un paso adelante. Ahora solo hacía falta llevarla a un lugar seguro.

Volvió a mirarla.

—Los Eternos no lo saben todo.

—Y yo no soy una Eterna —murmuró ella—. Sé tan poco...

El pulso de Harlan se aceleró. ¿Todavía no era una Eterna? Pero Finge había dicho...

Déjalo así, se dijo a sí mismo. Déjalo así. Ha venido contigo. Te sonrío. ¿Qué más quieres?

Pero habló. Dijo:

—Crees que un Eterno vive para siempre, ¿verdad?

—Bueno, los llaman Eternos, sabes, y todo el mundo lo piensa —le sonrió alegremente—. Pero no viven para siempre, ¿no?

—Entonces, ¿no lo piensas?

—Después de estar en la Eternidad, no. La gente no hablaba como si viviera para siempre, y también había hombres ancianos.

—Pero esa noche me dijiste que yo vivía para siempre.

Se acercó a él en el asiento, todavía sonriendo.

—Pensé: ¿quién sabe?

Sin poder eliminar la tensión de su voz, Harlan preguntó:

—¿Qué haría un Temporal para convertirse en Eterno?

Su sonrisa desapareció y... ¿era su imaginación, o había un trazo de color en su mejilla?

—¿Por qué lo preguntas?

—Para saberlo.

—Es estúpido —dijo ella—. Preferiría no hablar de ello.

Se quedó mirando fijamente sus delicados dedos, terminados en uñas que brillaban sin color en la luz velada de la cápsula. Harlan pensó abstraído y sin ningún motivo real que en una reunión nocturna, con un toque de ultravioleta moderado en la iluminación de las paredes, esas uñas brillarían con un suave color verde manzana o un inquietante carmesí, dependiendo del ángulo en que colocara sus manos. Una chica lista como Noÿs podía producir media docena de sombras y hacer parecer que los colores reflejaban sus estados de ánimo. Azul para la inocencia, amarillo brillante para la risa, violeta para la pena y escarlata para la pasión.

—¿Por qué hiciste el amor conmigo? —preguntó él. Ella echó la cabeza hacia atrás y lo miró con expresión pálida y grave.

—Si tienes que saberlo, en parte fue por la teoría de que una mujer puede hacerse Eterna de esa forma. No me importaría vivir para siempre.

—Creí que habías dicho que no creías en eso.

—Y no lo hago, pero probar no puede hacerle ningún mal a una chica. Especialmente...

La contemplaba con severidad, buscando refugio ante el dolor y la decepción en una fría mirada de desaprobación desde las alturas de la moralidad de su tiempo de

origen.

—¿Especialmente...?

—Especialmente porque quería hacerlo de todas formas.

—¿Querías hacer el amor conmigo?

—Sí.

—¿Por qué conmigo?

—Porque me gustabas. Porque pensé que eras divertido.

—¡Divertido!

—Bueno, curioso, si te gusta más. Siempre intentabas no mirarme, pero acababas haciéndolo. Intentabas odiarme y yo podía ver que me deseabas. Creo que me dabas un poco de pena.

—¿Qué es lo que te daba pena? —preguntó mientras notaba arder sus mejillas.

—Que tuvieras tantos problemas por desearme. Es muy sencillo. Solo tienes que preguntarle a la chica. Es muy fácil ser agradable. ¿Por qué sufrir?

Harlan asintió. ¡La moralidad del cuatrocientos ochenta y dos!

—Solo hay que preguntarle a la chica —murmuró—. Así de fácil. No es necesario nada más.

—La chica tiene que querer, claro. La mayoría de las veces quiere, si no está comprometida ya. ¿Por qué no? Es muy fácil.

Ahora le tocaba a Harlan bajar la mirada. Por supuesto, era muy fácil. Y tampoco había nada malo en ello. No en el cuatrocientos ochenta y dos. ¿Quién en toda la Eternidad debería saberlo mejor? Sería un estúpido, un perfecto y completo estúpido si le preguntara por relaciones anteriores ahora. Era como preguntarle a una chica de su tiempo de origen si alguna vez había comido en presencia de un hombre, y cómo se atrevía.

En cambio, preguntó humilde:

—¿Y qué piensas de mí ahora?

—Que eres muy agradable —dijo ella suavemente—, y que si te relajaras de vez en cuando... ¿Por qué no sonríes?

—No hay motivo para sonreír, Noÿs.

—Por favor. Quiero ver si tus mejillas se arrugan correctamente. Veamos.

Puso sus dedos en los extremos de su boca y empujó hacia arriba. Sorprendido, Harlan echó hacia atrás la cabeza y no pudo evitar sonreír.

—¿Ves? Ni siquiera se han agrietado. Eres casi guapo. Con práctica suficiente, delante de un espejo, sonriendo y haciendo que tus ojos brillen, seguro que puedes llegar a ser muy guapo.

Pero la sonrisa, ya de por sí frágil, había desaparecido.

Noÿs dijo:

—Tenemos problemas, ¿verdad?

—Sí, tenemos muchos problemas, Noÿs.

—¿Por lo que hicimos? ¿Tú y yo? ¿Esa noche?

—No, en realidad no.

—Fue culpa mía, ¿sabes? Si quieres se lo diré.

—Nunca —dijo Harlan con energía—. Nada de esto es culpa tuya. No has hecho nada, nada, por lo que sentirte culpable. Es otra cosa.

Noÿs miró con inquietud el termómetro.

—¿Dónde estamos? Ni siquiera puedo ver los números.

—¿En qué tiempo estamos? —Harlan la corrigió automáticamente. Disminuyó la velocidad y los siglos se hicieron visibles.

Sus preciosos ojos se agrandaron y las pestañas destacaron contra la blancura de su piel.

—¿Ese número está bien?

Harlan echó un vistazo despreocupado al indicador. Estaba en el setenta y dos mil.

—Seguro que sí.

—Pero ¿adónde vamos?

—A qué fecha vamos. A una época lejana —dijo con gravedad—. Lejana y agradable. Donde no puedan encontrarte.

Y observaron las cifras avanzar en silencio. En silencio también, Harlan se dijo una y otra vez que la chica era inocente de los cargos imputados por Finge. Había reconocido francamente su verdad parcial y había admitido, con igual franqueza, la presencia de una atracción más personal.

Entonces alzó la mirada mientras Noÿs cambiaba de postura. Se había movido hacia su lado de la cápsula y, con gesto resuelto, detuvo la cápsula con una deceleración temporal de lo más incómoda.

Harlan tragó saliva y cerró los ojos para hacer que pasara el mareo.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Ella lo miró lívida y, por un momento, no respondió. Entonces dijo:

—No quiero seguir avanzando. Los números son demasiado altos.

El termómetro marcaba 111.395.

—Aquí vale —dijo él.

Entonces extendió su mano gravemente:

—Vamos, Noÿs. Este será tu hogar durante una temporada.

Caminaron por los pasillos como niños, cogidos de la mano. Las luces de los pasajes principales estaban encendidas, y las habitaciones oscuras resplandecían al menor contacto. El aire era fresco y tenía una cierta vivacidad que, aunque sin brisa directa, anunciaba la presencia de ventilación.

—¿No hay nadie aquí? —susurró Noÿs.

—Nadie —respondió Harlan. Intentó decirlo con firmeza y en voz alta. Quería romper el conjuro de estar en un «Siglo Oculto», pero al final también acabó suspirando.

Ni siquiera sabía cómo referirse a un tiempo tan avanzado. Llamarlo el uno-uno-uno-tres-nueve-cinco era ridículo. Tendría que usar un simple e indefinido «los cien mil».

Era el menor de los problemas que tenían, pero ahora que la exaltación del vuelo real había terminado, se encontró solo en una región de la Eternidad en la que no había habido nunca ningún paso humano, y no le gustó. Estaba avergonzado, doblemente avergonzado dado que Noÿs era testigo, del hecho de que el leve frío de su interior era el leve frío de un leve miedo.

—Está muy limpio. No hay polvo —dijo Noÿs.

—Autolimpieza —respondió Harlan. Con un esfuerzo que pareció romper sus cuerdas vocales elevó su voz hasta un nivel casi normal—: Pero no hay nadie aquí, ni hacia delante ni hacia atrás, durante miles de siglos.

Noÿs pareció aceptarlo.

—¿Y todo está tan bien organizado? Hemos pasado por tiendas de comida y una biblioteca de películas. ¿Las viste?

—Sí, las vi. Todo está completamente equipado. Cada sección.

—¿Por qué, si nadie viene aquí?

—Es lógico —dijo Harlan. Hablar de ello lo desmitificaba un poco. Decir en voz alta lo que ya sabía en abstracto ayudaría a precisar la cuestión, rebajarla al nivel de lo prosaico.

—Al principio de la historia de la Eternidad —explicó— en uno de los siglos, cerca del trescientos, se inventó un duplicador de masa. ¿Sabes a qué me refiero? Mediante la creación de un campo de resonancia se podía convertir la energía en materia, con partículas subatómicas colocadas en patrones de posición exactos (dentro de las necesidades de incertidumbre) a los del modelo que se usara. El resultado era una copia exacta. La Eternidad se apropió del instrumento para sus propias necesidades. En esa época solo había seiscientos o setecientos secciones construidas. Por supuesto, planeábamos expandirnos. «Diez nuevos segundos cada fisioaño» era una de las consignas de la época. El duplicador de masa hizo que todo eso fuera innecesario. Construimos una sección nueva completa, con alimentos y suministros de agua y energía y todos los aspectos automáticos disponibles; fijamos la máquina y duplicamos la sección una vez en cada siglo a lo largo de toda la Eternidad. No sé hasta cuándo siguieron haciéndolo; millones de siglos, probablemente.

—¿Todas como esta, Andrew?

—Todas exactamente como esta. Y a medida que la Eternidad se expande simplemente las ocupamos, adaptando la construcción al estilo que impere en cada siglo. Los únicos problemas se producen cuando nos encontramos con siglos centrados en la energía. Todavía... todavía no hemos llegado a esta sección.

(No había necesidad de decirle que los Eternos no podían penetrar en el Tiempo en los Siglos Ocultos. ¿Qué diferencia habría supuesto?).

La miró y vio que parecía preocupada.

—No se gastó nada en la construcción de las secciones —dijo Harlan apresuradamente—. Se usó energía, nada más, y teniendo la nova...

—No. Es solo que no lo recuerdo —le interrumpió ella.

—¿Qué no recuerdas?

—Has dicho que el duplicador se inventó hacia el trescientos. No lo tenemos en el cuatrocientos ochenta y dos. No recuerdo haber visto nada parecido en historia.

Harlan se quedó pensativo. Aunque a ella le faltaban apenas cinco centímetros para ser de su altura, de repente él parecía del tamaño de un gigante en comparación. Era una niña, un bebé, y él un semidiós de la Eternidad que debía enseñarle y guiarla cuidadosamente hacia la verdad.

—Noÿs, cariño, vamos a buscar un sitio para sentarnos y... y tengo que explicarte algo.

El concepto de una Realidad variable, una Realidad que no era fija ni eterna ni inmutable, no era algo que cualquiera pudiese tomar a la ligera.

En sus sueños a veces Harlan recordaba sus primeros días como Novato y sus dolorosos intentos de divorciarse de su siglo y su tiempo.

El Novato medio tardaba seis meses en conocer la verdad, en descubrir que nunca podría volver a casa en el sentido más literal de la expresión. No eran solo las leyes de la Eternidad las que lo impedían, sino el frío hecho de que su hogar tal y como lo conocían podría perfectamente no existir, podría, en cierto sentido, no haber existido nunca.

Afectaba a los Novatos de distintas formas. Harlan recordaba la cara de Bonky Latourette volverse pálida y desolada el día que el instructor Yarrow despejó toda posible duda sobre la Realidad.

Ninguno de los Novatos comió esa noche. Hicieron grupo todos juntos buscando una especie de calidez psíquica, todos excepto Latourette, que había desaparecido. Esa noche hubo muchas risas falsas y chistes de mal gusto.

Alguien dijo con voz temblorosa e insegura:

—Supongo que nunca tuve una madre. Si vuelvo al noventa y cinco dirán: «¿Quién eres tú? No te conocemos. No tenemos ningún registro sobre ti. No existes».

Sonrieron débilmente y asintieron con la cabeza, chicos solitarios a los que no les quedaba nada salvo la Eternidad.

Encontraron a Latourette a la hora de acostarse, durmiendo profundamente y respirando muy poco profundamente. Por suerte, también observaron un leve enrojecimiento producido por una inyección en el hueco de su codo izquierdo.

Llamaron a Yarrow y durante un tiempo pareció que el Novato sería retirado del curso, pero al final volvió a ir a las clases. Una semana más tarde estaba sentado en su sitio. Sin embargo, hasta donde Harlan sabía la marca de esa noche angustiosa quedó para siempre en su personalidad.

Y ahora Harlan tenía que explicarle la Realidad a Noÿs Lambert, una chiquilla no mucho mayor que aquellos Novatos, y tenía que explicársela de inmediato y por completo. Tenía que hacerlo. No había otra opción. Debía aprender exactamente a qué se enfrentaban y qué tendrían que hacer.

Se lo dijo. Comieron carne enlatada, fruta fresca y leche en una gran mesa de conferencias con capacidad para doce personas. Allí se lo dijo.

Lo hizo tan suavemente como pudo, pero apenas tuvo necesidad de suavidad. Noÿs cazó al vuelo todos y cada uno de los conceptos, y antes de que hubiera explicado siquiera la mitad le había quedado claro, para su asombro, que no estaba reaccionando mal. No tenía miedo. No mostraba ninguna sensación de pérdida. Solo parecía enfadada.

La ira llegó a su rostro y lo cambió a un color rosado mientras sus ojos oscuros parecían haber llegado a su tope de oscuridad.

—Pero eso es criminal —dijo—. ¿Quiénes son los Eternos para hacer esto?

—Se hace por el bien de la humanidad —dijo Harlan. Por supuesto, ella no podía entenderlo. Sintió pena por el pensamiento vinculado al tiempo de los Temporales.

—¿En serio? Supongo que fue así como se eliminó el duplicador de masa.

—Todavía tenemos copias. No te preocupes por eso. Lo hemos preservado.

—Vosotros lo habéis preservado. Pero ¿qué ocurre con nosotros? Nosotros podíamos haberlo tenido en el cuatrocientos ochenta y dos.

Gesticulaba con pequeños movimientos de sus dos puños apretados.

—No os habría sido de ningún bien. Mira, no te emociones, y escucha.

Con un gesto casi compulsivo (tendría que aprender a tocarla de forma natural, sin hacer que el movimiento pareciera una avergonzada invitación a la repulsa) cogió sus manos entre las suyas y las sujetó firmemente.

Durante un momento ella intentó liberarlas y luego se relajó.

Incluso se rio un poco.

—Anda, sigue, tonto, y no pongas ese aspecto tan solemne. No te estoy echando la culpa a ti.

—No tienes que echarle la culpa a nadie. No hay necesidad de culpa. Hacemos lo que debe hacerse. El duplicador de masa es un caso clásico. Lo estudié en la escuela. Cuando duplicas masa, puedes duplicar personas también. Los problemas que surgen son muy complicados.

—¿No depende de cada sociedad resolver sus propios problemas?

—En efecto, pero estudiamos esa sociedad a lo largo del Tiempo y no resuelve sus problemas satisfactoriamente. Recuerda que su fracaso no solo afecta a sí misma, sino a todas sus sociedades descendientes. De hecho, no hay solución satisfactoria con respecto al problema del duplicador de masa. Es una de esas cosas, como las guerras atómicas y los soñadores, que no deben permitirse. Los desarrollos nunca son satisfactorios.

—¿Qué te hace estar tan seguro?

—Tenemos máquinas de computación, Noÿs; computaplexos mucho más precisos que cualquiera de los desarrollados en cualquiera de las realidades individuales. Computan todas las posibles realidades y gradúan las conveniencias de cada una mediante la suma de miles y miles de variables.

—¡Máquinas! —dijo con desdén.

Harlan frunció el entrecejo y luego se ablandó a toda prisa:

—No seas así. Es normal que te moleste saber que la vida no es tan sólida como pensabas. Tú y el mundo en el que vives podrían haber sido una sombra de probabilidad hace un año, pero ¿cuál es la diferencia? Tienes todos tus recuerdos, sean sombras de probabilidad o no, ¿verdad? Recuerdas tu infancia y recuerdas a tus padres, ¿no?

—Por supuesto.

—Entonces es como si hubieras vivido, ¿no? Quiero decir, lo vivieras o no.

—No sé. Tengo que pensarlo. ¿Qué pasa si mañana vuelve a ser un mundo imaginario, o una sombra, o como sea que lo llames?

—Entonces habrá una nueva Realidad y una nueva tú con nuevos recuerdos. Sería como si nada hubiera pasado, excepto que la suma de la felicidad humana habría aumentado de nuevo.

—De alguna forma, no me parece satisfactorio.

—Además —dijo Harlan rápidamente—, nada te va a ocurrir ahora. Habrá una nueva Realidad, pero tú estás en la Eternidad. No cambiarás.

—Pero dices que no hay ninguna diferencia —dijo Noÿs con melancolía—. ¿Por qué tomarse tanta molestia?

Con ardor repentino, Harlan dijo:

—Porque te quiero tal como eres. Exactamente como eres. No quiero que cambies. De ninguna de las formas.

Estuvo a punto de confesar la verdad, que sin la superstición sobre los Eternos y la vida eterna nunca se habría sentido inclinada hacia él.

—¿Tendré que quedarme aquí para siempre, entonces? —preguntó ella con el ceño fruncido mientras miraba a su alrededor—. Me sentiría muy... sola.

—No, no. No lo pienses —dijo él vivamente, cogiendo sus manos con tal fuerza que ella hizo una mueca de dolor—. Descubriré qué serás en la nueva Realidad del cuatrocientos ochenta y dos y volverás camuflada, por decirlo de alguna forma. Me ocuparé de ti. Solicitaré permiso para una relación formal y cuidaré de que permanezcas segura a lo largo de futuros Cambios de Realidad —y añadió—: Y también sé unas pocas cosas.

Y ahí se detuvo.

—¿Esto está permitido? —preguntó Noÿs—. Quiero decir, ¿puedes llevar a gente a la Eternidad para evitar que cambien? Por lo que me has contado, no suena muy correcto.

Por un momento, Harlan se sintió empujado y frío en el gran vacío de los

miles de siglos que lo rodeaban, en el futuro y en el pasado. Por un momento, se sintió amputado incluso de la Eternidad que era su único hogar y su única fe, doblemente aislado del Tiempo y la Eternidad; y solo con la mujer por la que lo había abandonado todo a su lado.

Dijo con todo su corazón:

—No, es un crimen. Es un crimen muy grave, y estoy profundamente avergonzado. Pero volvería a hacerlo mil veces si fuera necesario.

—¿Por mí, Andrew? ¿Por mí?

Su mirada no se alzó para encontrarse con la de ella.

—No, Noÿs, por mí. No soportaría perderte.

—¿Y si nos atrapan? —preguntó ella.

Harlan conocía la respuesta. Conocía la respuesta desde aquel momento de comprensión en la cama en el cuatrocientos ochenta y dos, con Noÿs durmiendo a su lado. Pero incluso entonces no se atrevió a pensar en la pura verdad.

—No me da miedo nadie —dijo—. Sé cómo protegerme. No se imaginan cuánto sé.

9 Intermedio

Lo que siguió fue un periodo idílico. Pasaron cien cosas distintas en esas fisiosemanas y todas se confundían inextricablemente en la memoria de Harlan, haciendo que pareciese que el periodo había durado mucho más de lo que había durado en realidad. Lo que lo hacía idílico eran, por supuesto, las horas que podía pasar con Noÿs, y eso ensombrecía todo lo demás.

Punto primero: en el cuatrocientos ochenta y dos empaquetó lentamente sus efectos personales, sus ropas y sus películas y, sobre todo, sus queridos y extremadamente cuidados volúmenes de revistas de la época primitiva. Supervisó ansioso su regreso a su estación permanente del quinientos setenta y cinco.

Finge apareció a su lado cuando los hombres de Mantenimiento introducían el último paquete en la cápsula de transporte.

Eligiendo sus palabras con infalible banalidad, dijo:

—Veo que nos deja.

Sonreía, aunque sus labios permanecían cuidadosamente juntos para mostrar el menor indicio posible de dientes. Tenía las manos a la espalda y su cuerpo rechoncho se inclinaba hacia delante sobre las puntas de sus pies.

Harlan no miró a su superior. Se limitó a murmurar un monótono:

—Sí, señor.

—Informaré al computador Twissell sobre la forma enteramente satisfactoria en que ha llevado a cabo sus funciones de observación en el cuatrocientos ochenta y dos —dijo Finge.

Harlan no consiguió siquiera murmurar una sombría palabra de agradecimiento. Permaneció en silencio.

Finge continuó en un tono de voz de repente más bajo:

—No informaré, de momento, acerca de su reciente intento de violencia contra mi persona.

Y aunque siguió sonriendo y su mirada continuó siendo benevolente, había un tinte de cruel satisfacción en su voz.

Harlan levantó con brusquedad la mirada y dijo:

—Como desee, computador.

Punto segundo: se restableció en el quinientos setenta y cinco.

Fue a ver a Twissell casi de inmediato. Se alegró de ver su pequeño cuerpo coronado por su cara de gnomo. Incluso se alegró de ver el cilindro blanco humeando entre los dedos de Twissell, elevado rápidamente hacia sus labios.

—Computador —dijo Harlan.

Twissell, saliendo de su oficina, miró por un momento a Harlan sin verlo y sin reconocerlo. Estaba demacrado y sus ojos denotaban un gran cansancio.

—Ah, técnico Harlan —dijo—. ¿Ya has terminado con tu trabajo en el

cuatrocientos ochenta y dos?

—Sí, señor.

El comentario de Twissell era extraño. Miró su reloj que, como todos los relojes de la Eternidad, estaba ajustado según el fisiotiempo (daban tanto el número del día como la hora), y dijo:

—En el clavo, muchacho, en el clavo. Excelente, excelente.

Harlan sintió como su corazón daba un pequeño vuelco. La última vez que había visto a Twissell no habría sido capaz de encontrarle sentido a esa observación. Ahora creía que podía. Twissell estaba cansado, o quizá no habría hablado tan cerca del centro de las cosas. O el computador podía haber pensado que la observación era tan críptica que podía sentirse seguro pese a su cercanía con el centro de las cosas.

Harlan preguntó, hablando tan despreocupadamente como pudo y evitando traslucir que su comentario tenía alguna conexión en absoluto con lo que Twissell acababa de decir:

—¿Cómo está mi Novato?

—Bien, bien —respondió Twissell con, aparentemente, solo la mitad de su atención puesta en las palabras. Dio una rápida calada al menguante tubo de tabaco, se permitió un pequeño asentimiento de retirada y se marchó.

Punto tercero: el Novato.

Parecía mayor. Parecía que había una sensación de madurez en él mientras le tendía la mano y decía:

—Me alegro de verlo otra vez, Harlan.

O quizá simplemente era que, hasta ahora, Harlan solo había sido consciente de él como alumno y ahora parecía más que un Novato: parecía un instrumento gigante en manos de los Eternos. Naturalmente no podía sino adquirir un nuevo estatus a sus ojos.

Harlan intentó que no se le notara. Estaban en sus dependencias personales y el técnico se deleitaba en las cremosas superficies porcelanosas que lo rodeaban, aliviado de haberse librado de las salpicaduras recargadas del cuatrocientos ochenta y dos. Por mucho que intentara asociar el salvaje barroco del cuatrocientos ochenta y dos con Noÿs, lo único que conseguía era ligarlo a Finge. Con Noÿs asociaba una penumbra de satén rosado y, curiosamente, la austeridad desnuda de las secciones de los Siglos Ocultos.

Habló rápidamente, casi como si tuviera miedo de revelar sus peligrosas ideas.

—Bueno, Cooper, ¿qué han hecho contigo mientras yo no estaba?

Cooper se rio, acarició su caído bigote de manera afectada y dijo:

—Más matemáticas. Siempre matemáticas.

—¿Sí? Supongo que ya estarás bastante avanzado.

—Bastante, sí.

—¿Qué tal lo llevas?

—De momento es soportable. Se me dan bastante bien, ¿sabe? Me gustan. Pero empieza a ponerse complicado.

Harlan asintió y notó una cierta satisfacción.

—¿Matrices de campos temporales y todo eso? —le preguntó.

Pero Cooper, con cierto rubor, se volvió hacia los volúmenes apilados en las estanterías y dijo:

—Volvamos a los primitivos. Tengo algunas preguntas.

—¿Sobre qué?

—La vida en las ciudades en el veintitrés. Especialmente en Los Ángeles. Es una ciudad interesante. ¿No le parece?

—Lo es, pero me quedo con el veintiuno. En el veintiuno estaba en su cenit.

—Mejor el veintitrés.

—Bueno, ¿por qué no? —dijo Harlan.

Su rostro estaba impasible, pero si se hubiera podido pelar su impasibilidad se habría delatado su adustez. Su intuición no le había fallado. Todo iba encajando a la perfección.

Punto cuarto: investigación. Investigación doble.

Primero para él mismo. Cada día repasaba atentamente los informes del escritorio de Twissell. Los informes estaban relacionados con los distintos Cambios de Realidad planeados o sugeridos. Como parte del Consejo Temporal, Twissell recibía copias de todos ellos de forma rutinaria, y Harlan sabía que no se perdería ni uno. Primero buscó el futuro Cambio en el cuatrocientos ochenta y dos. Después buscó otros, cualquier tipo de Cambio que pudiera tener una falta, una imperfección, una desviación de la excelencia máxima que pudiera ser visible a sus entrenados y experimentados ojos de técnico.

Estrictamente, los informes no eran para que él los estudiara, pero Twissell apenas estaba en su oficina esos días y nadie se atrevía a interferir en los asuntos del técnico personal del computador.

Esa era una parte de su investigación. La otra debía llevarla a cabo en la sección de la biblioteca del quinientos setenta y cinco.

Por primera vez se aventuró fuera de las zonas de la biblioteca que normalmente monopolizaban su atención. En el pasado había frecuentado la sección de historia primitiva (aunque era muy pobre, así que la mayor parte de sus materiales de referencia provenían de las primeras épocas del tercer milenio, como era natural). Aún en mayor medida había saqueado las estanterías dedicadas a los Cambios de Realidad, su teoría, técnica e historia; una colección excelente (la mejor en la Eternidad sin contar la rama Central, gracias a Twissell) de la que se había hecho amo y señor.

Ahora paseó con curiosidad entre las otras estanterías de películas. Por primera vez Observó (con mayúscula) las estanterías dedicadas al quinientos setenta y cinco;

sus geografías, que apenas variaban de realidad en realidad, sus historias, que variaban más, y sus sociologías, que variaban aún más. Estos no eran los libros o informes sobre la época escritos por Eternos computadores u observadores (esos ya los conocía), sino que los habían escrito los mismos Temporales.

Estas eran las obras literarias del quinientos setenta y cinco que removían recuerdos de tremendas disputas que había oído en relación con los valores de los distintos Cambios. ¿Sería alterada esta obra maestra o no? En caso afirmativo, ¿cómo? ¿Cómo habían afectado los Cambios anteriores al arte?

Respecto a ese punto... ¿podría alguna vez existir un consenso general acerca del arte? ¿Podría reducirse a términos cuantitativos de acuerdo con la evaluación mecánica de las máquinas de computación?

El principal oponente de Twissell en estos asuntos era un computador llamado August Sennor. Harlan, agitado por las denuncias febriles de Twissell acerca de este individuo y sus ideas, había leído algunos de los artículos de Sennor y le habían parecido chocantes.

Sennor preguntaba públicamente y, en opinión de Harlan, de manera desconcertante, si una nueva Realidad podría no contener una personalidad dentro de sí misma análoga a la del hombre que había sido retirado a la Eternidad en una previa Realidad. Entonces analizaba la posibilidad de que un Eterno se encontrara con su análogo en el Tiempo, ya fuera sabiéndolo o no, y especulaba sobre el resultado en cada caso (lo cual se parecía bastante a uno de los mayores miedos de la Eternidad; Harlan tembló y leyó muy rápido esa sección). Y, por supuesto, discutía extensamente el destino de la literatura y el arte en varios tipos y clasificaciones de Cambios de Realidad.

Pero Twissell no aceptaba nada de lo anterior.

—Si no se pueden computar los valores del arte —le gritaba a Sennor—, ¿qué sentido tiene discutir sobre ello?

Y (Harlan lo sabía) la mayoría del Consejo Temporal compartía el punto de vista de Twissell.

Pero ahora Harlan se detuvo frente a las estanterías dedicadas a las novelas de Eric Linkollew, normalmente descrito como el escritor más impactante del quinientos setenta y cinco, y dudó. Contó quince Obras Completas distintas, cada una perteneciente sin ninguna duda a una Realidad distinta. Todas eran diferentes de alguna forma, estaba seguro. Por ejemplo, uno de los volúmenes era considerablemente más pequeño que los demás. Imaginó que un centenar de sociólogos debía de haber escrito análisis sobre las diferencias entre los volúmenes en cuanto al trasfondo sociológico de cada Realidad, y había alcanzado reconocimiento por ello.

Harlan continuó hasta el ala de la biblioteca dedicada a los dispositivos e instrumentos de los distintos quinientos setenta y cinco. Sabía que muchos de ellos habían sido eliminados del Tiempo y permanecían intactos, como productos del

ingenio humano, únicamente en la Eternidad. El hombre debía ser protegido de su propia mente, demasiado prolífica, más que de ninguna otra cosa. No pasaba un fisioaño sin que en algún momento del Tiempo la tecnología nuclear se acercara demasiado al punto en el que era peligrosa y había que volver a enderezarla.

Regresó a la biblioteca en sí y a las estanterías acerca de las matemáticas y las historias de las matemáticas. Sus dedos acariciaron los tomos y, tras pensarlo un momento, cogió seis de la estantería y firmó por ellos.

Punto quinto: Noÿs.

Era la parte realmente importante del intermedio y toda la parte idílica.

En sus horas libres, cuando Cooper se había ido, cuando normalmente habría estado comiendo en soledad, leyendo en soledad, durmiendo en soledad, esperando en soledad a que llegara el próximo día... se dirigía a las cápsulas.

Agradecía con todo su corazón su puesto de técnico en la sociedad. Agradecía, como nunca había soñado que lo haría, la forma en que lo evitaban.

Nadie cuestionaba su derecho a estar en una cápsula ni se preguntaba si iba al futuro o al pasado. No le seguía ninguna mirada curiosa, ninguna mano solícita se ofrecía a ayudarlo, ninguna boca charlatana le daba conversación.

Podía ir donde y cuando quisiera.

—Has cambiado, Andrew —dijo Noÿs—. Vaya si has cambiado.

La miró y sonrió.

—¿En qué sentido, Noÿs?

—Estás sonriendo, ¿verdad? Ese es uno de los sentidos. ¿Nunca te encuentras con tu imagen sonriente reflejada en el espejo?

—Me da miedo. Pensaría: «No puedo ser tan feliz. Estoy enfermo. Estoy delirando. Estoy encerrado en un psiquiátrico, soñando despierto y sin ser consciente de ello».

Noÿs se inclinó para pellizcarlo.

—¿Sientes algo?

Harlan la atrajo hacia sí y se bañó en su suave pelo negro.

Cuando se separaron, ella habló sin aliento.

—También en eso has cambiado. Has mejorado mucho.

—He tenido una buena maestra —empezó a decir Harlan y luego se detuvo de repente, temiendo que su comentario pudiera implicar desagrado al pensar en los muchos que podían haber sido la causa de que ella fuera tan buena maestra.

Pero su risa no pareció haber concebido siquiera tal pensamiento. Habían comido y ella tenía una apariencia de suavidad sedosa y cálida con las ropas que él le había traído.

Noÿs siguió su mirada y acarició la falda delicadamente, levantándola del cálido abrazo de su pantorrilla.

—Me gustaría que no lo hicieras, Andrew —dijo—. Me gustaría mucho que no lo

hicieras.

—No hay ningún peligro —respondió él despreocupado.

—Sí hay peligro. No seas tonto. Puedo apañarme con lo que hay aquí hasta... hasta que lo soluciones.

—¿Por qué no ibas a tener tus propias ropas y abalorios?

—Porque no merece la pena correr el riesgo de que te atrapen cuando vas a mi casa. ¿Y qué ocurriría si hacen el Cambio mientras tú estás allí?

Eludió la respuesta, un tanto incómodo.

—No me atraparán. —Y a continuación, más animado—: Además, el generador de mi muñeca me mantiene en el fisiotiempo para que el Cambio no me afecte, ¿ves?

Noÿs suspiró.

—No lo veo. No creo que llegue siquiera a entenderlo.

—No tiene ningún misterio.

Y Harlan explicó y explicó con gran animación, y Noÿs lo escuchó con ojos brillantes que nunca revelaban si estaba completamente interesada o divertida, o quizá un poco de cada.

Era una gran adición a la vida de Harlan. Tenía a alguien con quien hablar, alguien con quien discutir su vida, sus acciones y sus pensamientos. Era como si ella fuese una porción de sí mismo, pero una porción lo suficientemente separada para hacer necesario el habla como herramienta de comunicación en lugar del pensamiento. Era una porción lo suficientemente separada como para ser capaz de responder de manera imprevisible como resultado de procesos de pensamiento independientes. Era curioso, pensó Harlan, cómo uno podía observar un fenómeno social como el matrimonio y no percatarse de una verdad tan vital. ¿Podía haber predicho con antelación, por ejemplo, que serían los interludios apasionados los que más tarde asociaría con el idilio?

Ella se acurrucó en el hueco de su brazo y preguntó:

—¿Qué tal llevas las matemáticas?

—¿Quieres echarle un vistazo? —preguntó a su vez Harlan.

—No me digas que lo llevas contigo...

—¿Por qué no? El viaje en la cápsula lleva su tiempo. No tiene sentido malgastarlo.

Se liberó del abrazo, extrajo un pequeño visualizador de su bolsillo, insertó la película y sonrió cariñosamente mientras se lo enseñaba.

Ella le devolvió el visualizador con un movimiento de cabeza.

—Nunca había visto tantos garabatos juntos. Ojalá supiera leer vuestro intertemporal estándar.

—En realidad —dijo Harlan—, la mayoría de los garabatos que mencionas no son intertemporal, es nomenclatura matemática.

—Pero lo entiendes, ¿no?

Harlan odiaba desilusionar la franca admiración de sus ojos, pero se vio obligado

a decir:

—No tanto como me gustaría. Pero he aprendido las suficientes matemáticas como para obtener lo que quiero. No tengo que entenderlo todo para ser capaz de ver un agujero en una pared lo suficientemente grande como para que pase una cápsula de transporte.

Lanzó el visualizador al aire, lo atrapó con un movimiento de la mano y lo colocó sobre la mesa.

Los mirada de Noÿs se posó en él ávidamente y Harlan tuvo una súbita revelación.

—¡Por todos los tiempos! No puedes leer intertemporal.

—No, claro que no.

—Entonces la biblioteca de esta sección no te sirve para nada. No se me había ocurrido. Deberías tener tus propias películas del cuatrocientos ochenta y dos.

Ella respondió rápidamente:

—No. No las quiero.

—Las tendrás —dijo él.

—No las quiero, en serio. Es estúpido arriesgar...

—¡Las tendrás!

Se encontraba por última vez frente a la frontera inmaterial que separaba la Eternidad de la casa de Noÿs en el cuatrocientos ochenta y dos. Su intención había sido que la vez anterior fuera realmente la última. El Cambio estaba muy próximo, algo que no le había dicho a Noÿs por respeto a los sentimientos de cualquiera, mucho menos los de su amada.

Aun así, realizar este último viaje no fue una decisión difícil. En parte era una bravata para lucirse ante Noÿs, meterse en la boca del lobo para traerle sus libropelículas; en parte era un ardiente deseo (¿cómo era la frase primitiva?) «de reírse en las barbas de Finge», si alguna vez había producido algún tipo de vello facial su rostro rubicundo.

Además, también tendría la oportunidad de volver a saborear la atmósfera extrañamente atractiva de una casa condenada.

Lo había sentido antes, cuando había entrado en ella cuidadosamente durante el periodo de gracia permitido por la tabla espaciotemporal. Lo había sentido mientras vagaba por sus habitaciones recogiendo ropa, pequeños objets d'art, extraños contenedores e instrumentos del tocador de Noÿs.

Se notaba el sombrío silencio de una Realidad condenada que simplemente había pasado la ausencia física de ruido. No había forma de que Harlan pudiera predecir su análogo en una nueva Realidad. Podría ser una pequeña casita suburbana o una casa de vecinos en una calle urbana. Podría no ser nada, con matorrales agrestes reemplazando el pequeño parque en el que ahora se encontraba. Cabía la posibilidad de que apenas cambiara. Y (Harlan tanteó esta posibilidad con cautela) podía estar

habitada por la análoga de Noÿs, o no.

Para Harlan la casa ya era un fantasma, un espectro prematuro que había comenzado sus apariciones antes de haber muerto. Y dado que la casa, tal y como estaba, significaba mucho para él, se dio cuenta de que le molestaba su muerte y la lamentaba.

Solo una vez en los cinco viajes se produjo un sonido que rompió la quietud de sus merodeos. Estaba en la despensa, agradeciendo que, gracias a la tecnología de esa Realidad y ese siglo, no se utilizaran sirvientes y se hubiese eliminado un problema. Recordaba haber elegido entre las latas de comida preparada y estaba decidiendo que ya tenía suficientes para un viaje, y que Noÿs estaría contenta de intercalar la saludable, pero sosa y básica dieta de la sección vacía con algo de su propio recetario. Incluso se rio en voz alta al recordar que hacía no mucho tiempo él mismo había considerado su dieta decadente. Y en mitad de su carcajada oyó el sonido nítido de algo golpeando el suelo. ¡Quedó paralizado!

El sonido había venido de algún lugar situado a su espalda, y en el inquieto momento durante el que no se movió se le ocurrió primero el peligro menor de que fuese un ladrón, y luego el mayor de que fuese un Eterno investigando.

No podía ser un ladrón. De todos los otros periodos del Tiempo similares se había elegido el de la tabla espaciotemporal, periodo de gracia incluido, precisamente por la ausencia de factores que pudieran suponer una complicación. Por otro lado, había introducido un microcambio (o quizá no tan micro) al extraer a Noÿs.

Se obligó a sí mismo a darse la vuelta, con el corazón golpeándole en el pecho. Le pareció que la puerta que estaba detrás de él se acababa de cerrar, moviéndose el último milímetro necesario para coincidir con la pared.

Reprimió el impulso de abrir esa puerta, de registrar la casa. Regresó a la Eternidad con los manjares de Noÿs y espero dos días completos a que se produjeran posibles repercusiones antes de ir al futuro. No hubo ninguna y, finalmente, olvidó el incidente.

Pero ahora, mientras ajustaba los controles para acceder al Tiempo por última vez, volvió a pensar en él. O quizá fue la idea del Cambio, tan cercano, lo que hizo presa en él. Cuando rememoró el suceso más tarde pensó que había sido lo uno o lo otro lo que hizo que no ajustara correctamente los controles. No se le ocurría ninguna otra excusa.

Este ajuste incorrecto no fue aparente de inmediato. Marcaba la habitación correcta y Harlan entró directamente en la biblioteca de Noÿs.

Él mismo se había convertido en una especie de decadente al no sentirse repelido por el trabajo intrínseco de los diseños de las cajas de películas. Las letras de los títulos se mezclaban en intrincadas filigranas hasta que resultaban atractivos, pero prácticamente ilegibles. Era un triunfo de la estética sobre la utilidad.

Cogió unas cuantas películas al azar de las estanterías y se sorprendió. El título de una era Historia social y económica de nuestro tiempo.

De alguna forma, era un aspecto de Noÿs al que no había prestado mucha atención. Estaba claro que no era estúpida, pero nunca se le había ocurrido que pudiera estar interesada en cosas tan serias. Sintió el impulso de ver un poco de la Historia social y económica, pero resistió la tentación. Si la quería, la encontraría en la biblioteca de la sección del cuatrocientos ochenta y dos. Sin ninguna duda, Finge ya habría desvalijado hacía meses las bibliotecas de esta Realidad para los registros.

Puso la película a un lado, echó un vistazo a las demás y eligió las de ficción y algunas de las que parecían de no ficción, pero más ligeras. Eso y dos reproductores portátiles. Lo escondió todo cuidadosamente en una mochila.

Fue en ese momento en el que, una vez más, oyó un sonido en la casa. Esta vez no cabía ninguna duda. No era un sonido breve y de origen indeterminado. Era una carcajada, la carcajada de un hombre. No estaba solo en la casa.

No se dio cuenta de que había dejado caer la mochila. ¡Durante un ofuscado segundo solo pudo pensar que estaba atrapado!

10 ¡Atrapado!

De repente había parecido inevitable. Era la ironía dramática en estado puro. Había entrado al Tiempo por última vez, había tirado de las barbas de Finge por última vez, había llevado el cántaro a la fuente por última vez. Tenía que ser justo entonces cuando lo atraparan.

¿Había sido Finge el que había reído?

¿Quién más podía haberlo rastreado, esperado en una habitación contigua y demostrado de esa forma su regocijo?

Entonces, ¿todo estaba perdido? Y porque en ese enfermizo momento estaba convencido de que todo estaba perdido, no se le ocurrió huir otra vez o intentar combatir a la Eternidad una vez más. Se enfrentaría a Finge.

Lo mataría, si era necesario.

Harlan se dirigió a la puerta detrás de la cual había sonado la risa y se acercó a ella con el paso firme y sigiloso del asesino premeditado. Desactivó la señal automática de la puerta y la abrió manualmente. Dos centímetros. Tres. Se movió sin emitir ni un sonido.

El hombre de la habitación contigua le estaba dando la espalda. La figura parecía demasiado alta para ser Finge, y ese hecho penetró en la mente hirviente de Harlan y lo hizo detenerse.

Entonces, como si la parálisis que parecía estar sosteniendo rigurosamente a los dos hombres desapareciera poco a poco, el otro se giró, centímetro a centímetro.

No presenció el fin de ese giro. El perfil del otro todavía no era visible cuando Harlan, dominando una súbita ráfaga de terror, se retiró rápidamente de la puerta con el último fragmento de su fuerza moral. Su mecanismo, no él, la cerró en silencio.

Retrocedió a ciegas. Solo consiguió respirar tras una violenta lucha con la atmósfera, peleando por introducir aire en su cuerpo y expulsándolo mientras su corazón latía como un loco en un esfuerzo por escapar de su cuerpo.

Finge, Twissell, todo el Consejo Temporal no podría haberlo desconcertado tanto. No era el miedo a algo físico lo que lo había acobardado. Era más bien una aversión casi instintiva hacia la naturaleza del accidente que le había ocurrido.

Reunió el conjunto de libropelículas en una pila informe y, tras dos intentos fallidos, restableció la puerta a la Eternidad. Pasó a través de ella, con sus piernas funcionando mecánicamente. De alguna, forma logró llegar al quinientos setenta y cinco y luego a sus habitaciones. Su capacidad como técnico, nuevamente valiosa, nuevamente apreciada, lo salvó una vez más. Los pocos Eternos que se encontró se hacían a un lado de forma automática y miraban incondicionalmente por encima del hombro al hacerlo.

Fue una suerte, porque no se sentía capacitado para suavizar la mueca cadavérica que notaba en su rostro, ni para hacer que la sangre volviera a afluir. Pero no lo miraron y se lo agradeció al Tiempo y a la Eternidad, y a cualquier ente invisible que

tejera los hilos del Destino.

No había reconocido completamente al otro hombre de la casa de Noÿs por su aspecto, pero conocía su identidad con una certeza estremecedora.

La primera vez que había oído el ruido en la casa, él, Harlan, estaba riéndose y el sonido que interrumpió su carcajada fue el de algo pesado cayendo en la habitación de al lado. La segunda vez alguien se había reído en la habitación de al lado y él, Harlan, había dejado caer una mochila de libropelículas. La primera vez él, Harlan, se había dado la vuelta y había visto la puerta cerrándose. La segunda vez él, Harlan, cerró la puerta mientras el extraño se daba la vuelta.

¡Se había encontrado consigo mismo!

En el mismo Tiempo y casi en el mismo lugar, él y su yo de unos pocos fisiodías antes habían estado a punto de encararse. Había ajustado mal los controles, había establecido un instante del Tiempo que ya había usado y él, Harlan, lo había visto a él, Harlan.

Durante los días siguientes realizó su trabajo con la sombra del horror marcada a fuego. Se maldijo por ser tan cobarde, pero no ayudó.

De hecho, a partir de ese momento todo fue cuesta abajo. Podía centrar su ira en el último viaje. El momento clave fue el instante en que ajustó por última vez los controles de la puerta para su entrada en el cuatrocientos ochenta y dos y, de alguna forma, lo hizo mal. Desde entonces las cosas habían ido a peor.

El Cambio de Realidad del cuatrocientos ochenta y dos tuvo lugar durante ese periodo de abatimiento y lo acentuó. En las últimas dos semanas había encontrado tres propuestas de Cambio de Realidad que tenían defectos menores y eligió entre ellos, aunque no podía hacer nada para entrar en acción.

Escogió el Cambio de Realidad 2456-2781,V-5 por una serie de razones. Era el que llegaba más adelante en el futuro de los tres, el más distante. El error era diminuto, pero era significativo en términos de vida humana. Entonces solo hacía falta un rápido viaje al 2456 para descubrir la naturaleza de la análoga de Noÿs en la nueva Realidad mediante un pequeño chantaje.

Pero el terror por su reciente experiencia lo traicionó. Esta suave exposición bajo amenazas ya no le parecía un asunto tan sencillo. ¿Qué pasaría una vez hubiese descubierto la naturaleza de la análoga de Noÿs? Colocaría a Noÿs en su lugar como asistente, costurera, trabajadora en una fábrica o lo que fuese. Claro. Pero ¿qué iba a hacer con la análoga? ¿Con el marido que pudiera tener? ¿Familia? ¿Hijos?

Nunca se había parado a pensar en ello. Había evitado hacerlo. «Ya pensaré en eso...».

Pero ahora no podía pensar en otra cosa.

Así que estaba escondido en su habitación, odiándose a sí mismo, cuando Twissell lo llamó con su voz cansada inquisitiva y un poco sorprendida:

—Harlan, ¿estás enfermo? Cooper me ha dicho que has cancelado varios periodos

de discusión.

Harlan trató de suavizar los problemas que se reflejaban en su rostro.

—No, computador Twissell, estoy un poco cansado.

—Bueno, eso siempre es perdonable —y entonces la sonrisa de su cara estuvo lo más cerca que había estado nunca de desvanecerse completamente—. ¿Sabes que se ha cambiado el cuatrocientos ochenta y dos?

—Sí —respondió Harlan escuetamente.

—Finge me llamó —dijo Twissell— y me pidió que te dijera que el Cambio ha sido todo un éxito.

Harlan se encogió de hombros y entonces fue consciente de los ojos de Twissell mirándolo dura y fijamente desde el comunicador. Incómodo, preguntó:

—¿Sí, computador?

—Nada —dijo Twissell, y quizá era el peso de la edad sobre sus hombros, pero su voz sonó incomprensiblemente triste—. Pensé que tú ibas a decir algo.

—No. No tenía nada que decir.

—Bueno, entonces te veré mañana a primera hora en la sala de computación. Yo sí tengo mucho que decir.

—Sí, señor —respondió Harlan. Se quedó mirando largos minutos la pantalla después de que hubiera oscurecido.

Casi había sonado como una amenaza. Finge había llamado a Twissell, ¿no? ¿Qué había dicho que Twissell no había mencionado?

Pero era precisamente una amenaza externa lo que necesitaba. Combatir contra una enfermedad del alma era como estar en medio de arenas movedizas y removerlas con un palo. Combatir contra Finge era algo totalmente distinto. Harlan recordó el arma de que disponía y, por primera vez en muchos días, recuperó una fracción de su confianza.

Era como si se hubiera cerrado una puerta y se hubiese abierto otra. Pasó a una actividad tan febril como la catatonia que lo había invadido antes. Viajó al 2456 y coaccionó al sociólogo Voy a su voluntad.

Lo hizo con toda perfección. Obtuvo la información que necesitaba.

Y mucha más de la que necesitaba. Mucha más.

Por lo visto, la confianza tenía un premio. Había un proverbio de su tiempo de origen que decía: «Agarra la ortiga con firmeza y se convertirá en un palo con el que golpear a tu enemigo».

Por decirlo brevemente, Noÿs no tenía análoga en la nueva Realidad. No tenía análoga en absoluto. Podía asumir su lugar en la nueva sociedad de la forma más discreta y conveniente que fuera posible, o podía permanecer en la Eternidad. No existiría ningún motivo para denegarle la relación excepto por el hecho altamente teórico de que había quebrantado la ley, y sabía muy bien cómo rebatir ese argumento.

Así que estaba avanzando a toda velocidad para contarle a Noÿs las buenas noticias, para bañarse en el éxito hasta entonces inimaginado tras unos pocos días de aparente fracaso.

En ese momento la cápsula se detuvo.

No aminoró la velocidad, simplemente se detuvo. Si el movimiento hubiese sido a lo largo de cualquiera de las otras tres dimensiones del espacio, una parada tan repentina habría destrozado la cápsula, habría convertido su metal en una masa hirviente y a Harlan en un amasijo de huesos rotos y carne rasgada.

En esta dimensión, simplemente le produjo fuertes náuseas y dolor interno.

Cuando pudo ver buscó a tientas el termómetro y lo miró con la visión nublada. Ponía cien mil.

Por algún motivo, se asustó. Era un número demasiado redondo.

Se giró febril hacia los controles. ¿Qué había fallado?

Eso también lo asustó, pues no vio nada incorrecto. Nada había movido la palanca de control. Permanecía firmemente encajada en la marcha de mayor velocidad. No había ningún cortocircuito. Todos los indicadores se encontraban dentro del límite de seguridad. No había ningún fallo en la alimentación. La pequeña aguja que marcaba el consumo de teraculombios insistía tranquilamente en que se estaba consumiendo energía a la velocidad normal.

¿Por qué, entonces, se había detenido la cápsula?

Lentamente, y con considerable renuencia, Harlan tocó la palanca de control, curvando su mano alrededor de ella. La empujó hasta la posición neutral y la aguja del medidor de energía descendió hasta cero.

Empujó la palanca en la otra dirección. El medidor de energía volvió a elevarse y esta vez el termómetro empezó a descender en el pasado a lo largo de los siglos.

Hacia atrás, hacia atrás... 99.983... 99.972... 99.959...

Una vez más, cambió la palanca de dirección. Hacia arriba de nuevo. Lentamente. Muy lentamente.

Entonces 99.985... 99.993... 99.997... 99.998... 99.999... 100.000...

¡Pum! Nada más allá del cien mil. Se estaba consumiendo silenciosamente la energía de Nova Sol a una increíble velocidad para nada.

Volvió a retroceder, un poco más. Cargó a toda velocidad hacia delante. ¡Nada!

Sus dientes estaban apretados, sus labios estirados hacia atrás, su respiración entrecortada. Se sentía como un prisionero lanzándose con desesperada brutalidad contra las barras de una celda.

Cuando, una decena de golpes después, se detuvo, la cápsula permaneció firme en el cien mil. Eso era lo más lejos que llegaba.

¡Cambiaría de cápsula! (Aunque no tenía muchas esperanzas puestas en esa idea).

Salió de la cápsula en el vacío silencio del cien mil y eligió otra al azar.

Un minuto más tarde, con la palanca de control en la mano, miró fijamente el indicador, en el que se leía cien mil, y supo que allí tampoco podía pasar.

La ira se apoderó de él. ¡Ahora! ¡En ese momento! Cuando la situación se había resuelto inesperadamente a su favor se producía ese desastre repentino. Todavía pesaba sobre él la maldición de aquel momento de error al entrar en el cuatrocientos ochenta y dos.

Movió la palanca con violencia hacia abajo, manteniéndola firmemente en su máximo. Por lo menos ahora era libre en un sentido, libre de hacer lo que quisiera. Con Noÿs retenida detrás de una barrera y fuera de su alcance, ¿qué más podían hacerle? ¿Qué más tenía que temer?

Llegó al quinientos setenta y cinco y saltó de la cápsula con una indiferencia por todo lo que lo rodeaba como no había sentido nunca.

Prosiguió su camino hacia la biblioteca de la sección sin hablar con nadie, sin mirar a nadie. Cogió lo que quería sin mirar a su alrededor para ver si alguien lo observaba. ¿Qué le importaba a él?

Volvió a la cápsula y siguió viajando hacia atrás. Sabía exactamente lo que haría. Al pasar a su lado, echó un vistazo al reloj que medía el tiempo en Fisiotiempo Estándar, numerando los días y delimitando los tres turnos de trabajo del fisiodía. Finge estaría en sus aposentos privados, lo que servía aún mejor a sus propósitos.

Al llegar al cuatrocientos ochenta y dos, Harlan se sentía como si tuviera fiebre. Tenía la boca seca. Le dolía el pecho. Pero sentía la forma afilada del arma bajo su camisa mientras la sujetaba firmemente con un codo, y esa era la única sensación que contaba.

El computador asistente Hobbe Finge miró a Harlan, y la sorpresa de sus ojos dio paso lentamente a la preocupación.

Harlan lo observó en silencio durante un rato, dejando que la preocupación aumentara y esperando a que se transformara en miedo. Se movió con lentitud en círculo, colocándose entre Finge y el comunicador.

Finge estaba parcialmente desvestido, con el torso al aire. Estaba muy poco poblado y sus pechos estaban hinchados, dándole una apariencia casi femenina. Su rechoncho abdomen sobresalía por encima de la cintura.

Tenía una apariencia indigna, pensó Harlan con satisfacción, indigna y desagradable. Muchísimo mejor así.

Introdujo su mano derecha dentro de la camisa y la cerró firmemente sobre el arma.

—Nadie me ha visto, Finge —dijo—, así que no mire hacia la puerta. No va a venir nadie. Tiene que darse cuenta, Finge, de que está viéndoselas con un técnico. ¿Sabe lo que eso significa?

Su voz sonó hueca. Le enfureció que el miedo no entrara en los ojos de Finge, solo preocupación. Incluso cogió su camisa y, sin decir una palabra, comenzó a ponérsela.

—¿Sabe cuál es el privilegio de ser un técnico, Finge? —continuó—. Usted

nunca lo ha sido, así que no puede apreciarlo. Significa que nadie mira adónde vas o qué haces. Todo el mundo mira a otro lado y se esfuerza tanto por no verte que realmente lo consigue. Por ejemplo, podría ir a la biblioteca de la sección, Finge, y servirme de cualquier objeto curioso mientras el bibliotecario está totalmente ocupado con sus registros y no ve nada. Puedo caminar por los pasillos residenciales del cuatrocientos ochenta y dos y cualquiera que pase se apartará de mi camino y jurará más tarde que no vio a nadie. Es así de automático. Así que ya ve, puedo hacer lo que quiera, ir adonde quiera. Puedo entrar en el apartamento privado del computador asistente de una sección y obligarlo a decirme la verdad amenazándolo con un arma, y no habrá nadie para detenerme.

Finge habló por primera vez:

—¿Qué esconde ahí?

—Un arma —dijo Harlan, y la sacó—. ¿La reconoce?

Su cañón refulgía y terminaba en un delicado bulto metálico.

—Si me mata... —comenzó a decir Finge.

—No pienso matarlo —dijo Harlan—. En una reunión reciente usted tenía un arma. Esto no es un arma. Es un invento de una de las antiguas Realidades del quinientos setenta y cinco. A lo mejor no está familiarizado con ella. Se eliminó de la Realidad. Demasiado peligrosa. Puede matar, pero a baja potencia activa los centros de dolor del sistema nervioso, y también causa parálisis. Se llama, o se llamaba, látigo neurónico. Funciona. Este está totalmente cargado. Lo he probado en mi dedo. —Levantó su mano izquierda con el dedo meñique completamente rígido—. Ha sido muy desagradable.

Finge se removió inquieto.

—¿De qué va todo esto, por todos los tiempos?

—Hay algún tipo de barrera en las cápsulas en el cien mil. Quiero que desaparezca.

—¿Una barrera en las cápsulas?

—No se haga el sorprendido. Ayer habló con Twissell. Hoy hay una barrera. Quiero saber qué le dijo a Twissell. Quiero saber qué se ha hecho y qué se hará. ¡Por todos los tiempos, computador!, si no me lo dice, usaré el látigo. Póngame a prueba, si no me cree.

—Escuche, escuche... —Finge arrastró las palabras un poco y apareció el primer atisbo de miedo, y también un tipo de ira desesperada—. Si quiere saber la verdad, es esta: sabemos lo de usted y Noÿs.

Los ojos de Harlan parpadearon.

—¿Qué de Noÿs y mío?

—¿Creía que iba a salirse con la suya? —dijo Finge. El computador mantuvo la mirada fija en el látigo neurónico y su frente empezó a cubrirse de sudor—. ¡Por todos los tiempos!, con la emoción que mostró tras su periodo de observación, con lo que hizo durante el periodo de observación... ¿creía que no lo observaríamos a usted?

Merecería ser despojado de mi título de computador si no me hubiera dado cuenta. Sabemos que trajo a Noÿs a la Eternidad. Lo sabíamos desde el principio. Quería la verdad. Ahí está.

En ese momento, Harlan despreció su propia estupidez.

—¿Lo sabían?

—Sí. Sabíamos que la había llevado a los Siglos Ocultos. Supimos de cada vez que entró en el cuatrocientos ochenta y dos para suministrarle los lujos apropiados; haciendo el idiota, olvidando completamente su juramento de Eterno.

—Entonces, ¿por qué no me lo impidieron? —Harlan estaba saboreando los restos de su propia humillación.

—¿Todavía quiere saber la verdad? —Finge retrocedió y pareció cobrar un valor proporcional a la frustración de Harlan.

—Adelante.

—Entonces déjeme decirle que nunca lo consideré un Eterno adecuado. Quizá un Observador ostentoso y un técnico que cumplía con las formalidades. Pero no un Eterno. Cuando lo traje aquí para el último trabajo también quería demostrárselo a Twissell, quien, por algún extraño motivo, lo tiene en muy alta estima. No solo estaba probando a la sociedad en la persona de la chica, Noÿs. También lo estaba probando a usted, y falló como imaginaba que fallaría. Ahora baje el arma, el látigo, sea lo que sea, y salga de aquí.

—Y usted vino una vez a mis aposentos —dijo Harlan sin aliento, esforzándose por mantener su dignidad y sintiendo cómo se le escurría, como si su mente y su espíritu fueran tan rígidos e insensibles como su dedo meñique izquierdo— para provocarme a hacer lo que hice.

—Sí, por supuesto. Si quiere la frase exacta, lo tenté. Le dije la pura verdad, que solo podría conservar a Noÿs en el presente de aquella Realidad. Eligió actuar no como un Eterno, sino como un llorica. Esperaba que lo hiciera.

—Volvería a hacerlo —dijo Harlan áspicamente—, y dado que todo se sabe, ya ve que no tengo nada que perder. —Movié el látigo hacia la fofa cintura de Finge y habló a través de sus dientes apretados—: ¿Qué le ha ocurrido a Noÿs?

—No tengo ni idea.

—No me diga eso. ¿Qué le ha ocurrido a Noÿs?

—Le digo que no lo sé.

El puño de Harlan apretó el látigo; su voz era baja.

—Su pierna primero. Dolerá.

—¡Por todos los tiempos!, escúcheme. ¡Espere!

—Muy bien. ¿Qué le ha ocurrido?

—No, escuche. De momento es solo una falta de disciplina. La Realidad no se vio afectada. Lo he comprobado. Lo único que le ocurrirá será que perderá su categoría. Pero si me mata o me hiere, o intenta hacerlo, habrá atacado a un superior. Eso se castiga con la pena de muerte.

Harlan sonrió ante la inutilidad de la amenaza. A la vista de lo que había ocurrido, la muerte ofrecería una salida que no tenía rival en cuanto a finalidad y simplicidad.

Evidentemente, Finge malinterpretó el motivo para la sonrisa. Dijo a toda prisa:

—No crea que no existe la pena de muerte en la Eternidad solo porque nunca la ha visto. Nosotros la conocemos, los computadores. Es más, también ha habido ejecuciones.

Es fácil. En cualquier realidad hay una serie de accidentes fatales en los que no se recuperan los cuerpos. Cohetes que explotan en el aire, aviones que se estrellan en medio del mar o se hacen añicos contra una montaña. Se puede colocar a un asesino en una de esas naves minutos o segundos antes del resultado fatal. ¿Cree que le merece la pena?

Harlan se revolvió y dijo:

—Si está intentando ganar tiempo, no funcionará. Déjeme decirle algo: no me da miedo el castigo. Es más, tengo intención de tener a Noÿs. La quiero ahora. No existe en la realidad actual. No tiene análoga. No hay razón por la que no podamos establecer una relación formal.

—Va contra las normas de un técnico...

—Dejaremos que lo decida el Consejo Temporal —dijo Harlan, y por fin se abrió camino su orgullo—. Tampoco temo una decisión contraria, igual que no temo acabar con usted. No soy un técnico corriente.

—¿Porque es el técnico de Twissell?

Y hubo una expresión extraña en el rostro redondo y sudoroso de Finge que podría haber sido odio o triunfo, o un poco de cada.

—Por razones mucho más importantes que esas —dijo Harlan—. Y ahora...

Con fría determinación acercó el dedo al activador del arma.

—Entonces vaya al Consejo —gritó Finge—. El Consejo Temporal lo sabe. Si es usted tan importante...

Terminó, jadeando. Por un momento el dedo de Harlan vaciló, indeciso.

—¿Qué?

—¿Cree que yo emprendería acciones unilaterales en un caso como este? He informado de todo al Consejo, haciéndolo coincidir con el Cambio de Realidad. ¡Mire! Aquí están los duplicados.

—No se mueva.

Pero Finge ignoró la orden. Con una velocidad que jamás le hubiera imaginado, Finge llegó a sus archivos. Los dedos de una mano localizaron el código del informe que quería, los de la otra lo introdujeron en el archivo. Una cinta plateada emergió del escritorio, con su patrón de agujeros perfectamente visible.

—¿Quiere oírlo? —preguntó Finge, y sin esperar respuesta la colocó en el reproductor.

Harlan escuchó, congelado. Estaba claro que Finge había hecho un informe completo. Había detallado cada movimiento de Harlan en las cápsulas. Hasta donde

él podía recordar, no había olvidado ni uno.

Cuando el informe terminó, Finge gritó:

—Ahora vaya al Consejo Temporal. Yo no he puesto ninguna barrera en el Tiempo. No sabría cómo hacerlo. Y no crea que no les preocupa el asunto. Ha dicho que hablé con Twissell ayer. Es verdad. Pero yo no lo llamé, me llamó él a mí. Así que adelante, pregúntele a Twissell. Dígales lo importante que es usted. Y si quiere dispararme primero, hágalo.

Harlan se fijó en el júbilo real de la voz del computador. En ese momento estaba claro que sentía tal triunfo que incluso el látigo neurónico le dejaría en el buen lado de la balanza.

¿Por qué? ¿Era el fracaso de Harlan tan anhelado por su corazón? ¿Eran sus celos por Noÿs una pasión tan devoradora?

Harlan apenas formuló las preguntas en su mente y luego todo el asunto, Finge incluido, perdió repentinamente todo significado para él.

Guardó el arma, abrió la puerta y se dirigió a la cápsula más cercana.

Entonces había sido el Consejo, o Twissell en última instancia. No tenía miedo de ninguno de ellos, ni siquiera de todos juntos.

Con cada día que pasaba del último mes se había ido convenciendo más y más de su propia indispensabilidad. El Consejo, el mismísimo Consejo Temporal, no tendría otra opción que entrar en vereda cuando se trataba de cambiar una mujer por la existencia de la Eternidad.

11 Círculo completo

Al llegar al quinientos setenta y cinco, el técnico Andrew Harlan se dio cuenta sorprendido de que estaba en el turno de noche. Las fisiohoras habían pasado sin que se diera cuenta durante sus viajes alocados en las cápsulas. Miró sombríamente los pasillos oscuros, la prueba ocasional del número reducido de empleados que trabajaba de noche.

Pero, aún poseído por la furia, Harlan no se detuvo mucho tiempo en observar. Se dirigió a las instalaciones del personal. Encontraría la habitación de Twissell en el nivel de los computadores igual que había encontrado la de Finge, y no tenía miedo de que se dieran cuenta de su presencia o lo detuvieran.

El látigo neurónico seguía firmemente sujeto por su codo cuando se detuvo frente a la puerta de Twissell (la placa sobre ella lo decía claramente con letras incrustadas).

Harlan activó la señal del timbre con descaro. Presionó con su palma húmeda y dejó que el sonido fuera continuo. Podía oírlo débilmente.

Sonaron pasos tras él y los ignoró a sabiendas de que el hombre, fuese quien fuese, lo ignoraría (¡ah, la insignia roja de los técnicos!).

Pero los pasos se detuvieron y una voz preguntó:

—¿Técnico Harlan?

Se giró. Era un computador júnior, relativamente nuevo en la sección. Harlan se enfureció. Esto no era el cuatrocientos ochenta y dos. Aquí no era simplemente un técnico, era el técnico de Twissell, y los computadores más jóvenes, en su ansia por obtener el favor del gran Twissell, debían mostrar un mínimo de cortesía con este técnico.

—¿Desea ver al computador sénior Twissell? —preguntó el otro.

Harlan respondió, inquieto:

—Sí, señor.

(¡Sería estúpido! ¿Para qué creía que estaba delante de su puerta usando el timbre? ¿Para coger una cápsula?).

—Me temo que no puede —dijo el computador.

—Esto es lo suficientemente importante como para despertarlo —respondió Harlan.

—Es posible —dijo el otro—, pero ha salido. No está en el quinientos setenta y cinco.

—¿Y cuándo está exactamente? —preguntó Harlan con impaciencia.

La mirada del computador se hizo arrogante.

—No lo sé.

—Pero tengo una cita importante a primera hora de la mañana —dijo Harlan.

—En efecto —respondió el computador, y aunque Harlan fue incapaz de determinar el motivo, era obvio que algo le hizo gracia. El computador continuó, incluso sonrió—: Llega un poco pronto, ¿no cree?

—Pero debo verlo.

—Estoy seguro de que estará aquí por la mañana.

La sonrisa se amplió.

—Pero...

El computador pasó al lado de Harlan, evitando cuidadosamente todo contacto, incluso de la ropa.

Harlan cerró y abrió los puños. Miró al computador con impotencia y luego, por el sencillo motivo de que no podía hacer otra cosa, caminó lentamente y sin ser del todo consciente de su entorno hasta su propia habitación.

Durmió de manera irregular. Se dijo a sí mismo que necesitaba descansar. Intento relajarse por fuerza mayor y, por supuesto, fracasó. Su periodo de sueño fue una sucesión de pensamientos inútiles.

En primer lugar, estaba Noÿs.

No se atreverían a hacerle daño, pensó exaltado. No podían enviarla de vuelta al Tiempo sin calcular primero el efecto que causaría sobre la Realidad, y para eso se necesitaban varios días, probablemente semanas. Como alternativa, podían hacerle lo que Finge había amenazado con hacerle a él: colocarla en el camino de un accidente irrastrable.

No pensó que fuera el caso. No había necesidad de una acción tan drástica como esa. No se arriesgarían a provocar la cólera de Harlan. (En la tranquilidad de un dormitorio a oscuras, y en la fase de duermevela en la que las cosas suelen alcanzar tamaños desproporcionados, a Harlan no le pareció en absoluto grotesca su idea de que el Consejo Temporal no se atrevería a provocar la ira de un técnico.)

Por supuesto, se le podían dar distintos usos a una mujer en cautividad. Una mujer hermosa proveniente de una realidad hedonista...

Harlan desechó la idea, con determinación, todas y cada una de las veces que se le volvió a ocurrir. Era a la vez más probable y más inconcebible que la muerte, y se negó a aceptar ninguna de las dos.

Pensó en Twissell.

Había salido del quinientos setenta y cinco. ¿Dónde estaba en las horas en las que debería estar dormido? Un hombre mayor necesitaba descansar. Harlan estaba seguro de conocer la respuesta. Había consultas del Consejo. Sobre Harlan. Sobre Noÿs. Sobre qué hacer con un técnico indispensable al que nadie se atrevía a tocar.

Sus labios esbozaron una sonrisa. Si Finge había informado sobre el ataque de la tarde o no, no afectaría lo mínimo a sus consideraciones. Apenas podía empeorar sus crímenes. Su indispensabilidad no se vería reducida.

Y Harlan no estaba tan seguro de que Finge fuera a informar sobre el asunto. Admitir que se había visto obligado a arrastrarse ante un técnico pondría a un computador asistente en una situación ridícula, y Finge preferiría no hacerlo.

Harlan pensó en los técnicos como grupo, algo que había hecho raramente en el

pasado. Su propia situación anómala como hombre de Twissell y medio educador lo había mantenido alejado del resto de los suyos. Pero, de cualquier forma, a los técnicos les faltaba solidaridad. ¿Por qué sería?

¿Tenía que ir por el quinientos setenta y cinco y el cuatrocientos ochenta y dos viendo o hablando raramente con otro técnico? ¿Tenían que evitarse incluso entre ellos? ¿Tenían que actuar como si aceptaran el estatus al que los forzaba la superstición de los demás?

En su mente ya había forzado la rendición del Consejo por lo que respectaba a Noÿs, y ahora estaba haciendo más demandas. Se permitiría a los técnicos tener una organización propia, reuniones periódicas (más amistad), un mejor trato por parte de los demás.

Cuando por fin se hundió en un profundo sueño, su último pensamiento sobre sí mismo era como héroe social revolucionario, con Noÿs a su lado...

La señal de la puerta lo despertó. Le susurró con ronca impaciencia. Ordenó sus pensamientos hasta el punto de ser capaz de mirar el pequeño reloj que había al lado de su cama y gruñó para sus adentros.

¡Por todos los tiempos! Después de todo, se había quedado dormido.

Consiguió presionar el botón correcto desde la cama y el cuadrado de visualización de la parte superior de la puerta se hizo transparente. No reconoció el rostro, pero fuera quien fuera emanaba autoridad.

Abrió la puerta y el hombre, con la insignia naranja de Administración, entró.

—¿Técnico Andrew Harlan?

—Sí, administrador. ¿Tiene algún asunto que tratar conmigo?

El administrador no pareció incomodarse en absoluto ante la clara agresividad de la pregunta.

—¿Tiene una cita con el computador sénior Twissell?

—¿Y?

—Estoy aquí para informarle de que llega tarde.

Harlan lo miró fijamente.

—¿De qué va todo esto? Usted no es del quinientos setenta y cinco, ¿verdad?

—Mi estación es el doscientos veintidós —respondió el hombre fríamente—. Administrador asistente Arbut Lemm. Estoy al cargo de todas las disposiciones y estoy intentando evitar una excitación excesiva al no realizar la notificación oficial a través del comunicador.

—¿Qué disposiciones? ¿Qué excitación? ¿De qué habla? Escuche, ya he tenido reuniones con Twissell antes. Es mi superior. No hay ningún tipo de excitación.

Una expresión de sorpresa se reflejó durante un segundo en la estudiada falta de expresión que el administrador había impreso a su rostro hasta el momento.

—¿No le han informado?

—¿De qué?

—De que un subcomité del Consejo Temporal va a tener una sesión aquí, en el quinientos setenta y cinco. Según tengo entendido, hace horas que se comenta la noticia.

—¿Y quieren verme a mí?

En cuanto hizo la pregunta, Harlan pensó: Por supuesto que quieren verme a mí. ¿Acerca de qué otra cosa iba a ser la sesión, sino de mí?

Y entonces entendió la sonrisa del computador júnior de la noche anterior. El computador sabía de la reunión del comité y le divertía pensar que un técnico pudiera esperar ver a Twissell en un momento como aquel. Muy divertido, pensó Harlan amargamente.

El administrador dijo:

—Tengo órdenes. No sé nada más. —Luego, todavía sorprendido—: ¿No había oído nada?

—Los técnicos —dijo Harlan sarcástico— llevamos vidas recogidas.

¡Cinco además de Twissell! Todos computadores sénior, ninguno con menos de treinta y cinco años como Eterno.

Seis semanas antes Harlan habría estado abrumado ante el honor de almorzar con semejante grupo, mudo ante la combinación de responsabilidad y poder que representaban. Le habrían parecido gigantes.

Pero ahora eran sus enemigos, peor aún, sus jueces. No tenía tiempo para impresionarse. Tenía que planear su estrategia.

Podían no saber que él era consciente de que tenían a Noÿs. No podían saberlo a menos que Finge les hubiera hablado de su última reunión con Harlan. Sin embargo, a la clara luz del día estaba convencido más que nunca de que Finge no era el tipo de hombre que aireaba públicamente el hecho de que había sido intimidado e insultado por un técnico.

Por ello parecía aconsejable que Harlan abrigara esa pequeña ventaja de momento, dejar que ellos hicieran el primer movimiento, dijeran la primera frase que forzara en realidad el combate.

Parecía que no tenían prisa. Lo miraron plácidamente por encima de un almuerzo frugal, como si fuese un interesante espécimen con los brazos y piernas extendidos sobre un plano de fuerza. En su desesperación, Harlan los miraba a ellos.

Los conocía a todos por su reputación y por la reproducción tridimensional en las películas de orientación fisiomensuales. Estas películas coordinaban los desarrollos de varias secciones de la Eternidad, y todos los Eternos con rango de observador para arriba estaban obligados a verlas.

August Sennor, el calvo (ni siquiera tenía cejas o pestañas), era el que más atraía a Harlan. Primero, porque la extraña imagen de sus ojos oscuros y penetrantes contra los párpados y la frente desnudos era todavía mayor en persona de lo que parecía en su reflejo tridimensional. Segundo, porque sabía que en el pasado había habido

enfrentamientos entre Sennor y Twissell. Y, por fin, porque Sennor no se conformaba con mirar a Harlan. Le hacía todo tipo de preguntas con su voz cortante.

La mayoría de sus preguntas no tenían respuesta, como: «¿Cómo empezó a interesarse en los tiempos primitivos, joven?», o: «¿Estudiar le parece satisfactorio, joven?».

Por fin pareció acomodarse en su asiento. Empujó su plato despreocupadamente hacia el tubo de deshechos y cruzó sus gruesos dedos ante sí. (Harlan se fijó en que tampoco había pelo en la parte posterior de sus manos.)

Sennor dijo:

—Hay algo que siempre he querido saber. Quizá usted pueda ayudarme.

Harlan pensó: muy bien, allá vamos. Y en voz alta:

—Si puedo, señor.

—Algunos de nosotros en la Eternidad... No diré todos, ni siquiera los suficientes —en este punto le echó un rápido vistazo al rostro cansado de Twissell, mientras los demás se acercaban para escuchar—, pero algunos estamos interesados en la filosofía del Tiempo. A lo mejor sabe a qué me refiero.

—¿Las paradojas del viaje temporal, señor?

—Bueno, si quiere exponerlo de forma tan melodramática, sí. Pero eso no es todo, por supuesto. Existe la cuestión de la verdadera naturaleza de la Realidad, la cuestión de la conservación de masa-energía durante el Cambio de Realidad, etcétera. Nosotros, en la Eternidad, estamos influenciados en nuestra consideración de tales aspectos por nuestro conocimiento de los viajes temporales. Sin embargo, sus criaturas de los tiempos primitivos no sabían nada de viajes temporales. ¿Cuál era su opinión sobre el asunto?

El susurro de Twissell fue perfectamente audible en toda la mesa:

—¡Telarañas!

Pero Sennor lo ignoró y dijo:

—¿Le importaría responder a mi pregunta, técnico?

—Los primitivos prácticamente no consideraban los viajes Temporales, computador —dijo Harlan.

—No los consideraban posibles, ¿eh?

—Creo que no.

—¿Ni siquiera especulaban?

—Bueno, en ese sentido —dijo Harlan, un tanto inseguro—, creo que había especulaciones de algún tipo en ciertos tipos de literatura de entretenimiento. No estoy muy familiarizado con ellos, pero creo que una idea recurrente era la del hombre que regresaba en el Tiempo para matar a su propio abuelo cuando era niño.

Sennor pareció encantado.

—¡Maravilloso! ¡Maravilloso! Después de todo, es al menos una expresión de la paradoja básica de los viajes temporales, si asumimos una realidad indesviable, ¿eh? Porque sus primitivos, me aventuro a decir, nunca consideraron otra cosa que no

fuera una realidad indesviable. ¿Estoy en lo cierto?

Harlan tardó en responder. No veía adónde llevaba la conversación o cuál era el objetivo oculto de Sennor, y eso lo ponía nervioso.

—No sé lo suficiente como para contestarle con certeza, señor —dijo—. Creo que podría haber habido especulaciones en cuanto a caminos alternativos del tiempo o planos de existencia. No lo sé.

Sennor hizo un gesto con su labio inferior.

—Estoy seguro de que se equivoca. Es posible que se haya llevado a error al aplicar su propio conocimiento a varias ambigüedades con las que se puede haber encontrado. No, sin experiencia real en viajes temporales, las complejidades filosóficas de la Realidad están más allá de la mente humana. Por ejemplo, ¿por qué posee inercia la realidad? Todos sabemos que es así. Cualquier alteración en su flujo debe alcanzar una cierta magnitud antes de que se efectúe un Cambio, un auténtico Cambio. Incluso entonces, la realidad tiende a volver a su posición original.

»Por ejemplo, supongamos que un Cambio tiene lugar aquí, en el quinientos setenta y cinco. La realidad cambiará con efectos ascendentes hasta quizá el seiscientos. Cambiará, pero con efectos cada vez menores, hasta quizá el seiscientos cincuenta. Después, la realidad no cambiará. Todos sabemos que es así, pero ¿sabe alguno por qué? El razonamiento intuitivo sugeriría que cualquier Cambio de Realidad aumentaría sus efectos sin límites a medida que pasan los siglos, pero no es así.

»Tomemos otro ejemplo. Por lo que me han dicho, el técnico Harlan es excelente cuando se trata de seleccionar el Cambio Mínimo Necesario para cualquier situación. Estoy seguro de que no puede explicar cómo llega a su propia elección.

»Consideren cuán indefensos estaban los primitivos. Se preocupan por un hombre que mata a su propio abuelo porque no entienden la verdad acerca de la Realidad. Tomemos un caso más probable y de más fácil análisis y consideremos al hombre que, en sus viajes por el tiempo, se encuentra consigo mismo...

—¿Qué pasa con un hombre que se encuentra consigo mismo? —dijo Harlan bruscamente.

El hecho de que Harlan interrumpiera a un computador ya era una falta de disciplina de por sí. Su tono de voz empeoraba su falta hasta un punto escandaloso, y todas las miradas se volvieron con reproche hacia el técnico.

Sennor carraspeó, pero habló en el tono afectado de alguien que está determinado a ser amable a pesar de las dificultades casi insuperables. Continuando su frase interrumpida y, por consiguiente, evitando responder directamente la maleducada pregunta que se le había formulado, dijo:

—Y las cuatro subdivisiones que pueden darse en ese caso. Llamaremos A al hombre que está antes en el fisiotiempo, y B al posterior. En la subdivisión uno, A y B no se ven ni hacen nada que pueda afectar significativamente al otro. En ese caso no se han encontrado realmente y podemos desestimar el caso como trivial.

»O B, el individuo posterior, puede ver a A, mientras que A no ve a B. Aquí tampoco se pueden esperar consecuencias serias. B ve a A en una posición y llevando a cabo una actividad de la que ya tiene conocimiento. No pasa nada nuevo.

»La tercera y cuarta posibilidad son que A ve a B y B no ve a A, y que A y B ven mutuamente. En cada una de estas dos posibilidades, la complicación se produce cuando A ve a B; el hombre en una época anterior en su existencia fisiológica se ve a sí mismo en una época posterior. Tenga en cuenta que ha sabido que estará vivo a la edad que aparente B. Sabe que vivirá lo suficiente como para llevar a cabo la acción que ha presenciado. Un hombre que conozca su propio futuro, aunque sea un detalle insignificante, puede actuar basándose en ese conocimiento y, por consiguiente, cambiar su futuro. Entonces debe cambiarse la realidad hasta el punto de no permitir que A y B se encuentren o, como mínimo, evitar que A vea a B. De forma similar, la realidad siempre cambia en cada paradoja aparente de un viaje temporal para evitar la paradoja, con lo que llegamos a la conclusión de que no hay paradoja en los viajes temporales y que no puede haber ninguna.

Sennor parecía bastante satisfecho consigo mismo y su exposición, pero Twissell se levantó.

—Creo, caballeros, que el tiempo apremia —dijo.

El almuerzo había terminado mucho más repentinamente de lo que Harlan habría imaginado. Cinco de los miembros del subcomité salieron de la habitación en fila, asintiendo hacia él con el aire de aquellos cuya curiosidad, moderada como mucho, ha sido saciada. Solo Sennor le dio la mano y añadió un brusco «Buenos días, joven» a la inclinación de cabeza.

Harlan los observó irse con sentimientos encontrados. ¿Cuál había sido el propósito del almuerzo? Y más aún, ¿por qué aquella referencia a los hombres encontrándose consigo mismos? No habían mencionado a Noys. ¿Estaban allí, entonces, solo para estudiarlo? ¿Escutarlo de arriba abajo y dejarlo al buen juicio de Twissell?

Twissell regresó a la mesa, vacía ahora de comida y cubiertos. Estaba solo con Harlan y, casi como si quisiera simbolizar ese hecho, extrajo un cigarrillo y lo colocó entre sus dedos.

—Y ahora a trabajar, Harlan —dijo—. Tenemos mucho que hacer.

Pero Harlan no esperaría, no podía esperar más. Dijo rotundamente:

—Antes de hacer nada, tengo algo que decir.

Twissell pareció sorprendido. La piel de su cara se arrugó alrededor de sus ojos apagados y tuvo la consideración de apagar el cigarrillo.

—Por supuesto —dijo—, habla si quieres, pero primero siéntate, siéntate, muchacho.

El técnico Andrew Harlan no se sentó. Paseó a lo largo de la mesa, midiendo sus frases para evitar que hirvieran y burbujearan en la incoherencia. La cabeza amanzanada y amarillenta por la edad del computador sénior Laban Twissell seguía

los movimientos del paseo nervioso de su interlocutor.

—Durante semanas —dijo Harlan— he revisado las películas de la historia de las matemáticas. Libros de distintas realidades del quinientos setenta y cinco. Las realidades no importan mucho. Las matemáticas no cambian. El orden de su desarrollo tampoco cambia. Da igual cómo se cambie la realidad, la historia matemática sigue siendo la misma. Los matemáticos cambiaron, otros distintos intercambiaron descubrimientos, pero el resultado final... En cualquier caso, he estado atiborrándome la cabeza con eso. ¿Qué le parece?

—¿Una ocupación extraña para un técnico? —dijo Twissell frunciendo el ceño.

—Pero yo no soy solo un técnico —respondió Harlan—. Usted lo sabe.

—Continúa —dijo Twissell echando un vistazo al reloj que llevaba. Los dedos que sujetaban el cigarrillo jugaron con él con nerviosismo inusitado.

—Hubo un hombre llamado Vikkor Mallansohn —prosiguió Harlan— que vivió en el siglo veinticuatro. Eso es parte de la era primitiva, como sabrá. El hecho por el que es más conocido es que fue el primero en construir un Campo Temporal con éxito. Por supuesto, eso quiere decir que inventó la Eternidad, pues la Eternidad no es más que un Campo Temporal enorme cortocircuitando el Tiempo normal y libre de las limitaciones del Tiempo normal.

—Eso se aprende cuando eres Novato, muchacho.

—Pero lo que no se aprende es que Vikkor Mallansohn no pudo haber inventado el Campo Temporal en el siglo veinticuatro. Ni él ni nadie. Las bases matemáticas para ello no existían. Las ecuaciones fundamentales de Lefebvre no existían, ni podían existir hasta las investigaciones de Jan Verdeer en el siglo veintisiete.

Si había un signo por el que el computador sénior Twissell podía indicar un asombro absoluto era dejando caer el cigarrillo. Lo hizo. Incluso había desaparecido su sonrisa.

—¿Te enseñaron las ecuaciones de Lefebvre, muchacho? —preguntó.

—No. Y no diré que las entiendo. Pero sí he aprendido que son necesarias para el Campo Temporal. Y también sé que no se descubrieron hasta el siglo veintisiete.

Finge se inclinó para recorrer el cigarrillo y lo observó con recelo.

—¿Y si Mallansohn se hubiera topado con el Campo Temporal sin ser consciente de su justificación matemática? ¿Y si fuera simplemente un descubrimiento empírico? No sería el primero.

—Ya lo pensé. Pero después de la invención del Campo hicieron falta tres siglos para descubrir sus implicaciones, y al final de esa época no hubo ninguna forma en que se pudiera mejorar el Campo de Mallansohn. No puede ser una coincidencia. El diseño de Mallansohn demuestra de cien formas distintas que tuvo que haber usado las ecuaciones de Lefebvre. Si las conocía o las había desarrollado sin la obra de Verdeer, lo cual es imposible, ¿por qué no iba a decirlo?

—Insistes en hablar como un matemático —dijo Twissell—. ¿Quién te ha contado todo eso?

—He estado viendo películas.

—¿Nada más?

—Y pensando.

—¿Sin una formación matemática avanzada? Te he estado observando durante años, muchacho, y nunca habría adivinado que tuvieras talento para ello. Sigue.

—Nunca se podría haber establecido la Eternidad sin el descubrimiento de Mallansohn del Campo Temporal. Y Mallansohn nunca habría podido llevar a cabo esta tarea sin un conocimiento matemático que solo existía en el futuro. Eso para empezar. Mientras tanto, aquí en la Eternidad, en este momento, hay un Novato que ha sido seleccionado como Eterno contra todas las reglas, puesto que sobrepasa la edad normal y, además, está casado. Lo está educando en matemáticas y en sociología primitiva. Eso para continuar.

—¿Y bien?

—Creo que es su intención enviarlo atrás en el Tiempo de alguna forma, más allá del fin de la Eternidad, de vuelta al veinticuatro. Su intención es hacer que el Novato, Cooper, le enseñe las ecuaciones de Lefebvre a Mallansohn. Observará, pues —añadió Harlan con tensa pasión—, que mi posición como experto en lo primitivo y mi conocimiento de esa posición me da derecho a un tratamiento especial. Un tratamiento muy especial.

—¡Por todos los tiempos! —murmuró Twissell.

—Es cierto, ¿verdad? Así se completa el círculo, con mi ayuda. Sin ella...

Dejó colgando la frase.

—Te has acercado mucho a la verdad —dijo Twissell—, pese a que habría jurado que no había nada que indicara...

Cayó en un estudio silencioso en el que ni Harlan ni el mundo exterior parecían representar un papel. Harlan dijo rápidamente:

—¿Solo cerca de la verdad? Es la verdad.

No podría decir por qué estaba tan seguro de la esencia de lo que acababa de decir, incluso sin tener en cuenta el hecho de que deseaba desesperadamente que fuera así.

—No, no, no es la verdad exacta —dijo Twissell—. El Novato, Cooper, no va al veinticuatro para enseñarle nada a Mallansohn.

—No lo creo.

—Pero debes hacerlo. Debes ver la importancia de esto. Quiero tu cooperación a lo largo de lo que queda del proyecto. Verás, Harlan, la situación es más un círculo cerrado de lo que imaginas. Mucho más, muchacho. El Novato Brinsley Sheridan Cooper es Vikkor Mallansohn.

12 El principio de la Eternidad

Harlan no había pensado que Twissell pudiera decir algo en ese momento que pudiera sorprenderlo. Estaba equivocado.

—Mallansohn. Él... —dijo.

Twissell, tras fumar su cigarrillo hasta la colilla, extrajo otro y dijo:

—Sí, Mallansohn. ¿Quieres un breve resumen de la vida de Mallansohn? Aquí está. Nació en el 78, pasó algún tiempo en la Eternidad, y murió en el veinticuatro.

La mano pequeña de Twissell se posó suavemente en el codo de Harlan y su cara de gnomo rompió en una extensión arrugada de su sonrisa habitual.

—Pero ven, muchacho, el fisiotiempo también pasa para nosotros y no somos completamente dueños de nuestros actos. ¿Por qué no vienes a mi oficina?

Abrió la marcha y Harlan lo siguió sin ser completamente consciente de las puertas que se abrían y las rampas que se movían.

Estaba relacionando la nueva información con su propio problema y su plan de acción. Tras el primer momento de desorientación sintió que su resolución volvía a él. Después de todo, esto no cambiaba las cosas excepto para hacer su propia importancia para la Eternidad aún más crucial, para darle mayor valor, para que sus demandas se cumplieran con mayor seguridad, para que fuera más probable que le devolvieran a Noÿs.

¡Noÿs!

¡Por todos los tiempos, no debían hacerle daño! Parecía la única parte real de su vida. A su lado, toda la Eternidad era solo una fantasía vaporosa y no merecía la pena.

No podía recordar claramente cómo había pasado de la zona del comedor a la oficina del computador Twissell. Aunque miró a su alrededor e intentó hacer que la oficina pareciera real por pura fuerza de la masa de sus contenidos, seguía pareciendo otra parte de un sueño que había sobrevivido a su utilidad.

La oficina de Twissell era una sala larga y limpia de asepsia porcelanosa. Una de las paredes estaba totalmente cubierta desde el suelo hasta el techo con microunidades de computación que, todas juntas, constituían el mayor computaplex privado de toda la Eternidad y, de hecho, uno de los mayores en general. La pared opuesta estaba atiborrada con películas de referencia. Entre las dos, lo que quedaba de la habitación era apenas algo más que un pasillo, interrumpido por un escritorio, dos sillas, equipamiento de grabación y proyección y un objeto inusual con el que Harlan no estaba familiarizado y que no reveló su utilidad hasta que Twissell arrojó los restos de su cigarrillo en él. Destelló silenciosamente y Twissell, con su estilo habitual de prestidigitador, hizo aparecer otro entre sus dedos.

Harlan pensó: Ahora, al grano.

Comenzó, un poco demasiado alto, una pizca demasiado truculento:

—Hay una chica en el cuatrocientos ochenta y dos...

Twissell frunció el entrecejo e hizo rápidos aspavientos con una mano, como si apartara una cuestión desagradable a un lado.

—Lo sé, lo sé. No será molestada, ni tú. Todo irá bien. Me ocuparé de ello.

—¿Quiere decir...?

—Te estoy diciendo que conozco la historia. Si el asunto te ha preocupado, ya no hay motivo para ello.

Harlan miró fijamente al hombre, estupefacto. ¿Eso era todo? Aunque había pensado intensamente en la inmensidad de su poder, no había esperado una demostración tan clara.

Pero Twissell estaba hablando otra vez.

—Déjame contarte una historia —empezó, casi con el mismo tono que habría utilizado para dirigirse a un Novato nuevo—. No tenía pensado que esto fuera necesario, y a lo mejor no lo es, pero tus propias investigaciones y tu perspicacia lo merecen.

Miró a Harlan socarronamente y dijo:

—¿Sabes? Todavía no acabo de creerme que lo descubrieras tú solo.

Y continuó:

—El hombre que la mayoría de la Eternidad conoce como Vikkor Mallansohn dejó un informe de su vida tras él cuando murió. No era un diario, y tampoco una biografía. Eras más bien una guía, legada a los Eternos que sabía que algún día existirían. Estaba dentro de un volumen de Tiempo-estancado que solo podía ser abierto por los computadores de la Eternidad y que, por tanto, permaneció intacto durante tres siglos tras su muerte, hasta que se estableció la Eternidad y el computador sénior Henry Wadsman, el primero de los grandes Eternos, lo abrió. Desde entonces se ha ido pasando el documento con la más estricta seguridad a lo largo de una línea de computadores sénior que termina conmigo. Se lo conoce como la memoria de Mallansohn.

»La memoria cuenta la historia de un hombre llamado Brinsley Sheridan Cooper, nacido en el setenta y ocho, investido como Novato en la Eternidad a la edad de veintitrés años, después de haber estado casado durante poco más de un año y sin descendencia.

»Tras entrar en la Eternidad, Cooper fue educado en matemáticas por un computador llamado Laban Twissell y en sociología primitiva por un técnico llamado Andrew Harlan. Con una base sólida en ambas disciplinas y en otras materias como ingeniería temporal, se lo envió al siglo veinticuatro para enseñarle ciertas técnicas necesarias a un científico primitivo llamado Vikkor Mallansohn.

»Una vez en el veinticuatro, se embarcó primero en el lento proceso de ajustarse a la sociedad. En esto se benefició en gran medida del entrenamiento del técnico Harlan y de los consejos detallados del computador Twissell, que parecía poseer una perspicacia natural para algunos de los problemas a los que debía enfrentarse.

»Tras dos años, Cooper localizó a Vikkor Mallansohn, un recluso excéntrico de

los campos de California, sin ninguna relación ni amigo, pero bendecido con una mente atrevida y poco convencional. Cooper se hizo su amigo poco a poco, aclimató al hombre a la idea de haber conocido a un viajero del futuro aún más despacio y se dedicó a enseñarle al hombre las matemáticas que debía saber.

»Con el paso del tiempo, Cooper adoptó los hábitos del otro y aprendió a arreglárselas solo con la ayuda de un torpe generador de electricidad diésel que los liberó de la dependencia de las fuentes de alimentación.

»Pero avanzaba muy lento y Cooper se percató de que no era exactamente un profesor maravilloso. Mallansohn se volvió taciturno y poco dispuesto a cooperar, y un día murió de repente al caer por uno de los cañones del país salvaje y montañoso en el que vivían. Tras semanas de desesperación, Cooper, con el trabajo de su vida y, presumiblemente, de toda la Eternidad arruinado, decidió utilizar un recurso desesperado. No informó de la muerte de Mallansohn. En su lugar se dedicó a construir lentamente y con los materiales de que disponía un Campo Temporal.

»Los detalles no son importantes. Tras montañas de monotonía e improvisación, logró su objetivo y llevó el generador al Instituto Tecnológico de California, justo como había esperado que Mallansohn hiciera unos años antes.

»Ya conoces la historia por tus estudios. Conoces la incredulidad y el rechazo con el que se encontró al principio, su periodo bajo observación, su escapada y la casi pérdida de su generador, la ayuda que recibió en una cafetería de un hombre cuyo nombre nunca averiguó, pero que ahora es uno de los héroes de la Eternidad, y la demostración final para el profesor Zimbalist, en la que un ratón blanco se movió hacia atrás y hacia delante en el tiempo. No te aburriré con nada de eso.

»Cooper utilizó el nombre de Mallansohn en todo esto porque le proporcionaba un pasado y porque le hacía un auténtico producto del veinticuatro. El cuerpo del verdadero Mallansohn nunca se recuperó.

»En lo que le quedó de vida, conservó su generador y cooperó con los científicos del Instituto en su duplicación. No se atrevió a hacer más. No podía enseñarles las ecuaciones de Lefebvre sin bosquejar tres siglos de desarrollo matemático que estaban por llegar. No podía, no se atrevió a confesar su auténtico origen. No se atrevió a hacer más de lo que el Vikkor Mallansohn real habría, hasta donde él sabía, hecho.

»Los hombres que trabajaron con él se frustraron al descubrir que un hombre podía ser tan brillante y a la vez tan incapaz de explicar los porqués de su obra. Y él también estaba frustrado porque previó, sin ser capaz en ningún momento de acelerar el proceso, el trabajo que llevaría, paso a paso, a los experimentos clásicos de Jan Verdeer, y cómo de ellos el gran Antoine Lefebvre construiría las ecuaciones básicas de la realidad. Y cómo, después de todo, se construiría la Eternidad.

»Solo fue hacia el final de su larga vida cuando Cooper, mirando una puesta de sol en el Pacífico (describe la escena con bastante detalle en sus memorias), llegó a la gran conclusión de que él era Vikkor Mallansohn, de que no era un sustituto, sino el

mismo hombre. Era posible que el nombre no fuera suyo, pero el hombre que la historia llamaba Mallansohn era en realidad Brinsley Sheridan Cooper.

»Enardecido por esa idea y por todo lo que implicaba, ansioso por que el proceso de establecer la Eternidad se acelerara, mejorara y se hiciera más seguro de alguna forma, escribió sus memorias y las colocó en un cubo de Tiempo-estancado en el salón de su casa.

»Y así se cerró el círculo. Por supuesto, se hizo caso omiso de las intenciones de Cooper-Mallansohn al escribir las memorias. Cooper debe vivir su vida exactamente como la vivió. La realidad primitiva no permite cambios. En este momento, en el fisiotiempo, el Cooper que conoce no sabe lo que le espera. Cree que solo debe instruir a Mallansohn y regresar. Continuará creyéndolo hasta que los años le enseñen lo contrario y se siente a escribir sus memorias.

»La intención del círculo en el tiempo es establecer el conocimiento de los viajes temporales y de la naturaleza de la realidad, construir la Eternidad por delante de su tiempo natural. Por sí misma, la humanidad no habría conocido la verdad sobre el tiempo antes de que sus avances tecnológicos en otras direcciones hubieran hecho el suicidio de la raza inevitable.

Harlan escuchó con intensidad, capturado en la visión de un poderoso círculo en el tiempo, cerrado sobre sí mismo y atravesando la Eternidad en partes de su curso. En ese momento estuvo más cerca de lo que había estado nunca de olvidar a Noÿs.

—Entonces supo todo el tiempo lo que usted iba a hacer, todo lo que yo iba a hacer, todo lo que he hecho —dijo.

Twissell, que parecía perdido en su propia historia, con sus ojos mirando a través de una nube de humo azulado, volvió lentamente a la vida. Sus ojos viejos y sabios se fijaron en Harlan y dijo en tono de reproche:

—No, por supuesto que no. Hubo un lapso de décadas de fisiotiempo entre la estancia de Cooper en la Eternidad y el momento en el que escribió sus memorias. Solo podía recordar ciertas cosas, y solo aquellas que había presenciado por sí mismo. Deberías darte cuenta.

Twissell suspiró y atravesó una línea de humo ascendente con su dedo nudoso, rompiéndola en pequeños remolinos turbulentos.

—Funcionó por sí mismo. Primero me encontraron y trajeron a la Eternidad. Cuando, tras el periodo de fisiotiempo requerido, me convertí en computador sénior, me dieron la memoria y pasé a estar al cargo. Una vez más, a su debido tiempo, tú apareciste en el Cambio de una Realidad (habíamos observado tus análogos anteriores cuidadosamente), y luego Cooper.

»Completé los detalles usando mi sentido común y los servicios del computaplex. Qué cuidadosamente, por ejemplo, instruimos al educador Yarrow en su parte sin traicionar ni un ápice de la significativa verdad. Qué cuidadosamente, a su vez, estimuló tu interés por lo primitivo.

»Qué cuidadosamente tuvimos que evitar que Cooper aprendiera nada que no

hubiera demostrado que sabía en referencia a la memoria —Twissell sonrió con tristeza—. Sennor se divierte con asuntos como este. Lo llama la inversión de la causa y el efecto. Conociendo el efecto, uno ajusta la causa. Por suerte, no soy el tejedor de telarañas que es Sennor.

»Me complació mucho, muchacho, comprobar que eras tan buen Observador y técnico. Las memorias no mencionaban eso, pues Cooper no había tenido la oportunidad de observar tu trabajo o evaluarlo. Era algo que me convenía. Podía usarte en una tarea más normal que haría tu función esencial menos llamativa. Incluso tu reciente estancia con el computador Finge encajaba. Cooper mencionó un periodo de tu ausencia en el que sus estudios matemáticos estaban tan avanzados que anhelaba tu regreso. Sin embargo, una vez me asustaste.

—¿Se refiere a la vez que llevé a Cooper conmigo en la cápsula? —preguntó Harlan rápidamente.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Ha sido la única vez que estuvo realmente furioso conmigo. Ahora supongo que iba en contra de algo de las memorias de Mallansohn.

—En realidad no. Es solo que las memorias no hablaban de las cápsulas. Me parecía que evitar mencionar un aspecto tan asombroso de la Eternidad significaba que tenía poca experiencia con ellas. Por tanto era mi intención mantenerlo lo más alejado que fuera posible de las cápsulas. El hecho de que lo hubieras llevado al futuro en una me inquietó enormemente, pero no ocurrió nada después. Las cosas continuaron como debían, así que todo estaba bien.

El viejo computador frotó una mano con otra, mirando al joven técnico con una expresión mezcla de sorpresa y curiosidad.

—Y todo este tiempo has estado adivinándolo. Simplemente me asombra. Habría jurado que incluso un computador completamente entrenado no podría haber hecho las deducciones pertinentes, teniendo solo la información de la que tú disponías. Es asombroso que lo haya hecho un técnico.

Se inclinó hacia delante y palmeó con suavidad la rodilla de Harlan.

—Por supuesto, las memorias de Mallansohn no dicen nada sobre tu vida tras la marcha de Cooper.

—Entiendo, señor —dijo Harlan.

—Entonces seremos libres, por decirlo de alguna forma, de hacer con ella lo que queramos. Tienes un talento asombroso que no debería ser malgastado. Creo que estás destinado a ser algo más que un técnico. No te prometo nada ahora, pero presumo que te das cuenta de que la Computación es una posibilidad inconfundible.

Harlan no tuvo ningún problema en no reflejar ninguna expresión en su oscuro semblante. Había practicado durante años.

Pensó: Un soborno adicional.

Pero no debía dejarse nada a las conjeturas. Sus teorías, salvajes y sin fundamento, a las que había llegado mediante un hecho insólito de perspicacia en el

curso de una noche inusual y estimulante, se habían convertido en razonables como resultado de su investigación directa en la biblioteca. Se habían convertido en certezas ahora que Twissell le había contado la historia. Aun así, se había producido una desviación en un sentido: Cooper era Mallansohn.

Lo cual había mejorado su posición, pero, si se había equivocado en un aspecto, podía haberse equivocado en otro. No debía dejar nada al azar. ¡Asegúrate!

Dijo desapasionadamente, casi con indiferencia:

—La responsabilidad también es grande para mí, ahora que sé la verdad.

—¿En serio?

—¿Cómo de frágil es la situación? Supongamos que ocurre algo inesperado y pierdo un día en el que debería haber enseñado a Cooper algo vital.

—No te entiendo.

(¿Era la imaginación de Harlan, o se había producido una chispa de alarma en esos ojos viejos y cansados?).

—Quiero decir, ¿puede romperse el círculo? Pongámoslo de esta manera: si un golpe inesperado en la cabeza me pone fuera de la circulación en un momento en el que las memorias dicen claramente que estoy bien y en activo, ¿se ve afectado todo el esquema? O suponga que, por algún motivo, decido de forma deliberada no seguir las memorias. ¿Qué ocurriría entonces?

—¿Qué te hace pensar todo eso?

—Parece un pensamiento lógico. Me parece que, mediante una acción descuidada o voluntaria, podría romper el círculo y, bueno, ¿destruir la Eternidad? Parece que sí. Si es así —añadió Harlan tranquilamente—, debería ser informado para que tenga cuidado de no hacer nada que no se corresponda. Aunque imagino que debería producirse una circunstancia muy poco usual para forzarme a hacer tal cosa.

Twissell se rio, pero la risa sonó falsa y vacía en los oídos de Harlan.

—Eso es pura especulación académica, muchacho. Nada de eso ocurrirá, puesto que no ha ocurrido. El círculo completo no se romperá.

—Podría romperse —dijo Harlan—. La chica del cuatrocientos ochenta y dos...

—Está a salvo —dijo Twissell. Se impacientó—. Este tipo de charla no lleva a ningún sitio y ya he tenido suficientes argumentos lógicos del resto del subcomité a cargo del proyecto. Mientras tanto, todavía tengo que decirte aquello para lo que te llamé originalmente, y el fisiotiempo pasa. ¿Te importaría venir conmigo?

Harlan estaba satisfecho. La situación era clara y su poder inequívoco. Twissell sabía que Harlan podía decir a voluntad: «En adelante no tendré nada que ver con Cooper». Twissell sabía que podía destruir la Eternidad en cualquier momento dándole a Cooper información significativa en relación con las memorias.

Harlan había sabido lo suficiente como para hacerlo ayer. Twissell había pensado en abrumarlo con el conocimiento de la importancia de su misión, pero si el computador pensaba que iba a meter a Harlan en vereda de esa forma estaba muy equivocado.

Había formulado su amenaza de forma clara con respecto a la seguridad de Noÿs, y la expresión de Twissell mientras decía cortante «Está a salvo» demostraba que se daba cuenta de la naturaleza de la misma.

Se levantó y lo siguió.

Harlan nunca había estado en la sala en la que entraron. Era grande y parecía como si se hubieran derribado paredes para ampliarla. Habían accedido a ella por un estrecho pasillo, bloqueado por una pantalla de fuerza que no desapareció hasta que una máquina automática escaneó extensivamente el rostro de Twissell.

La mayor parte de la habitación estaba ocupada por una esfera que llegaba casi hasta el techo. Había una puerta abierta que mostraba cuatro escalones pequeños que llevaban a una plataforma bien iluminada dentro de ella.

Se oyeron voces en el interior y, mientras Harlan miraba, aparecieron piernas en la abertura que descendieron por los escalones. Emergió un hombre, y otro par de piernas apareció tras él. Era Sennor, del Consejo Temporal, y tras él se encontraba otro del grupo de la mesa del almuerzo.

Twissell no pareció alegrarse de verlos. Sin embargo, contuvo su tono de voz.

—¿Está el subcomité todavía aquí?

—Solo nosotros dos —dijo Sennor despreocupadamente—, Rice y yo. Es un instrumento maravilloso. Tiene el nivel de complejidad de una nave espacial.

Rice era un hombre barrigudo con la apariencia perpleja de quien está acostumbrado a tener razón, pero que descubre que, de forma incomprensible, está perdiendo en la disputa. Frotó su nariz bulbosa y dijo:

—Últimamente la mente de Sennor está centrada en los viajes espaciales.

La cabeza calva de Sennor refulgió en la luz.

—Es una buena discusión, Twissell —dijo—. Se la planteo. ¿Es el viaje espacial un factor positivo o negativo en el análisis de la realidad?

—La cuestión carece de sentido —dijo Twissell con impaciencia—. ¿Qué tipo de viaje espacial en qué tipo de sociedad y en qué circunstancias?

—Venga, hombre. Seguro que hay algo que decir respecto a los viajes temporales en abstracto.

—Solo que son autolimitados, que se agotan a sí mismos y mueren.

—Entonces son inútiles —dijo Sennor con satisfacción—, y, por tanto, son un factor negativo. Exactamente mi punto de vista.

—Si no les importa —dijo Twissell—, Cooper estará aquí de un momento a otro. Necesitamos que la sala esté despejada.

—Por supuesto.

Sennor pasó un brazo por debajo del de Rice y lo guio hacia fuera. Se oía su voz clara mientras se alejaban:

—Periódicamente, mi querido Rice, se concentra todo el esfuerzo mental de la especie humana en los viajes espaciales, que están condenados a un fin frustrado por

la naturaleza de las cosas. Explicaría las matrices, pero estoy seguro de que es obvio para usted. Con las mentes concentradas en el espacio, se descuida el propio desarrollo de las cosas terrenales. Estoy preparando una tesis que enviaré al Consejo, recomendando que se cambien las realidades para eliminar todas las eras con viajes espaciales.

Se escuchó la voz de soprano de Rice:

—Pero no puede ser tan drástico. Los viajes espaciales son una valiosa válvula de seguridad en algunas civilizaciones. Por ejemplo, la Realidad 54 del 290, que acabo de recordar casualmente. En ese caso...

Dejaron de oírse las voces y Twissell dijo:

—Sennor es un hombre extraño. Intelectualmente vale por dos de nosotros, pero su valía se pierde en entusiasmos volubles.

—¿Cree que puede tener razón? —preguntó Harlan—. Quiero decir, acerca de los viajes espaciales.

—Lo dudo. Tendríamos una oportunidad mejor de discutirlo si Sennor realmente enviara la tesis que ha mencionado. Pero no lo hará. Antes de haber terminado descubrirá un nuevo entusiasmo y abandonará el antiguo. Pero da igual...

Golpeó la esfera con la palma de la mano de tal forma que sonó rotunda, y luego dirigió la mano de vuelta a su boca para retirar el cigarrillo de sus labios.

—¿Adivinas qué es esto, técnico? —preguntó.

—Parece una cápsula exterior con una especie de tapa —dijo Harlan.

—Exacto. Lo has adivinado. Ven dentro.

Harlan siguió a Twissell al interior de la esfera. Era lo bastante grande como para alojar a cuatro o cinco hombres, pero el interior carecía totalmente de rasgos o características especiales. El suelo era suave, dos ventanas interrumpían la pared curva. Eso era todo.

—¿No hay controles? —preguntó Harlan.

—Controles remotos —respondió Twissell. Pasó su mano por la suavidad de la pared y dijo—: Paredes dobles. Todo el espacio entre las dos paredes es un Campo Temporal autocontenido. Este instrumento es una cápsula que no está restringida a los ejes de las cápsulas de la Eternidad, sino que puede pasar más allá del final, o el principio, de la Eternidad. Su diseño y construcción han sido posibles gracias a las notas de las memorias de Mallansohn. Ven conmigo.

La sala de control estaba en una de las esquinas de la enorme habitación. Harlan entró y observó sombrío las enormes barras de los paneles.

—¿Puedes oírme, muchacho? —dijo Twissell.

Harlan se sobresaltó y miró a su alrededor. No se había dado cuenta de que Twissell no había entrado con él. Se asomó automáticamente a la ventana y el computador lo saludó con la mano.

—Lo oigo, señor —dijo Harlan—. ¿Quiere que salga?

—En absoluto. Estás encerrado.

Harlan saltó hacia la puerta y sus estómago se transformó en una serie de nudos fríos y húmedos. Twissell tenía razón. ¿Qué demonios estaba pasando?

—Te aliviará saber —dijo Twissell— que tu responsabilidad ya ha concluido. Estabas preocupado por esa responsabilidad, hiciste preguntas inquisitivas y creo que sé a qué te referías. Esta no debería ser tu responsabilidad. Es solo mía. Por desgracia, debemos situarte en la sala de control, pues está escrito que tú estabas allí y manejabas los controles. Está escrito en las memorias de Mallansohn. Cooper te verá a través de la ventana y eso bastará.

»Además, te pediré que hagas el contacto final según las instrucciones que te daré. Si crees que eso también es una gran responsabilidad, puedes estar tranquilo. Hay otro hombre con un contacto paralelo al tuyo. Si, por algún motivo, te ves incapaz de hacer funcionar el contacto, él lo hará. Más aún, cortaré la transmisión por radio de la sala de control. Podrás escucharnos, pero no podrás hablarnos. Por consiguiente, no debes temer que alguna exclamación involuntaria tuya rompa el círculo.

Harlan miró con impotencia por la ventana.

—Cooper llegará en cualquier momento —continuó Twissell— y su viaje a la edad primitiva tendrá lugar en dos fisiohoras. Después, muchacho, el proyecto habrá terminado y tú y yo seremos libres.

Harlan se sumergió ahogándose en el vórtice de una pesadilla. ¿Lo había engañado Twissell? ¿Todo lo que había hecho había sido diseñado solo para encerrarlo en una sala de control? Una vez supo que Harlan era consciente de su propia importancia, ¿había improvisado con inteligencia diabólica, manteniéndolo ocupado con la conversación, drogando sus emociones con palabras, llevándolo aquí, llevándolo allá, hasta que llegó el momento de encerrarlo?

Su rendición rápida y fácil con respecto a Noÿs. No le pasará nada, había dicho Twissell. Estará bien.

¿Cómo podía haberlo creído? Si no fueran a hacerle daño, o a tocarla, ¿qué sentido tenía la barrera de las cápsulas en el cien mil? Solo ese hecho debería haber desenmascarado a Twissell.

Pero como quería creer (sería estúpido), había dejado que lo condujeran ciegamente a lo largo de esas fisiohoras, que lo colocaran en una sala de control en la que no lo necesitaban para cerrar el contacto final.

Le habían robado su esencialidad de un solo golpe. Habían manipulado hábilmente sus triunfos para convertirlos en dosis, y Noÿs estaba fuera de su alcance para siempre. El castigo que le pudiera esperar no lo preocupaba. Noÿs estaba fuera de su alcance para siempre.

Nunca se le había ocurrido que el proyecto pudiera estar tan cerca de su fin. Por supuesto, eso había sido lo que había hecho su derrota posible.

La voz de Twissell sonó débilmente.

—Voy a cortar la comunicación, muchacho.

Harlan estaba solo, indefenso, inútil...

13 Más allá de los límites de la Eternidad

Brinsley Cooper entró en la habitación. La excitación inundaba su delgado rostro y le hacía parecer casi joven, a pesar del pesado bigote Mallansohn que poblaba su labio superior.

(Harlan podía verlo a través de la ventana y lo oía con claridad por la radio. Pensó amargamente: «¡Un bigote Mallansohn! ¡Claro!»).

Cooper avanzó hacia Twissell.

—No me han dejado entrar hasta ahora, computador.

—Está bien —dijo Twissell—. Tenían instrucciones para ello.

—¿Pero ya ha llegado la hora? ¿Voy a salir?

—Sí, casi es la hora.

—¿Y volveré? ¿Volveré a ver la Eternidad?

Pese a la rectitud de la espalda de Cooper había un tono de incertidumbre en su voz.

(Dentro de la sala de control, Harlan levantó sus puños cerrados hacia el cristal reforzado de la ventana, deseando romperlo de alguna forma y gritar: «¡Alto! ¡Acepte mis condiciones o...!»). ¿Qué sentido tenía?)

Cooper miró a su alrededor, aparentemente sin darse cuenta de que Twissell no había respondido a su pregunta. Su mirada se posó en Harlan tras la ventana de la sala de control.

Lo saludó alegremente con la mano.

—¡Técnico Harlan! Salga fuera. Quiero estrecharle la mano antes de irme.

Twissell se interpuso entre ellos.

—Ahora no, muchacho, ahora no. Está en los controles.

—Ah... —dijo Cooper—. No tiene buen aspecto, ¿sabe?

—Le he contado la naturaleza real del proyecto —dijo Twissell—. Me temo que eso es suficiente para poner nervioso a cualquiera.

—¡Por todos los tiempos, claro! —respondió Cooper con un trazo de cuasihisteria en su voz—. Yo la conozco desde hace semanas y todavía no me he acostumbrado. Todavía no me ha entrado en la cabezota que es mi misión. Estoy... Estoy un poco asustado.

—No te culpo por ello.

—Es mi estómago, ¿sabe? Es la parte menos contenta de mí.

—Bueno, es muy natural y se te pasará —dijo Twissell—. Mientras tanto, se ha establecido tu hora de salida en intertemporal estándar y todavía tenemos que repasar ciertas orientaciones. Por ejemplo, todavía no has visto la cápsula que vas a usar.

En las dos horas que pasaron Harlan lo oyó todo, estuvieran o no a la vista. Twissell instruyó a Cooper de forma extrañamente artificiosa, y Harlan sabía por qué. Cooper sería informado solo de aquellas cosas que iba a mencionar en las memorias de

Mallansohn.

(Círculo completo. Círculo completo. Y no había forma de que Harlan rompiera ese círculo con un último golpe de Sansón en el templo... El círculo gira y gira, el círculo gira y gira.)

—Las cápsulas normales —oyó que decía Twissell— se mueven por fuerzas de empuje y atracción, si es que podemos usar esos términos en el caso de las fuerzas Intertemporales. Al viajar en la Eternidad entre el siglo «X» y el siglo «Y» hay un punto de inicio totalmente energizado y un punto final igualmente energizado.

»Lo que tenemos aquí es una cápsula con un punto inicial energizado pero con un punto de destino sin energía. Solo puede ser empujada, pero no se puede tirar de ella. Por ese motivo, debe utilizar energía de una magnitud muchísimo mayor que las cápsulas corrientes. Se han colocado unidades de transferencia de energía especiales a lo largo de las vías de las cápsulas para suministrar concentraciones suficientes de energía del Nova Sol.

»Esta cápsula especial, sus controles y su suministro de energía son una estructura compuesta. Durante fisiodécadas se han peinado las distintas realidades buscando aleaciones y técnicas especiales. La realidad trece del doscientos veintidós fue la clave. Desarrolló el Presurizador Temporal y, sin eso, no se podría haber construido esta cápsula. La Realidad trece del doscientos veintidós.

Lo pronunció con claridad elaborada. (Harlan pensó: ¡Recuérdalo, Cooper! Recuerda la Realidad trece del doscientos veintidós para que puedas ponerla en las memorias de Mallansohn y que los Eternos sepan dónde buscar, para que sepan qué decirte para que puedas ponerla en... El círculo gira y gira...).

Twissell habló:

—Por supuesto, no hemos probado la cápsula más allá del límite, pero ha hecho numerosos viajes en la Eternidad. Estamos convencidos de que no habrá ningún efecto negativo.

—No puede haberlos, ¿verdad? —dijo Cooper—. Quiero decir que yo llegué allí, de lo contrario Mallansohn no podría haber construido el campo, y lo construyó.

—Exacto —respondió Twissell—. Te encontrarás en un lugar protegido y aislado de una zona pobremente poblada de la parte suroeste de los Estados Unidos de Améllika...

—América —corrigió Cooper.

—América, de acuerdo. El siglo será el veinticuatro o, por acercarlo a la centena, el 23,17. Supongo que incluso podríamos llamarlo el año 2317. La cápsula, como has visto, es grande, mucho más grande de lo necesario para ti solo. Ahora la estamos llenando con agua, comida y todas las herramientas necesarias para el refugio y la defensa. Tendrás instrucciones detalladas que, por supuesto, carecerán de sentido excepto para ti. Debo insistir en que tu primera misión será asegurarte de que ninguno de los habitantes indígenas te descubra antes de que estés preparado para ellos. Dispondrás de cavadores de fuerza que te permitirán excavar en una montaña para

formar una cueva. Tendrás que extraer rápidamente los componentes de la cápsula. Estarán apilados de forma que te faciliten esa misión.

(Harlan pensó: ¡Repetir! ¡Repetir! Deben de haberle dicho todo esto antes, pero repite lo que debe aparecer en las memorias. Gira y gira...)

—Tendrás que descargar en quince minutos —dijo Twissell—. Tras ese periodo la cápsula regresará automáticamente al punto de salida portando todas las herramientas que sean demasiado avanzadas para el siglo. Encontrarás una lista de ellas. Una vez regrese la cápsula, dependerás de ti mismo.

—¿Es necesario que la cápsula regrese tan rápido? —preguntó Cooper.

—Un regreso rápido aumenta las posibilidades de éxito —respondió Twissell.

(Harlan pensó: La cápsula debe regresar en quince minutos porque regresó en quince minutos. Gira y...)

Twissell se apresuró.

—No podemos intentar falsificar su medio de intercambio en cualquiera de sus tipos. Dispondrás de oro en forma de pequeñas pepitas. Podrás explicar su posesión de acuerdo con las instrucciones detalladas que se te suministrarán. Dispondrás de vestimentas nativas o, al menos, de vestimentas que pasen por las de los nativos.

—Correcto —dijo Cooper.

—Recuerda: avanza despacio. Tarda semanas si es necesario. Adáptate a la época espiritualmente. Las instrucciones del técnico Harlan son una buena base, pero no son suficientes. Dispondrás de un receptor inalámbrico de acuerdo con los principios del veinticuatro que te permitirá ponerte al corriente de los asuntos actuales y, lo que es más importante, aprender la pronunciación y entonación propias del idioma de la época. Empléate a fondo. Estoy seguro de que el conocimiento del inglés de Harlan es excelente, pero nada puede sustituir la pronunciación nativa de primera mano.

—¿Y qué pasa si no aterrizo en el lugar correcto? —preguntó Cooper—. Quiero decir, no en el 23,17.

—Asegúrate de eso cuidadosamente, claro. Pero será el correcto. Será el correcto.

(Harlan pensó: será el correcto porque era el correcto. Gira...)

Pero Cooper debió de expresar incredulidad con algún gesto, pues Twissell dijo:

—Se ha calculado con toda meticulosidad la precisión del foco. Tenía la intención de explicar nuestros métodos y ahora es un buen momento para ello. Además, ayudará a Harlan a entender los controles.

(De repente Harlan, se alejó de la ventana y fijó su mirada en los controles. Una esquina de la cortina de la desesperación se levantó. ¿Y si...?).

Twissell seguía adocrinando a Cooper con el tono ansioso y extremadamente preciso de un profesor de escuela, y Harlan seguía escuchando con parte de su mente.

—Por supuesto —decía Twissell—, uno de los problemas más serios fue determinar a qué distancia llega un objeto que se envíe a la época primitiva tras la aplicación de un impulso energético determinado. El método más directo habría sido

enviar un hombre al pasado mediante esta cápsula, usando niveles de impulso cuidadosamente graduados. Sin embargo, ello habría significado un cierto lapso de tiempo en cada caso mientras el hombre determinaba el siglo con respecto a su centena más cercana mediante observación astronómica u obteniendo la información apropiada del receptor inalámbrico. Este proceso podía ser lento y también peligroso, pues el hombre podía ser descubierto por los habitantes nativos con efectos probablemente catastróficos para nuestro proyecto.

»En su lugar, lo que hicimos fue lo siguiente: enviamos al pasado una masa conocida del isótopo radioactivo niobio-94, que se desintegra mediante la emisión de partículas beta y se transforma en el isótopo estable molibdeno-94. Este proceso tiene una vida media de casi exactamente quinientos siglos. Se conocía la intensidad de la radiación original de la masa. Esa intensidad disminuye con el tiempo según la relación simple implicada en la cinética de primer orden y, por supuesto, se puede medir la intensidad con gran precisión.

»Cuando la cápsula llega a su destino en la época primitiva, se descarga la ampolla que contiene el isótopo en la ladera de la montaña y la cápsula regresa a la Eternidad. En el momento de fisiotiempo en que se descarga la ampolla aparece simultáneamente en todos los tiempos futuros haciéndose progresivamente más antigua. Un técnico detecta la ampolla en el lugar de la descarga en el quinientos setenta y cinco (en Tiempo real, no en la Eternidad) por su radiación y la recupera.

»Se mide la intensidad de la radiación, con lo que se conoce el tiempo que ha permanecido en la ladera de la montaña, y así se conoce el siglo al que viajó la cápsula con una precisión de dos decimales. Así que enviamos decenas de ampollas con decenas de impulsos y se estableció una curva de calibración. La curva era una comprobación no de las ampollas que se habían enviado hasta los tiempos primitivos, sino de las que se habían enviado a los primeros siglos de la Eternidad, en los que se podía llevar a cabo un seguimiento directo.

»Naturalmente, hubo fallos. Las primeras ampollas se perdieron hasta que aprendimos a evitar los grandes cambios geológicos entre la era primitiva y el quinientos setenta y cinco. Luego, tres de las ampollas nunca aparecieron en el quinientos setenta y cinco. Suponemos que hubo algún fallo en el mecanismo de descarga y que estaban enterradas demasiado profundamente como para ser detectadas. Detuvimos nuestros experimentos cuando el nivel de radiaciones llegó a ser tal que temimos que algún habitante primitivo lo detectase y se preguntara qué podían estar haciendo artefactos radiactivos en la región. Pero teníamos lo que necesitábamos para nuestros propósitos y estamos seguros de que podemos enviar a un hombre a cualquier centésima de un siglo de la época primitiva que desee.

»Ha entendido todo esto, ¿verdad, Cooper?

—Perfectamente, computador Twissell —respondió el aludido—. Vi la curva de calibración y entonces no entendí su función. Ahora está bastante clara.

Pero ahora Harlan estaba extremadamente interesado. Observó el arco brillante

que medía los siglos. Era de porcelana sobre metal y las finas líneas lo dividían en siglos, decisisglos y centisisglos. Un metal plateado relucía tenuemente por las líneas que penetraban la porcelana, marcándolas con claridad. Las cifras estaban hechas finamente e, inclinándose para ver mejor, Harlan pudo distinguir los siglos desde el diecisiete al veintisiete. La pequeña línea estaba fija en la marca del siglo 23,17.

Había visto medidores temporales similares y de forma casi automática extendió su mano hacia la palanca de control de presión. No respondió a su acción. La línea permaneció en su lugar.

Casi saltó cuando la voz de Twissell se dirigió a él súbitamente.

—¡Técnico Harlan!

—Sí, computador —respondió, y entonces recordó que no podían oírlo. Se dirigió a la ventana y asintió con la cabeza.

—El medidor temporal está fijado para un impulso hasta el siglo 23,17 —dijo Twissell casi como si leyera sus pensamientos—. No es necesario ajustarlo. Su única tarea consiste en aplicar la energía en el momento adecuado de fisiotiempo. Hay un cronómetro a la derecha del indicador. Asienta si lo ve.

Harlan asintió.

—Descenderá hasta llegar al punto cero. Alinee los puntos de contacto en el punto menos quince segundos. Es fácil. ¿Sabe cómo?

Harlan volvió a asentir.

Twissell continuó:

—La sincronización no es vital. Puede hacerlo a menos catorce o menos trece, o incluso a menos cinco segundos, pero intente no llegar a menos diez por motivos de seguridad. Una vez haya cerrado el contacto, una marcha de fuerza sincronizada hará el resto y se asegurará de que el impulso energético final se produzca exactamente en el punto cero. ¿Entendido?

Una vez más, Harlan asintió. Entendía más de lo que había dicho Twissell. Si él no alineaba los puntos a menos diez, alguien se ocuparía de hacerlo desde el exterior.

Harlan pensó tristemente: no habrá necesidad de externos.

—Nos quedan treinta fisiominutos —dijo Twissell—. Cooper y yo vamos a comprobar las provisiones.

Y se fueron. La puerta se cerró tras ellos y Harlan se quedó solo con el control del impulso, el tiempo (moviéndose lentamente hacia el cero) y el resuelto conocimiento de lo que debía hacer.

Se alejó de la ventana. Metió la mano en el bolsillo y extrajo a medias el látigo neurónico que todavía contenía. Lo había tenido consigo todo ese tiempo. Su mano tembló un poco.

Recordó una idea anterior: ¡un golpe de Sansón al templo!

Una esquina de su mente se preguntó: ¿cuántos Eternos han oído hablar de Sansón? ¿Cuántos saben cómo murió?

Solo le quedaban veinticinco minutos. No estaba seguro de cuánto tiempo necesitaría para la operación. No estaba ni siquiera seguro de que funcionara en absoluto.

Pero no tenía otra opción. Sus dedos húmedos casi dejaron caer el arma antes de dejar el extremo al descubierto.

Trabajó con rapidez y completamente absorto. De todos los aspectos de lo que había planeado, la posibilidad de su propio tránsito a la inexistencia era el que menos ocupaba en su mente y, desde luego, no lo preocupaba en absoluto.

A menos un minuto Harlan se encontraba frente a los controles.

Pensó indiferente: ¿El último minuto de mi vida?

En la habitación no había nada visible salvo el movimiento en retroceso de la aguja roja que marcaba el paso de los segundos.

Menos treinta segundos.

Pensó: No dolerá. No es la muerte.

Intentó pensar únicamente en Noÿs.

Menos quince segundos.

¡Noÿs!

La mano izquierda de Harlan movió un interruptor hacia el contacto. ¡No tan deprisa!

Menos doce segundos.

¡Contacto!

La marcha de fuerza se ocuparía a partir de ese momento. Se produciría el impulso en el momento cero. Y eso dejó a Harlan con una sola manipulación pendiente: ¡El golpe de Sansón!

Su mano derecha se movió. No miró su mano derecha.

Menos cinco segundos.

¡Noÿs!

Su mano derecha volvió a moverse, espasmódicamente. No la miró.

¿Era esto la inexistencia?

Todavía no. Todavía no era la inexistencia.

Harlan miró por la ventana. No se movió. El tiempo pasó y él no se dio cuenta.

La habitación estaba vacía. Donde había estado la cápsula gigante ahora no había nada. Los bloques metálicos que habían servido de base estaban vacíos, elevando su poderosa fuerza hacia el aire.

Twissell, empequeñecido extrañamente en la sala que se había convertido en una caverna de espera, era lo único que se movía. Paseaba impacientemente arriba y abajo.

La mirada de Harlan lo siguió por un momento y luego dejó de prestarle atención.

Entonces, sin producir ningún tipo de sonido o movimiento, la cápsula apareció

en el lugar que había ocupado. Su paso a través de la línea entre el tiempo pasado y el tiempo presente no alteró ni la menor molécula del aire.

Twissell quedaba oculto a ojos de Harlan por el bulto de la cápsula, pero la rodeó, apareció en su campo de visión. Estaba corriendo.

Un giro de su mano fue suficiente para activar el mecanismo que abría la puerta de la sala de control. Entró a toda velocidad gritando con una excitación casi lírica.

—Ya está. Ya está. Hemos cerrado el círculo. —No tenía aliento para decir nada más.

Harlan no contestó.

Twissell miró por la ventana con sus manos apoyadas en el cristal. Harlan notó las manchas que la edad había dejado en ellas y la forma en que temblaban. Era como si su mente ya no tuviese la capacidad de discernir lo importante de lo inconsecuente, sino que estuviera seleccionando el material observacional de forma por completo aleatoria.

Pensó cansadamente: ¿Qué importa? ¿Qué importa ahora?

Harlan oyó débilmente la voz de Twissell:

—Te confesaré que estaba más ansioso de lo que quería admitir. Sennor decía que todo esto era imposible. Insistía en que algo debía ocurrir para detenerlo... ¿Qué ocurre?

Se había girado ante el extraño gruñido de Harlan.

Este negó con la cabeza y consiguió articular un ahogado «Nada».

Twissell lo dejó pasar y se giró. No sabía si le hablaba a Harlan o al aire. Era como si estuviese dejando escapar años de ansiedades reprimidas a través de sus palabras.

—Sennor —decía— era el que dudaba. Razonamos con él y discutimos. Usamos las matemáticas y presentamos los resultados de generaciones de investigaciones que nos habían precedido en el fisiotiempo de la Eternidad. Lo apartó todo a un lado y presentó su caso citando la paradoja del hombre que se encuentra consigo mismo. Ya lo has oído hablar de ella. Es su favorita.

»“Conocemos nuestro futuro”, dijo Sennor. Yo, Twissell, sabía, por ejemplo, que sobreviviría, a pesar del hecho de que sería bastante mayor, hasta que Cooper hubiera realizado su viajes más allá del principio de la Eternidad. Sabía otros detalles de mi futuro, las cosas que haría.

»Decía que era imposible. La realidad debe cambiar para corregir tu conocimiento, incluso si con eso no se cerraba nunca el círculo y nunca se establecía la Eternidad.

»El porqué de su razonamiento no lo sé. A lo mejor lo creía sinceramente, a lo mejor era un juego intelectual, a lo mejor era simplemente el deseo de asombrarnos a todos los demás con un punto de vista impopular. En cualquier caso, el proyecto siguió adelante y empezaron a cumplirse ciertos requisitos de las memorias. Por ejemplo, encontramos a Cooper en el siglo y realidad que especificaban. La teoría de

Sennor se derrumbaba solo con eso, pero no se inmutó. Para entonces ya le interesaba otra cosa.

»Y aun así, aun así... —rio suavemente, con algo más que una pizca de vergüenza, y dejó que su cigarrillo se quemara casi hasta sus dedos—, nunca estuve del todo tranquilo. Algo podía ocurrir. La realidad en la que se estableció la Eternidad podía actuar de alguna forma para prevenir lo que Sennor denominaba paradoja. Tendría que cambiar a una en la que no existiera la Eternidad. A veces, en la oscuridad de un periodo de sueño, cuando no podía dormir, casi podía convencerme a mí mismo de que ocurriría de esa forma... y ahora todo ha pasado y me río de mí mismo como un viejo senil.

—El computador Sennor tenía razón —dijo Harlan en voz baja.

Twissell se giró.

—¿Qué?

—El proyecto ha fracasado. —La mente de Harlan estaba regresando de entre las tinieblas (no estaba seguro de por qué ni a qué se debía)—. El círculo no está completo.

—¿De qué estás hablando? —Las ancianas manos de Twissell sujetaron los hombros de Harlan con una fuerza asombrosa—. Estás enfermo, muchacho. Es el estrés.

—No estoy enfermo. Estoy harto de todo. Usted. Yo. Enfermo, no. El indicador. Véalo usted mismo.

—¿El indicador? —La aguja del indicador estaba en el siglo veintisiete, al final del extremo derecho—. ¿Qué ha ocurrido?

La alegría se había esfumado de su rostro, remplazada por el horror.

—Fundí el mecanismo de bloqueo —explicó Harlan con toda naturalidad— y liberé el control del impulso.

—¿Cómo...?

—Tenía un látigo neurónico. Lo abrí y usé su fuente de energía de micropila en un fogonazo, como una antorcha. Esto es lo que queda de él.

Golpeó con el pie un pequeño montón de fragmentos metálicos que había en una esquina.

Twissell no se lo creía.

—¿En el veintisiete? ¿Quieres decir que está en el veintisiete?

—No sé dónde está —dijo Harlan con desgana—. Moví el control del impulso hacia abajo, mucho más allá del veinticuatro. No sé dónde. No miré. Luego lo moví hacia atrás. Tampoco miré.

Twissell lo contempló fijamente con el rostro de un color amarillento pálido y enfermo, el labio inferior tembloroso.

—No sé dónde está ahora —dijo Harlan—. Está perdido en la era primitiva. Se ha roto el círculo. Creía que todo terminaría cuando diera el golpe. En el momento cero. Es estúpido. Tenemos que esperar. Habrá un momento en el fisiotiempo en el que

Cooper se dará cuenta de que está en el siglo equivocado, en el que hará algo contra las memorias, en el que... —Se interrumpió y luego empezó a reírse forzadamente—. ¿Qué importa? Solo hay que esperar hasta que Cooper rompa finalmente el círculo. No hay forma de detenerlo. Minutos, horas, días. ¿Cuál es la diferencia? Cuando se cumpla, no habrá más Eternidad. ¿Me oye? Será el fin de la Eternidad.

14 El crimen anterior

—¿Por qué? ¿Por qué?

Twissell miraba inútilmente del indicador al técnico con la perpleja frustración de su voz reflejada en la mirada.

Harlan levantó la cabeza. Solo tenía una palabra que decir:

—¡Noÿs!

—¿La mujer que trajiste a la Eternidad?

Harlan sonrió amargamente y no dijo nada.

—¿Qué tiene ella que ver con esto? —preguntó Twissell—. ¡Por todos los tiempos!, no lo entiendo, muchacho.

—¿Qué hay que entender? —Harlan estaba lleno de tristeza—. ¿Por qué se empeña en ignorarlo? Tenía una mujer. Era feliz y ella también. No hacíamos daño a nadie. No existía en la nueva realidad. ¿Qué diferencia habría supuesto para nadie?

Twissell intentó interrumpirlo en vano.

—Pero hay reglas en la Eternidad, ¿verdad? —gritó Harlan—. Las conozco todas. Hacen falta permisos para establecer una relación, hacen falta computaciones para establecer una relación, hace falta estatus para establecer una relación, una relación es una cosa complicada. ¿Qué pensaba hacer con Noÿs cuando todo esto hubiera pasado? ¿Un sitio en un cohete que iba a explotar? ¿O una posición más confortable como sirvienta comunitaria para computadores respetables? Me parece que ya no podrá hacer ningún plan.

Entró en una especie de estado de desesperación y Twissell se movió rápidamente hacia el comunicador. Era evidente que se había restablecido su función como transmisor.

El computador gritó hasta que obtuvo respuesta. Entonces dijo:

—Aquí Twissell. Está prohibida la entrada de cualquier persona en esta sala. Nadie. Nadie. ¿Me entiende? Entonces encárguese de ello. También va por los miembros del Consejo Temporal. Va especialmente por ellos.

Se volvió hacia Harlan diciendo abstraído:

—Lo harán porque soy viejo y un miembro importante del Consejo, y porque creen que soy estafalario y raro. Lo pasan por alto porque soy estafalario y raro. — Por un momento cayó en un silencio meditabundo. Entonces preguntó—: ¿Crees que soy raro?

Y su rostro se giró rápidamente hacia Harlan.

Harlan pensó: ¡Por todos los tiempos!, está loco. El impacto le ha vuelto loco.

Dio un paso hacia atrás, horrorizado ante la idea de estar encerrado con un loco. Entonces se calmó. El hombre, por loco que estuviera, era débil, e incluso la locura terminaría pronto.

¿Pronto? ¿Por qué no inmediatamente? ¿Qué retrasaba el fin de la Eternidad?

—¿Crees que soy raro? —preguntó Twissell (no tenía ningún cigarrillo a la vista

y sus manos no hicieron movimiento alguno para coger uno) en tono bajo e insinuante—. Supongo que sí. Demasiado raro para hablar conmigo. Si hubieras pensado en mí como en un amigo en lugar de considerarme un viejo cascarrabias, caprichoso e imprevisible, me habrías confiado abiertamente tus dudas. No habrías hecho nada de lo que hiciste.

Harlan frunció el entrecejo. El viejo pensaba que él estaba loco. ¡Eso era!

—Hice lo correcto —respondió furioso—. Estoy bastante cuerdo.

—Te dije que la chica no estaba en peligro —dijo Twissell—, lo sabes.

—Fui un estúpido por creerlo siquiera por un momento. Fui un estúpido por pensar que el Consejo sería justo con un técnico.

—¿Y quién te ha dicho que el Consejo sabía nada de esto?

—Finge lo sabía y envió al Consejo un informe al respecto.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Se lo saqué a Finge amenazándolo con un látigo neurónico. El cañón de un látigo elimina el estatus comparativo.

—¿El mismo látigo que hizo esto? —Twissell apuntó al indicador con su masa de metal fundido colgando irónicamente del frontal del cuadrante.

—Sí.

—Un látigo muy ocupado —y añadió bruscamente—: ¿Sabes por qué Finge recurrió al Consejo en lugar de encargarse él mismo del asunto?

—Porque me odia y quería asegurarse de que perdiera mi prestigio. Quería a Noÿs.

—Eres un ingenuo —respondió Twissell—. Si hubiera querido a la chica, podría haber entablado relación fácilmente. Un técnico no se habría interpuesto en su camino. El tipo me odia a mí, muchacho.

Todavía no había ningún cigarrillo a la vista. Tenía un aspecto extraño sin él, y el dedo manchado que puso contra su pecho al hablar pareció casi indecentemente desnudo.

—¿A usted?

—Existe algo llamado política del Consejo, muchacho. No todos los computadores son miembros del Consejo. Finge quería formar parte de él. Es ambicioso, y lo deseaba con locura. Yo bloqueé su ascenso porque lo consideré emocionalmente inestable. Nunca llegué a apreciar cuánta razón tenía... Mira, muchacho. Él sabía que eras mi protegido. Me vio sacarte de un puesto como Observador para convertirte en técnico. Te vio trabajando a buen ritmo para mí. ¿Qué mejor forma de vengarse de mí y destruir mi influencia? Si podía demostrar que mi técnico era culpable de un terrible crimen contra la Eternidad, yo me vería perjudicado. Podía incluso forzar mi renuncia del Consejo Temporal. ¿Y quién crees que sería el sucesor lógico?

Su mano vacía se movió hacia sus labios y, cuando no ocurrió nada, observó sombríamente el espacio que había entre su índice y su pulgar.

Harlan pensó: no está tan tranquilo como quiere aparentar. No puede estarlo. Pero ¿por qué me cuenta todas estas tonterías ahora? ¿Con la Eternidad terminándose?

Y entonces, agónicamente: Pero ¿por qué no termina? ¡Ahora!

Twissell continuó:

—Cuando hace poco dejé que visitaras a Finge sospechaba a medias el riesgo. Pero las memorias de Mallansohn decían que no estuviste aquí durante el último mes, y no se ofrecía ninguna otra razón natural para explicar tu ausencia. Por suerte, Finge no supo jugar su baza.

—¿En qué sentido? —preguntó Harlan cansinamente. En realidad no le importaba, pero Twissell no paraba de hablar y era más fácil tomar parte que intentar eliminar el sonido de sus oídos.

Twissell respondió:

—Finge tituló su informe En relación con la conducta a profesional del técnico Andrew Harlan. Estaba jugando a ser el Eterno fiel, sabes, imparcial, inalterado. Dejaba para el Consejo que se enfurecieran y se abalanzaran sobre mí. Por desgracia para él, no conocía tu importancia real. No sabía que cualquier informe relativo a ti se me pasaría directamente a mí, a menos que fuera de una clara importancia suprema.

—¿Y nunca me lo dijo?

—¿Cómo iba a hacerlo? Temía hacer cualquier cosa que pudiera perturbarte debido al peso del proyecto. Te di todas las facilidades para que me consultaras tu problema.

¿Todas las facilidades? La boca de Harlan hizo una mueca de incredulidad, pero entonces recordó el rostro cansado de Twissell en el comunicador preguntándole si no tenía nada que decirle. Y eso había sido ayer. Nada menos que ayer.

Harlan negó con la cabeza, pero miró hacia otro lado.

—Me di cuenta al instante —dijo Twissell suavemente— de que te había provocado para que... pasaras a la acción.

Harlan levantó la mirada.

—¿Lo sabía?

—¿Te sorprende? Sabía que Finge iba a por mí. Lo conozco desde hace mucho. Soy un hombre viejo, muchacho. Sé de estas cosas. Pero existen formas para vigilar a un computador dudoso. Existen aparatos protectores seleccionados del Tiempo y que no están en los museos. Existen algunos que solo son conocidos para el Consejo. —Harlan pensó amargamente en la barrera temporal en el siglo cien mil—. Gracias al informe y a lo que sabía de forma independiente, no fue difícil deducir lo que había ocurrido.

—Supongo que Finge sospechaba que usted lo espiaba —dijo Harlan repentinamente.

—A lo mejor. No me extrañaría.

Harlan recordó sus primeros días con Finge, cuando Twissell mostró un interés inusitado por el joven Observador. Finge no sabía nada del proyecto Mallansohn y le

había interesado la interferencia de Twissell. «¿Conoce al computador sénior Twissell?», le preguntó una vez, y, ahora que pensaba sobre ellos, Harlan recordaba perfectamente el tono exacto de seca incomodidad en su voz. Finge debía haber sospechado desde tan pronto que Harlan era el elegido de Twissell. Su enemistad y odio debían haber empezado ahí.

Twissell estaba hablando:

—Así que si hubieras acudido a mí...

—¿Acudir a usted? —casi gritó Harlan—. ¿Y qué hay del Consejo?

—De todo el Consejo, solo yo lo sé.

—¿No se lo ha dicho?

Harlan intentó sonar burlón.

—No, no se lo he dicho.

Harlan sintió una especie de fiebre. Las ropas lo asfixiaban. ¿Iba a durar esta pesadilla para siempre? ¡Una conversación estúpida e irrelevante! ¿Para qué? ¿Por qué?

¿Por qué no terminaba la Eternidad? ¿Por qué no los alcanzaba la paz pura de la no-Realidad? Por todos los tiempos, ¿qué estaba pasando?

—¿No me crees? —preguntó Twissell.

—¿Por qué debería hacerlo? —gritó Harlan—. Vinieron para verme, ¿verdad? En la comida. ¿Por qué iban a hacerlo si no fuera por el informe? Vinieron a observar el extraño fenómeno que había quebrantado las leyes de la Eternidad, pero al que no podían castigar hasta dentro de un día. Un día y el proyecto habría terminado. Vinieron a regodearse ante el mañana que estaban esperando.

—No hubo nada de eso, muchacho. Querían verte por la simple razón de que son humanos. Los miembros del Consejo también son humanos. No podían presenciar el viaje final de la cápsula porque las memorias de Mallansohn no los ubicaban en la escena. No podían entrevistar a Cooper porque las memorias tampoco mencionaban ese hecho. Pero querían algo. ¡Por todos los tiempos!, muchacho, ¿no ves que querían algo? Tú eras lo más cerca que podían llegar, así que te trajeron para mirarte.

—No lo creo.

—Es la verdad.

—¿En serio? —dijo Harlan—. Mientras comíamos, el miembro del Consejo Sennor habló de un hombre que se encuentra consigo mismo. Es obvio que conocía mis viajes ilegales al cuatrocientos ochenta y dos y que estuve a punto de encontrarme conmigo mismo. Fue su forma de azuzarme, disfrutando a mi costa.

—¿Sennor? —respondió Twissell—. ¿Te preocupa Sennor? ¿Sabes lo patético que es? Su tiempo de procedencia es el ochocientos tres, una de las pocas culturas en las que se desfigura el cuerpo humano deliberadamente para cumplir con las necesidades estéticas de la época. Eliminan todo el vello de su cuerpo en la adolescencia.

»¿Sabes lo que eso significa en la continuidad de un hombre? Seguro que sí. Una

desfiguración desvincula a un hombre de sus ancestros y de sus descendientes. Los hombres del ochocientos tres tienen pocas cualidades como Eternos; son demasiado diferentes del resto de nosotros. Se elige a muy pocos de ellos. Sennor es el único de su siglo que ha llegado al Consejo.

»¿Es que no ves cómo eso lo afecta? Seguro que eres consciente de la inseguridad que le crea. ¿Alguna vez se te ha ocurrido que un miembro del Consejo pudiera ser inseguro? Sennor tiene que escuchar continuamente discusiones acerca de la erradicación de su realidad por exactamente la misma característica que lo hace tan llamativo entre nosotros. Y si se erradica, lo dejará como uno de los pocos que quedan de su generación tan desfigurado como él. Algún día pasará.

»Encuentra refugio en la filosofía. Lo compensa llevando la voz cantante en la conversación, aireando deliberadamente puntos de vista impopulares o inaceptables. Su paradoja del hombre que se encuentra consigo mismo es un buen ejemplo. Te dije que le gustaba predecir el desastre del proyecto y era a nosotros, a los demás miembros del Consejo, a los que estaba intentando molestar, no a ti. No tenía nada que ver contigo. ¡Nada!

Twissell se había acalorado. En la gran emoción de su discurso pareció olvidar dónde estaba y la crisis a la que se enfrentaban, pues volvió a convertirse en el gnomo de gestos rápidos y pocas emociones que Harlan conocía tan bien. Incluso extrajo un cigarrillo del hueco de su manga, pero jugó con él hasta desmenuzarlo.

Entonces se detuvo, giró sobre sus talones y volvió a mirar a Harlan, dejando atrás todas sus palabras hasta llegar a lo último que había dicho Harlan, como si hasta ese momento no lo hubiera oído adecuadamente.

—¿Qué quieres decir con que casi te encontraste contigo mismo? —preguntó.

Harlan se lo resumió y preguntó a su vez:

—¿No lo sabía?

—No.

Hubo un momento de silencio que fue tan bienvenido por el febril Harlan como si se tratase de agua fresca.

Twissell dijo:

—¿Lo dices en serio? ¿Y qué habría ocurrido si te hubieses encontrado contigo mismo?

—No lo hice.

Twissell lo ignoró.

—Siempre existe la posibilidad de una variación aleatoria. Con un número infinito de realidades no puede existir tal cosa como el determinismo. Supón que en la realidad de Mallansohn, en la vuelta anterior del círculo...

—¿Los círculos duran para siempre? —preguntó Harlan con el poco asombro que todavía le quedaba.

—¿Solo piensas dos veces? ¿Crees que dos es un número mágico? Es una cuestión de giros infinitos del círculo en fisiotiempo infinito. Igual que puedes mover

un lapicero a lo largo de la circunferencia de un círculo infinitas veces y encerrar un área finita a pesar de ello. En vueltas anteriores del círculo no te encontraste contigo mismo. Esta vez, la incertidumbre estadística de las cosas ha hecho posible que te encuentres contigo mismo. La Realidad tenía que cambiar para evitar el encuentro y en la nueva realidad no enviaste a Cooper al veinticuatro, pero...

—¿Qué es toda esta palabrería? —gritó Harlan—. ¿Adónde quiere llegar? Ya está hecho. Todo. ¡Ahora déjeme en paz! ¡Déjeme en paz!

—Quiero que sepas que has hecho lo equivocado. Quiero que te des cuenta de que has hecho lo equivocado.

—No es verdad. Y si lo fuera, está hecho.

—Pero es que no está hecho. Escucha un poco más. —Twissell lo estaba adulando, casi cantando, con una amabilidad agonizante—. Tendrás a tu chica. Te lo prometí. Lo sigo prometiendo. No sufrirás ningún daño. Tú no sufrirás ningún daño. Te lo prometo. Es mi garantía personal.

Harlan lo observó con los ojos como platos.

—Pero es demasiado tarde. ¿Qué sentido tiene?

—No es demasiado tarde. Las cosas no son irreparables. Con tu ayuda, todavía podemos triunfar. Debes ayudarme. Debes darte cuenta de que no has hecho lo correcto. Estoy intentando explicártelo. Debes desear deshacer lo que has hecho.

Harlan se pasó la lengua por los labios secos y pensó: Está loco. Su mente no puede aceptar la verdad... ¿O es que el Consejo sabe algo más?

¿Lo sabían? ¿Lo sabían? ¿Podían invertir el veredicto de los Cambios? ¿Podían detener el Tiempo o darle la vuelta?

—Me encerró en la sala de control —dijo—, sin ayuda, pensó, hasta que hubiera pasado.

—Dijiste que temías que algo pudiera perturbarte, que era posible que no pudieras seguir con tu parte.

—Era una amenaza.

—Lo tomé al pie de la letra. Perdóname. Debes ayudarme.

Se trataba de eso. Se necesitaba la ayuda de Harlan. ¿Estaba loco? ¿Estaba Harlan loco? ¿Tenía sentido la locura? ¿O cualquier otra cosa, ya puestos?

El Consejo necesitaba su ayuda. Le darían cualquier cosa por esa ayuda. Noÿs. El puesto de computador. ¿Qué no le prometerían? Y cuando hubiera prestado su ayuda, ¿qué obtendría? No lo engañarían por segunda vez.

—¡No! —dijo.

—Tendrás a Noÿs.

—¿Quiere decir que el Consejo quebrantará gustosamente las leyes de la Eternidad una vez haya pasado el peligro? No me lo creo.

¿Y cómo podía pasar el peligro?, se preguntó el último reducto cuerdo de su cerebro. ¿Qué estaba sucediendo?

—El Consejo nunca lo sabrá.

—¿Quebrantaré usted gustosamente las leyes? Usted es el Eterno ideal. Una vez pasado el peligro, obedecerá la ley. No podría actuar de otra forma.

Las mejillas de Twissell enrojecieron notablemente. Toda la astucia y fuerza se desvanecieron de su rostro. Lo único que quedó fue una extraña tristeza.

—Mantendré mi palabra y quebrantaré las leyes —dijo— por un motivo que no te imaginas. No sé cuánto tiempo nos queda antes de que desaparezca la Eternidad. Podrían ser horas, podrían ser meses. Pero he gastado tanto tiempo con la esperanza de hacerte entrar en razón, que un poco más no importará. ¿Me vas a escuchar? ¿Por favor?

Harlan dudó. Entonces, convencido de la inutilidad de todas las cosas, dijo cansinamente:

—Lo escucho.

He oído (empezó Twissell) que nací anciano, que me partí los dientes contra un microcomputaplex, que guardo mi ordenador portátil en un bolsillo especial de mi pijama cuando duermo, que mi cerebro está hecho de pequeños repetidores de fuerza en conexiones paralelas infinitas y que cada corpúsculo de mi sangre es una tabla espaciotemporal microscópica flotando en aceite de ordenador.

Todas estas historias me han ido llegando poco a poco, y supongo que debería estar un poco orgulloso de ellas. Creo que a veces hasta me las creo. Es algo estúpido en un hombre curtido, pero hace que la vida sea más fácil.

¿Te sorprende? ¿Que deba encontrar una forma de hacer que la vida sea más fácil? ¿Yo, computador sénior Twissell, miembro del Consejo Temporal?

A lo mejor es por eso por lo que fumo. ¿Alguna vez te lo habías planteado? Tengo que tener un motivo, ¿sabes? La Eternidad es básicamente una sociedad de no fumadores, al igual que la mayoría del Tiempo. Lo he pensado a menudo. A veces creo que es una rebelión contra la Eternidad. Algo para ocupar el lugar de una rebelión mayor que falló...

No, no te preocupes. Una lágrima o dos no me harán daño, y no estoy actuando, créeme. Es solo que no había pensado en esto en mucho tiempo. No es agradable.

Había una mujer, claro, igual que en tu caso. No es una coincidencia. Es casi inevitable, si te paras a pensarlo. Un Eterno, que debe cambiar las satisfacciones normales de una vida en familia por un puñado de perforaciones en un papel, es caldo de cultivo para la infección.

Ese es uno de los motivos por los que la Eternidad debe tomar las precauciones que toma. Y, aparentemente, también es el motivo por el que los Eternos son tan ingeniosos a la hora de eludir esas precauciones de vez en cuando.

Recuerdo a mi mujer. Quizá es estúpido hacerlo. No recuerdo nada más de ese fisiotiempo. Mis antiguos colegas son solo nombres en los libros de registros; los Cambios que supervisé (todos menos uno) son solo objetos en las memorias del computaplex. Pero la recuerdo a ella muy bien. A lo mejor puedes entenderlo.

Había cursado una solicitud para relación duradera y, tras conseguir el grado de computador júnior, me la asignaron. Era una chica de este mismo siglo, el quinientos setenta y cinco. Por supuesto, no la había visto hasta la asignación. Era amable e inteligente. No era hermosa, ni siquiera atractiva, pero ya incluso de joven (sí, fui joven, digan lo que digan las leyendas) no destacaba especialmente por mi físico. Estábamos hechos el uno para el otro por temperamento, ella y yo, y si hubiera sido un Temporal habría estado orgulloso de hacerla mi esposa. Se lo dije muchas veces. Creo que le agradaba. Sé que era la verdad. No todos los Eternos, que deben aceptar sus mujeres cómo y cuando lo permita la computación, tienen tanta suerte.

Por supuesto, en esa realidad particular ella iba a morir pronto, y ninguna de sus análogas estaba disponible para una relación. Al principio me lo tomé con filosofía. Después de todo, era su corta vida lo que hacía posible que viviera conmigo sin afectar perjudicialmente a la realidad.

Ahora me avergüenzo de ello, del hecho de que me alegrara de que ella fuera a vivir poco tiempo. Solo al principio, quiero decir. Solo al principio.

La visitaba tan a menudo como lo permitían las tablas espaciotemporales. Aprovechaba cada minuto, renunciando a comer o dormir si era necesario, cambiando mi carga de trabajo sin ningún pudor siempre que podía. Su gentileza superó con creces mis expectativas, y me enamoré. Lo digo abiertamente. Mi experiencia en el amor es muy reducida, y entenderlo mediante la observación del tiempo es un asunto delicado. Sin embargo, hasta donde yo sabía estaba enamorado.

Lo que empezó como la satisfacción de una necesidad emocional y física se convirtió en mucho más. Su muerte inminente dejó de ser una conveniencia y pasó a ser una calamidad. Hice su trazado vital. No fui a los departamentos de trazado vital. Lo hice yo mismo. Supongo que te sorprenderá. Fue una falta menor, pero no era nada comparado con los crímenes que cometí después.

Sí, yo, Laban Twissell, el computador sénior Twissell.

Hubo tres ocasiones distintas, un punto en el fisiotiempo que vino y se fue, en las que una sencilla acción mía podría haber alterado su realidad personal. Naturalmente, sabía que el Consejo no autorizaría un Cambio de motivación tan personal. Aun así, empecé a sentirme responsable personal de su muerte. Eso fue parte de mi motivación posterior.

Ella se quedó embarazada. No hice nada, aunque podía haberlo hecho. Había trabajado en su trazado vital, lo había modificado para que incluyera su relación conmigo, y sabía que el embarazo era una consecuencia con muchas posibilidades. Como ya sabes, o no, a veces una mujer Temporal queda embarazada de un Eterno, a pesar de todas las precauciones. No es nada del otro mundo. Aun así, dado que ningún Eterno puede tener descendencia, se acaba con dichos embarazos de forma indolora y segura. Existen muchos métodos.

Mi trazado vital había indicado que moriría antes de dar a luz, así que no tomé ninguna precaución. Ella era feliz en su estado y yo quería que siguiera así. Así que

me limité a observar y a sonreír cada vez que me decía que sentía vida dentro de ella.

Pero entonces algo ocurrió. Dio a luz prematuramente...

No me extraña que pongas esa cara. Yo tuve un hijo. Un hijo de verdad, un hijo mío. No creo que encuentres a ningún otro Eterno que pueda decir lo mismo. Eso ya era más que una falta menor. Era un crimen serio, pero seguía sin ser nada.

No lo esperaba. El nacimiento de un niño y sus problemas eran un aspecto de la vida con el que tenía poca experiencia.

Regresé al trazado vital presa del pánico y descubrí al niño en una rama de escasa probabilidad que no había visto. Un Trazador Vital profesional sí la habría visto, y yo me equivoqué al confiar tanto en mi propia capacidad.

¿Pero qué podía hacer ahora?

No podía matar al niño. A la madre le quedaban dos semanas de vida. Pensé que dejaría vivir al niño con ella hasta entonces. Dos semanas de felicidad no es pedir tanto.

La madre murió, como estaba previsto y de la forma prevista. Me senté en su habitación todo el tiempo permitido por la tabla espaciotemporal con un dolor y una tristeza aún mayores por haber estado esperando su muerte, totalmente consciente de ella, durante un año. Sostuve en mis brazos a nuestro hijo.

Sí, lo dejé vivir. ¿Por qué gritas de esa forma? ¿Crees que tú puedes condenarme?

No puedes saber lo que es sostener un pequeño átomo de tu propia vida en tus brazos. Es posible que tenga un computaplex por nervios y tablas espaciotemporales en lugar de flujo sanguíneo, pero yo lo sé.

Lo dejé vivir. También cometí ese crimen. Lo dejé al cargo de una organización apropiada y regresaba siempre que podía (en estricta secuencia temporal, mantenida incluso en el fisiotiempo) para hacer los pagos necesarios y para ver cómo crecía el chico.

Así pasaron dos años. Comprobaba el trazado vital del chico periódicamente (para entonces ya me había acostumbrado a romper esa regla concreta) y me alegré de ver que no había signos de efectos perjudiciales en la realidad de entonces a niveles de probabilidad superiores a 0,0001. El niño aprendió a caminar y a balbucir algunas palabras. No le enseñaron a llamarme «papá». No sé qué tipo de especulaciones harían los Temporales de la institución de cuidado de niños con respecto a mí. Se limitaban a aceptar el dinero y a no decir nada.

Entonces, cuando habían pasado dos años, se llevó ante el Consejo Temporal la necesidad de un Cambio que incluía el quinientos setenta y cinco. Como había sido promocionado hacía poco a computador asistente, me pusieron a mí al cargo. Era el primer Cambio que dejaban a mi entera supervisión.

Estaba orgulloso, por supuesto, pero también aprensivo. Mi hijo era un intruso de la realidad. No se podía esperar que tuviera análogos. La idea de su paso a la inexistencia me entristecía.

Trabajé en el Cambio y aún hoy considero que hice un trabajo perfecto. El

primero. Pero sucumbí a una tentación. Sucumbí a ella con total facilidad porque se estaba convirtiendo en un hábito para mí. Era un criminal endurecido, un habitual del crimen. Establecí un nuevo trazado vital para mi hijo en la nueva realidad, seguro de lo que iba a encontrar.

Pero durante veinticuatro horas, sin comer o dormir, estuve sentado en mi oficina luchando con el trazado vital, escrutándolo en un esfuerzo desesperado por encontrar un error.

No había ninguno.

Al día siguiente, reteniendo mi solución para el Cambio, fijé una tabla espaciotemporal utilizando métodos tentativos de aproximación (al fin y al cabo, la realidad no iba a durar mucho) y entré en el Tiempo en un punto posterior en más de treinta años al nacimiento de mi hijo.

Tenía treinta y cuatro años, la misma edad que yo. Me presenté como un familiar distante, usando mi conocimiento de la familia de su madre para hacerlo. No tenía ningún conocimiento de su padre, ningún recuerdo de mis visitas en su infancia.

Era ingeniero aeronáutico. El quinientos setenta y cinco era un siglo experto en distintas variedades de viajes aéreos, igual que en la Realidad actual, y mi hijo era un miembro feliz y con éxito dentro de su sociedad. Estaba ardientemente enamorado de su mujer, pero no tendría hijos. Ni se habría casado con esa mujer en la realidad en la que mi hijo no había existido. Lo supe desde el principio. Supe que no habría ningún efecto pernicioso en la Realidad. De lo contrario, no habría tenido valor para dejar vivir al niño. No estoy perdido del todo.

Pasé el día con mi hijo. Le hablé formalmente, sonreí con educación, me fui tranquilamente cuando lo especificaba la tabla espaciotemporal. Pero en el fondo observé y absorbí cada acción, llenándome con él e intentando vivir al menos un día de una Realidad que al día siguiente (en fisiotiempo) no habría existido.

También deseaba visitar a mi mujer una última vez durante esa porción de Tiempo en la que vivió, pero ya había usado cada segundo que tenía disponible. Ni siquiera me atreví a entrar en el Tiempo para verla sin ser visto.

Regresé a la Eternidad y pasé una noche horrible luchando inútilmente contra lo que tenía que pasar. A la mañana siguiente entregué mis computaciones junto con mi recomendación para el Cambio.

La voz de Twissell se había reducido hasta un susurro y ahora se detuvo. Permaneció sentado con los hombros hundidos, su mirada fija en el suelo entre sus rodillas y sus dedos haciendo y deshaciendo nudos entre ellos, lentamente.

Harlan, esperando en vano a que el hombre pronunciara otra frase, se aclaró la garganta. Se dio cuenta de que el viejo le daba lástima, le daba lástima a pesar de los muchos crímenes que había cometido.

—¿Y eso es todo? —preguntó.

—No —susurró Twissell—, lo peor... Lo peor... Existía un análogo de mi hijo.

Existía en la nueva Realidad... como parapléjico desde los cuatro años. Cuarenta y dos años en cama, en circunstancias en las que no podía aplicar a su caso las técnicas de regeneración de nervios del 900, o incluso hacer que su vida terminara de forma indolora.

»Esa nueva Realidad todavía existe. Mi hijo está ahí, en la porción correspondiente del siglo. Yo le hice eso. Fueron mi mente y mi computaplex los que descubrieron esa nueva vida para él, y mis palabras las que ordenaron el Cambio. Había cometido una serie de crímenes por él y por su madre, pero esa última tarea, aunque estrictamente de acuerdo con mi juramento como Eterno, siempre me ha parecido mi mayor crimen, el crimen.

No había nada que decir, y Harlan no dijo nada.

—Pero ahora ves por qué entiendo tu caso —dijo Twissell—, por qué quiero dejar que tengas a tu chica. No hará daño a la Eternidad y, en cierto sentido, servirá para expiar mi crimen.

Y Harlan lo creyó. Cambiando radicalmente de opinión, lo creyó.

Se dejó caer sobre sus rodillas y llevó sus puños cerrados a sus sienes. Incluyó su cabeza y se balanceó lentamente mientras una salvaje desesperación se apoderaba de él.

Había eliminado la Eternidad y había perdido a Noÿs... cuando, de no haberse producido el golpe de Sansón, podía haber salvado la una y conservado a la otra.

15 Búsqueda por la época Primitiva

Twissell estaba sacudiendo a Harlan por los hombros. La voz del computador pronunciaba urgentemente su nombre.

—¡Harlan! ¡Harlan! ¡Por todos los Tiempos, hombre!

Harlan emergió lentamente del abismo.

—¿Qué vamos a hacer?

—Desde luego, esto no. No desesperar. Para empezar, escúchame. Olvida tu punto de vista de técnico de la Eternidad y obsérvala a través de los ojos de un computador. El concepto es más sofisticado. Cuando alteras algo en el Tiempo y creas un Cambio de Realidad, el Cambio puede tener lugar al momento. ¿Por qué?

—¿Porque tu alteración ha hecho el Cambio inevitable? —respondió Harlan temblando.

—¿En serio? Podrías volver e invertir la alteración, ¿no?

—Supongo que sí. Pero nunca lo he hecho. Ni he oído de nadie que lo haya hecho.

—Bien. No hay intención de invertir una alteración, así que todo sigue como estaba planeado. Pero aquí tenemos algo más. Una alteración inintencionada. Has enviado a Cooper al siglo equivocado y ahora tengo la intención firme de invertir esa alteración y hacer regresar a Cooper.

—¿Cómo? ¡Por todos los Tiempos!

—Todavía no estoy seguro, pero tiene que haber una forma. Si no la hubiera, la alteración sería irreversible; el Cambio se produciría instantáneamente. Pero el Cambio no ha tenido lugar. Todavía estamos en la Realidad de las memorias de Mallansohn. Eso quiere decir que la alteración es reversible y lo será.

—¿Qué? —La pesadilla de Harlan se expandía y giraba en remolinos, haciéndose cada vez más opaca y envolvente.

—Debe haber una forma de volver a unir el círculo en el Tiempo, y nuestra capacidad para encontrar la forma debe ser un asunto de la máxima probabilidad. Podemos estar seguros de que, mientras exista nuestra Realidad, la solución es de la máxima probabilidad. Si en algún momento tú y yo tomamos la decisión equivocada, si la probabilidad de arreglar el círculo cae por debajo de una magnitud crucial, la Eternidad desaparece. ¿Lo entiendes?

Harlan no estaba muy seguro. No estaba esforzándose demasiado. Se levantó lentamente y avanzó a trompicones hasta una silla.

—¿Quiere decir que podemos hacer regresar a Cooper...?

—Y enviarlo al lugar correcto, sí. Atraparlo en el momento en que sale de la cápsula y puede acabar en el lugar adecuado en el veinticuatro, nada más que unas fisiohoras más viejo; fisiodías como mucho. Sería una alteración, por supuesto, pero sin lugar a dudas insuficiente. La Realidad se estremecería, muchacho, pero no se enfadaría.

—Pero ¿cómo lo cogemos?

—Sabemos que hay una forma, o la Eternidad no existiría en este momento. Con respecto a esa forma, ese es el motivo por el que te necesito, por el que he luchado para volver a tenerte a mi lado. Tú eres el experto en la época primitiva. Dímelo.

—No puedo —gruñó Harlan.

—Sí puedes —insistió Twissell.

De repente se había esfumado todo rasgo de cansancio de la voz del anciano. Sus ojos relucían con la llama del combate y esgrimía su cigarrillo como si de una lanza se tratara. Incluso para los sentidos drogados con resentimiento de Harlan, el hombre parecía estar disfrutando, estaba realmente disfrutando, ahora que se había entablado combate.

—Podemos reconstruir el evento —dijo Twissell—. Aquí está la palanca de control. Estás de pie ante ella, esperando la señal. Aquí llega. Haces contacto y a la vez empujas la barra de impulso hacia abajo. ¿Hasta dónde?

—No lo sé, se lo aseguro. No lo sé.

—Tú no lo sabes, pero tus músculos sí. Colócate ahí y coge los controles. Domínate. Cógelos, muchacho. Estás esperando la señal. Me odias. Odias al Consejo. Odias la Eternidad. Te duele el corazón por Noÿs. Sitúate en el momento. Siente lo que has sentido entonces. Ahora volveré a poner el reloj en movimiento. Te daré un minuto, muchacho, para recordar tus emociones y forzarlas a entrar en tu tálamo. Entonces, al llegar a cero, deja que tu mano derecha se dispare como lo hizo antes. ¡Luego retira la mano! No vuelvas a ponerla. ¿Estás listo?

—No creo que pueda hacerlo.

—No crees que... ¡Por todos los tiempos!, no tienes otra opción. ¿Es que hay otra forma de recuperar a tu chica?

No la había. Harlan se forzó a situarse frente a los controles, y al hacerlo las emociones volvieron a inundarlo. No tuvo que llamarlas. Volvieron al repetir los movimientos físicos. La aguja roja del reloj empezó a moverse.

Pensó indiferente: ¿El último minuto de vida?

Menos treinta segundos.

Pensó: No dolerá. No es la muerte.

Intentó pensar únicamente en Noÿs.

Menos quince segundos.

¡Noÿs!

La mano izquierda de Harlan movió un interruptor hacia el contacto.

Menos doce segundos.

¡Contacto!

Su mano derecha se movió.

Menos cinco segundos.

¡Noÿs!

Su mano derecha se movió espasmódicamente.

Se alejó de un salto, jadeando.

Twissell se acercó y miró el indicador.

—Siglo veinte —dijo—. 19,38, para ser exactos.

Harlan boqueó en busca de aire.

—No sé. Intenté sentir lo mismo, pero ha sido diferente. Sabía lo que estaba haciendo y eso lo ha hecho diferente.

—Lo sé, lo sé —dijo Twissell—. A lo mejor está mal. Llámalo una primera aproximación. —Hizo una pausa momentánea mientras realizaba cálculos mentales, extrajo un ordenador portátil de su funda y volvió a meterlo sin consultarlo—. Olvídate de los puntos decimales. Digamos que la probabilidad de que lo enviaras al segundo cuarto del siglo veinte es de 0,99. A algún lugar entre 19,25 y 19,50. ¿De acuerdo?

—No lo sé.

—Bueno, mira. Si tomo la decisión firme de concentrarme en esa parte de la época primitiva y excluir todas las demás y estoy equivocado, lo más probable es que pierda mi oportunidad de mantener el círculo en el tiempo cerrado y que la Eternidad desaparezca. La decisión en sí misma será el punto crucial, el Cambio Mínimo Necesario, el CMN, para provocar el Cambio. Ahora tomaré la decisión. Decido definitivamente...

Harlan miró a su alrededor con precaución, como si la Realidad fuera ahora tan frágil que un movimiento repentino de cabeza pudiera hacerla pedazos.

—Soy perfectamente consciente de la Eternidad —dijo Harlan. La normalidad de Twissell lo había infectado hasta el punto de que su voz le sonó firme.

—Entonces la Eternidad existe —dijo Twissell de forma clara y realista— y hemos tomado la decisión adecuada. Ahora no hay nada más que podamos hacer. Vayamos a mi oficina y dejemos que el subcomité del Consejo se pasee por el lugar, si eso los hace felices. Por lo que a ellos respecta, el proyecto ha terminado de forma satisfactoria. Si no es así, nunca lo sabrán. Y nosotros tampoco.

Twissell estudió su cigarrillo y dijo:

—La cuestión a la que nos enfrentamos es esta: ¿qué hará Cooper cuando descubra que está en el siglo equivocado?

—No lo sé.

—Una cosa está clara: es un tipo brillante, inteligente, imaginativo. ¿No crees?

—Bueno, es Mallansohn.

—Exacto. Y pensó que podía acabar en el sitio equivocado. Su última pregunta fue: «¿Qué pasa si no llego al lugar correcto?». ¿Te acuerdas?

—¿Y? —Harlan no tenía ni idea de adónde quería llegar.

—Está mentalmente preparado para terminar desubicado en el Tiempo. Hará algo. Intentará comunicarse con nosotros. Intentará dejarnos pistas. Recuerda que ha sido Eterno parte de su vida. Es algo importante. —Twissell soltó un círculo de humo, lo

enganchó con un dedo y lo observó girar y romperse—. Está acostumbrado a la noción de la comunicación a través del Tiempo. No es probable que se rinda ante la idea de verse abandonado en el Tiempo. Sabrá que lo estamos buscando.

—Sin cápsulas y sin Eternidad en el siglo veinte —dijo Harlan—, ¿cómo va a comunicarse con nosotros?

—Contigo, técnico, contigo. Usa el singular. Tú eres nuestro experto en lo primitivo. Tú enseñaste a Cooper acerca de la época. Tú eres el que él espera que sea capaz de encontrar sus rastros.

—¿Qué rastros, computador?

El rostro astuto de Twissell observó a Harlan con sus líneas arrugadas.

—Queríamos dejar a Cooper en la época primitiva. Está sin la protección de un escudo de fisiotiempo. Su vida entera está tejida en la tela del Tiempo, y seguirá así hasta que tú y yo invirtamos la alteración. De igual forma está tejido en la tela del Tiempo cualquier artefacto, mensaje o señal que pudiera habernos dejado. Tiene que haber fuentes concretas que utilizasteis para estudiar el siglo veinte. Documentos, archivos, películas, artefactos, obras de referencia. Me refiero a fuentes primarias, procedentes del mismo Tiempo.

—Sí.

—¿Y él las estudió contigo?

—Sí.

—¿Y hay alguna referencia particular que fuera tu favorita, una con la que él sabría que estabas íntimamente familiarizado, de tal forma que la reconocieras en referencia a sí mismo?

—Veo adónde quiere llegar, por supuesto —dijo Harlan. Se quedó pensativo.

—¿Y bien? —preguntó Twissell con un tono de impaciencia.

—Casi con toda seguridad, mis revistas de noticias —respondió Harlan—. Las revistas de noticias eran un fenómeno del siglo veinte y sucesivos. La mía, de la que tengo casi la colección completa, empieza a principios del siglo veinte y continúa hasta bien entrado el siglo veintidós.

—Bien. Veamos... ¿Supones que hay alguna forma en la que Cooper pudiera haber utilizado esas revistas para dejar un mensaje? Recuerda que él sabe que las leerás, que estarás familiarizado con ellas, que sabrás interpretarlas.

—No sé —Harlan negó con la cabeza—. La revista es de un estilo artificial. Era selectiva más que inclusiva y bastante impredecible. Sería muy difícil o casi imposible confiar a su impresión algo que quisieras imprimir. Cooper no podría crear noticias y estar seguro de su aparición. Aunque consiguiera un puesto entre el personal editorial, lo cual es bastante improbable, no podría estar seguro de que su escrito exacto pasara a través de los distintos editores. No lo veo, computador.

—¡Por todos los tiempos, piensa! —dijo Twissell—. Concéntrate en esa revista de noticias. Estás en el siglo veinte y eres Cooper, con su educación y su experiencia. Tú le enseñaste, Harlan. Tú moldeaste su pensamiento. ¿Qué haría? ¿Cómo haría para

colocar algo en la revista, algo con las palabras exactas que él quiera?

Los ojos de Harlan se abrieron de par en par.

—¡Un anuncio!

—¿Qué?

—Un anuncio. Una nota pagada que están obligados a imprimir exactamente tal y como se les dé. Cooper y yo hablamos de ellos a veces.

—Ah, sí. Tienen algo parecido en el ciento ochenta y seis —dijo Twissell.

—No como en el veinte. El veinte es superior en ese sentido. El entorno cultural...

—Teniendo en cuenta los anuncios —interrumpió Twissell—, ¿de qué tipo sería?

—Ojalá lo supiera.

Twissell observó el extremo ardiendo de su cigarrillo como si buscara inspiración.

—No puede decir nada directamente. No puede decir: Cooper del setenta y ocho, atrapado en el veinte y llamando a la Eternidad...

—¿Cómo puede estar seguro?

—¡Imposible! Proporcionarle al siglo veinte información que sabemos que no tenían sería tan dañino para el círculo de Mallansohn como una acción equivocada por nuestra parte. Todavía estamos aquí, así que no ha hecho nada de ese tipo en toda su vida en la Realidad actual de la época primitiva.

—Además —dijo Harlan refugiándose de la contemplación del razonamiento circular que parecía preocupar tan poco a Twissell—, no es probable que la revista de noticias esté de acuerdo en publicar nada que parezca fuera de lugar o que no se pueda entender. Sospecharía un fraude o cualquier otro tipo de ilegalidad, y no querría verse implicada. Así que Cooper no pudo usar el intertemporal estándar para su mensaje.

—Tendría que ser algo sutil —dijo Twissell—. Tendría que usar las indirectas. Tendría que poner un anuncio que pareciera perfectamente normal para los hombres primitivos. ¡Perfectamente normal! Pero a la vez algo que fuera obvio para nosotros, una vez que supiéramos lo que estábamos buscando. Muy obvio. Obvio con solo echarle un vistazo porque tendríamos que encontrarlo entre innumerables objetos individuales. ¿Cómo de grande cree que sería, Harlan? ¿Son caros esos anuncios?

—Bastante caros, creo.

—Y Cooper tendría que reunir su dinero. Además, tendría que ser pequeño de todos modos para evitar el tipo de atención equivocado. Adivina, Harlan. ¿Cómo de grande?

Harlan extendió las manos.

—¿Media columna?

—¿Columna?

—Eran revistas impresas, ¿sabe? En papel. Con la impresión distribuida en columnas.

—Ah, sí. No consigo separar la literatura de las películas... Bueno, ahora

tenemos una primera aproximación de otro tipo. Debemos buscar un anuncio de media columna que, prácticamente de un vistazo, proporcionará pruebas de que el hombre que lo puso procedía de otro siglo (desde el futuro, claro), y que aun así sea un anuncio tan normal que ningún hombre de ese siglo vería nada sospechoso en él.

—¿Y qué pasa si no lo encuentro? —dijo Harlan.

—Lo encontrarás. La Eternidad existe, ¿verdad? Mientras siga existiendo, estamos en la pista correcta. Dime, ¿puedes recordar un anuncio de ese tipo en tu trabajo con Cooper? Cualquier cosa que te llamara la atención, incluso momentáneamente, como extraña, rara, inusual, sutilmente incorrecta.

—No.

—No quiero una respuesta rápida. Piénsalo durante cinco minutos.

—No tiene sentido. En el momento en que vi las revistas con Cooper, todavía no había estado en el veinte.

—Por favor, muchacho. Usa la cabeza. Al enviar a Cooper al veinte se ha producido una alteración. No se produce ningún Cambio; no es una alteración irreversible. Pero ha habido algunos cambios, con «c» minúscula, o microcambios, como se los conoce normalmente en la Computación. El anuncio apareció en el número correspondiente de la revista en el momento en que Cooper fue enviado al siglo veinte. Tu propia Realidad ha microcambiado, en el sentido de que puedes haber visto la página con el anuncio en lugar de una sin anuncios como hiciste en la Realidad anterior. ¿Lo entiendes?

Harlan volvía a estar desconcertado, casi tanto como Twissell cómodo abriéndose camino a través de la jungla de lógica temporal, de las paradojas del Tiempo. Harlan negó con la cabeza.

—No recuerdo nada por el estilo.

—Muy bien. ¿Dónde guardas los archivos de esa publicación?

—Hice que construyeran una biblioteca especial en el Nivel Dos, usando la prioridad de Cooper.

—Bueno —dijo Twissell—, pues vamos allá. ¡Ahora!

Harlan observó cómo Twissell miraba con curiosidad los viejos volúmenes de la estantería y luego cogió uno. Eran tan antiguos y frágiles que debía conservarse el papel con métodos especiales; crujieron ante el trato brusco de Twissell.

Harlan hizo una mueca de dolor. En otros tiempos le habría ordenado a Twissell que se alejara de los libros, por muy computador sénior que fuera.

El viejo echó un vistazo a las páginas agrietadas y recitó silenciosamente las arcaicas palabras.

—Esto es el inglés del que hablan los lingüistas, ¿verdad? —preguntó golpeando una página.

—Sí. Inglés —masculló Harlan.

Twissell devolvió el volumen a su lugar.

—Pesado y tosco.

Harlan se encogió de hombros. Para mayor seguridad, la mayoría de los siglos de los Eternos eran épocas que usaban las películas. Una minoría respetable usaba mecanismos de grabación molecular. Aun así, la prensa y el papel no eran infrecuentes.

—Los libros requieren la inversión en tecnología de las películas —dijo.

Twissell se frotó la barbilla.

—Supongo. ¿Empezamos?

Cogió otro volumen de una estantería, lo abrió al azar y se quedó mirando la página con extraña intensidad.

Harlan pensó: ¿imagina que va a encontrar la solución con un golpe de suerte? La idea debió de haber sido acertada, pues Twissell, al cruzar su mirada con la de Harlan, enrojeció y devolvió el libro a su lugar.

Harlan cogió el primer volumen del cincuentisiglo 19,25 y empezó a pasar las páginas de forma regular. Solo se movían su mano derecha y sus ojos. El resto de su cuerpo permanecía rígido de atención.

En lo que le parecían intervalos aeónicos, se levantaba gruñendo para coger otro volumen. En esas ocasiones hacían una pausa para el café o para tomar un bocadillo, o para cualquier otra cosa.

—Es inútil que esté aquí —dijo Harlan con severidad.

—¿Te molesto? —preguntó Twissell.

—No.

—Entonces me quedaré —murmuró. Se paseaba continuamente hasta las estanterías, mirando con impotencia los volúmenes de revistas. A veces las chispas de sus furiosos cigarrillos quemaban la punta de sus dedos, pero él las ignoraba.

Pasó un fisiodía.

Durmieron poco y mal. A media mañana, entre dos tomos, Twissell alargó el último trago de café y dijo:

—A veces me pregunto por qué no dejé la computación tras el asunto de mi..., ya sabes.

Harlan asintió.

—Me apetecía —continuó el anciano—. Me apetecía. Durante fisiomeses deseé desesperadamente que no tuviera que encargarme de más Cambios. Me obsesioné con ellos. Empecé a preguntarme si era correcto hacer Cambios. Es curioso... las malas pasadas que nos juegan las emociones.

»Tú sabes historia primitiva, Harlan. Tú sabes cómo era. Su realidad fluía ciegamente a lo largo de una línea de máxima probabilidad. Si esa línea de probabilidad incluía un mal pandémico o diez siglos de economía de esclavos, una crisis tecnológica o incluso un... un... veamos, ¿qué es realmente malo?... Incluso una guerra atómica si hubiera sido posible en la época; entonces, por todos los

Tiempos, sucedía. No había nada para detenerlo.

»Pero todo eso ha desaparecido donde existe la Eternidad. A partir del veintiocho no ocurren cosas de esas. Hemos elevado nuestra Realidad hasta un nivel de bienestar mucho más allá de lo que podían siquiera imaginar en tiempos primitivos, a un nivel que, si no hubiera sido por la interferencia de la Eternidad, habría sido ciertamente muy bajo.

Harlan pensó, avergonzado: ¿qué intenta lograr? ¿Que trabaje más deprisa? Lo hago lo mejor que puedo.

—Si perdemos nuestra oportunidad ahora —dijo Twissell— la Eternidad desaparecerá, probablemente en todo el fisiotiempo. Y, en un gran Cambio, toda la Realidad vuelve a su máxima probabilidad con, estoy seguro, guerras atómicas y el fin del hombre.

—Será mejor que siga con el siguiente volumen —contestó Harlan.

En la siguiente pausa, Twissell dijo con impotencia:

—Hay tanto que hacer... ¿No hay una forma más rápida?

—Dígamela usted —dijo Harlan—. A mí me parece que debo mirar todas y cada una de las páginas. Y mirar cada parte de cada una, también. ¿Cómo puedo hacerlo más rápido?

Pasó las páginas metódicamente.

—Al final —dijo Harlan— las letras empiezan a hacerse borrosas y tengo que dormir.

Pasó un segundo fisiodía.

A las 10.22 de la mañana, fisiotiempo estándar, del tercer fisiodía de búsqueda, Harlan se quedó mirando una página con mudo asombro y dijo:

—¡Aquí está!

Twissell no absorbió el significado.

—¿Qué? —dijo.

Harlan elevó la mirada con el rostro mudado por el asombro.

—¿Sabe? Nunca me lo creí. ¡Por todos los tiempos!, nunca me lo creí del todo, incluso cuando usted dedujo todo ese lío sobre las revistas de noticias y los anuncios.

Twissell ya lo había absorbido.

—¡Lo has encontrado!

Saltó hacia el volumen que Harlan sostenía entre sus manos, intentando agarrarlo con dedos temblorosos.

Harlan lo mantuvo fuera de su alcance y lo cerró de golpe.

—Un momento. Usted no lo encontraría aunque le señalara la página.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Twissell—. Lo has perdido.

—No está perdido. Sé dónde está. Pero primero...

—¿Primero qué?

—Queda un punto pendiente, computador Twissell —dijo Harlan—. Dice que puedo tener a Noÿs. Bueno, pues tráigamela. Déjeme verla.

Twissell se lo quedó mirando con su liso pelo cano desordenado.

—¿Estás de broma?

—No —dijo Harlan bruscamente—. No estoy de broma. Me aseguré que se ocuparía del caso. ¿Está usted de broma? Noÿs y yo estaríamos juntos. Lo prometió.

—Sí, lo hice. Está acordado.

—Entonces muéstremela viva, bien e intacta.

—No te entiendo. Yo no la tengo. Nadie la tiene. Está todavía en el futuro, donde Finge dijo que estaba. Nadie la ha tocado. ¡Por todos los tiempos!, te dije que estaba a salvo.

Harlan miró fijamente al anciano y se puso tenso.

—No es más que un juego de palabras —dijo entrecortadamente—. Muy bien, está en el futuro, pero ¿de qué me sirve? Elimine la barrera del cien mil y...

—¿La qué?

—La barrera. La cápsula no la atraviesa.

—No me habías dicho nada de eso —dijo Twissell furioso.

—¿En serio? —dijo Harlan con honda sorpresa. ¿No? Sí que había pensado en ella a menudo. ¿Realmente nunca había dicho una palabra sobre ella? No se acordaba. Pero entonces se endureció—: Muy bien. Pues se lo digo ahora. Elimínela.

—Pero es imposible. ¿Una barrera contra una cápsula? ¿Una barrera temporal?

—¿Está intentando decirme que no la ha puesto?

—No, no lo hice. Lo juro.

—Entonces... entonces... —Harlan se puso pálido—. Entonces ha sido el Consejo. Lo saben todo y han pasado a la acción independientemente de usted y... y por el Tiempo y la Realidad, ya pueden esperar sentados el anuncio, y a Cooper, Mallansohn y la Eternidad, porque no los tendrán. A ninguno.

—Espera. Espera —Twissell tiró desesperadamente del hombro de Harlan—. Contrólate. Piensa, muchacho, piensa. El Consejo no ha puesto ninguna barrera.

—Está ahí.

—Pero no pueden haber puesto tal barrera. Nadie puede. Es teóricamente imposible.

—No lo sabe todo. Está ahí.

—Sé más que nadie del Consejo y una cosa semejante es imposible.

—Pero está ahí.

—Pero si está...

Y Harlan fue lo suficientemente consciente de su entorno como para darse cuenta de que había cierto miedo abyecto en la mirada de Twissell, un miedo que no había estado ahí incluso cuando supo de la desviación de Cooper y del fin inminente de la Eternidad.

16 Los Siglos Ocultos

Andrew Harlan observó con ojos abstraídos a los trabajadores. Lo ignoraban con educación porque era un técnico. Normalmente eran solo hombres de Mantenimiento. Pero ahora los observó y, en su miseria, incluso se sorprendió envidiándolos.

Eran personal de servicio del Departamento de Transportes Intertemporales, con trajes de color gris pardo y emblemas en el hombro con una flecha roja de doble cabeza contra un fondo negro. Usaron un intrincado equipamiento de campos de fuerza para comprobar los motores de la cápsula y los grados de hiperlibertad a lo largo de las vías. Harlan suponía que tenían escasos conocimientos teóricos de ingeniería temporal, pero era obvio que disponían de un vasto conocimiento práctico sobre la materia.

Harlan no había aprendido mucho relativo al Mantenimiento cuando era un Novato. O, más exactamente, no había querido aprender. Los Novatos que no pasaban el examen eran transferidos a Mantenimiento. La «profesión no especializada» (como se la llamaba de modo eufemístico) era la marca del fracaso y por lo general los Novatos evitaban automáticamente el tema.

Pero ahora, mientras miraba trabajar a los hombres de Mantenimiento, a Harlan le pareció que eran silenciosamente eficientes, libres de tensiones y razonablemente felices.

¿Por qué no? Superaban en número a los Especialistas, los «verdaderos Eternos», en proporción de diez contra uno. Tenían una sociedad propia, niveles residenciales propios, placeres propios. Su trabajo estaba dividido en un número determinado de fisiohoras al día y no tenían ninguna presión social que los forzara a relacionar su tiempo libre con su profesión. Al contrario que los Especialistas, disponían de tiempo para dedicarse a la lectura y las dramatizaciones filmadas de las distintas realidades.

Probablemente eran ellos, después de todo, los que tenían las personalidades mejor definidas. Era la vida del Especialista la hostigada y afectada, artificial en comparación con la simple y dulce vida de Mantenimiento.

Mantenimiento era la base de la Eternidad. Era extraño que no se le hubiese ocurrido antes un hecho tan obvio. Supervisaban la importación de agua y comida del Tiempo, el deshecho de los residuos, el funcionamiento de las plantas de energía. Hacían que toda la maquinaria de la Eternidad funcionara con suavidad. Si murieran todos los Especialistas repentinamente de un ataque cardíaco, Mantenimiento haría que la Eternidad siguiera funcionando de forma indefinida. Pero si desapareciera Mantenimiento, los Especialistas tendrían que abandonar la Eternidad a los pocos días o perecerían miserablemente.

¿Lamentaban los hombres de Mantenimiento la pérdida de sus tiempos de origen, o sus vidas sin mujeres y niños? ¿Era la seguridad ante la pobreza, las enfermedades y los Cambios de Realidad compensación suficiente? ¿Se les preguntaba alguna vez por su punto de vista en los asuntos de importancia? Harlan sintió algo del fuego del

reformador social arder dentro de él.

El computador sénior Twissell rompió su línea de pensamiento irrumpiendo a media carrera, con un aspecto aún más angustiado que el que tenía hacía una hora, cuando se había ido, con Mantenimiento ya trabajando.

¿Cómo lo consigue?, pensó Harlan. Es un hombre anciano.

Twissell miró a su alrededor con aire inteligente mientras los hombres se enderezaban automáticamente en atención respetuosa.

—¿Qué tal las vías? —preguntó.

—Nada raro, señor —respondió uno de los hombres—. Las vías están despejadas, los campos engranan.

—¿Lo han comprobado todo?

—Sí, señor. Tan adelante como llegan las estaciones del Departamento.

—Entonces váyanse —dijo Twissell.

No había posibilidad de malinterpretar la brusca insistencia de su despedida. Se inclinaron respetuosamente, dieron la vuelta y salieron a buen paso.

Twissell y Harlan quedaron solos en la sala de las cápsulas.

Twissell se giró hacia él:

—Quédate aquí. Por favor.

Harlan negó con la cabeza.

—Debo ir.

—Tienes que entenderlo. Si me ocurre algo, todavía sabes cómo encontrar a Cooper. Si te ocurre algo a ti, ¿qué puedo hacer yo, o cualquier Eterno, o cualquier combinación de Eternos?

Harlan volvió a negar con la cabeza.

Twissell se puso un cigarrillo en los labios.

—Sennor sospecha —dijo—. Me ha llamado varias veces en los dos últimos fisiodías. Quiere saber por qué estoy recluido. Cuando se entere de que he ordenado una revisión completa de toda la maquinaria de las cápsulas... Debo irme, Harlan. No puedo retrasarme.

—No quiero ningún retraso. Estoy listo.

—¿Insistes en venir?

—Si no hay ninguna barrera, no habrá peligro. Incluso si la hay, ya he estado allí y he regresado. ¿De qué tiene miedo, computador?

—No quiero arriesgar nada que no sea estrictamente necesario.

—Entonces use su lógica, computador. Tome la decisión de que yo voy con usted. Si la Eternidad todavía existe tras eso, significará que el círculo todavía puede cerrarse. Significará que sobreviviremos. Si es la decisión equivocada, entonces la Eternidad pasará a la inexistencia, pero lo hará de todos modos si no voy, porque sin Noys no haré ningún movimiento para llegar hasta Cooper. Lo juro.

—Te la traeré de vuelta —dijo Twissell.

—Si es tan fácil y seguro, no hay ningún problema en que vaya yo también.

Twissell dudaba a ojos vista.

—¡Está bien, puedes venir! —dijo bruscamente.

Y la Eternidad sobrevivió.

La apariencia angustiada de Twissell no desapareció dentro de la cápsula. Miró fijamente las cifras bailantes del termómetro. Incluso el indicador de escala, que medía en unidades de kilosiglos y que los hombres habían ajustado para este propósito particular, se deslizaba a intervalos de minutos.

—No deberías haber venido —dijo.

Harlan se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

—Me perturba. No hay un motivo concreto. Llámalo una antigua superstición mía. Me produce desasosiego.

—No lo entiendo —dijo Harlan.

Twissell parecía ansioso por hablar, como si quisiera exorcizar algún demonio mental.

—Quizá tú aprecies esto —dijo—. Tú eres el experto en lo primitivo. ¿Cuánto tiempo existió el hombre en la edad primitiva?

—Diez mil siglos —respondió Harlan—. Puede que quince mil.

—Sí. Empezando como una criatura simiesca primitiva y terminando como Homo Sapiens, ¿cierto?

—Lo sabe todo el mundo. Sí.

—Entonces todo el mundo debe de saber que la evolución se produce a un ritmo bastante acelerado. Quince mil siglos de mono a Homo Sapiens.

—¿Y?

—Bueno, yo soy de un siglo cercano al treinta mil...

(Harlan no pudo evitar sorprenderse. Nunca había sabido el tiempo de origen de Twissell, ni había conocido a nadie que lo supiera).

—Yo soy de un siglo cercano al treinta mil —repitió Twissell— y tú eres del noventa y cinco. El tiempo entre nuestros tiempos de origen es dos veces la longitud total de la existencia del hombre en la época primitiva, y ¿qué diferencias hay entre nosotros dos? Yo nací con cuatro dientes menos que tú, y sin apéndice. Las diferencias físicas terminan ahí. Nuestro metabolismo es casi el mismo. La principal diferencia es que tu cuerpo puede sintetizar el núcleo de los esteroides y el mío no, así que yo necesito colesterol en mi dieta y tú no. Fui capaz de reproducirme con una mujer del quinientos setenta y cinco. Así de indiferenciada en el tiempo está la especie.

Harlan no se impresionó. Nunca había cuestionado la identidad básica del hombre a lo largo de los siglos. Era una de esas cosas con las que vivías y que dabas por hecha.

—Ha habido casos de especies que han vivido sin cambiar a lo largo de millones

de siglos —dijo.

—Pero no muchas. Y es un hecho que el cese de la evolución humana parece coincidir con el desarrollo de la Eternidad. ¿Simple coincidencia? No es un asunto que se tenga en cuenta, excepto por unos pocos tipos como Sennor, y yo nunca he sido un Sennor. Nunca creí que fuese correcto especular. Si no se podía comprobar algo con un computaplex, no era digno de malgastar el tiempo de un computador. Y, aun así, en mis días de joven a veces pensaba...

—¿En qué?

Harlan pensó que merecía la pena escucharlo.

—A veces pensaba en la Eternidad tal y como era al principio de establecerse. Se extendía a lo largo de unos pocos siglos de los treinta y cuarenta, y su función era principalmente comercial. Se interesaba en la reforestación de zonas desoladas, transportando tierra cultivable adelante y atrás, agua fresca y productos químicos. Eran tiempos sencillos.

»Pero entonces descubrimos los Cambios de Realidad. El computador sénior Henry Wadsman evitó una guerra con el estilo dramático que tan bien conocemos, al eliminar el freno de seguridad del vehículo terrestre de un congresista. Tras eso la Eternidad cambió cada vez más su centro de gravedad del comercio a los Cambios de Realidad. ¿Por qué?

—Es obvio —dijo Harlan—. Para mejorar la humanidad.

—Sí. Sí. En épocas normales yo también lo creo. Pero estoy hablando de mi pesadilla. ¿Qué pasaría si hubiera otro motivo, uno no expresado, uno inconsciente? Un hombre que puede viajar al futuro indefinido podría encontrarse con hombres tan avanzados con respecto a él como él mismo lo está del mono. ¿Por qué no?

—Quizá. Pero un hombre es un hombre...

—... incluso en el setenta mil. Sí, lo sé. Pero ¿tienen nuestros Cambios de Realidad algo que ver con eso? Eliminamos lo inusual. Incluso el Tiempo de Sennor, con sus criaturas sin pelo, está bajo control continuo y es lo suficientemente inofensivo. Quizá con toda honestidad, con toda sinceridad, hemos evitado la evolución humana porque no queremos conocer al superhombre.

Todavía no se encendió ninguna chispa.

—Entonces está hecho —dijo Harlan—. ¿Qué importa?

—¿Y qué ocurre si el superhombre existe de todas formas más allá de donde podemos llegar? Solo controlamos hasta el setenta mil. ¡Más allá están los Siglos Ocultos! ¿Por qué están ocultos? ¿Porque el hombre evolucionado no quiere tratar con nosotros y nos elimina de su tiempo? ¿Por qué permitimos que sigan escondidos? ¿Porque no queremos tener nada que ver con ellos y al fracasar en nuestro primer intento nos negamos a hacer siquiera más intentos? No digo que sea nuestro motivo consciente, pero, consciente o inconsciente, es un motivo.

—Aunque sea así —dijo Harlan hoscamente—, están fuera de nuestro alcance y nosotros del suyo. Vive y deja vivir.

Twissell pareció sorprendido por la última frase.

—Vive y deja vivir. Pero no lo hacemos. Hacemos Cambios. Los Cambios se extienden solo a lo largo de unos pocos siglos hasta que la inercia temporal hace que sus efectos desaparezcan. ¿Recuerdas que Sennor sacó ese tema en el almuerzo como uno de los problemas sin respuesta del Tiempo? Lo que podría haber dicho es que es una cuestión de estadística. Algunos Cambios afectan a más siglos que otros. En teoría, cualquier cantidad de siglos puede verse afectada por un Cambio; cien siglos, mil, cien mil. El hombre evolucionado de los Siglos Ocultos podría saberlo. Supón que le inquieta la posibilidad de que algún día un Cambio lo afecte claramente en el doscientos mil.

—Es inútil preocuparse por algo así —dijo Harlan con el aire de un hombre que tiene preocupaciones mayores.

—Pero supón —continuó Twissell, susurrando— que estuvieran tranquilos mientras dejáramos vacías las secciones de los Siglos Ocultos. Significaría que no estábamos agrediéndolos. Supón que esta tregua, o como quieras llamarlo, se rompiera y pareciera que alguien hubiera establecido una residencia permanente más allá del setenta mil. Supón que pensarán que era el principio de una invasión seria. Pueden excluirnos de su Tiempo, así que su ciencia está mucho más avanzada que la nuestra. Supón que hicieran lo que a nosotros nos parece imposible y que pusieran una barrera en las vías de las cápsulas, cortando...

En ese momento Harlan saltó dominado por el horror.

—¿Tienen a Noÿs?

—No lo sé. Es pura especulación. A lo mejor no hay ninguna barrera. A lo mejor le pasaba algo a tu cáps...

—¡Había una barrera! —gritó Harlan—. ¿Qué otra explicación hay? ¿Por qué no me dijo antes nada de esto?

—No lo creía —gruñó Twissell—. Y sigo sin creerlo. No debería haber dicho ni una palabra de este estúpido sueño. Mis propios miedos..., el asunto de Cooper..., todo. Pero espera, solo unos minutos.

Apuntó al tempómetro. La escala indicaba que se encontraban entre los siglos noventa y cinco mil y noventa y seis mil.

Twissell manejó los controles para reducir la velocidad de la cápsula. Pasaron el noventa y nueve mil. Se detuvo el movimiento de la escala. Podían leerse los siglos uno a uno.

99.726... 99.727... 99.728...

—¿Qué vamos a hacer? —murmuró Harlan.

Twissell negó con la cabeza en un gesto que pedía elocuentemente paciencia y esperanza, pero que quizá también denotaba impotencia.

99.851... 99.852... 99.853...

Harlan se preparó para el golpe con la barrera y pensó desesperadamente: ¿sería

preservar la Eternidad la única manera de ganar tiempo para luchar contra las criaturas de los Siglos Ocultos? ¿De qué otra forma podía recuperar a Noÿs? Regresar a toda prisa al quinientos setenta y cinco y trabajar incansablemente para...

99.938... 99.939... 99.940...

Contuvo la respiración. Twissell aminoró aún más la velocidad, dejó que la cápsula reptara. Respondió perfectamente a los controles.

—No, ahora, ahora —dijo Harlan en un suspiro, sin ser consciente de que no había hecho ningún sonido en absoluto.

99.998... 99.999... 100.000... 100.001... 100.002...

Los números siguieron subiendo y los dos hombres observaron cómo seguían aumentando en un silencio paralítico.

Entonces Twissell gritó:

—¡No hay ninguna barrera!

Y Harlan respondió:

—¡La había! ¡La había! —Y luego, agónicamente—: A lo mejor la han capturado y ya no necesitan una barrera.

¡Siglo 111.394!

Harlan saltó de la cápsula y elevó la voz:

—¡Noÿs! Noÿs.

El eco rebotó en las paredes de la Sección vacía.

Twissell, saliendo más relajadamente, llamó al hombre joven:

—Espera, Harlan...

Era inútil. Harlan, corriendo, se adentraba por los pasillos hacia la porción de la sección de la que habían hecho una especie de hogar.

Pensó vagamente en la posibilidad de toparse con uno de los «hombres evolucionados» de Twissell y se le puso la piel de gallina, pero se le pasó ante la urgente necesidad de encontrar a Noÿs.

—¡Noÿs!

Y de repente, tan rápidamente que estaba en sus brazos antes de que estuviera seguro de haberla visto siquiera, la mujer estaba allí y con él, y sus brazos estaban alrededor de su cuello y apretándolo, y su mejilla estaba contra su hombro y su pelo oscuro le acariciaba suavemente la barbilla.

—¿Andrew? —dijo con la voz apagada por la presión de su cuerpo—. ¿Dónde has estado? Han pasado días y estaba asustándome.

Harlan la apartó de sí la distancia de su brazo y la observó intensamente, con una especie de hambrienta solemnidad.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. Pensé que te podría haber pasado algo a ti. Pensé... —Se interrumpió, con el terror asomando a sus ojos—. ¡Andrew!

Harlan giró rápidamente.

Solo era Twissell, jadeando.

Noÿs debió de recuperar su confianza guiada por la expresión de Harlan. Preguntó en voz baja:

—¿Lo conoces, Andrew? ¿Va todo bien?

—No pasa nada —dijo Harlan—. Este es mi superior, el computador sénior Laban Twissell. Sabe lo nuestro.

—¿Un computador sénior?

Noÿs retrocedió.

Twissell avanzó lentamente.

—Te ayudaré, hija mía. Os ayudaré a los dos. El técnico tiene mi palabra, si quiere aceptarla.

—Le pido disculpas, computador —dijo Harlan rígidamente y sin arrepentirse aún del todo.

—Está olvidado —dijo Twissell. Extendió su mano y tomó la de la chica, reacia—. Dime, hija, ¿has estado bien?

—He estado preocupada.

—No ha habido nadie desde que Harlan se fue.

—N-no, señor.

—¿Nadie en absoluto? ¿Nada?

Negó con la cabeza. Sus ojos oscuros buscaron la mirada de Harlan.

—¿Por qué lo pregunta?

—Por nada, hija. Una pesadilla estúpida. Vamos, te llevaremos al quinientos setenta y cinco.

De vuelta en la cápsula, Harlan se hundió gradualmente en un profundo silencio. No miró cuando pasaron el cien mil en dirección inversa y Twissell emitió un claro suspiro de alivio, como si hubiera esperado a medias quedarse atrapado en el futuro.

Apenas se movió cuando la mano de Noÿs cogió la suya, y la forma en que devolvió la presión de los dedos fue casi mecánica.

Noÿs dormía en otra habitación y ahora la agitación de Twissell alcanzó un grado de intensidad devoradora.

—¡El anuncio, muchacho! Tienes a tu mujer. He cumplido mi parte del acuerdo.

En silencio, aún abstraído, Harlan pasó las páginas del volumen que estaba sobre la mesa. Encontró la página que buscaba.

—Es muy sencillo —dijo—, pero está en inglés. Se lo leeré y luego se lo traduciré.

Era un pequeño anuncio de la esquina superior izquierda de la página 30. Contra una línea irregular dibujada como fondo se destacaba, en letras mayúsculas sin ningún tipo de adorno:

ACCIONES,

**TESORO PÚBLICO
OFERTAS EN PAPEL
MONEDA Y
OTROS**

Debajo, en letras más pequeñas, decía: «Inversiones News-Letter, Apartado de Correos 14, Denver, Colorado».

Twissell escuchó concienzudamente la traducción de Harlan y quedó claramente decepcionado.

—¿Qué son acciones? —dijo—. ¿Qué quiere decir eso?

—El mercado de valores —dijo Harlan con impaciencia—. Un sistema por el que el capital privado se invertía en negocios. Pero eso no es lo importante. ¿No ve la línea que se dibuja contra el anuncio?

—Sí. La nube con forma de hongo de la explosión de una bomba atómica. Algo para llamar la atención. ¿Y?

Harlan explotó:

—¡Por todos los tiempos, computador!, ¿qué le pasa? Mire la fecha de la revista.

Apuntó a la cabecera, justo a la izquierda del número de página. Ponía 28 de marzo de 1.932.

—No creo que haga falta traducirlo —dijo Harlan—. Los números son como los del intertemporal estándar y puede ver que es el siglo 19,32. ¿Es que no sabe que en esa época ningún ser humano vivo podía haber visto la nube con forma de hongo? Nadie podía haberla reproducido tan precisamente excepto...

—Espera, espera. Es solo un patrón —dijo Twissell, intentando conservar el equilibrio—. Podría ser que su parecido con la nube sea una coincidencia.

—¿Podría? ¿Quiere mirar otra vez a las palabras? —Los dedos de Harlan apuntaron a los escuetos renglones—: Acciones - Tesoro público - Ofertas en papel - Moneda y - Otros. Las iniciales forman la palabra ÁTOMO. ¿Es eso coincidencia también? A mí no me lo parece. ¿No ve, computador, que este anuncio se ajusta a las condiciones que usted mismo estableció? Me llamó la atención instantáneamente. Cooper sabía que lo haría por puro anacronismo. A la vez, para un hombre del 19,32 no tiene ningún valor, ningún valor en absoluto, aparte del aparente. Así que tiene que ser Cooper. Este es su mensaje. Tenemos la fecha reducida a una semana concreta de un centisiglo. Tenemos su dirección postal. Solo tenemos que ir tras él y yo soy el único con el conocimiento suficiente de la época primitiva para conseguirlo.

—¿Así que irás? —El rostro de Twissell se iluminó de alivio y alegría.

—Iré... con una condición.

Twissell frunció el entrecejo en un cambio repentino de estado de ánimo.

—¿Más condiciones?

—Es la misma condición. No voy a añadir ninguna nueva. Noys debe estar a salvo. Debe venir conmigo. No voy a dejarla atrás.

—¿Sigues sin confiar en mí? ¿En qué sentido te he fallado? ¿Qué puede haber que todavía te preocupe?

—Una cosa, computador —respondió Harlan—. Una cosa más. Había una barrera en el siglo cien mil. ¿Por qué? Eso es lo que me preocupa.

17 El círculo cerrado

No dejó de preocuparlo. Era una cuestión que crecía en su mente a medida que pasaban los días necesarios para los preparativos. Se interpuso entre Twissell y él, y luego entre Noÿs y él. Cuando llegó el día de partir apenas si era consciente de ello.

Era todo lo que podía hacer para despertar una sombra de interés cuando Twissell regresó de una sesión con el subcomité del Consejo.

—¿Cómo ha ido? —preguntó.

—No ha sido exactamente la conversación más agradable que he tenido —respondió Twissell con voz cansina.

Harlan casi estuvo a punto de dejarlo estar así, pero rompió su momento de silencio con un murmullo:

—Supongo que no dijo nada de...

—No, no —fue la respuesta irritada—. No dije nada de ti ni de la chica, ni de tu parte en el asunto de Cooper. Fue un error desafortunado, un fallo mecánico. He aceptado la plena responsabilidad.

La conciencia de Harlan, que ya soportaba una pesada carga de por sí, todavía encontró espacio para una punzada de remordimiento.

—Eso no le vendrá bien —dijo.

—¿Qué pueden hacer? Tienen que esperar a que se haga efectiva la corrección antes de tocarme. Si fallamos, todos estaremos más allá de toda ayuda o daño. Si tenemos éxito, probablemente el mismo éxito me protegerá. Y si no lo hace... —Se encogió de hombros—. De todas formas pensaba retirarme de la participación activa en los asuntos de la Eternidad.

Pero dejó caer el cigarrillo y lo apagó antes de haber llegado a la mitad.

Suspiró.

—Me habría gustado dejarlos fuera de todo esto, pero no había otra forma de usar la cápsula especial para más viajes más allá del principio de la Eternidad.

Harlan se dio la vuelta. Sus pensamientos se movían y giraban alrededor de los mismos canales que habían estado ocupando y que habían provocado su exclusión progresiva de todo lo demás en los últimos días. Apenas oyó la siguiente observación de Twissell, pero solo tras su repetición respondió con un sorprendido:

—¿Perdón?

—He dicho que si tu mujer está lista, muchacho. ¿Entiende lo que va a hacer?

—Está lista. Se lo he contado todo.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—¿Qué?... Ah, sí, eh, como lo esperaba. No tiene miedo.

—Quedan menos de tres fisiohoras.

—Lo sé.

Eso fue todo de momento, y Harlan se quedó solo con sus pensamientos y la comprensión enfermiza de lo que debía hacer.

Con la carga de la cápsula finalizada y los controles establecidos, Harlan y Noÿs aparecieron con un cambio de vestimenta final, muy parecida a la de una zona urbanizada de principios del siglo veinte.

Noÿs había modificado las sugerencias de Harlan a este respecto, según un sexto sentido que ella afirmaba todas las mujeres tenían cuando se trataba de ropas y estética. Eligió cuidadosamente entre fotos de los anuncios de los volúmenes apropiados de las revistas de noticias, y se hizo traer objetos minuciosamente elegidos de una docena de siglos diferentes.

A veces le preguntaba a Harlan:

—¿Qué te parece?

Él se limitaba a encogerse de hombros y decir:

—Si se trata de conocimiento instintivo, te lo dejo a ti.

—Eso es una mala señal, Andrew —decía con una ligereza que no sonaba exactamente cierta—. Eres demasiado maleable. ¿Qué te ocurre? No eres tú. Llevas días sin serlo.

—No me pasa nada —respondió Harlan con voz monótona.

La primera visión que tuvo Twissell de ellos como nativos del siglo veinte provocó un débil intento de jocosidad.

—¡Por todos los tiempos! —dijo—. Qué feos ropajes usaban los primitivos y, pese a todo, cuán incapaces se ven de ocultar tu belleza, que... querida.

Noÿs le sonrió con calidez y Harlan, impasiblemente mudo, se vio obligado a admitir que la rústica vena de galantería de Twissell llevaba algo de razón. La ropa de Noÿs la abarcaba sin acentuarla como debería. Su maquillaje se limitaba a unos pocos e imaginativos toques de color en los labios y en las mejillas, y a una fea línea en las cejas. Le habían cortado su adorable pelo (esa había sido la peor parte) sin misericordia. Pero seguía siendo hermosa.

Harlan se estaba acostumbrando a su incómodo cinturón, a la estrechez bajo las axilas y en la entrepierna y a la desvaída falta de color de sus ropas. Llevar ropas extrañas para adaptarse a un siglo no era nuevo para él.

—Lo que realmente quería hacer —estaba diciendo Twissell— era instalar controles dentro de la cápsula, como dijimos, pero por lo visto no hay ninguna forma de hacerlo. Los ingenieros necesitan una fuente de energía lo suficientemente grande como para soportar el desplazamiento temporal, no existe fuera de la Eternidad. Lo único que se puede conseguir es la tensión temporal mientras ocupe el tiempo primitivo. Sin embargo, disponemos de un nivel de regreso.

Los guio dentro de la cápsula, abriéndose paso entre los suministros apilados, y apuntó hacia la prominente palanca metálica que estropeaba la suave pared interna de la cápsula.

—Consiste en la instalación de un sencillo interruptor —dijo—. En lugar de regresar de forma automática a la Eternidad, la cápsula permanecerá indefinidamente

en la época primitiva. Una vez se active la palanca, regresaréis. Entonces está la cuestión del segundo, y espero final, viaje...

—¿Un segundo viaje? —preguntó Noÿs repentinamente.

—No te lo había explicado —dijo Harlan—. Este primer viaje tiene como intención establecer el tiempo exacto de la llegada de Cooper. No sabemos cuánto tiempo ha transcurrido desde su llegada hasta la publicación del anuncio. Contactaremos con él mediante su apartado postal y conoceremos, si es posible, el minuto exacto de su llegada, o nos acercaremos todo lo que podamos, en cualquier caso. Entonces podemos regresar a ese momento más quince minutos para permitir que la cápsula haya dejado a Cooper...

Twissell lo interrumpió:

—No podemos tener la cápsula en el mismo lugar y en el mismo momento en dos fisiotiempos diferentes, ¿sabes?

E intentó sonreír.

Noÿs pareció comprenderlo.

—Ya veo —dijo de forma indefinida.

Twissell se dirigió a ella:

—Al recoger a Cooper en el momento de su llegada se invertirán todos los microcambios. El anuncio de la bomba atómica desaparecerá y Cooper solo sabrá que la cápsula, habiendo desaparecido como le dijimos que lo haría, ha aparecido de nuevo. No sabrá que estaba en el siglo equivocado y no se lo diremos. Le diremos que nos habíamos olvidado de darle alguna orden vital (tendremos que inventar una) y solo podemos esperar que considere el asunto tan trivial que no mencione el doble viaje al escribir sus memorias.

Noÿs elevó sus cejas depiladas.

—Es muy complicado.

—Sí. Por desgracia.

Twissell se frotó las manos y miró a los demás como si albergara una duda interna. Entonces se enderezó, extrajo un cigarrillo nuevo e incluso consiguió un cierto garbo al decir:

—Y ahora, muchacho, buena suerte.

Estrechó brevemente la mano de Harlan, inclinó la cabeza en dirección a Noÿs y salió de la cápsula.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Noÿs cuando se quedaron solos.

—En pocos minutos —respondió Harlan.

Miró de reojo a Noÿs. Lo estaba contemplando, sonriendo y sin ningún temor aparente. Durante un momento su propio estado de ánimo respondió ante eso. Pero eran emociones, no razonamientos, se reprendió a sí mismo; instinto, no pensamiento. Desvió la mirada.

El viaje no fue nada, o casi nada; no había ninguna diferencia con respecto a un paseo

en una cápsula normal. A medio camino se produjo una especie de sacudida interna que podía haber sido el principio de la Eternidad, o algo puramente psicossomático. Apenas lo notaron.

Y entonces llegaron a la época primitiva y salieron a un mundo escarpado y solitario, iluminado por el esplendor del sol de la tarde. Había una suave y fresca brisa y, sobre todo, silencio.

Las rocas desnudas eran imponentes y formaban oscuros arcos iris con sus compuestos de hierro, cobre y cromo. La grandeza de la ausencia de vida de los alrededores empuñó a Harlan y lo hizo estremecerse. La Eternidad, que no pertenecía al mundo de la materia, no disponía de sol y el aire era importado. Sus recuerdos de su tiempo de origen eran borrosos. Sus observaciones en los distintos siglos habían tenido que ver con los hombres y sus ciudades. Nunca había experimentado esto.

Noys lo agarró del codo.

—¡Andrew! Tengo frío.

Se volvió hacia ella sorprendido.

—¿No deberíamos establecer el radiante? —preguntó ella.

—Sí. En la caverna de Cooper —dijo él.

—¿Sabes dónde está?

—Justo aquí —respondió él escueto.

No tenía ninguna duda al respecto. Las memorias la situaban, y primero Cooper y luego él habían sido enviados de vuelta a ella.

No dudaba de la precisión de los viajes temporales desde sus días de Novato. Todavía recordaba aquella vez en que se enfrentó al educador Yarrow diciendo:

—Pero la Tierra se mueve alrededor del Sol, y el Sol se mueve alrededor del centro galáctico, y la galaxia también se mueve. Si empezara en un punto de la Tierra y me moviera hacia atrás cien años me encontraría en espacio vacío, porque la Tierra tardará cien años en llegar a ese punto.

(Esos eran los días en los que todavía se refería a un siglo como «cien años».)

El Educador Yarrow respondió bruscamente:

—No separes el Tiempo del Espacio. Al moverte a lo largo del Tiempo compartes los movimientos de la Tierra. ¿O es que crees que un pájaro que vuela por el aire se cae al espacio porque la Tierra se mueve alrededor del Sol a treinta kilómetros por segundo y desaparece de debajo de la criatura?

Discutir por analogía era arriesgado, pero Harlan obtuvo una prueba más rigurosa días después; y ahora, tras apenas un viaje precedente a lo primitivo, podía girarse confiado y no experimentar ninguna sorpresa al encontrar la abertura exactamente donde le habían dicho que estaría.

Apartó el camuflaje de escombros y rocas sueltas a un lado y entró.

Sondeó la oscuridad del interior usando el rayo blanco de su linterna casi como un escalpelo. Registró las paredes, el techo, el suelo, cada centímetro.

Noÿs, que había estado todo el tiempo cerca de él, susurró:

—¿Qué estás buscando?

—Algo. Cualquier cosa —respondió él.

Encontró su algo, cualquier cosa, al fondo de la caverna en forma de piedra plana cubriendo unos papeles verdosos, como si fuese un pisapapeles.

Harlan apartó la piedra a un lado y fue pasando los papeles con el pulgar.

—¿Qué son? —preguntó Noÿs.

—Billetes de banco. Una forma de intercambio. Dinero.

—¿Sabías que estaban aquí?

—No sabía nada. Esperaba que hubiera algo.

Era una cuestión de usar la lógica inversa de Twissell, de calcular la causa a partir del efecto. La Eternidad existía, así que Cooper debía de estar tomando las decisiones adecuadas también. Si se asumía que el anuncio llevaría a Harlan al Tiempo correcto, la cueva era un medio de comunicación adicional obvio.

Pero esto era casi mejor de lo que se había atrevido a esperar. Más de una vez durante los preparativos para su viaje a lo primitivo, Harlan había pensado que llegar a una población con nada más que lingotes provocaría sospechas y demoras.

Cooper se había ocupado de ello, pero Cooper había tenido tiempo. Harlan sopesó el fajo de billetes. Y debía de haber usado ese tiempo para acumular tanto. El chico lo había hecho bien, maravillosamente bien.

¡Y el círculo se estaba cerrando!

Habían trasladado los suministros a la caverna bajo el brillo cada vez más rojizo del sol poniente. La cápsula había sido recubierta de una difusa película reflectante que solo la mirada más cercana e indiscreta descubriría, y Harlan tenía un arma para ocuparse de esos casos, si fuera necesario. Establecieron el radiante en la cueva y encajaron la linterna en una grieta para poder disponer de luz y calor.

Fuera caía la noche fresca de marzo.

Noÿs observó pensativa cómo giraba lentamente el interior paraboloide del radiante.

—Andrew, ¿qué planes tienes? —preguntó.

—Mañana por la mañana —respondió él— iré a la población más cercana. Sé dónde está, o dónde debería estar.

En su mente, volvió a cambiarlo a «está». No habría ningún problema. De nuevo la lógica de Twissell.

—Iré contigo, ¿verdad?

Harlan negó con la cabeza.

—Para empezar, no sabes el idioma. Y ya será un viaje lo bastante complicado para uno.

Noÿs tenía una apariencia extrañamente arcaica con su pelo corto, y la ira repentina de sus ojos hizo que Harlan se sintiera incómodo.

—No soy estúpida, Andrew —dijo—. Apenas me hablas. No me miras. ¿Qué te

ocurre? ¿Es la moralidad de tu Tiempo de origen? ¿Sientes que has traicionado a la Eternidad y me culpas a mí por ello? ¿Crees que te he corrompido? ¿Qué pasa?

—No sabes lo que siento —dijo Harlan.

—Pues descríbelo. Inténtalo. Nunca tendrás una oportunidad tan buena como esta. ¿Sientes amor? ¿Por mí? No puedes usarme como chivo expiatorio. ¿Por qué me has traído aquí? Dímelo. ¿Por qué no dejarme en la Eternidad, dado que no puedo hacer nada útil aquí y parece que apenas puedes soportar verme?

—Hay peligro —murmuró Harlan.

—¡Venga!

—Es más que peligro. Es una pesadilla. La pesadilla del computador Twissell —dijo Harlan—. Durante nuestro último viaje a los Siglos Ocultos me confesó las ideas que tenía con relación a esos siglos. Especulaba con la posibilidad de variaciones evolucionadas del hombre, nuevas especies, superhombres quizá, escondidos en el futuro, aislándose de nuestra interferencia, conspirando para acabar con nuestras manipulaciones de la Realidad. Pensaba que eran ellos los que habían construido la barrera en el cien mil. Entonces te encontramos y el computador Twissell abandonó su pesadilla. Decidió que nunca había habido una barrera. Regresó al problema más inmediato de salvar la Eternidad.

»Pero yo ya había sido infectado con su pesadilla. Yo había sufrido la barrera, así que sabía que existía. Ningún Eterno la había construido, pues Twissell dijo que algo semejante era teóricamente imposible. A lo mejor las teorías de la Eternidad no iban tan lejos. La barrera estaba ahí. Alguien la había construido. O algo.

»Por supuesto —continuó pensativamente—, Twissell se había equivocado en algunas cosas. Creía que el hombre debía evolucionar, pero no es así. La paleontología no es una de las ciencias que interese a los Eternos, pero interesaba a los primitivos, así que yo también me aficioné un poco. Sé que las especies evolucionan solo para adaptarse a las presiones de nuevos entornos. En un entorno estable, las especies pueden permanecer sin alterarse durante millones de siglos. El hombre primitivo evolucionó rápidamente porque su entorno era hostil y cambiante. Sin embargo, una vez la humanidad aprendió a crear su propio entorno, lo creó agradable y estable, así que, como es natural, dejó de evolucionar.

—No sé de qué estás hablando —dijo Noÿs sin sonar en absoluto más calmada—, y no estás diciendo nada de nosotros, que es lo que me interesa.

Harlan consiguió permanecer aparentemente impasible.

—Pero —dijo—, ¿por qué una barrera en el cien mil? ¿Qué función tenía? No te habían hecho daño. ¿Qué otro sentido podía tener? Me pregunté a mí mismo: ¿qué ocurrió por su presencia que no habría ocurrido si no hubiera estado?

Hizo una pausa, observando sus torpes y pesadas botas de piel natural. Se le ocurrió que estaría más cómodo si se las quitara durante la noche, pero ahora no, ahora no...

—Solo había una respuesta a esa pregunta —continuó—. La existencia de esa

barrera provocó que volviera al pasado hecho una furia y me hiciera con un látigo neurónico para atacar a Finge. Me impulsó a arriesgar la Eternidad para tenerte conmigo otra vez, y a destruirla cuando pensé que había fracasado. ¿Lo entiendes?

Noÿs lo miró con una mezcla de horror e incredulidad.

—¿Quieres decir que la gente del futuro quería que hicieras todo eso? ¿Lo planearon?

—Sí. No me mires así. ¡Sí! ¿No ves cómo cambian las cosas? Mientras actuara por mí mismo, por razones que me atañían a mí, aceptaría las consecuencias, materiales y espirituales. Pero que me engañen, que me fuercen a ello, controlando y manipulando mis sentimientos como si yo fuese un computaplex en el que fuera necesario insertar las láminas perforadas adecuadas...

De repente se dio cuenta de que estaba gritando y dejó de hablar bruscamente. Dejó pasar unos momentos y dijo:

—Es imposible aceptarlo. Tengo que deshacer lo que me obligaron a hacer. Y cuando lo deshaga, podré volver a descansar.

Quizá. Podía sentir la llegada de un triunfo impersonal, disociado de la tragedia personal que se avecinaba. ¡El círculo se estaba cerrando!

La mano de Noÿs se alzó vacilante, como si quisiera coger su propia mano rígida. Harlan se apartó, evitando su comprensión.

—Todo había sido planeado —dijo—. Mi encuentro contigo. Todo. Mi máscara emocional había sido analizada. Obviamente. Acción y reacción. Pulsa este botón y el hombre hará eso. Pulsa aquel, y hará esto otro.

Harlan hablaba con dificultad y profunda vergüenza. Movi6 la cabeza, intentando sacudirse el horror como un perro lo haría con el agua, y continuó:

—Había una cosa que no entendía. ¿Cómo llegué a adivinar que iban a enviar a Cooper a la época primitiva? Era una conclusión de lo más improbable. No tenía ninguna base. Twissell no lo entendía. Más de una vez se preguntó cómo lo había conseguido con tan pocos conocimientos matemáticos.

»Pero lo hice. La primera vez fue aquella... aquella noche. Tú estabas dormida, pero yo no. Tenía la sensación de que había algo que debía recordar; alguna observación, algún pensamiento, algo de lo que me había dado cuenta en la excitación y la euforia del momento. Tras pensar largo rato, se me hizo clara la trascendencia de Cooper y, junto con ese pensamiento, se me ocurrió la idea de que yo estaba en posición de destruir la Eternidad. Más tarde lo comprobé en libros de historia de las matemáticas, pero no era realmente necesario. Ya lo sabía. Estaba seguro. ¿Cómo? ¿Cómo?

Noÿs lo miraba atentamente. Ya no intentó tocarlo.

—¿Quieres decir que los hombres de los Siglos Ocultos planearon eso también? ¿Que lo pusieron dentro de tu mente, que te manejaron del modo adecuado?

—Sí. Sí. Y todavía no han terminado. Todavía les queda trabajo por hacer. Es posible que el círculo esté cerrándose, pero aún no está cerrado.

—¿Cómo pueden hacer nada ahora? No están aquí con nosotros.

—¿No?

Pronunció la palabra en una voz tan profunda que Noÿs palideció.

—¿Supercosas invisibles? —susurró.

—No son supercosas. Ni invisibles. Ya te dije que el hombre no evoluciona mientras controle su entorno. La gente de los Siglos Ocultos son Homo sapiens. Gente normal.

—Entonces no están aquí.

Harlan dijo tristemente:

—Tú estás aquí, Noÿs.

—Sí. Y tú. Y nadie más.

—Tú y yo —convino Harlan—. Nadie más. Una mujer de los Siglos Ocultos y yo... No actúes más, Noÿs. Por favor.

Ella lo miró con horror.

—¿Qué estás diciendo, Andrew?

—Lo que debo decir. ¿Qué estabas diciendo tú aquella noche, cuando me trajiste la bebida de menta? Estabas hablándome. Tu suave voz... Palabras suaves... No oía nada, no conscientemente, pero recuerdo tu delicada voz susurrando. ¿Sobre qué? Sobre el viaje al pasado de Cooper, sobre el golpe de Sansón a la Eternidad. ¿Verdad?

—Ni siquiera sé lo que es un golpe de Sansón —dijo Noÿs.

—Puedes adivinarlo, Noÿs. Dime, ¿cuándo entraste en el cuatrocientos ochenta y dos? ¿A quién reemplazaste? ¿O simplemente apareciste allí? Hice que un experto del 2456 elaborara tu trazado vital. No existías en absoluto en la nueva Realidad. No había ningún análogo. Es extraño teniendo en cuenta lo pequeño que era el Cambio, pero no imposible. Y entonces el trazador vital dijo algo que oí con mis oídos, pero no con mi razón. Es raro que lo recuerde. Quizá incluso entonces algo cambió en mi mente, pero estaba demasiado lleno... de ti para escuchar. Dijo: «Con la combinación de factores que me ha proporcionado no veo bien cómo podría encajar en la antigua Realidad».

»Tenía razón. No encajabas. Eras una invasora del futuro, manipulándonos a Finge y a mí para satisfacer tus necesidades.

—Andrew... —dijo Noÿs con urgencia.

—Todo habría encajado si hubiera tenido ojos para mirar. Había una libropelícula en tu casa titulada Historia social y económica. Me sorprendió cuando lo vi. Pero lo necesitabas, ¿verdad? Para aprender la mejor forma de ser una mujer de ese siglo. Otra cosa: nuestro primer viaje a los Siglos Ocultos. ¿Te acuerdas? Tú detuviste la cápsula en el 111.394. La detuviste delicadamente, sin dudar. ¿Dónde aprendiste a manejar una cápsula? Si eras lo que parecías ser, aquel habría sido tu primer viaje en una cápsula. ¿Y por qué el 111.394? ¿Era tu Tiempo de origen?

—¿Por qué me has traído a la época primitiva, Andrew? —preguntó ella suavemente.

—Para proteger la Eternidad —gritó él de repente—. No sabía cuánto daño podías hacer allí. Aquí no puedes hacer nada, porque sé quién eres. ¡Admite que todo lo que digo es verdad! ¡Admítelo!

Se levantó en un paroxismo de cólera, con los brazos alzados. Ella no se inmutó. Estaba totalmente tranquila. Podría haber estado modelada de preciosa y cálida cera. Harlan no finalizó su movimiento.

—¡Admítelo! —repitió.

—¿Tan inseguro estás, después de todas tus deducciones? —preguntó ella—. ¿Qué importancia tiene que lo admita o no?

Harlan sintió aumentar su ira.

—Admítelo de todas formas para que no sienta ningún dolor. Ninguno en absoluto.

—¿Dolor?

—Porque tengo un arma, Noÿs, y tengo la intención de matarte.

18 El principio del infinito

Harlan sintió cómo la incertidumbre se apoderaba de él, una irresolución que lo consumía. Tenía el arma en su mano. Apuntaba a Noÿs.

Pero ¿por qué no decía nada? ¿Por qué persistía en su actitud impasible?

¿Cómo podía matarla?

¿Cómo podía no matarla?

—¿Y bien? —dijo con la voz quebrada.

Ella se movió, pero únicamente para juntar las manos en su regazo, para estar todavía más relajada, más distante. Cuando habló su voz apenas se parecía a la de un ser humano. Pese a enfrentarse a un arma, ganó confianza y cobró una cualidad casi mística de fuerza impersonal.

—No puedes querer matarme solo para proteger la Eternidad —dijo—. Si fuera ese tu deseo, podrías atontarme, atarme firmemente, inmovilizarme en esta cueva y emprender tu viaje al amanecer. O podrías haberle pedido al computador Twissell que me encerrara durante tu ausencia. O podrías llevarme contigo al amanecer y perderme entre las rocas. Si lo único que te satisface es matarme es porque piensas que te he traicionado, que te he engañado en el amor primero para luego poder engañarte en la traición. Es un asesinato fruto de un orgullo herido y no el justo castigo que dices que es.

Harlan se retorció.

—¿Eres de los Siglos Ocultos? Dímelo.

—Lo soy —dijo Noÿs—. ¿Ahora vas a matarme?

El dedo de Harlan tembló en el punto de contacto del arma. Pero dudó. Algo irracional en su interior abogaba en su favor y ponía de manifiesto los restos de su deseo y amor inútiles. ¿Estaba desesperada ante su rechazo? ¿Estaba tentando deliberadamente al destino mintiendo? ¿Se estaba permitiendo una heroicidad estúpida fruto de la desesperación por sus dudas respecto a ella?

¡No!

Es posible que ocurriera en las libropelículas de las empalagosas tradiciones literarias del doscientos ochenta y nueve, pero no en una chica como Noÿs. No era del tipo de mujer que se enfrentara a la muerte a manos de un falso amante con el alegre estoicismo de una azucena sangrante y rota.

¿Entonces estaba mofándose de su capacidad para matarla por algún motivo? ¿Confiaba en la atracción que sabía ejercía sobre él incluso ahora, segura de que lo inmovilizaría, lo congelaría, débil y avergonzado?

Esa idea lo afectó. Su dedo se puso tenso sobre el contacto.

Noÿs volvió a hablar.

—Estás aguardando. ¿Quiere eso decir que esperas que haga un conato de defensa?

—¿Qué defensa?

Harlan intentó que sonara desdeñoso, pero agradeció la distracción. Podía posponer el momento en el que debería observar su cuerpo destrozado, los pocos restos de carne ensangrentada y huesos que quedarían, y saber que lo que le había pasado a su preciosa Noÿs había sido obra de su propia mano.

Encontró excusas para demorarse. Pensó febrilmente: déjala que hable. Déjala que cuente todo lo que sepa sobre los Siglos Ocultos. Más protección para la Eternidad.

Le daba una apariencia de política firme a su acción y, de momento, podía mirarla con una expresión casi tan tranquila como la de ella.

Noÿs pareció haberle leído la mente.

—¿Quieres saber cosas sobre los Siglos Ocultos? —preguntó—. Si eso sirve de defensa, será fácil. ¿Te gustaría saber, por ejemplo, por qué la Tierra está despoblada de hombres tras el ciento cincuenta mil? ¿Te interesa?

—¡Habla! —dijo él, y enrojeció levemente ante la pequeña sonrisa que constituyó la primera respuesta a su exclamación.

—En un momento de fisiotiempo en el que la Eternidad no había llegado muy lejos, antes de que hubiera llegado incluso al diez mil, nuestro siglo (tenías razón, era el 111.394) supo de la existencia de la Eternidad. Nosotros también teníamos viajes temporales, sabes, pero estaban basados en una serie de postulados completamente diferentes a los vuestros, y preferíamos observar el Tiempo en lugar de cambiar la masa. Es más, solo tratábamos con nuestro pasado, nuestro Tiempo anterior.

»Descubrimos la Eternidad indirectamente. Primero desarrollamos los cálculos de las realidades y comprobamos nuestra propia realidad con ellos. Nos sorprendió descubrir que vivíamos en una realidad de muy baja probabilidad. Era un asunto serio. ¿De dónde procedía una realidad tan improbable?... ¡Pareces abstraído, Andrew! ¿Te interesa o no?

Harlan la oyó pronunciar su nombre con toda la ternura e intimidad que había usado en las últimas semanas. Debería haberlo irritado, enojado por su cínica deslealtad. Y, aun así, no lo hizo.

Habló desesperado:

—Continúa, mujer, y acaba de una vez.

Intentó contrarrestar la calidez de su «Andrew» con la gélida irritación de su «mujer», pero ella volvió a sonreír pálidamente.

—Buscamos en el pasado —continuó— y nos encontramos con la creciente Eternidad. Casi de inmediato nos pareció obvio que en otro punto del fisiotiempo (un concepto que nosotros también tenemos, aunque con otro nombre) hubo otra realidad. Nos referimos a esa otra realidad, la de máxima probabilidad, con el nombre de Estado Básico. El Estado Básico nos había englobado una vez, o al menos había englobado a nuestros análogos. Pero lo que no podíamos establecer era la naturaleza del Estado Básico. No podíamos saberla.

»Sin embargo, lo que sí sabíamos era que algún Cambio iniciado por la Eternidad

en el pasado había conseguido, mediante el uso de probabilidad estadística, alterar el Estado Básico hasta nuestro siglo y más allá. Decidimos fijar la naturaleza del Estado Básico con la intención de deshacer el mal, si es que había algún mal. Primero establecimos el área en cuarentena que llamáis los Siglos Ocultos, aislando a los Eternos en la época anterior al setenta mil. Esta armadura aislante haría que nos afectara un porcentaje increíblemente bajo de los Cambios que se realizaran. No era seguridad absoluta, pero nos daba tiempo.

»Lo siguiente que hicimos fue algo que nuestra cultura y ética normalmente no permiten. Investigamos nuestro propio futuro, nuestro Tiempo venidero. Conocimos el destino del hombre en la Realidad que existía en ese momento para compararlo con el Estado Básico. En algún punto posterior al 125.000 la humanidad resolvía el misterio de los viajes interestelares. Aprendían a hacer el salto al hiperespacio. Por fin la humanidad podía alcanzar las estrellas.

Harlan escuchaba sus palabras medidas con creciente concentración. ¿Cuánto de verdad había en ellas? ¿En qué medida era un intento calculado de engañarlo? Intentó romper el hechizo hablando, quebrando el suave flujo de sus frases.

—Y una vez que pudieron alcanzar las estrellas, lo hicieron y abandonaron la Tierra —dijo—. Algunos de nosotros ya nos lo imaginábamos.

—Entonces algunos de vosotros imaginabais mal. El hombre intentó abandonar la Tierra. Pero por desgracia no estamos solos en la galaxia. Hay otras estrellas con otros planetas, ¿sabes? Incluso hay otras inteligencias. Ninguna, al menos en esta galaxia, es tan antigua como la del hombre, pero en el 125.000 el hombre siguió en la Tierra y otras mentes más jóvenes nos alcanzaron y nos sobrepasaron, desarrollaron los viajes interestelares y colonizaron la galaxia.

»Cuando salimos al espacio nos encontramos con las señales. ¡Ocupado! ¡Prohibido el paso! ¡Propiedad privada! La humanidad retiró sus tentáculos exploratorios y se quedó en casa. Pero ahora sabía lo que era la Tierra: una prisión rodeada por un infinito de libertad... ¡Y la humanidad murió!

—Simplemente murió —dijo Harlan—. Tonterías.

—No murieron simplemente. Llevó cientos de siglos. Hubo altibajos pero, en general, había una pérdida de determinación, una sensación de inutilidad, un sentimiento de desesperación que no se pudo superar. Al final se produjo un declive en la tasa de natalidad y, finalmente, la extinción. Tu Eternidad es la culpable.

Harlan podía defender a la Eternidad ahora, con más intensidad y extravagancia por haberla atacado tan ferozmente hacía tan poco tiempo.

—Dejadnos entrar en los Siglos Ocultos y lo corregiremos —dijo—. No hemos fracasado en lograr el mayor bien en los siglos a los que podíamos acceder.

—¿El mayor bien? —preguntó Noÿs en un tono distante que pareció hacer burla de la frase—. ¿Y qué es eso? Vuestras máquinas os lo dicen. Vuestros Computaplexos. Pero ¿quién ajusta las máquinas y les dice qué poner en la balanza? Las máquinas no resuelven los problemas con mayor perspicacia que los hombres,

solo son más rápidas. ¡Más rápidas! Entonces, ¿qué es lo que los Eternos consideran bueno? Yo te lo diré. Seguridad. Moderación. Nada en exceso. Ningún riesgo sin una certeza clara de una consecuencia adecuada.

Harlan tragó. Recordó con súbita intensidad las palabras de Twissell en la cápsula acerca del hombre evolucionado de los Siglos Ocultos. Eliminamos lo inusual, había dicho.

¿Y no era así?

—Bueno —dijo Noÿs—, parece que estás pensando. Piensa en esto: en la Realidad que existe ahora, ¿por qué el hombre intenta continuamente hacer viajes espaciales y por qué fracasa una y otra vez? Cada era en la que se dan los viajes espaciales conoce el fracaso de las anteriores. ¿Por qué volver a intentarlo?

—No he estudiado el asunto —dijo Harlan. Pero pensó con inquietud en las colonias de Marte, establecidas una y otra vez aunque siempre fracasaban. Pensó en la extraña atracción que suponían los viajes espaciales, incluso para los Eternos. Podía oír al Sociólogo Kantor Voy, del 2456, suspirar ante la pérdida de los vuelos espaciales electrogravitatorios de un siglo y decir: Habría sido muy hermoso. Y al Trazador Vital Neron Feruque, que había jurado amargamente ante su eliminación y que había recriminado el control de sueros anticancerígenos de la Eternidad para aliviar su espíritu.

¿Existiría algo como el anhelo instintivo de expandirse hacia fuera en los seres inteligentes, de alcanzar las estrellas, de dejar atrás la prisión de la gravedad? ¿Era eso lo que obligaba al hombre a desarrollar viajes interplanetarios decenas de veces, lo que le obligaba a viajar una y otra vez a mundos muertos de un sistema solar en el que solo la Tierra era habitable? ¿Era al fracaso final, el conocimiento de que uno debía regresar a la prisión del hogar, lo que producía las inadaptaciones contra las que luchaba incesantemente la Eternidad? Harlan pensó en la adicción a las drogas en esos mismos siglos inútiles de electrogravitación.

Empezó a decir:

—El mayor bien del mayor número...

—Imagina que la Eternidad nunca hubiera existido —interrumpió Noÿs.

—¿Y?

—Te diré lo que habría ocurrido. Las energías que se dedicaron a la ingeniería temporal se habrían dedicado a la ingeniería de núcleos. La Eternidad no habría existido, pero el anhelo interestelar sí. El hombre habría llegado a las estrellas más de cien mil siglos antes de lo que lo hizo en la Realidad actual. Entonces las estrellas habrían estado inocupadas y la humanidad se habría establecido a lo ancho y largo de la galaxia. Nosotros habríamos llegado primero.

—¿Y qué se habría ganado? —preguntó Harlan obstinado—. ¿Seríamos más felices?

—¿A quién te refieres exactamente? El hombre no sería un solo mundo, sino un millón, un billón de mundos. Tendríamos el infinito a nuestro alcance. Cada mundo

tendría su propio desarrollo de los siglos, sus propios valores, la oportunidad de buscar la felicidad por sus propios medios y en un entorno propio. Hay muchas felicidades, muchos bienes, una variedad infinita... Ese es el Estado Básico de la humanidad.

—No son más que conjeturas —dijo Harlan, y se enfureció consigo mismo por sentirse atraído por el panorama que ella le había descrito—. ¿Cómo puedes saber lo que habría pasado?

—Tú sonríes ante la ignorancia de los Temporales que solo conocen una Realidad —dijo Noÿs—. Nosotros sonreímos ante la ignorancia de los Eternos que piensan que hay muchas Realidades pero que solo existe un Tiempo.

—¿Qué significa ese galimatías?

—Nosotros no calculamos las Realidades alternativas. Las vemos. Las vemos en su estado de no-Realidad.

—Un tipo de fantasmagórico país de Nunca Jamás donde los podría haber sido juegan con los si.

—Sin el sarcasmo, sí.

—¿Y cómo lo hacéis?

Noÿs hizo una pausa y luego dijo:

—¿Cómo puedo explicarlo, Andrew? Me han educado para saber ciertas cosas sin entenderlas realmente, igual que tú. ¿Puedes tú explicar el funcionamiento de un Computaplex? Pero sabes que existe y que funciona.

Harlan enrojeció.

—¿Entonces?

—Aprendimos a ver las Realidades —continuó Noÿs— y descubrimos que el Estado Básico era tal como lo he descrito. También descubrimos el Cambio que había destruido el Estado Básico. No había sido ningún Cambio que hubiera iniciado la Eternidad, era el establecimiento mismo de la Eternidad, el simple hecho de su existencia. Cualquier sistema como la Eternidad, que permite a los hombres elegir su propio futuro, terminará eligiendo la seguridad y la mediocridad, y en esa Realidad las estrellas están fuera del alcance. La mera existencia de la Eternidad elimina de un plumazo el Imperio Galáctico. Para restaurarlo, debe acabarse con la Eternidad.

»El número de Realidades es infinito. El número de cualquier subclase de Realidades también es infinito. Por ejemplo, el número de Realidades que contienen la Eternidad es infinito; el número de ellas en las que la Eternidad no existe es infinito; el número en que la Eternidad existe pero es abolida es infinito. Pero, entre el infinito, mi gente eligió un grupo en el que yo estaba incluida.

»No tenía nada que ver con ello. Me educaron para mi trabajo, igual que Twissell y tú educasteis a Cooper para el suyo. Pero este número de Realidades en las que yo era el agente que destruía la Eternidad también era infinito. Me dieron a elegir entre cinco Realidades que parecían menos complicadas. Elegí esta, la única en la que aparecías tú.

—¿Por qué la elegiste? —preguntó Harlan.

Noÿs apartó la mirada.

—Porque te quiero. Te quiero desde mucho antes de conocerte.

Harlan sintió una sacudida. Lo dijo con toda sinceridad. Pensó, de forma enfermiza: es una actriz...

—Eso es ridículo —dijo.

—¿Tú crees? Estudié las Realidades que me ofrecían. Estudié la Realidad en la que retrocedía al cuatrocientos ochenta y dos, conocía a Finge y luego te conocía a ti. La Realidad en la que venías a mí y me amabas, en la que me llevabas a la Eternidad y al futuro lejano, en la que enviabas a Cooper a otro Tiempo y en la que tú y yo regresábamos juntos a la época primitiva. Vivíamos aquí el resto de nuestros días. Vi nuestras vidas juntos y eran felices, y yo te amaba. Así que no es ridículo en absoluto. Elegí esta alternativa para que nuestro amor se hiciera realidad.

—Todo eso es mentira —dijo Harlan—. ¿Cómo esperas que te crea?

Se detuvo, y entonces dijo bruscamente:

—¡Espera! ¿Has dicho que sabías todo esto por adelantado? ¿Todo lo que iba a ocurrir?

—Sí.

—Entonces está claro que mientes. Habrías sabido que te habría apuntado con un arma. Habrías sabido que fracasarías. ¿Qué respondes a eso?

Noÿs suspiró.

—Te he dicho que hay un número infinito de cualquier subclase de Realidad. No importa con qué precisión nos centremos en una Realidad concreta, siempre representa un número infinito de Realidades muy similares. Hay puntos confusos. Cuanto más nos centremos, menos confusa será, pero no se puede obtener la claridad absoluta. Cuanto menos confusa sea, más baja será la probabilidad de variaciones aleatorias que estropeen el resultado, pero la probabilidad nunca será cero. Hubo un punto borroso que estropeó las cosas.

—¿Cuál?

—Se suponía que ibas a regresar al futuro cuando se eliminara la barrera del 100.000, y lo hiciste. Pero tenías que venir solo. Fue por ese motivo por el que me sorprendí momentáneamente al ver al computador Twissell contigo.

Una vez más, Harlan se sintió inquieto. ¡Cómo hacía encajar las cosas!

—Me habría sorprendido aún más —continuó Noÿs— si me hubiera dado cuenta del significado de esa alteración. Si hubieras venido solo, me habrías llevado contigo a la época primitiva, como has hecho. Entonces, por amor a la humanidad, por amor a mí, habrías dejado a Cooper donde estaba. El círculo se habría roto, la Eternidad habría terminado, nuestra vida habría sido segura aquí.

»Pero viniste con Twissell, una variación aleatoria. En el camino, te habló de sus ideas sobre los Siglos Ocultos y te situó en un tren de deducciones que te llevó a dudar de mi buena fe. Terminó con un arma entre nosotros... Y ahora, Andrew, esa es

la historia. Puedes matarme. No hay nada que te detenga.

A Harlan le dolía la mano debido a la forma espasmódica en que sujetaba el arma. La pasó rápidamente a la otra mano. ¿Es que no había ninguna laguna en su historia? ¿Dónde estaba la resolución que había ganado al saber con certeza que era una criatura de los Siglos Ocultos? Más que nunca luchaba consigo mismo en conflicto, y se acercaba el amanecer.

—¿Por qué dos esfuerzos para acabar con la Eternidad? —preguntó—. ¿Por qué no pudo terminar cuando envié a Cooper al siglo veinte? Las cosas habrían acabado ahí y no habría existido la agonía de la incertidumbre.

—Porque acabar con esta Eternidad no es suficiente —respondió Noÿs—. Debemos reducir la probabilidad de establecer cualquier forma de Eternidad tanto como podamos. Así que hay una cosa que debemos hacer aquí en la era primitiva. Un Cambio minúsculo, una pequeñez. No es más que una carta a una península llamada Italia. Ahora estamos en el 19,32. En caso de que envíe la carta, en unos cuantos centisiglos un hombre de la península de Italia empezará a experimentar con el bombardeo neutrónico del uranio.

—¿Alterarás la historia primitiva? —preguntó Harlan horrorizado.

—Sí. Es nuestra intención. En la nueva Realidad, la Realidad final, la primera explosión nuclear no tendrá lugar en el siglo 30, sino en el 19,45.

—¿Pero eres consciente del peligro? ¿Puedes siquiera llegar a calcular el peligro?

—Conocemos el peligro. Hemos visto el fajo de las Realidades resultantes. Existe una probabilidad, no una certeza, de que la Tierra termine con una corteza altamente radiactiva, pero antes de eso...

—¿Quieres decir que existe una compensación para algo semejante?

—Un Imperio Galáctico. Una intensificación real del Estado Básico.

—Y acusáis a los Eternos de interferir...

—Les acusamos de interferir muchas veces para mantener a la humanidad a salvo en su hogar, aprisionada. Nosotros interferiremos una vez, una vez, para orientarla prematuramente hacia la nucleónica y que nunca, nunca, establezca una Eternidad.

—No —dijo Harlan desesperado—, debe haber una Eternidad.

—Como quieras. La elección es tuya. Si deseas que unos psicópatas dicten el futuro del hombre...

—¡Psicópatas! —explotó Harlan.

—¿Acaso no lo son? Tú los conoces. ¡Piensa!

Harlan la observó con horror iracundo, pero no pudo evitar pensar. Pensó en los Novatos aprendiendo la verdad acerca de la Realidad y al Novato Latourette intentando suicidarse como resultado de ello. Latourette sobrevivió para convertirse en Eterno, sin que nadie pudiera determinar con cuántas heridas en su personalidad, pero ayudando a decidir sobre las Realidades alternativas.

Pensó en el casto sistema de la Eternidad, en la vida anormal que convertía el sentimiento de culpa en ira y odio hacia los técnicos. Pensó en los computadores,

luchando entre ellos, en Finge intrigando contra Twissell y en Twissell espiando a Finge. Pensó en Sennor, enfrentándose a todos los Eternos para luchar contra su calvicie.

Pensó en sí mismo.

Entonces pensó en Twissell, el gran Twissell, quebrantando las leyes de la Eternidad.

Era como si siempre hubiese sabido que la Eternidad era así. ¿Por qué si no habría deseado tanto destruirla? Pero nunca se lo había admitido a sí mismo; nunca se había enfrentado claramente a ello hasta ahora.

Y vio claramente la Eternidad como un pozo de psicosis creciente, una retorcida sima de motivación anormal, una masa de vidas desesperadas desvinculadas brutalmente de su contexto.

Miró a Noÿs sin comprender del todo.

—¿Lo ves? —dijo ella con suavidad—. Ven a la entrada de la cueva conmigo, Andrew.

La siguió, hipnotizado, horrorizado ante la totalidad con la que había adquirido un nuevo punto de vista. Por primera vez, su arma se desvió de la línea que la conectaba con el corazón de Noÿs.

La pálida línea del amanecer iluminaba el cielo y la ominosa cápsula, situada fuera de la caverna, constituía una sombra opresiva contra la palidez. Su contorno estaba diluido y borroso por la película que la cubría.

—Esta es la Tierra —dijo Noÿs—. No el único y eterno hogar de la humanidad, sino solo un punto de partida hacia una aventura infinita. Lo único que tienes que hacer es tomar una decisión. Es solo tuya. Tú y yo y el contenido de la cueva seremos protegidos contra el Cambio por una película de fisiotiempo. Cooper y su anuncio desaparecerán; la Eternidad y la Realidad de mi siglo también se irán, pero nosotros seguiremos aquí para tener hijos y nietos, y la humanidad continuará hasta conquistar las estrellas.

Se giró para mirarla y vio que le estaba sonriendo. Era Noÿs, como siempre había sido, y su propio corazón latiendo como siempre.

Ni siquiera fue consciente de que había tomado una decisión hasta que la luz invadió repentinamente todo el cielo y la mole de la cápsula desapareció.

Mientras Noÿs buscaba refugio en sus brazos, sabía que con esa desaparición se producía un fin, el fin de la Eternidad.

Y el principio del Infinito.